

ELLOS VOLVERÁN
A LEVANTARSE

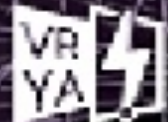
LA
TUMBA
DE LOS

ANTIGUOS

LA MANSIÓN DE LAS FÉRIAS

MADELEINE ROUX

AUTORA BEST SELLER DE LA SAGA ASYLUM





*Louisa Dutton
está dispuesta a todo.*

Libres de las pesadillas de Coldthistle House, Louisa y sus amigos tienen una nueva residencia en Londres. Pero la maldad no descansa. Fanáticos religiosos se están agrupando en la ciudad y escalofriantes advertencias empiezan a aparecer en la puerta de Louisa. Con la influencia diabólica del espíritu de su padre haciéndose cada vez más fuerte, la joven sabe que pronto se verá forzada a elegir un bando en la guerra que se avecina: la de los dioses antiguos.

Desesperada por salvarse a sí misma, está dispuesta a hacer cualquier cosa, incluso regresar a Coldthistle House y hacer otro trato con el Sr. Morningside.

Y, para cumplir con su parte, Louisa tendrá que reunirse con su equipo supernatural y aventurarse a un portal entre mundos, un lugar legendario: La Tumba de los Antiguos.

Sin embargo, una trampa los espera...



LA GUERRA ENTRE MONSTRUOS Y DIOSES ANTIGUOS LLEGA A SU FINAL
EN ESTA APASIONANTE CONCLUSIÓN DE LA MANSIÓN DE LAS FURIAS.

ARGENTINA



VREditorasYA



vreditorasya



vreditorasya

MÉXICO



vryamexico



vreditorasya



vreditorasya

LA MANSIÓN DE LAS FURIAS

LA
TUMBA
DE LOS
ANTIGUOS

MADELEINE ROUX

Traducción: Julián Alejo Sosa



Para Andrew, Iris y Kate, que siguieron este viaje hasta el final.

Para mi familia, amigos y Smidgen.

*Para A. S. Byatt, cuyo trabajo influyó profundamente este libro y
todos los libros por venir.*

*¡Descubres lo que es el poder
cuando tienes en tus manos
el miedo de otra persona y se lo muestras!*

—AMY TAN

Lenta pero segura se mueve

la voluntad de los dioses

—EURÍPIDES



Prólogo



Estaban comenzando a ser menos obvios los límites que me separaban de él. Los sueños de mi padre se habían vuelto míos y, al igual que su oscuro corazón, seguían siendo horribles y preocupantes. Temía dormir, aunque hacerlo no era un problema, ya que la profundidad de estos sueños me consumía en el instante en que mi cabeza tocaba la almohada. A veces, en estos sueños, viajaba por el pasado, mi pasado y el suyo, como una observadora o una forastera juzgando mis propias decisiones y las suyas.

Pero esa noche, me encontré en un salón aparentemente interminable, alto y arqueado como una catedral, de paredes y suelos de un cristal destellante. Y, si bien no había explicación para esto, sabía que este lugar y mi presencia en él eran reales. Si bien deambulaba por él en sueños, se sentía sólido y tan real como los huesos de mi cuerpo y la sangre en mis venas. Un lugar real, verdadero y escondido, como una iglesia de luz estelar y misterio, cuyos secretos fantásticos se agitaban como las cavidades determinadas y sangrientas de un corazón.

Caminé por ese salón, caminé con los pasos de mi padre, con la presencia de su alma en mi cuerpo, sin que su voz se alejara de mis pensamientos, como si estuviera a mi lado, sonriente, con una pregunta entre sus labios.

¿Estás perdida, niña?

No me sentía para nada perdida en ese sueño, en ese extraño y eterno salón. Había algo al final de él que me esperaba, una respuesta, o tal vez, un final. Avancé hacia allí con determinación y algunos temblores en mis

manos, dado que ningún final llegaba con facilidad y ninguna respuesta, sin un precio.





Capítulo
Uno



Londres

Otoño, 1810

No fue estrictamente mi culpa lo que ocurrió en el baile de Thrampton, aunque todos aquellos que sufrieron las consecuencias podrían opinar lo contrario. Sería difícil rechazar su lógica, considerando que aparecí en medio de la residencia cubierta con sangre de pies a cabeza, con un cuchillo pequeño e insignificante en una de mis manos. Por un momento, había sido una espada; por otros, un escudo; se convertía en la herramienta de defensa que necesitara, desde un objeto punzante hasta uno sin filo, y cambiaba por mi propia voluntad gracias a mis poderes de Sustituta, ahora más poderosos que nunca.

Y con razón, ya que mi cuerpo albergaba el espíritu de un dios. Había sido lo que usaron para revivirme, pero con eso empezaron todos estos problemas. Y así fue cómo un salón de baile perfectamente encantador se convirtió en un matadero, una escena de horror y sangre, de tripas en la ponchera, de gritos de angustia desparramados sobre los elegantes sándwiches de pepino.

No había asistido al baile de Thrampton esperando una emboscada, si bien había notado algunas señales de que algo en Londres estaba completamente fuera de lugar.



La noche del baile, bajé la mirada hacia la escalera de la entrada y me encontré con docenas de arañas muertas. Instintivamente, intenté sujetarme de la puerta a mi espalda. No había ninguna duda sobre lo que significaba; alguien con malas intenciones estaba observando la residencia y, con ella, a nosotros, y esto era una especie de tarjeta personal. No el tipo de tarjeta respetuosa y agradable como la que yo le había dejado a mi media hermana perdida hacía algunas semanas. No, esta no era una propuesta amable, sino una advertencia. Me preguntaba si tenía que ver con Mary. Cuando llegué por primera vez a Londres, ella había estado usando sus poderes de Hada Oscura para ocultarnos y proteger la residencia. Era una precaución que habíamos tomado como producto de la ansiedad que me producía la idea de que nunca lográramos escapar con éxito de la Coldthistle House. Demasiados sucesos oscuros habían acontecido allí, por lo que ella accedió a usar el escudo más suave que pudiera crear, una especie de ilusión que nos haría mezclarse en el vecindario como unos vecinos aburridos más.

Pero luego de semanas de tranquilidad, le dije que la protección ya no era necesaria. Qué equivocada que había estado.

Corrí suavemente algunas de las arañas muertas con mis pies y miré hacia la cerca que rodeaba el perímetro del jardín en busca de algo amenazante que estuviera fuera de lugar. Pero la niebla era muy densa y todos aquellos que pasaban caminando por el vecindario llevaban puestos unos sacos negros que los ocultaban de la vista, mientras que otros pasaban a toda prisa en carruajes, los cuales, gracias a la densidad de la neblina, parecían no ser jalados por nada en absoluto. O por fantasmas. Regresé adentro con paso firme.

Londres no era para nada todo lo que había esperado.

Sin tener en cuenta todo el terror y las rarezas, la Coldthistle House por lo menos tenía algo de paz. Me levantaba casi en silencio absoluto o con el sonido suave de mis compañeros de trabajo y los huéspedes que se despertaban, y me dormiría con el sonido de los ronquidos estruendosos de Bartolomé, el perro, o con la voz de Poppy mientras cantaba algunas canciones de cuna extrañas que nos hacían sucumbir en sueños a ambas.

Nunca había paz en Londres, algo que no me importaba, ya que el sonido de los caballos, los maullidos de algunos gatos callejeros y los alegres cantos de los ebrios que regresaban a sus casas por la noche eran una distracción compañera. El ruido prevenía que me perdiera en las profundidades de mis pensamientos y miedos, y me mantenía alejada de perseguir el creciente número de voces en mi cabeza, esas que habían aparecido solo momentos luego de que mi amigo y antiguo colega, Chijioke, introdujera el espíritu del dios de Padre en mi cuerpo para salvarme de la muerte.

Sí, las diferencias, los cambios, no me molestaban hasta que las cosas muertas comenzaron a aparecer en la puerta de mi casa.

La primera había aparecido hacía una semana, una pequeña ave sucia envuelta en un pañuelo. Mary fue quien la encontró, cuando abrió la puerta para recibir el pedido de leña y combustible. El paquete estaba allí, pero sobre este yacía el ave, con sus patas dobladas hacia arriba y sus dedos separados de una forma atroz, y sin una parte del pico, como si hubiera sido arrancado, y una cuchara de plata atravesada en su pecho.

La segunda sorpresa inesperada apareció solo dos días después, durante una reunión con nuestros vecinos, el Sr. Kinton y sus hijas. Habíamos estado jugando una acalorada ronda de whist, hasta que en un momento alguien llamó a la puerta, por lo que Khent pidió disculpas y se levantó a

ayudar a nuestra sirvienta, Agnes, a atender el llamado. Se tardaron tanto en regresar que decidí abandonar el juego e ir a buscarlos al vestíbulo principal. Otra cosa extraña había aparecido allí; esta vez era un juguete con forma de perro negro greñado, con la cabeza arrancada junto al cuerpo. Con Khent compartimos una mirada que Agnes probablemente no comprendió.

Tenía el presentimiento de que la compartiríamos nuevamente esta noche cuando volví a entrar a la residencia. Pero una vez allí no encontré a Khent ni a Agnes, sino a Mary, con sus rizos castaños rojizos trenzados con firmeza, apartados de sus orejas, como una corona. Tenía un vestido blanco y elegante, y un chal verde sobre sus hombros. Se acercó a toda prisa hacia mí al notar la expresión pálida y furiosa en mi rostro; solo había salido a tomar un poco de aire, nerviosa por asistir a mi primer baile con la aristocracia.

—Otra vez, ¿verdad? —me preguntó, con la misma palidez que yo.

Khent apareció entre las sombras cerca de la escalera vestido adecuadamente para el baile con un traje negro y un saco que escondía todos sus tatuajes y cicatrices.

—¿Qué fue esta vez? —su voz temblaba con disgusto.

—Arañas —intercambié miradas con ambos y me dirigí hacia la escalera, en donde me recosté sobre el barandal. De pronto, me sentí adormecida y los susurros en mi cabeza se elevaron como una marea inquieta—. Un ave con una cuchara, un perro muerto, arañas... No son advertencias al azar, son mensajes de alguien que sabe lo que venimos a hacer aquí.

—No debería haber dejado de protegernos, estaba funcionando después de todo. Tal vez, no deberíamos ir al baile —dijo Mary, mordiéndose los labios—. Podríamos estar en peligro.

–Estaríamos seguros lejos de esta casa –sugerí. El vestíbulo brillaba agradablemente con las luces encendidas por la noche y el aroma a pan horneado y rostizado flotaba en el aire, un remanente de nuestra cena. Agnes y nuestra ama de llaves, Silvia, hablaban en la cocina, con su jornada laboral ya terminada.

–Iré a buscar una escoba –agregué–. Las arañas las asustarán.

–Tienen derecho a saber que algo no está bien –me contestó Mary, siguiéndome por detrás mientras avanzaba hacia un pequeño aparador en la despensa del vestíbulo–. Alguien está intentando asustarte a ti. A nosotros.

–Lo sé y se lo *diré*, Mary, solo que... de una forma que no involucre pisar una pila de arañas muertas.

Le había hablado muy fuerte. Retrocedió, sorprendida, y regresó al vestíbulo, envuelta con firmeza en su chal. Había estado ocurriendo más seguido últimamente, esto de perder el temperamento; la batalla eterna por callar las voces en mi cabeza me estaba convirtiendo en una persona desagradable y cansadora.

–No fue justo, Mary, lo siento. Es solo que estoy preocupada –y *cansada. Y abrumada*. Encontré la escoba y la llevé a toda prisa hacia la puerta, y miré hacia todos lados en busca de signos de vida en nuestra propiedad mientras barría los pequeños cuerpos negros hacia el seto.

–Y deberías estarlo –gruñó Khent. Su aprendizaje del idioma había mejorado tanto durante nuestros viajes y posterior mudanza a Londres que solo tenía un leve rastro de su acento. Su caligrafía aún necesitaba considerable atención, pero no era para nada una prioridad–. De ahora en adelante, dormiré afuera. No se sentirán tan atrevidos y astutos cuando los atrape con las manos en la masa.

–Eso es absurdo –dije, cerrando la puerta y escondiéndome de la niebla fría–. Podemos tomar turnos, ¿no? Como una especie de guardia.

–Casi me hace extrañar a los Residentes –susurró Mary, refiriéndose a las criaturas monstruosas de las sombras que deambulaban por nuestro antiguo hogar. Solían mantener una vigilia constante, aunque algunas veces me las arreglé para escabullirme de ellos–. Estoy segura de que la Sra. Haylam conocerá algunos hechizos para mantenernos a salvo; algún conjuro o algo.

–No necesitamos conjuros –contestó Khent, quitándome la escoba y guardándola en la despensa–. Me tienen... –se aclaró la garganta y giró sobre su hombro para asegurarse de que Agnes y Silvia no estuvieran lo suficientemente cerca como para oír–. A mí. Tenemos mi nariz. Han sido lo suficientemente amables conmigo al permitirme quedarme en esta casa, al darme refugio. Déjenme hacer algo para compensarlo. Además, tú eres...

Me estaba mirando tan intensamente que casi hizo que comenzara a sentir comezón en la piel. Sus ojos inusuales emanaban un destello púrpura, un efecto secundario de su condición, esa habilidad de convertirse en un chacal gigante con garras y colmillos afilados. Luego comprendí a lo que se refería... A mí. Mis voces. Mi problema.

–Termina la idea, si eres tan amable.

–No deberías ofenderte, *eyachou*. Tienes la voz de un dios loco en tu interior; eso pondría a prueba hasta al Hada más fuerte.

Mary dio un paso hacia atrás para alejarse de nuestra disputa, aún envuelta en su chal.

–Sabes que odio que me llames así –mi temperamento estaba causando más de esto también, más peleas, más desacuerdos. Me enervaba la sangre

saber que tanto Mary como Khent podían notar mi lucha. Se suponía que yo era la cabeza de esta casa, quien había heredado la fortuna que pagaría nuestras vidas nuevas y brillantes en Londres, una cuidadora y alguien de quien dependían. Pero se estaba tornando más claro que mi lucha interna ya no era tan interna.

Apreté el tabique de mi nariz y respiré hondo, apartando las voces y tratando de juntarlas y encerrarlas con firmeza. Pero era como intentar levantar agua con las manos, por lo que uno o dos susurros astutos siempre se escabullían hacia la libertad.

Te cuestionan. ¿Cómo osan cuestionarte?

Las voces, obviamente, rara vez eran amigables.

Si quería que mis compañeros me consideraran una persona capaz, entonces era hora de actuar como una líder. Saqué pecho y miré a cada uno con calma, juntando las manos frente a mi cintura.

—Asistiremos al baile esta noche, para no alarmar a Agnes y a Silvia. Esta noche, Khent vigilará la propiedad, pero mañana discutiremos una solución más permanente. Por la mañana, dejaré que nuestro personal sepa que algo está fuera de lugar y les preguntaré si tal vez han visto algo extraño últimamente. Mary, quizás podrías escribiré a Chijioke. Estoy segura de que podría hacernos una sugerencia él mismo o hablar con la Sra. Haylam.

Los ojos de Mary se iluminaron. Me había tomado por sorpresa cuando ella accedió a quedarse conmigo en Londres y no regresar a la Coldthistle House. Obviamente había tomado la decisión con algo de remordimiento, dado que había descubierto sus sentimientos hacia el encargado de la residencia. Su intercambio de correspondencia desde ese entonces no se me había pasado por alto.

–¡Fiesta! –Khent esbozó una sonrisa risueña–. ¡Y libaciones!

–Una o dos –le advertí al egipcio con sutileza–. Debo recordarte que este no es uno de los banquetes de Seti –me había contado todo tipo de historias increíbles sobre reyes y reinas cuyos nombres eran tan bellos como inusuales. Me preguntaba si al menos la mitad de esas historias eran verdaderas, pero las contaba con tanta convicción y detalle que había decidido creerle. Y, de todas formas, se sentía como un secreto entre nosotros, estas historias de majestuosidad ancestral que él había presenciado de primera mano. Yo era la única persona lo suficientemente afortunada de haber oído tales relatos, cuya verdad yacía perdida en el tiempo y, según Khent, bajo los permanentes vientos arenosos del desierto. Intenté leer *La vida de Sethos* de Terrasson con él, pero insistía en que los errores eran demasiados como para soportar.

Resopló y guiñó un ojo, y luego extendió un brazo hacia mí para que lo sujetara.

–Sus fiestas eran aburridas en comparación con las de Ramsés. ¿Alguna vez te conté sobre la vez que comí dos escorpiones al ser retado por Su Esplendor?

Sujetando su brazo extendido, avancé con él hacia la niebla fría.

–No creo que haya escorpiones para comer en el baile de Lady Thrampton.

–¿Serpientes?

–Ni una –contesté, riendo. Algunas de las arañas muertas aún yacían sobre la escalera, pero intenté no mirarlas. Un escalofrío congelado se me deslizó por la espalda.

Khent hizo una mueca mientras me ayudaba a bajar por el juego de escaleras en mi vestido carmesí oscuro. Mary había sido lo suficientemente astuta como para traer su chal, lo cual me hacía desear tener uno propio.

—¿Vamos a una celebración o a un funeral? —se quejó Khent—. Malditos ingleses.

No oiría ninguna réplica de parte de estas dos damas irlandesas. Llegamos a la puerta al límite del jardín y miré a Khent, quien parecía distraído entre sus ideas de festines grandiosos y salvajes. Con su vocabulario en rápida expansión y su comportamiento cada vez más amigable, a veces me olvidaba que había vivido toda una vida y pasado cientos de años congelado en aislamiento, prisionero de mi padre, del dios cruel que ahora residía en mi cabeza.

Al caminar por la calle hacia nuestro destino, notó mi mirada. Mary se rio entre dientes, pero la ignoré. Podía sentir esa sensación punzante en mi hombro que uno suele tener cuando está siendo observado al caminar, pero también la ignoré, recordándome que no debía ser otra cosa más que la extrañeza de vivir una vez más en una ciudad y no en una campiña reclusa.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sonriendo—. Esa mirada me hace sentir nervioso, *huatyeh*.

Me encogí de hombros y finalmente aparté mi vista.

—Simplemente estoy agradecida de que estés libre. Y en este lugar. Que todos estemos aquí.

La densa niebla parecía apagar y tragar nuestras palabras. Esa sensación de sentirme observada no me abandonó y, al no hacerlo, un miedo pesado se asentó sobre mí. Había venido tan lejos, hacia Londres, para comenzar una vida nueva, una que quizás siempre quise y soñé, pero incluso ahora no

estaba a salvo. Incluso tan lejos, tan lejos de la Coldthistle House y sus misterios oscuros, me sentía como una presa.

Un grupo de mujeres con vestidos blancos tan claros que atravesaban la niebla se juntaron en los escalones de la iglesia al otro lado del camino. Había notado a estas mujeres durante algunas caminatas por Mayfair. En los últimos tiempos, su número había crecido, ya que más de estas cantoras de blanco aparecían en las esquinas de las calles, temblando juntas como una oveja en el páramo haciéndole frente a la lluvia y al frío para cantar y gritarles a los transeúntes.

No pude evitar mirarlas mientras pasábamos. Tal vez la idea de asistir al baile en un faetón era la opción más elegante, pero prefería caminar, al igual que mis compatriotas. Khent anhelaba la oscuridad y sentir el aire fresco en su rostro. Mary había estado confinada por mucho tiempo también, por lo que disfrutaba hacer algo de ejercicio. Ninguno parecía prestarles atención a las cantoras, pero yo sí. Miraba entre la neblina con los ojos entrecerrados y oía sus voces chillonas elevarse sobre el *clac-clac* monótono de los caballos.

—¡El pastor los guía en el amor! Únanse a la iglesia, únanse a nuestro rebaño; ¡están perdidos sin el pastor! ¡Están perdidos! —luego comenzaron a cantar al unísono una canción infantil que hablaba sobre lo seguro que es acoger al pastor. *Sus brazos mantienen al viento alejado; perdona a todos los que han pecado...*

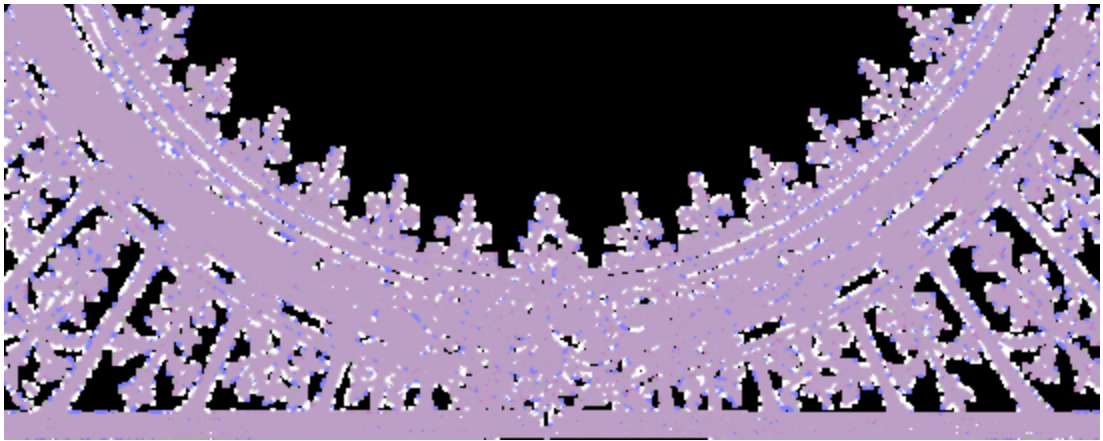
Ese escalofrío punzante regresó, al igual que también lo hicieron las voces en mi cabeza. Miré a una de las cantoras mientras levantaba su voz para gritarnos a nosotros desde el otro lado del camino.

¿Estás perdida, niña?

El sonido de los cantos nocturnos debía traer tranquilidad, pero mi estómago comenzó a revolverse como si estuviera repleto de serpientes. Algo estaba mal y, así fueran mis propios instintos o aquellos del alma que tenía en la cabeza, sentía el peligro con intensidad. Comencé a caminar más rápido, como si pudiera escapar del hombre en mi cabeza y la extraña mujer de blanco, quien nos miraba, atenta, mientras desaparecíamos en el anochecer.



Capítulo
Dos





na araña quedó enganchada en los dobleces de mi vestido como un pequeño adorno cuando nos anunciamos para el baile. Me sorprendí al verla cuando hice el saludo de cortesía para presentarme a los anfitriones. Era una tradición que detestaba, aunque Khent parecía sentirse extrañamente como en casa. Tal vez esta grandiosidad pomposa despertaba un deseo dormido de sus días entre la realeza egipcia. Fuera cual fuera el caso, hizo una reverencia que no pasó desapercibida. Lady Thrampton era una viuda adinerada, alta y esbelta, con ojos castaños penetrantes y una barbilla estrecha. Llevaba puesto un vestido blanco de muselina, acompañado de un collar repleto de enormes esmeraldas. Saludó con mucha más vehemencia a Khent, ya que su cabello negro peinado hacia atrás, y su quijada libre de todo bello facial irregular que crecía como maleza, le otorgaban un estilo más fino.

Algunas veces era fácil olvidar que descendía de las Hadas Oscuras como yo y que podía transformarse en un chacal greñudo e inmenso en solo un instante.

Mary, sin embargo, reflejaba mis nervios. Hizo una reverencia bastante inestable, lo cual ocasionó que casi se le cayera el chal al suelo. Era mi primer baile y sentía como si todos mis nervios se hubieran acumulado en mi pecho, un recordatorio cruel de que había nacido en la oscuridad y la pobreza, y que mi nombre, Louisa Ditton, no significaba nada para la aristocracia elegante que merodeaba sobre el parque.

—Srta. Louisa, me sentí muy contenta al descubrir que usted y su... *encantadora* familia nos honraría con su presencia esta noche —con los

labios presionados y pintados de rojo, Lady Thrampton trastabilló al pronunciar la palabra *encantadora*. Claramente había querido decir *extraña*. Ningún grupo de personas podría verse más disparate que nosotros tres—. La Srta. Black me habló muy bien de ustedes, y es de mi conocimiento que hasta hace poco residían en el condado de Yorkshire, ¿es esto cierto?

Sentí una urgencia de comenzar a sacudir mi falda, pero me esforcé por mantener las manos quietas frente a mí, tratando de lucir puritana.

—¡Así es! —*buen comienzo, aunque un poco demasiado entusiasta*—. Decidimos abandonar la vida campestre por algo más emocionante. Uno puede dispararle solo a un puñado de aves antes de que todo se convierta en un asunto aburrido.

Khent se aclaró la garganta en silencio.

—¿Y usted está soltero? —los labios de la mujer se curvaron con interés.

Mary se movió algo incómoda a mi lado. La miré, pero no me ayudó, sus ojos inmensos estaban llenos de terror, como si esta mujer adinerada fuera un oso parado sobre sus patas traseras y no una viuda débil.

—Recién... acabo de obtener mi herencia. El matrimonio quizás puede esperar hasta que me encuentre mejor establecido.

—¡Una herencia! —con esto, los ojos de Lady Thrampton adquirieron un brillo vidrioso—. Qué interesante. Tendrá que contarme más, querido, luego de que pruebe el ponche y disfrute de un baile o dos. Es más que bienvenido en mi hogar, por supuesto.

Por supuesto.

Pero sentí cierta tensión en su voz al decir eso. Hicimos nuestros saludos de cortesía nuevamente y volteamos hacia la entrada abovedada. A la

izquierda, un conjunto de escaleras anchas de mármol llevaba hacia el magnífico vestíbulo. No tenía mucha experiencia con residencias grandiosas, excepto por la Coldthistle House, pero la de Lady Thrampton era objeto de rumores importantes entre la “aristocracia glamorosa”. Allí abundaban las alfombras exóticas y atrevidas con motivos florales, el vestíbulo se encontraba repleto de pedestales de piedra, sobre los cuales reposaban esculturas y jarrones. Su riqueza estaba en exhibición para que todo el mundo la viera, y no me extrañaba que solo hubiera sido mi reciente y enorme fortuna la que me había permitido mezclarme con su compañía.

Si conociera mi verdadero origen, me desearía en la alcantarilla como un pañuelo usado.

–La Srta. Louisa Ditton, la Srta. Mary Ditton y el Sr. Kent Ditton – nuestros nombres resonaron sobre nuestras cabezas a medida que descendíamos hacia el vestíbulo, en el momento justo en el que un bastón se caía al suelo y producía un sonido seco que me hizo sobresaltar.

–El saco me da comezón –me comentó Khent, acomodándose el cuello–. No me gusta cómo te mira la mujer. ¿Cuánto tiempo debemos quedarnos?

–Tú parece sentirte como en casa causándole una buena impresión a Lady Thrampton –le dije burlona.

–Encantar a una persona ridícula y tolerar este traje no son lo mismo.

–Al menos hasta que haya hablado con Justine Black –respondí en voz baja.

Lady Thrampton no era la única que nos miraba con atención. Nuestra presencia, de seguro, levantaría algunos rumores; tres extraños disparejos en Mayfair, infiltrados en la sociedad con algunas pocas posesiones, sin contactos, con una herencia misteriosa, y una araña rosa en una jaula, la cual también había heredado de mi extraño padre. Estábamos destinados a

hacer que la gente hablara mal de nosotros, y la compañía en el baile no parecía ocultar su curiosidad o, por supuesto, su desprecio.

–Traten de disfrutar –les dije a ambos con una sonrisa rígida–. Después de todo, es bastante divertido, todo el mundo nos mira porque sospechan que somos muy pobres o estafadores cuando la verdad es mucho más aterradora.

–No actuarían con tanta superioridad si supieran –comentó Khent con una sonrisa gruñona–. ¿Puedo hacer una demostración?

–*No. Definitivamente, no* –solo se estaba burlando de mí, por lo que tanto él como Mary rieron. Por lo general, no me molestaría y habría compartido su entusiasmo, pero la voz bestial en mi cabeza se despertó y gruñó, furiosa. A él, a mi padre, no le gustaba que le hicieran burla, y su descontento se extendió a través de mí como veneno.

Presioné mis manos con fuerza, sintiendo náuseas por contrarrestar la voz en mi cabeza. Algo había cambiado. Cuando le comentara a Chijioke sobre los sucesos extraños que habían estado ocurriendo en nuestra casa, también le preguntaría cómo podía eliminar la influencia oscura que día a día intentaba dominarme. Estaba agradecida, naturalmente, de que Chijioke me hubiera salvado la vida, y entendía la desesperación del momento; mi vida alejándose de mi cuerpo, con un disparo y un espíritu convenientemente cerca que podía traerla de regreso. Aun así, se sentía como si otra maldición hubiera caído sobre mí. Podía controlar de cierta forma mis poderes de Sustituta, pero esto era algo completamente diferente.

La idea de que se trataba de algo que no podía controlar y que, obviamente, ansiaba controlarme a *mí*, me llenaba el corazón con una sensación constante de miedo.

Pero las velas parpadearon a nuestro alrededor y las parejas con trajes formales negros y vestidos majestuosos con mangas mullidas y bordados delicados giraron sobre el salón, tan bellos y perfectos como muñecos. Mary disfrutaba aprender de los últimos estilos de moda en Londres, por lo que había hecho su mejor esfuerzo por vestirnos para no pasar humillación. Lamentablemente, no pudo hacer nada con mi piel casi sobrenaturalmente pálida y mi cabellera fina y negra. Además, mis sueños intermitentes me habían dejado marcas que parecían golpes debajo de mis ojos y las mejillas algo hundidas. No, no encontraría a ningún pretendiente deseoso en el baile, aunque esos asuntos estaban completamente lejos de mi mente.

—Otra vez, ¿cómo luce Justine? —preguntó Mary.

Khent había encontrado una mesa larga con refrescos y nos empujó a ambas en esa dirección. Se lo permití, mientras estudiaba cada rostro con el que me cruzaba, tratando de encontrar a una mujer que se pareciera a mí y a mi padre, el supuesto Croydon Frost.

—Nos conocimos solo una vez —le expliqué—. La llamé inesperadamente, pero tenía que irse por un compromiso que tenía pactado. La mayoría del contacto que tuve con ella fue por medio de correspondencia. Pero es muy linda, alta y elegante, con cabello negro y ojos castaños expresivos.

—Fue un lindo gesto que aceptara escucharte —contestó Mary—. Después de todo, esto es un poco desconcertante, ¿verdad?

—Desordenado y humillante, querrás decir.

—¡N-no! —parecía haber sido tomada por sorpresa—. Uno apenas puede elegir su familia.

Asentí, distraída. En los papeles de mi padre, había descubierto que tenía descendencia por todo el lugar, y Justine era una de ellos. Mi media hermana. Era una de las pocas que, al igual que yo, había sobrevivido a su

plan mortal. Les había escrito al resto de las sobrevivientes, pero Justine fue la única que respondió. Su carta había sido algo superficial y cuidadosa, pero dejó en claro que estaba dispuesta a forjar una amistad y oír más sobre nuestro extraño padre.

Si bien tu historia es, francamente, irrespetuosa e improbable, una parte de mí sabe que es verdad. Me disculparás por decirlo, pero agradezco poder obtener algo bueno de todos sus actos de maldad. Mucho tiempo ha pasado, y puede que nunca seamos verdaderas hermanas, pero te envío esta carta con cariño y la esperanza de que podamos conocernos mejor.

Finalmente, cerca de las ventanas en el otro extremo del salón, vi a mi media hermana.

—Allí —dije, asintiendo sutilmente en su dirección—. Sígueme.

Khent objetó, mirando una bandeja repleta con pastelitos de jalea.

Sonreí y tomé a Mary de la mano para que me acompañara. Una advertencia no haría daño, dado que conocía la voracidad con la que comía en casa.

—No es educado comérselos todos.

Tomó eso como una señal y se apresuró hacia la comida. Con la vista fija en Justine, los ojos de Mary deambulaban de un lado a otro, sus labios entreabiertos de sorpresa, mientras contemplaba los distintos vestidos y zapatos espléndidos. A mí no me afectaba de la forma en la que habría esperado alguna vez. Ningún aspecto de esta nueva vida en Londres había sido lo que quería. Se suponía que la herencia de mi padre sería una recompensa por toda una vida dura, y lo único que había creído desear era la calidez de un hogar, comida abundante y mis amigos. Quizás

recorriéramos el país. ¡O conocer París! Pero nada de eso me traía alegría y, hasta ahora, incluso este baile se sentía como trabajo. Había venido hasta aquí en busca de Justine, con la esperanza de entablar una amistad sólida, algo para sentar raíces en Londres.

Me dije a mí misma, mientras me abría paso entre la multitud acalorada y fragante, que esto era obra mía; que mi desesperación por conocer a Justine Black no tenía nada que ver con el espíritu hambriento que habitaba mi cabeza.

–¿Estás bien? –preguntó Mary. La miré, gruñendo sutilmente.

–Sí, ¿por qué preguntas?

–Estás prácticamente rompiéndome la mano, Louisa. Ten cuidado.

Tenía razón. Su pobre mano estaba roja.

–Tal vez deba llamar a Khent –susurré, soltándola. Por un momento, me quedé en silencio, dejando que la seda, la música y el sonido girara a mi alrededor, casi mareándome. Me tambaleé y sentí el océano profundo de sueño que siempre precedía un episodio. ¿Acaso el espíritu de mi padre sentía que una de sus otras hijas estaba cerca? ¿Qué querría que hiciera con ella?

–No creo que Justine te haga daño –comentó Mary, con amabilidad–. ¡Mencionaste que su carta era amigable!

Suspiré y asentí, forzándome a mantener los ojos abiertos. De pronto, todo el salón se sintió demasiado brillante.

–No es ella por quien estoy preocupada, Mary.

La imagen de una de las últimas personas en la Coldthistle House, Amelia, apareció delante de mis ojos. Mi padre le había quitado toda su esencia en su afán de preservar su propia vida, dejándola tan seca y marchita como un hueso desteñido. Hasta ahora, no había experimentado

tentaciones de esa índole, pero no parecía ser algo completamente descabellado que, junto con el temperamento de mi padre, también hubiera obtenido sus terribles poderes.

Saliendo del tumulto de gente, alcanzamos a Justine, quien se movía con elegancia al ritmo de la música, haciendo que su falda celeste se meciera de un lado a otro. Para mí, era como mirarme en un espejo agradable, aunque para ella, probablemente, era como mirarse en uno enfermizo. Era completamente encantadora, con mejillas rosadas y la boca angosta de mi padre. Su cabellera oscura lucía esponjosa y rizada, mucho más brillante en comparación con la mía, cuya textura parecía la de hollín viejo.

—¿Louisa? —sus ojos se abrieron con sorpresa y esbozó una sonrisa—. ¡Louisa! ¡Qué bueno verte una vez más!

Justine se abalanzó sobre mí y me envolvió con ambos brazos para girarme. La mujer que la acompañaba, más grande y pecosa, con labios chillones y muchos collares destellantes de oro, olfateó el aire como si hubiera algo podrido.

—Ella es mi tutora, la Sra. Langford —dijo Justine, quien nos presentó ordenadamente. Presenté a Mary y luego pedí disculpas al explicarle que nuestro tercer acompañante había sido abordado por los postres.

»Ah, eso está completamente justificado —respondió Justine, tomando un abanico perfumado y sacudiéndolo sobre mi cuello—. Lady Thrampton tiene una de las mejores cocinas de Londres. Yo misma encuentro el mazapán muy sabroso.

—Menos mazapán esta vez, Justine —comentó la Sra. Langford lentamente, mirándome primero a mí y luego a Justine, de arriba abajo.

—Silencio, Sra. Langford, puedo comer tanto como quiera. Ahora, si nos disculpa, Louisa y yo tenemos mucho de qué hablar. Puede levantar

rumores extremadamente escandalosos.

Le guiñó un ojo a su tutora, quien abrió con fuerza su propio abanico y volteó, alejándose como un fantasma hacia el helado de limón. No sentía pena por verla marcharse, pero la contundente presencia de Justine me hacía sentir algo tambaleante. Era acogedora, por supuesto, pero también impactante. Antes de siquiera poder decir una palabra, nos sujetó a Mary y a mí del brazo y nos arrastró en la dirección opuesta a su tutora, entre el calor de las risas de los huéspedes coquetos.

–Fue una broma, verán, ya que siempre me comporto perfectamente, aunque espero que *sí* haya algo de verdad en lo que dije. Por tus cartas, sonabas como si hubieras tenido una vida bastante interesante. ¡Muchas emociones! Me hace ver que no hago más que trabajar en mis bordados e ir a fiestas de té –suspiró dramáticamente. Pensé en todas las cosas crueles que mi padre había dicho sobre sus hijas humanas. Lo insignificantes que eran. Que sus vidas eran mediocres y breves. Mi corazón comenzó a acelerar su ritmo ante el recuerdo, dado que nada podía estar más alejado de la realidad; Justine era agradable y animada, todo lo que su padre irresponsable no era.

–Yorkshire fue bastante memorable –dijo Mary con ironía.

–Me gusta cómo suena eso. Debes contarme cómo fue exactamente que encontraste nuestra conexión, Louisa. Tengo buen ojo para el engaño, sabes. Hay algo que no me estás contando sobre todo esto, sobre nuestro padre...

Al principio, creía que era solo el calor de la habitación lo que hacía girar mi cabeza. Todo el mundo a nuestro alrededor parecía estar vestido con una seda blanca reluciente que incrementaba el brillo de la habitación, lo que

hacía que mi cabeza doliera. Pero con el pasar del tiempo solo empeoraba y el zumbido que subyacía en mi mente aumentaba hasta no dejarme discernir lo que Justine me estaba diciendo. Salimos del tumulto una vez más, aunque esta vez hacia la pared más alejada de los postres. La habitación comenzó a girar y el suelo parecía más suave, lo cual me hizo tropezar algunas veces.

En un instante, Mary estaba frente a mí, sujetándome con firmeza. Parpadeé con fuerza y me encontré con su cabello castaño difuminado de un modo que parecía mezclarse con el suelo.

Muy bien, niña, me has traído a una de mis hijas.

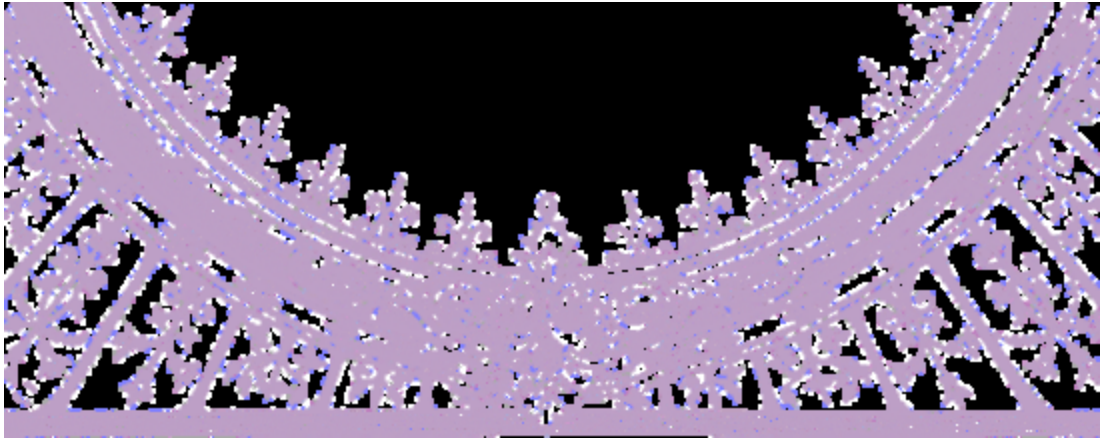
Eso era lo que traía el zumbido; la voz de mi padre, su influencia, crecía hasta eliminar por completo mis propios pensamientos. Era como la ira de una tormenta concentrada en mi cabeza, quitándome la respiración.

Consúmela. Puedes hacerlo. Debes hacerlo. Nosotros lo haremos.

—No —me oí decir en voz alta. Mis rodillas cedieron. El dolor era demasiado fuerte; abrí los ojos con intensidad y me encontré con que no podía ver nada en absoluto, solo una pared carmesí. Odio rojo. Sentí mis dedos doblarse como garras filosas, ansiosas por cortar.



Capítulo
Tres



El sueño llegó sin avisar, inesperadamente, como si descendiera de golpe sobre mí para evitar que me comportara como un monstruo. ¿Cómo podía estar despierta en un momento y luego dormida en otro? Pero allí estaba una vez más, parada en un gran corredor de cristal, cuyas paredes se oscurecían a medida que el tinte rojo de mi visión se desvanecía, como si un atardecer escarlata cediera su lugar a la noche con sus estrellas en lo alto, esas mismas que había visto en mi visión anterior. Me deslumbraron. El baile y su calor abrumador parecían estar a miles de kilómetros de distancia por debajo, como si realmente estuviera flotando en el cielo.

Mi cabeza se inclinó hacia atrás, y deambulé por un camino negro y resplandeciente, mirando cómo las luces titilantes sobre mí comenzaban a moverse y a danzar. Se reacomodaron en distintas formas, como constelaciones, cuatro patrones distintivos de estrellas deslizándose sobre mí. La primera forma parecía un ciervo, la segunda, una serpiente, y la tercera, un carnero; la cuarta y última constelación era, inconfundiblemente, una araña. Una vez que sus formas estuvieron completas, comenzaron una especie de batalla, el ciervo se paró en dos patas antes de colisionar contra los otros, arrasando a la serpiente y al carnero, esparciendo las estrellas como las perlas de un vestido. La araña fue la única que quedó en pie y parecía que el ciervo, el cual se tornaba más grande, arremetería contra ella también. Aun así, antes del impacto, la forma de la araña cambió y se convirtió en una figura humana. Una mujer.

La mujer levantó una mano y el ciervo se detuvo, y se destruyó, y otra docena de estrellas salieron disparadas hacia el firmamento.

El cielo se iluminó al estallar como el fuego de una chimenea y cientos de constelaciones diferentes se avivaron con una luz plateada. Era imposible contarlas a todas o recordar sus figuras, y con la misma velocidad con la que aparecieron, se esfumaron, dejando atrás un cielo oscuro, plano y vidrioso.

Luego una mano pesada cayó sobre mi hombro. Mi estómago se revolvió.

Volteé con un suspiro y me encontré frente a frente con el rostro delgado, pálido y cadavérico de mi padre. Padre. Sus ojos estallaron con una luz roja con puntitos de ébano, y sus hombros se vieron envueltos en una capa de hojas viejas, humeantes y temblorosas, como si estuvieran llenas de susurros. Una neblina envolvía su cuello y torso, y toda su presencia emanaba un hedor a putrefacción.

—No se suponía que vieras eso —el estruendo de su voz regresó, llenando mi cabeza hasta hacerla estallar. Hice una mueca de dolor y traté de recostarme hacia atrás, pero él me sujetó rápidamente—. No se suponía que tomaras eso. Te irás, niña, *Te irás por tu cuenta de mi cabeza.*

Era demasiado fuerte; mi cabeza estaba a punto de partirse. Comencé a sentir un ardor en el lugar en el que su mano me había tocado el hombro. Grité, me agité, y con un giro de humo rojo y plateado, desapareció.

—¡No! ¡Tú sal de la mía!

Me desperté con un grito, sacudiendo los brazos, sentada frente a frente con una Mary con ojos de asombro. Khent caminaba a un lado del pequeño sofá distante en el que me encontraba recostada. Estábamos lejos del salón de baile y solos, aislados en una biblioteca en algún lugar de la mansión. Sobre mi cintura habían colocado un chal fino y un trapo frío y húmedo cayó desde mi frente hasta mi regazo.

–¿Cuánto tiempo estuve dormida? –susurré.

–No mucho –respondió Khent. Tenía las mangas de su camisa con un poco de jalea. Algunos rastros de preocupación desaparecieron de su rostro a medida que se acercaba a mí. Se arrodilló y me habló–. Solo unos minutos. ¿Te encuentras bien?

–Obviamente, no –contesté.

Él y Mary compartieron una mirada de susto, pero les hice una seña para que dejaran de hacerla y tomé el trapo y lo presioné con ligereza sobre mi cabeza febril.

–No he sido... completamente directa con lo que me está ocurriendo – evité mirar sus ojos curiosos, concentrándome en el bordado del chal que yacía sobre mis piernas, sobre el cual repasaba uno de los patrones estampados con la punta de mi dedo–. El espíritu en mi interior está golpeando la puerta, para hablar, y las bisagras están comenzando a ceder.

–Ah, Dios –suspiró Mary, persignándose como de costumbre–. Pensé que podía ser algo como eso. Entonces, ¿escuchas voces?

Asentí y jalé uno de los hilos del chal; se aflojó y lentamente lo enrollé alrededor de mi dedo.

–Más que eso. Siento su voluntad. Siento su necesidad de... controlarme. Justo ahora, me pareció sentir que quería que absorbiera la vida de Justine, de la misma forma en la que lo hizo con Amelia.

Khent maldijo en voz baja en su lengua nativa.

–¿Dónde está ella? –pregunté, agitada. Los sujeté de las manos con fuerza–. Dios mío, no me digan...

–Está más que viva –me aseguró Khent con una leve sonrisa–. Preocupada y muy habladora, pero viva. Fue a buscar un carruaje para que nos lleve a casa.

–Debemos mantenerla alejada de mí –dije con un tono de voz taciturno–. Solo para estar seguros.

–No le gustará para nada. Creí que se desmayaría cuando colapsaste –agregó Mary–. Pero inventaremos alguna excusa y, con suerte, podremos evitar que nos vean cuando nos marchemos. ¿Tienes fuerza suficiente como para ponerte de pie?

–Estoy segura de que nuestra anfitriona estará encantada –musité y asentí–. Más chismes –solté sus manos y giré mis piernas para pararme, no sin antes dejar a un lado el trapo sobre una bandeja que yacía junto al sofá–. Desearía poder decirle la verdad. Toda. Estos malditos secretos traen más problemas de los que merecen, pero la pobrecita nunca lo creerá...

–¿Nunca creeré qué?

Los tres nos quedamos congelados, hasta que volteamos para encontrarnos con Justine mirándonos desde la puerta. Contemplé la biblioteca angosta y acogedora, cuyas paredes estaban repletas de libros en buenas condiciones y polvorientos desde el suelo hasta el techo. Justine llevaba un decantador pequeño de vino y dio algunos pasos firmes hacia la habitación, con una expresión obstinada.

–Y no me gusta que me llamen “pobrecita”; soy una persona con la capacidad de entender muchas cosas. Entonces, ¿cuáles son todos estos secretos extraños y terribles?

–*Ey*, este no es momento para...

Pero Justine interrumpió a Khent sacudiendo la cabeza y caminando a pasos agigantados hacia nosotros.

–No hagas eso. No se desharán de mí tan fácilmente. ¿Acaso no soy tu hermana?

–Media hermana –la corregí con sutileza mientras me ponía de pie.

Justine me encontró a mitad de camino y luego se marchó hacia una mesa decorativa cerca del sofá, en donde había un juego de copas de brandi. Más tarde, los hombres que asistieron al baile vendrían a la biblioteca para disfrutar de un cigarrillo, pero Justine de todas formas tomó dos pequeñas copas de cristal. Sirvió un poco de vino en ambas, me entregó una a mí y la chocó con su copa.

–Por la verdad –dijo–. Y el coraje, lo que significa que debo preguntar: ¿era nuestro padre un criminal?

Por detrás, Khent tosió.

–En cierto modo... –bebí el vino, esperando que el ardor en mi garganta me diera coraje–. ¿Por dónde empezar?

¿Debía siquiera empezar?

Pero los ojos inmensos color café de Justine lucían implorantes y, cuando la miré y vi lo que podría haber sido yo bajo circunstancias más favorables, no pude evitar sentir que *quería* confiar en ella. ¿Acaso no había venido con el expreso propósito de intentar formar un vínculo de hermanas? Si ese vínculo importaba, entonces también importaba protegerla. Me alejé de ella y regresé al sofá.

–¿Tan malo es que ni siquiera puedes mirarme a los ojos?

–Mary –murmuré, ignorando a Justine por un momento–. Si algo sale mal... ¿puedes protegerla de mí con uno de tus escudos?

Asintió sutilmente y se paró entre ambas. Una vez que estuve a una distancia prudencial, volteé y giré la copa entre las manos, nerviosa. Justine lucía inquieta, por lo que rápidamente se sirvió otra copa.

–Asumo que crees en Dios, ¿estoy en lo cierto? –dije y sus ojos se agrandaron al oír eso.

–¡Ah! Pero qué pregunta inusual. Sí, claro que sí.

–Eso hará que todo esto sea más difícil.

–Cielo santo, ¿realmente es tan desagradable? –preguntó Justine, chillando–. Entonces qué, ¿era un hereje?

Casi me río al oír eso.

–Era tremendamente poderoso, como algo salido de un cuento de hadas. Podía dominar bestias e insectos, y gobernaba un reino de criaturas fantásticas –y con eso miré primero a Mary y luego a Khent–. Criaturas maravillosas. Y podía cambiar de forma de acuerdo a su propia voluntad y convertirse en cualquiera o en lo que quisiera.

¿Así es cómo me describes? Patético.

Encogida, moví la cabeza de lado a lado y lo silencié. La amenaza de otra jaqueca comenzaba a esparcirse desde la base de mi cuello, y me preguntaba si ese era su intento de evitar que compartiera la verdad con Justine. ¿Qué importaba ahora? Estaba encerrado en mi cabeza y ella era su hija, y eso le daba todo el derecho a conocer la historia completa.

Justine se quedó pensativa por un largo momento, asimilando la información, sin pestañear. Estaba increíblemente pálida.

–¡Debe ser una broma! ¿Cómo puede semejante cosa ser verdad?

–Es verdad, Justine. No vine hasta aquí para mentirte.

–De verdad quiero confiar en ti, media hermana, pero cuentos... de hadas –tartamudeó, negando con la cabeza. Quedó en silencio, hasta agregar algo lentamente–. Creo... que mi institutriz me contó ese tipo de historias. Pequeñas criaturas fantásticas que se escabullen por los bosques,

robando bebés y cosas brillantes, y que se transforman en gatos o aves para engañar a las personas.

–Algo así –le contesté–. Todas esas historias salvajes para niños son verdad. Yo soy una de esas cosas, también. Puedo cambiar mi apariencia – los detalles de cómo lo hacía no parecían relevantes, y Justine ya lucía lo suficientemente pálida.

–¿Tú? *Tú*. Entonces, eso significa que yo puedo...

–Me temo que no –la interrumpí–. Al menos, no lo creo. Nuestro padre cazó a todos sus hijos e hijas con la esperanza de que alguno de nosotros heredara sus poderes, con la esperanza de que pudiera consumirnos y hacer que nuestro poder lo mantuviera con vida hasta... bueno, hasta la eternidad, supongo. Se había debilitado con el tiempo –con una serie de respiraciones, levanté las manos–. Discúlpame, hay mucho más que eso. Guerras y enfrentamientos. Otros seres divinos están peleando entre sí.

Enroscó uno de sus dedos en un mechón de cabello oscuro que colgaba cerca de su oreja y me miró con desconfianza.

–Todo esto suena como una broma muy elaborada.

–Me doy cuenta de eso –dije.

–Y aun así luces tan seria que me hace querer creerte.

Tomé el chal de Mary del sofá y se lo devolví, luego señalé con la cabeza la puerta que llevaba hacia afuera de la biblioteca.

–No hay necesidad de creerme, Justine. Me pediste toda la verdad e intenté dártela. Lo único que puedo ofrecerte es lo que sé. Lo que tú elijas hacer con ello después es asunto tuyo –respondí, y Mary envolvió el chal a su alrededor con fuerza, mientras caminaba a mi lado y le dábamos suficiente espacio a Justine a medida que nos acercábamos a la puerta–. No

hay ningún truco o broma. Quiero que sepas la verdad porque somos de la misma sangre.

Khent se unió a nosotras al pasar junto a Justine, quien levantó una mano temblorosa.

–Esperen –murmuró–. No se marchen. Yo... ¿podrían continuar? –volteó hacia nosotros con sus ojos enormes y vidriosos, esbozando una sonrisa incómoda–. Por favor. No prometo creerles, pero prometo escuchar.

–*Escuchen* –dijo Khent, quien también levantó una mano y la presionó contra sus labios, haciéndonos quedar en silencio. Sus ojos púrpuras se entrecerraron casi por completo y podía ver sus orejas levantándose. Nuestras miradas se cruzaron y sentí un escalofrío congelado entre nosotros–. *Ewhey charou; hur seh eshest? Chapep.*

Escucha. No se oye nada. ¿Por qué está tan tranquilo? Extraño.

Solo me habló a mí en esa lengua para mantener el secreto. Algo ocurría, y sus sentidos caninos agudos lo habían percibido. Y tenía razón; el salón de baile había quedado en completo silencio. Antes, se podía sentir el bullicio constante de las conversaciones y las carcajadas ocasionales, pero ¿ahora? Silencio. Ni el tintineo de las copas de ponche, ni el movimiento de pies danzantes, ni el alegre cuarteto de cuerdas.

–Está desagradablemente tranquilo –susurró Mary, al notar el inquietante silencio.

–Qué extraño... –comenzó a decir Justine.

–No –la interrumpí–. Algo está mal. No debería estar tan tranquilo un baile.

Sus ojos se abrieron con miedo. Su voz comenzó a suspirar.

–¡La Sra. Langford! Espero que no le haya pasado nada. Debemos investigar.

–*Yo* iré a mirar –nos dijo Khent, quitándose su incómodo saco y dejándolo caer al suelo. Se remangó la camisa a toda prisa y dejó a la vista las cicatrices oscuras y los tatuajes descoloridos–. *Ustedes* se quedarán.

De pronto, se oyó un estallido de gritos y quejidos de dolor provenientes del salón de baile. El escalofrío avanzó rápidamente por mi espalda de un modo poco natural, hasta que comprendí con una bocanada de aire que no era simplemente miedo lo que sentía en mi interior, sino también una advertencia. Comprendí que ya había sentido la frialdad de este malestar específico antes, en la Coldthistle House, cuando los Adjudicadores del pastor habían caído del cielo.

–Creo que esta triste fiesta inglesa se ha tornado mucho más interesante –susurró Khent, antes de marcharse a toda prisa por la puerta hacia el vestíbulo.



Capítulo
Cuatro





Una sensación punzante de frío despiadado reemplazó la sangre que corría por mis venas mientras la casa temblaba y se sacudía como si un trueno hubiera estallado sobre ella. Era suficiente. Con un pie vacilante en el corredor, voltéé hacia Mary y Justine.

–Protégela, Mary –dije con firmeza–. Con suerte, regresaré enseguida.

–Yo también debería acompañarte –insistió Mary, dejando caer su chal–. Tres es mejor que dos.

–Sin duda, pero Justine te necesita justo en este momento. Estaré bien. ¿Recuerdas? Hay un monstruo acechando en mi interior.

Eso no pareció tranquilizarla, pero se quedó y escoltó a Justine de regreso a la biblioteca, en donde cerró las puertas. Al menos, eso me hizo sentir un poco mejor; la habilidad de Mary de usar su magia como una especie de escudo me había sorprendido cuando me encontraba en Coldthistle, por lo que ahora confiaba en dejar a la inocente Justine a salvo de lo que fuera que estuviera ocurriendo en el salón de baile. Sentí mi

estómago revolverse a medida que me acercaba a toda prisa a la conmoción, pensando en una variedad de posibilidades horribles y violentas. Más importante aún, por supuesto, era la idea de que esas advertencias en la puerta de nuestra casa no habían sido simples amenazas. Incluso antes de haberme marchado de Coldthistle, el Sr. Morningside en persona me había advertido que el anonimato era ridículo para alguien como yo. “Piensas que puedes correr todo lo que quieras, muchacha, pero las ruedas de la vida siempre pueden tomar otro rumbo capaz de abrir heridas antiguas y horribles nuevamente”.

En ese breve momento antes de llegar al salón de baile, solo podía preguntarme cuál era la herida exacta que había abierto.

No había mucho tiempo para preocuparse mientras corría por los pasillos dorados de Lady Thrampton; pronto me encontré en el salón de baile. Sus enormes y majestuosas puertas estaban cerradas y algunos huéspedes desorientados deambulaban afuera, entre voces confusas y quejas chillonas. Se había arruinado la noche, y no era algo que se pudiera tolerar. ¡Qué desperdicio! Todo esto era muy impactante para ellos, por supuesto, ya que sus manos adineradas no conocían otra cosa más irritante que un té frío.

Cuando estaba cerca de las puertas, se abrieron de golpe con una ruidosa ráfaga de viento. Una nube de polvo y el ramillete de flores de una señora salieron despedidos en mi dirección con suficiente fuerza como para quitarme el aire de los pulmones. Los huéspedes gritaron y se dispersaron, dejando atrás sus abanicos, copas de ponche y zapatos en su afán de marcharse a toda prisa. Pero no todos los invitados se fueron, ya que descubrí a algunos pocos deambulando por el salón. Estos estaban vestidos completamente de blanco y se encontraban de espaldas a la pared mientras

observaban el conflicto que se desarrollaba en el centro de la habitación, justo por debajo de un inmenso candelabro de cristal.

Una fina capa de polvo blanco como la nieve recubría el suelo alrededor de dos figuras agrupadas. El techo se había resquebrajado por la fuerza de lo que fuera que hubiera causado ese estruendo inicial. Esa sensación horrible de frío en mis venas se había acentuado por alguna razón; uno de los Adjudicadores del pastor había venido. Había caído desde el cielo y aterrizado como un ancla sobre el parqué, cuya madera se encontraba astillada, casi hecha trizas.

–Sparrow –dije suavemente, quedándome quieta.

Su cabello dorado ahora lucía más corto, al igual que su traje gris, el cual lucía como una armadura de cuero antigua. Alrededor de su cuello llevaba una venda blanca, al igual que una codera sobre su brazo, remanentes de su encuentro con Padre en la Coldthistle House. Para todas las heridas que había sufrido bajo sus manos, lucía muy hábil. Y furiosa.

–¡Ah! La hija prodigio está aquí –avanzó hacia Khent a una velocidad insólita, y lo corrió del camino con su cadera–. Sabía que este pulgoso estaba mintiendo. Estoy segura de que no pudo evitarlo; apenas es más que un perro. ¿Viene con un silbato?

De pronto, me encontré corriendo hacia ella. Por lo general, verla alta, dorada e inmensamente fuerte, me haría pensarlo dos veces antes de enfrentarla abiertamente. Lo único que me hizo detenerme fue el número de observadores inocentes en el salón.

–No lo haría si fuera tú –le advertí. A un lado de Sparrow, Khent se puso furioso y no me tomó ni un segundo notar cómo los músculos de su brazo se comenzaban a tensar contra su piel, lo cual indicaba que la bestia interior estaba lista para salir.

–Erradicamos a los de su tipo hace siglos –dijo Sparrow, mirándolo fijo–. Lástima que nos olvidamos de uno.

El sonido que emitió Khent hizo que se me erizara la piel. No fue un gruñido que un hombre pudiera hacer. En cualquier momento, tomaría su otra forma, la de una criatura canina de dos metros y medio de alto con garras tan filosas como una cuchilla. Las señoritas de la nobleza que se encontraban en un rincón, de hecho, podrían morir del susto.

–¡No! –grité–. Te está provocando. Nos está provocando a ambos. Tenemos que ser mejores que ella.

–No lo creo –dijo, poniendo sus ojos azules en blanco–. Un perrito y una mucama.

Sparrow se irguió con su altura completa, lo cual provocó que su forma humana se derritiera como una vela de cera, revelando el cuerpo dorado y resplandeciente que yacía en su interior. Sus rasgos faciales comenzaron a ser difíciles de discernir, mientras que su piel y huesos se tornaban de oro fundido. Un brazo, el que estaba herido, destelló hasta convertirse en una lanza larga y puntiaguda.

Esperaba sentir el miedo de los huéspedes, pero nadie hizo nada. Mi mandíbula se puso firme y comprendí que la sensación congelada que sentía en mi estómago no era solo por Sparrow. Su presencia era aterradora, sí, pero había algo más que estaba fuera de lugar. Khent también parecía notarlo, ya que miraba a su alrededor en todas direcciones y, mientras lo hacía, los hombres y mujeres que esperaban cerca de las paredes comenzaron a acercarse a nosotros. ¿Cómo podía ser posible? ¿Por qué no le tenían miedo?

Sparrow rio al notar nuestra confusión, tan arrogante e irritante como siempre.

—¿En verdad creyeron que todo quedaría en la nada? —se burló, moviendo de un lado a otro la lanza dorada en la que se había convertido su brazo—. Absorbiste el alma del Padre Oscuro. El libro y todos esos conocimientos patéticos de las Hadas están en tu interior. ¿No recibiste mis advertencias, querida? Creí que las arañas eran un toque agradable, considerando que estás a solo segundos de convertirte en un pequeño y triste insecto muerto.

Arremetió hacia mí, su piel destellaba tan increíblemente brillante que hacía que me dolieran los ojos de solo mirarla. Pero tenía que defenderme. Tropecé hacia atrás, pero me encontré con que un grupo de huéspedes caminaba lentamente hacia mí. Sus rostros sin miedo eran como máscaras idénticas; un señor de bigotes incluso estaba sonriendo. Sentí el calor del cuerpo de Sparrow a medida que se acercaba hacia mí, pero logré agacharme en el último segundo para quitarme del camino. Derrapó hasta detenerse y, luego, giró con gracia, dejando a la vista un leve destello de las alas que brotaban de su espalda, antes de que desaparecieran, antes de que se parara en posición defensiva con la lanza a un costado de su cuerpo. La punta de esa arma, brillante y letal, casi corta al hombre de bigotes.

—¡Detente! —grité—. ¡Vas a matar a alguien!

Sparrow rio una vez más y embistió como una flecha hacia mí.

—¡Esa es la idea, querida!

Estaba desesperada, más de lo usual, y, mientras cargaba hacia mí con un arma hecha de carne, oí a los hombres y mujeres a mi alrededor comenzar a cantar. Dios, eran todos los cantos del pastor, idénticos a los que cantaban los extraños grupos que había visto propagándose por todo Londres como un sarpullido pálido.

El pastor nos guiará, el pastor proveerá, por él viviremos y por él moriremos...

Cantaron una y otra vez, como un murmullo grave que se tornaba cada vez más fuerte. Sparrow movía la cabeza al ritmo de los cantos lentos, con su lanza en lo alto como si los estuviera dirigiendo con una batuta.

Presioné mi mandíbula con más fuerza y me esforcé por recordar que tal vez tendrían un número de razones para seguir al pastor. Quizás estaban realmente perdidos y necesitaban algo en lo que creer para mantener sus corazones firmes y conseguir ayuda. O tal vez, los Adjudicadores, como Sparrow, habían encontrado una forma de convertirlos en contra de su voluntad. No sabía mucho y no tenía ninguna prueba que demostrara que estos humanos merecían ser lastimados.

—No los lastimaré —le dije a Sparrow, pero no se detuvo. Arremetió con su lanza hacia mí, y pasó cerca, tan cerca que un extremo de esta cortó el hombro de mi vestido. Sentirla me alarmó, por lo que caí a un lado y giré para esquivar el arma que caía sobre mí una vez más; esta vez la enterró en el suelo. Sparrow hizo fuerza para sacarla, por lo que aproveché el momento para ponerme de pie y unirme a Khent en el lado opuesto de un salón que se tornaba cada vez más angosto. Los cánticos eran casi hipnóticos, pero me esforcé por mantener la concentración.

—¿Alguna idea? —preguntó por lo bajo—. Porque es más que seguro que nos harán daño a *nosotros*.

Sus brazos alejan al viento, él perdona a sus pecadores ciegos...

—Déjame pensar —le respondí con un susurro. Pero ambos sabíamos que no había tiempo para pensar o dudar. Una presión familiar en mi cráneo

significaba que Sparrow y su séquito de creyentes no eran nuestros únicos problemas. Al igual que Khent, Padre estaba listo para contraatacar.

Los cantos persistieron, pero uno de los huéspedes a mis espaldas arremetió hacia adelante y me sujetó del brazo para mantenerme quieta. Luché contra ellos, gritando y azotándolos, pero Sparrow vio la oportunidad y embistió hacia mí, con la lanza en lo alto.

–Hazlo –le dije a Khent.

No necesitaba más indicaciones. Mientras forcejeaba con las personas que me sujetaban del brazo, oí su fina camisa desgarrarse y su forma bestial comenzó a emerger por debajo de su piel. Eso tomó a Sparrow por sorpresa, pero solo por un instante, uno que pude aprovechar, dado que le permití a mi mente que deambulara con posibles defensas. Ya no tenía mi querida pequeña cuchara, pero recordarla me dio una idea. Metal. Armadura. Cerré los ojos con fuerza, me quedé en silencio, y centré todos mis pensamientos en alterar mi vestido.

La desesperación del momento debió haber ayudado, dado que casi enseguida sentí la seda tornarse más pesada, en el instante justo en el que la lanza de Sparrow se clavaba en una pechera de metal. Las chispas del impacto salieron despedidas frente a mí, una lluvia roja y dorada de calor destellante. Oí al hombre que me sujetaba las manos tomar una bocanada de aire por sorpresa, por lo que lo pisé con un zapato que ya no estaba hecho de cuero suave, sino de metal.

Me alejé de ambos y miré a la muchedumbre que se esparcía a nuestro alrededor hacia las paredes, mientras Sparrow aún permanecía llena de decisión. Giró su lanza una vez y luego la colocó frente a ella, mientras sus

ojos de zafiro se disparaban hacia la descomunal figura de Khent y hacia mí en mi armadura.

–Amigos –gritó, levantando su brazo de lanza para reunirlos–. Seguidores de nuestro gran pastor, ¡no teman! Arranquen el miedo de sus corazones como maleza de un jardín. ¡Síguenme! Con lo que encuentren, ¡síguenme!

Observamos a los huéspedes, sus seguidores, con sus trajes finos y hermosos recubiertos por capas blancas dispersarse para buscar cuchillos y demás utensilios. Tomaron algunas botellas abandonadas por los mayordomos desconcertados y las rompieron, haciendo que su filo destellara bajo la luz del candelabro. Y así le hicieron caso a Sparrow. Arremetieron hacia nosotros, gritando, y el canto monótono de pronto se convirtió en un mar de chillidos.

Demasiado tarde, sentí la presencia de Padre avivarse en mi interior. Quizás fue mi propio miedo, el cual no había siquiera intentado arrancar de mi corazón, el que permitió su llegada. O quizás había esperado este momento desde la vez que sobreviví el tormento de Sparrow en la Coldthistle House. Si era mi propia debilidad o mi deseo de venganza, no podía saberlo con certeza, pero oí algo que parecía ser tela desgarrándose en mi interior. La armadura se rompió, ya que mi cuerpo comenzó a expandirse a toda velocidad, retorciéndose y cambiando, hasta hacer que mis piernas fueran más largas y fuertes, con hojas oscuras alrededor de mis brazos a medida que mis dedos se estiraban y se convertían en garras oscuras.

Fuera lo que fuera en lo que me estuviera convirtiendo, detuvo a Sparrow, aunque su expresión de sorpresa pronto también se convirtió en un gruñido de determinación. Ella y sus seguidores cayeron sobre nosotros,

una docena o más de manos que nos golpeaban desde todas direcciones. Me incliné para tomar un cuchillo pequeño que uno de los huéspedes había dejado caer e intenté convertirlo en una espada, blandiéndolo ciegamente para mantener a los seguidores del pastor lejos de mí. La espada no los detuvo, por lo que intenté convertir el pequeño cuchillo en un inmenso escudo, uno lo suficientemente grande como para alejar a los humanos y hacer espacio. Nada parecía asustarlos. Solo quería detenerlos, hacerlos retirarse, pero algo en las órdenes de Sparrow parecía haberlos vuelto locos.

Oí un golpe seco de Khent contra uno de los huéspedes, lo que provocó que su cuerpo se sacudiera como si no fuera más que un muñeco de trapo. Algunos cuchillos y botellas rotas lograron su cometido de lastimar, por lo que el suelo a nuestro alrededor pronto se convirtió en un mar espeso de sangre, un poco de la cual era mía, otro poco de Khent, pero la mayoría de Sparrow.

Intenté alcanzarla. Mi cabeza se vio invadida por un humo carmesí; mi visión se concentró solo en su figura dorada y brillante y en la lanza que arremetía contra mí. Sin siquiera pensarlo, mi brazo se estiró sin parar, de una forma sobrehumana y horrible, pero útil en su rareza. La sujeté del cuello y noté un repentino rastro de horror en sus ojos mientras presionaba las vendas, sin detenerme. Su lanza se clavó en mi lado, por una abertura en mi armadura, pero apenas sentí el ardor. Más seguidores del pastor ingresaron a toda prisa al salón, pero ya era demasiado tarde. El control de Padre se había aferrado a mí, y su voluntad me dominaba como si yo solo fuera un simple disfraz. Vi con sus ojos crueles y golpeé con su cruel mano a Sparrow, a quien estrellé contra el suelo haciendo temblar la residencia una vez más. Las sillas y mesas alrededor del borde de la habitación cayeron, haciendo que el salón entero quedara en ruinas. Los candelabros dejaron

caer sus velas al suelo, y sus llamas amenazaban con expandirse. Un huésped, arrojado por Khent, pasó sobre mi cabeza. Unas raíces gruesas como una persona se elevaron desde el suelo de la misma forma en que lo habían hecho en el pavimento cuando todos se unieron para luchar contra Padre. Ahora esas enredaderas negras estaban de mi lado. De nuestro lado.

–¡El techo! –gritó Khent con sus colmillos puntiagudos–. *Mahar!*

Mira.

Khent dio un salto hacia atrás, abriéndose paso entre la multitud de huéspedes mientras yo tenía la buena sensación de seguir. Miré hacia el techo, cuyo recubrimiento ornamentado se comenzaba a resquebrajar por los movimientos de la residencia. El candelabro se mecía de un lado a otro, chillando peligrosamente sobre sus bisagras flojas. El golpe final que necesitaba llegó cuando Mary y Justine abrieron las puertas del salón. Ambas pusieron la misma expresión de asombro y horror en sus rostros, pero fue Mary quien dio un paso hacia adelante y cruzó sus brazos frente a Justine en el momento exacto en el que los tornillos del candelabro cedieron y sus bolas de cristal doradas y plateadas se desplomaron sobre el suelo, salpicándonos a todos con la cera de las velas. Una onda suave envolvió a ambas muchachas y pude notar el escudo de Mary emergiendo como una ola de sus brazos.

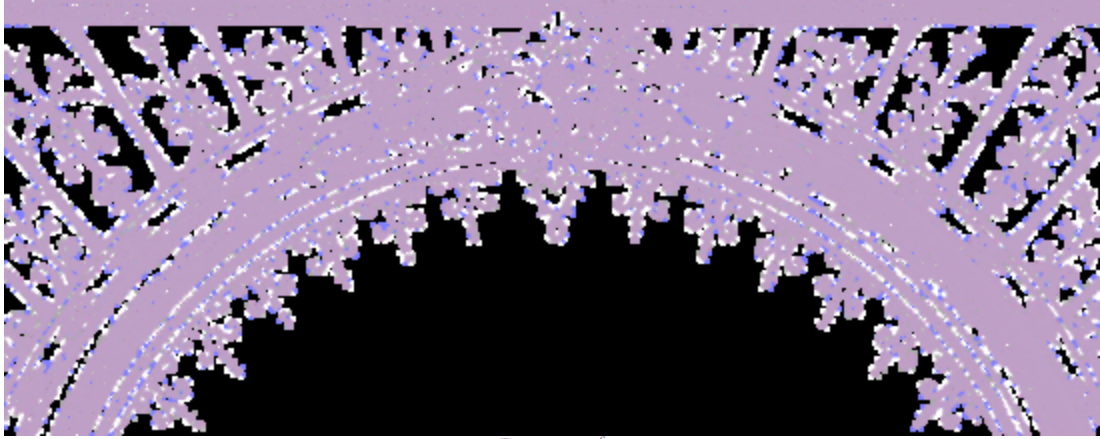
Quería mirar hacia otro lado, pero Padre no me lo permitía. Khent hizo una mueca de dolor a mi lado cuando el candelabro se estrelló contra el entramado suelo de raíces y astillas que mantenía a Sparrow por debajo. Soltó un quejido débil y de asombro, y luego le siguió un largo e inquietante silencio. Observé las velas dispersas sobre el suelo en ruinas y miré hacia el

costado de mi cuerpo. Me había comenzado a doler mucho, y al tocarme con la mano la retiré repleta de sangre.

Finalmente, sentí cómo la influencia de Padre disminuía, por lo que volteé al notar en su totalidad lo que había hecho. Sparrow había sido quien comenzó el ataque, pero ahora se encontraba gravemente herida. No, estaba muerta. De pronto, me invadió un escalofrío. Había otros cuerpos también y me revolvía el estómago verlos. Mis piernas estaban débiles, tambaleantes, por lo que me apoyé sobre la mesa que en algún momento había sido hermosa y festiva, pero que ahora estaba manchada con sangre. Agitada, logré ver mi reflejo en una bandeja de plata. Lo que vi allí me dejó sin aliento; ojos rojos y humeantes, un rostro cadavérico y carbonizado, una corona de astas entramadas...

Un monstruo. *Un monstruo*. Al cabo de un instante, mi propio rostro comenzó a emerger, haciendo que la bestia en la que me había convertido empezara a desaparecer hasta que el reflejo solo mostraba a una muchacha asustada con el rostro lleno de sangre y un insignificante cuchillo en su mano temblorosa.





Capítulo
Cinco





El estallido del candelabro y la muerte de Sparrow parecieron sacar a sus discípulos de su manía. Aquellos que podían correr lo hicieron y abandonaron el salón a toda prisa con la cola blanca de sus vestidos y trajes sacudiéndose por detrás como banderas de rendición.

Todavía tenía un nudo en el estómago. Sentí la respiración fuerte de Khent a mi lado, cuyo pelaje oscuro estaba recubierto con todo tipo de tripas y sangre. Sus ojos caninos astutos, de un tono púrpura brillante, me observaron mientras caminaba lentamente hacia Mary y Justine.

No podía mirar el candelabro. A Sparrow. Había sido una molestia miserable a mi lado desde el momento en que la conocí, pero me negaba a creer que merecía semejante final.

–Cielo santo, Louisa, ¡qué desastre! ¿Se encuentran bien? –preguntó Mary, quien respiró y se acercó a mí para abrazarme–. Oímos esos ruidos horribles...

–Necesitamos encontrar un lugar seguro adonde ir –le contesté, separándome con rapidez y encaminándome hacia la puerta. Justine permanecía congelada allí, con las manos sobre su boca–. ¿Dónde está tu tutora, Justine?

–De... debe estar en algún lugar de la residencia –logró decir, tartamudeando–. No la vi entre la muchedumbre y estoy segura de que no está con los... los...

–Debemos encontrarla –la interrumpí. Si bien sonaba lúcida, sentía totalmente lo opuesto. Algunas voces apagadas sonaron desde el vestíbulo y por detrás de las puertas. Pasé por un lado de Justine y les hice una señal a

Mary y Khent, quien ya había recuperado su forma humana y llevaba una vestimenta muy desgarrada. Enseguida, nos apresuramos hacia la conmoción.

Encontramos a la tutora de Justine, la Sra. Langford, abanicándose en el jardín de la residencia con una expresión de pánico en su rostro sudado junto a los huéspedes que habían salido de inmediato y todos aquellos que habían sobrevivido a la batalla con nosotros. Los sobrevivientes lucían confundidos y ensangrentados, ya que su pelea había terminado y su líder, Sparrow, yacía muerta debajo de un candelabro. Todos parecían estar mirando algo en el otro extremo del jardín, por lo que nos movimos entre la muchedumbre sin problemas; ninguno de los que notó mi presencia quería estar cerca de una muchacha con un vestido lleno de sangre y un cuchillo. Una señora con un vestido de satén anaranjado se desmayó y cayó sobre el césped cuando pasé a su lado.

Encontramos a un hombre solitario parado al frente de la muchedumbre. Era joven, apenas más grande que yo, y tenía algunas pecas y una cabellera pelirroja brillante. Llevaba un traje muy simple, enmendado en partes, y una venda blanca sobre sus ojos, como si estuvieran heridos. Aun así, parecía vernos con claridad, ya que movió su cabeza de lado a lado cuando nos acercamos.

El joven analizó el tamaño de la multitud y sentí una pequeña mano sujetándome por el codo.

—¡Louisa! ¡Dios mío, Louisa, decías la verdad!

Era Justine, cuyo cabello enmarañado caía sobre sus bellos ojos llenos de temor. Volteé hacia ella por completo, sin saber qué decir o cómo explicarle lo que acababa de presenciar. En ella había esperado encontrar a una amiga, un poco de normalidad, pero ahora, al ver lo que la verdad le había

generado, me arrepentía de siquiera haber venido al baile. Sus manos temblaban tanto que sentía el impulso de cubrirlas con las mías y presionar con fuerza. Padre rugía en mi interior, aún con el calor de la batalla, pero no había duda de que quería más. Aunque, evidentemente, esa sed era para consumir a su hija, a pesar de que ella no contara con poderes de Hada.

Tuve que alejarme de Justine pronto, antes de que él pudiera lastimarla a través de mí. Lloró, con la barbilla presionada contra su pecho, y suspiré. La única diferencia entre ambas había sido un accidente de nacimiento. Si las cosas hubieran sido diferentes, podría haber sido ella la que estuviera maldecida con el espíritu de Padre y yo la señorita privilegiada y despreocupada de la ciudad. Solo el azar la protegió de la ira de Padre, cuyo camino lo envió hacia mí antes que a ella. Y me partía el alma verla tan desdichada. Llegué a la conclusión de que, quizás, era mejor que yo fuera quien asumiera la carga.

–Te tomará tiempo comprender todo por completo –le dije sutilmente–. Y...

Pero no pude decir nada más, ya que el joven al frente de la multitud ahora me hablaba a mí.

–Supongo que todo este desastre sangriento es tu culpa –resopló profundamente y se corrió el flequillo de la frente. Tenía más pecas que Mary–. *Son* amigos de Henry, imagino.

–No somos sus amigos. Nosotros... –comencé a decir, pero me empujó hacia un lado y, con los brazos abiertos, se dirigió a los huéspedes reunidos, quienes temblaban en la neblina bajo chales finos. Justine siguió llorando contra su vestido.

–Queridos amigos, todos están muy agotados y confundidos, permítanme ayudarlos –esbozó una sonrisa genuina e inhaló, y luego una luz amarilla suave emergió de su pecho, bañando a los invitados y seguidores en un rayo de luz que atravesaba la noche y caía gentilmente sobre ellos.

Sus ojos se iluminaron; sus bocas se entreabrieron. Incluso Justine parecía completamente fascinada. Luego, con la misma rapidez con la que había aparecido, se desvaneció. El joven se quitó su saco y lo colocó sobre mí, escondiendo las heridas y la sangre.

Solté las manos de Justine. Habían dejado de temblar. Me miró como si fuera una extraña. Me dolía, pero lo dejé pasar, sabiendo lo mucho que la habrían perturbado la información y la carnicería.

–Ahí está –le dijo a la muchedumbre con sutileza, mirándonos con una expresión serena–. Qué fiesta más escandalosa. Deben regañar a Lady Thrampton por su ponche mediocre y hablar sin detenerse sobre el chelo desafinado del cuarteto de cuerdas. ¿Y Lady Thrampton? Debe mudarse al campo por un tiempo para recuperarse de la vergüenza que le dejó esta triste fiestita.

Lady Thrampton, a quien no había visto entre los seguidores pero que ahora comprendía que había sido una de las personas que nos había atacado, se llevó una de sus manos ensangrentadas a los labios y frunció el ceño.

–Eso me dará tiempo para limpiar toda esta desgracia –dijo y luego hizo una breve y casual reverencia–. Dalton Spicer, el tonto lo suficientemente estúpido como para ayudarte esta noche.

–Spicer –repetí, acompañándolo hasta las puertas de salida de la residencia. Era mi turno para sentirme como si estuviera confundida. La

muchedumbre retomó la charla por un momento detrás de nosotros y gradualmente comenzó a dispersarse. Justine había encontrado a su tutora, pero ahora me preguntaba cuánto recordaría de la noche. Nuestra conversación en la biblioteca, por ejemplo... Si el destino se portaba bien, no recordaría nada de esto.

–Conozco ese nombre –agregué–. ¿Por qué me suena familiar?

–Porque soy un viejo amigo de Henry –contestó con tranquilidad–. Y un Adjudicador. La punta faltante en el tridente de Sparrow y Pinzón.

Al oír eso, me quedé congelada, al igual que Khent y Mary a mi lado. Dalton Spicer hizo unas señas.

–No hay necesidad de sentirse así. No soy su enemigo. Renuncié a realizar Ajusticiamientos y a seguir las órdenes del pastor hace mucho tiempo. Lo que significa que... –y aquí señaló la venda que cubría sus ojos. Se la quitó y dejó a la vista dos cuencos vacíos que alguna vez habían albergado sus ojos–. Comenzamos a quedar Invidentes cuando nos volvemos en su contra.

Colocó nuevamente la venda y salió por la puerta, caminando rápidamente en la dirección opuesta a nuestro hogar.

–¿Invidente? –pregunté.

–No podría realizar un Ajusticiamiento aunque quisiera. Mis capacidades están limitadas... y se vuelven cada vez más inútiles día a día. Pero lo vale. Prefiero convertirme lentamente en un erizo que ser como Sparrow.

Se quedó en silencio, al igual que yo, ambos apreciando el peso de su muerte. Se sentía imposible que alguien tan poderoso y mágico como ella pudiera simplemente *morir*. Y por mi culpa.

–Desearía que la hubieran conocido en un mejor momento –nos dijo Dalton, como si estuviera leyendo mis pensamientos oscuros–. Cambió cuando me marché. Si hubiera sabido que mi partida la volvería tan furiosa, tan cruel, habría lidiado con las cosas de un modo diferente. Muchas cosas. Pero eso y tu relación con Henry son discusiones para otro momento. Ahora mismo necesitamos llevarlos a todos ustedes a un lugar seguro.

Un carruaje modesto con dos caballos blancos inmaculados esperaba en la calle, alejados de las lámparas reveladoras y el jardín atestado de personas en la propiedad de Lady Thrampton. Nos guio con decisión, aunque vacilé cuando llegó a la puerta y la abrió. Noté que no había ningún conductor.

–Espera –dije–. Aprecio tu intervención, creo, pero todo esto está ocurriendo demasiado rápido.

Khent asintió.

–Mmm. ¿Cómo podemos confiar en ti? Eres uno de ellos. No me gusta.

Tenía razón. Dalton también me generaba esa sensación fría en mis venas, pero era mucho menos notable que la que me habían producido Sparrow y Pinzón. Estudié al joven con detenimiento, aunque su rostro era imposible de leer.

–Sparrow y sus seguidores saben dónde vivimos –señaló Mary–. Estaban dejando cosas muertas en la puerta de nuestra casa para advertirnos. Esto tampoco me gusta, pero creo que debemos evitar ir allí por el momento.

–Al fin –resopló Dalton–. Sentido común. Miren, no necesito que confíen en mí, pero sí que me escuchen. Esos seguidores no permanecerán confundidos para siempre. Sin duda alguna, Sparrow los estaba usando para sus propios fines y, con ella muerta, alguien más vendrá a tomar su lugar y controlarlos. Recobrarán la compostura al igual que su lealtad, y su primera

opción será seguir a quienquiera que venga, Pinzón seguramente, o alguna otra de las marionetas del pastor. Les di tiempo, pero solo un poco.

Moví incómodamente el cuchillo en mis manos, pasándolo de una mano a la otra por debajo de mi abrigo.

–Pero ¡todas nuestras cosas! Agnes y Silvia estarán preocupadas si desaparecemos por completo. No debemos dejarlas quedarse en esa casa si es peligroso.

–Yo iré –dijo Khent, asintiendo decisivamente–. Puedo despedirlas y juntar todas nuestras pertenencias en el faetón. ¿En dónde los encuentro?

Su firmeza parecía complacer a Dalton, quien esbozó una sonrisa de aprobación y luego señaló el carruaje con su cabeza.

–Deptford. No es lejos. Allí hay una pequeña iglesia en honor a San Nicolás. La reconocerás por la calavera y los huesos sobre las rejas.

Parecía una mala señal. Pero Khent simplemente nos tocó a Mary y a mí sobre el hombro, esperando nuestras respuestas.

–Por supuesto, por supuesto –dije apresuradamente–. Ve. Creo que esta noche demostré que puedo arreglármelas sola.

–Nunca lo dudé, *eyachou* –luego, con mayor seriedad, le habló a Mary–. Pero tú cuídala de todas formas.

–Sí. Nos cuidaremos la una a la otra –afirmó Mary–. Lo prometo.

Con eso, Khent desapareció en la noche. Era increíblemente más rápido cuando quería, y me preguntaba si quizás se transformaría en su otro ser para atravesar la oscuridad a una mayor velocidad. Dalton no esperó a verlo marcharse, ya que ya se encontraba en el carruaje, impaciente por que subiéramos.

–Debemos llegar a Deptford antes del amanecer. Cuanta menos gente en esta ciudad sepa de ustedes, mejor.



La neblina adherida a las calles de Londres se disipó a medida que nos acercábamos a Deptford. Nunca había visto esa parte de la ciudad y dejé que las ordenadas filas de casas y jardines me distrajeran del malestar que persistía en mi corazón. Mary, exhausta, se quedó dormida sobre mi hombro. El carruaje avanzaba por su cuenta, jalado por caballos que navegaban por la ciudad como si hubieran sido entrenados solamente para ese propósito.

–Ya recuerdo tu nombre –le dije a Dalton Spicer con suavidad, tratando de no despertar a Mary–. En la Coldthistle House encontré una copia vieja del libro de Henry. La dedicatoria era para ti.

–Estoy seguro de que está furioso conmigo por olvidarlo.

Su voz tenía leves rastros de remordimiento.

–Ambos eran muy allegados –agregué–. Él hablaba de ti.

Dio media vuelta en su asiento y se alejó de mí, en dirección a la ventana.

–No pretenderé estar interesado en qué es lo que tenía para decirme. Pero sí, fuimos amigos por un tiempo. Él fue en parte lo que me hizo dejar atrás las filas del pastor en un principio. Tenía todas estas ideas grandiosas sobre arreglar el estado de las cosas, sobre acabar con la disputa eterna entre los dioses. Era todo muy radical y excitante. Ahora lo veo como lo que realmente era –murmuró–. Una mentira.

–Es bueno para eso –contesté con indiferencia–. Para mentir.

–Llegamos.

Podía notar que él estaba agradecido por eso, ya que saltó del carruaje mientras este aún estaba en movimiento. La brusquedad del salto despertó a Mary, por lo que la tranquilicé colocando mi mano sobre su brazo. Afuera, en la pesadumbre silenciosa de la noche, un búho nos miraba desde una escultura de roca con forma de calavera. Tal como Dalton había dicho, dos columnas de calaveras y huesos marcaban la entrada a la capilla, un detalle macabro para un lugar, dentro de todo, pintoresco. La capilla misma se elevaba por encima de las rejas, pálida y recta, con un árbol delgado meciéndose en el lado derecho del jardín.

Dalton abrió la puerta para nosotras y salimos al frío. El carruaje se marchó solo, giró en una esquina y se dejó llevar por el suave galope que se desvanecía en el frío. Me acurruqué dentro de mi saco prestado, sujetando aún con fuerza el pequeño cuchillo. No había ningún indicio de que fuera a necesitarlo, pero ya había sido lo suficientemente ilusa como para confiar en uno de los seguidores del pastor antes, por lo que esta vez estaría preparada. Chijioke me había advertido cuando los seres del Supramundo aparecieron por primera vez diciéndome que nunca serían mis amigos, pero mi terquedad me hizo creer que los agradables, como Pinzón, harían caso a su consciencia y no seguirían órdenes a ciegas. Al final, había elegido al pastor, horrorizado por lo que había presenciado en la Coldthistle House. De todas formas, confiaba en Dalton Spicer y mi intuición me decía que era un sujeto amable, o al menos, bien intencionado.

Padre, sin embargo, pensaba distinto.

Asesino. Traidor. Mentiroso de oro.

–Ya es suficiente, muchas gracias –musité.

–¿Disculpa? –preguntó Dalton mirándome mientras atravesábamos las rejas con las calaveras.

–Nada –contesté–. ¿Nos quedaremos en la capilla?

Cruzamos el terreno hacia la puerta, pero cambiamos de dirección a último momento y nos dirigimos hacia un lado de la construcción. Extendí un brazo para tocar las rocas frías y un escalofrío se impregnó en mi piel. Miré hacia arriba, miré hacia los vitrales, pero no vi ninguna vela ni ojos observadores.

–Este ha sido un refugio para los rebeldes desde... bueno, desde hace mucho, mucho tiempo. No solo para los de mi especie y los de su especie, sino también para los humanos. Soportó fuegos, guerras, a los Tudor y los Estuardo, a los Guillermo y a los Jorge... –comenzó a reírse con un tono grave–. Sospecho que permanecerá en pie hasta mucho después de que Henry, el pastor y ustedes hayan sido olvidados.

Era extraño que me agrupara con esos dos, pero no discutí. En la parte trasera de la capilla, junto a un puñado de lápidas de piedra, yacía una puerta pesada que parecía dirigir a un sótano apartado del edificio principal. Un arco de piedra construido sin cuidado se elevaba sobre esta, grabado con símbolos que no significaban nada para mí. Mary lucía igual de confundida por ellos. Con la punta de su bota, Dalton golpeó tres veces en la puerta del sótano.

La voz de una mujer sonó desde el interior con un acento claro y melodioso, incluso a través de la madera.

–¿Cuál es la recompensa del pecado? –preguntó la voz.

–La muerte.

A la respuesta le siguieron lo que parecieron seis cerrojos destrabándose. Las bisagras crujieron y luego, lentamente, las puertas se abrieron hacia

nosotros. El espíritu que albergaba mi cabeza se resistió, pero me impuse sobre este, consciente de que probablemente pagaría por mi mal humor con un dolor de cabeza más tarde. Solo quería salir del frío y ponerme ropa limpia, beber una taza de té y decidir sobre nuestro futuro como fugitivos.

Ni bien colocamos un pie sobre los escalones que avanzaban hacia el sótano, nos topamos con una calidez sorprendente. Había esperado encontrarme con una humedad fría por las rocas, pero la guarida subterránea estaba reforzada con tablones de madera viejos y una alfombra de fieltro que suavizaba nuestros pasos a medida que descendíamos. Unos faroles hechos con viejos barriles colgaban por encima, lo suficientemente bajos como para estirar una mano y tocarlos. Una esencia herbal albergaba el aire, menta, lavanda y romero, tan limpia y fragante como la maleta de un boticario.

Al final de la larga escalera esperaba la mujer que habíamos oído antes. Era de tez oscura y baja estatura, y llevaba una camisa de hombre que le quedaba grande, la cual había atado a su cintura con una faja, y una falda larga a rayas. Su cabello negro lucía brillante y tenía una única trenza que caía sobre uno de sus hombros.

–Fathom Lewis –dijo, ofreciéndome su mano.

–Me temo que mis manos están... No se encuentran en condiciones óptimas para estrecharlas. ¿Aceptaría una reverencia?

–Si insiste –contestó Fathom despreocupada. Ella, Mary y yo intercambiamos algunas reverencias, aunque se sentían ridículamente formales, dadas las circunstancias.

–Los estadounidenses y sus modales –dijo Dalton, mirando con desdén–. Ella es de un lugar llamado Pensilvania. Solo Dios sabe cómo es ese lugar.

–De hecho, es agradable –comentó con una sonrisa. Eso explicaba su acento inusual–. A Dalton no le gustaría; no hay tantos engreídos como él.

–Ja. Ja.

–Me dijo que podía haber problemas esta noche –dijo Fathom, ignorándolo. Caminó a toda prisa hacia las profundidades del refugio y la seguimos justo por detrás de Dalton–. Por lo que veo, tenía razón.

–Sparrow hizo de las suyas –explicó–. Me negaba a creer que lo hiciera tan rápido. Y con tanta violencia. No terminó bien para ella y sus seguidores.

El sótano se abrió hacia una sala más grande, cuyas paredes estaban recubiertas por estantes dispares, cada uno de los cuales se encontraba atiborrado de papeles, cajas de baratijas y demás rarezas. La habitación me recordaba un poco a la biblioteca que Henry me había permitido usar para traducir el diario de Bennu, solo que los objetos aquí no lucían tan valiosos. Aun así, por un momento, el recuerdo me trajo algo de nostalgia. Que recordara cada rincón de la Coldthistle House con tanto cariño era asombroso, y la residencia y los recuerdos se sentían imposiblemente distantes. No había estado a salvo en ese entonces, pero de seguro no era tan malo como todo esto.

Fathom desapareció por un pasaje lateral y regresó al cabo de unos segundos con una bandeja repleta de tazas y, gracias a Dios, una tetera. Preparó una mesa antigua y tambaleante para cuatro mientras Mary colapsaba agradecida sobre una de las sillas mullidas.

–Una más, por favor –le indicó Dalton–. Un caballero se unirá a nosotros más tarde. Un hijo de la realeza de Egipto de día, si no me equivoco, y un perro lunar de noche.

–Un Abediew –lo corregí, ofendida en nombre de Khent. *Perro lunar* no parecía ser lo adecuado para capturar la esencia de lo que era.

–Mi error. Sí, eso, y vendrá pronto con sus pertenencias. No creo que sea una idea sabia regresar ahora que Sparrow atacó en público. Otros tendrán algunas ideas, y Pinzón vendrá a buscar a su hermana.

Me encogí de miedo. Pinzón. Puede que no hayamos dejado las cosas en buenos términos, pero estaba segura de que la muerte de Sparrow lo enfadaría por completo. Eran hermanos, después de todo, por más extraños que fueran, y no me daba ningún placer imaginar su sufrimiento o cómo luciría su represalia. No quería pelear con él, ni con nadie; solo quería desaparecer, pero incluso parecía que escapar y tener una vida normal había sido mucho pedir.

–Entonces, tú eres... bueno, ¿una de nosotros? ¿Un elfo, un demonio o algo? –pregunté lentamente. No tenía sentido pensar en Pinzón. En todo caso, haría mi mejor esfuerzo por evitarlo a él y a los problemas que acarrearía.

Fathom negó con la cabeza.

–Ah, no, mucho peor que eso. Soy una poetisa.

–Una poeta *estadounidense*. Dios mío.

Ella y Dalton se sumieron en risas, por lo que miré a Mary, quien se encogió de hombros y tomó un sorbo de su té. No parecían estar planeando nada en nuestra contra ni compartir miradas furtivas; además, nos había dado té y un lugar seguro para escondernos, aunque me reservaba mis dudas. Sus risas movieron algo en mi interior. Un ser del Supramundo, por más desagradable que fuera, acababa de morir. Mucha *gente* acababa de morir. ¿Cómo podían reír? ¿Acaso no comprendían el peso de la presión con

la que cargaba en mis hombros, con la evidencia roja de una muerte que se secaba sobre mi cuerpo?

Fue el poder de Padre lo que me respondió, llenando mi cabeza repentinamente con la neblina carmesí que reducía mis propios pensamientos hasta no permitirme oír ni sentir nada más que el golpe firme de unos tambores crecientes. Mis manos se tensaron alrededor de la taza de té hasta quebrarla, lo cual ocasionó que el té cayera sobre mi mano y, para mi sorpresa, rompiera el hechizo.

Al abrir los ojos, los tres me estaban mirando.

Una fina capa de polvo se desprendió desde el techo sobre nosotros. Mi ira debió haber hecho temblar todo el sótano.

–Discúlpenme –susurré con voz ronca–. Hay algo que no está realmente bien en mí –nadie habló. Mary se acercó y me sujetó de la mano–. Asumo que no han oído sobre la *cosa* que comparte mi alma.

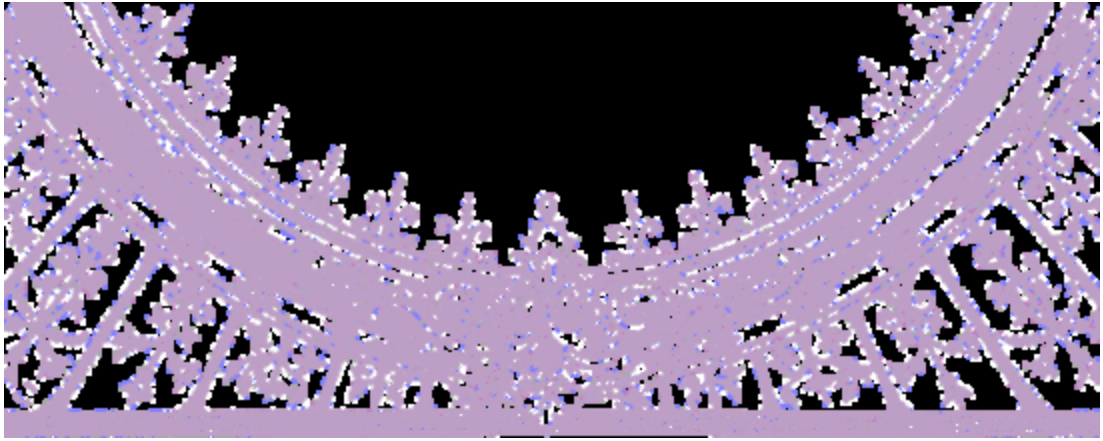
Dalton negó con la cabeza lentamente, mientras yo frotaba la mesa con mi pulgar. Por un momento, Fathom se marchó y, cuando ella regresó, me entregó un trapo cálido y húmedo. Lo froté en mis manos y respiré entrecortadamente.

–Comenzaré por el principio –dije.

Y así les conté; parte por parte, les conté con confianza a ellos, desconocidos, la historia fantástica completa, con la esperanza de que hubiera una solución al peligro que me acechaba, sabiendo que era muy probable que permaneciera con la maldición de mi padre para siempre.



Capítulo
Seis



Dalton y Fathom me escucharon. Con una paciencia santa, escucharon.

–Sparrow debió haberse enterado de ese barquero de las almas, Chijioke. Debió ser eso lo que la puso alerta –dijo Dalton con seriedad cuando terminé de describir el proceso de albergar un alma ancestral dentro de mi cuerpo.

–No es su culpa –agregó Mary–. ¡Solo hizo lo que podía para salvar a Louisa!

–Nadie le está echando la culpa –le aseguró, y nos sirvió más té. Mi taza solo tenía una pequeña rajadura, pero de todas formas me dieron una nueva–. Pero Pinzón nunca se guardará eso para sí mismo. El pastor debe haber estado furioso y ahora está intentando conseguir el poder con estos fanáticos suyos. Teme lo que sea que Henry se haya convertido, sea lo que sea que haya estado tramando en esa mansión.

Sus ojos se dispararon a toda prisa hacia mí, un gesto que me hizo fruncir el ceño.

–Si te preguntas cuál es el plan, no tengo idea –contesté–. ¿Mary?

Se mordió los labios y movió las mejillas de lado a lado, pensativa.

–Siempre hicimos lo que nos pedía, eliminar a las personas malas que se quedaban en Coldthistle, mientras Chijioke ayudaba a mantener sus almas en una especie de colección. Aves, cientos de ellas. Tiene muchas, lo sé, pero nunca compartió sus motivos.

–¿Cuántas? –fue Fathom quien preguntó, acercándose a nosotros desde el otro lado de la mesa angosta.

–Cientos –contestó Mary–. Creo... Creo que cientos.

–¿Cientos de almas atrapadas? ¿No te parece un ejército? Porque a mí me parece un ejército –dijo Fathom, silbando y dándole un empujón a Dalton.

–Típico de Henry, siempre pensando en sí mismo y nunca en las consecuencias que podrían dañar a todos los demás. No cabe ninguna maldita duda de la razón por la que el pastor está tan desesperado por conseguir seguidores –comentó Dalton, quien se alejó de la mesa sin decir una palabra y tomó un decantador de un estante cercano. Se encontraba junto a un jarrón de lo que parecían ser patas de cerdo en vinagre. Fuera lo que fuera que hubiera en el decantador, lo agregó copiosamente a su té.

–Solo quiero apartarme de todo esto –dije, impaciente por... algo. Respuestas. Cualquier cosa. Incluso si las respuestas eran difíciles de oír–. Henry. El pastor. Es su pelea, no la mía. Lo único que quiero es sacar a este *monstruo* de mi cabeza.

Dalton asintió y comenzó a golpear sus dedos pensativamente sobre un lado de su taza de té.

–Eso está bastante fuera de mi alcance, pero conozco a alguien que podría ayudar.

–Por favor, no digas Henry –respondí, y se aclaró la garganta.

–Henry.

–*Pero claro* –le señalé el decantador y Dalton vaciló por un momento antes de encogerse de hombros y empujarlo sobre la mesa hacia mí.

–Louisa... –dijo Mary, quien, a pesar de lucir cansada, se fregó los ojos y se sentó más recta en la silla–. Estábamos por escribirle a Chijioke, ¿recuerdas? ¿Realmente pensabas que era algo completamente diferente?

–Esperaba mantener al Sr. Morningside apartado de esto –contesté secamente–. Sabes que no me hace muy feliz la idea de regresar a Coldthistle.

De hecho, esperaba nunca tener que regresar. Me había dicho a mí misma que si nuestra vida en Londres resultaba imposible, entonces intentaría otros lugares antes de regresar a Yorkshire. Incluso la Primera Ciudad, con todos sus fantasmas antiguos, me resultaba más atractiva. Pero miré a Mary y noté que movía levemente su brazo. Enseguida, mis ojos se dispararon hacia debajo de la mesa y vi que había tomado el pequeño pez tallado en madera que Chijioke le había regalado y lo frotaba con su pulgar.

–¿Qué te hace estar tan seguro de que Henry podrá ayudarme? –le pregunté a Dalton, quien estaba nuevamente de pie y deambulaba entre los estantes atiborrados de cosas. Si estaba a punto de rendirme y regresar a Coldthistle, en medio de un conflicto entre Henry y el pastor, entonces quería una muy buena razón para hacerlo. Miré a Mary y, si bien no estaba tan segura, por supuesto, podía jurar que veía esperanza en el brillo de sus ojos.

–No me canso de decirte que acomodes toda esa basura –musitó Fathom, robando un trago del decantador para ella misma.

–Puedes hacerlo tú, *poeta*.

–*Poetisa*, muchas gracias.

–¡Ah! Aquí estamos... –algo sobre la postura de Dalton y sus gestos me recordaba fuertemente al Sr. Morningside. Me preguntaba cuán cercanos habían sido, considerando que parecían pararse y gesticular de la misma forma. Incluso eran similares en la complejión de su cuerpo y altura,

aunque opuestos en el color de sus ojos y cabello. Era natural imaginarlos como una dupla, contrastante pero convincentemente similares.

Dalton regresó a nosotros con un diario escrito a mano, algo que me hizo encoger del miedo, recuerdos de una muñeca acalambrada por la traducción furiosa del diario de Bennu para el Sr. Morningside. Bueno, tal vez no sentía tanta nostalgia por la biblioteca después de todo. Sin embargo, este diario parecía estar en mi idioma y Dalton me lo entregó con cuidado, como si estuviera hecho de hilos de azúcar y no de papel robusto. Lo recubría una capa de polvo, y una esencia a moho se elevaba entre sus páginas desgastadas y queridas. La cubierta de cuero labrado se encontraba atada con un trozo de hilo y simplemente llevaba la inscripción: 1248-1247 a. C.

–Luces como una muchacha a la que le gustan los libros, por lo que dudo tener que advertirte que esta es la única copia –dijo Dalton con una expresión tensa mientras me entregaba el diario con ambas manos y estudiaba la cubierta–. Cuando Henry y yo viajamos juntos, descubrimos algunas cosas extraordinarias sobre nuestro origen –hizo una pausa y estiró su mano hacia mí, luego hacia Mary y de regreso a él–. Sobre el origen de todos nosotros. Henry estaba fascinado con el *Elbion Negro*; con todos los libros. Quería saber cómo fueron creados. Era... una obsesión. Buscó respuestas incansablemente.

–¿Y? –pregunté secamente, entusiasmada por las posibles enseñanzas de los libros misteriosos y divinos. Mi propio destino me había conectado con la Coldthistle House luego de simplemente haber tocado el *Elbion Negro*, y mi amigo, Lee, aún estaba atado a esta por la voluntad oscura del ama de

llaves. Había usado las sombras y hechizos para regresarlo a la vida, pero solo a una vida de sombras, sostenida por el libro mismo.

–¿No te gustan las sorpresas? –bromeó.

–Mmm. Me encantaría oír la historia completa, pero estoy un poco apresurada por deshacerme de la criatura viciosa que retuerce cada pensamiento y sensación que tengo –contesté con la misma aspereza.

–Cierto. Bueno, solo quiero decir que, si existe alguien que seguro puede ayudarte son los seres que crearon los libros de poder. Henry está convencido de que sabe dónde encontrar a estos seres y cómo infiltrarse en su lugar, pero por lo que sé, se niega a hacerlo solo. O no puede. Está todo allí –explicó Dalton, señalando el diario con la cabeza–. Tal vez tú puedas descubrir más de lo que yo puedo. Mencionaste que tu padre de alguna forma absorbió el libro de las Hadas Oscuras, ¿verdad? Entonces, el lugar donde fue creado puede ser de tu interés.

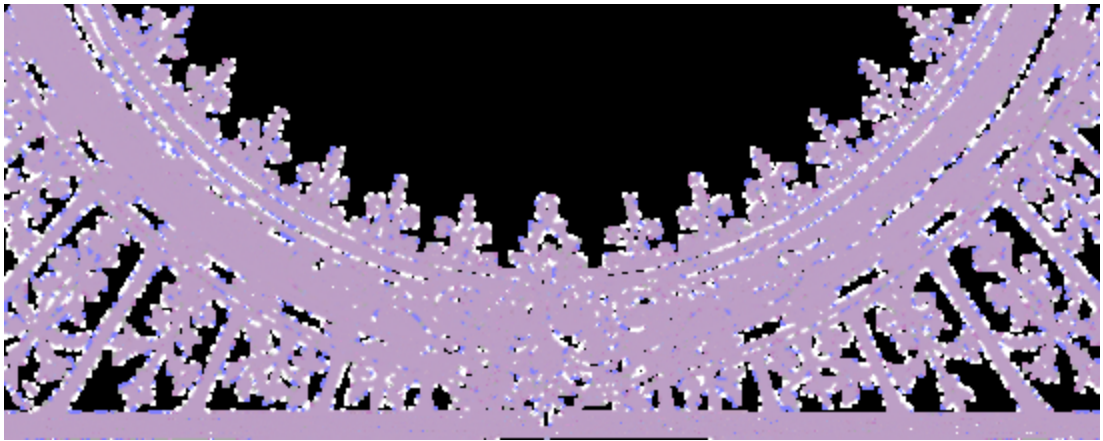
–Y Henry sabe en dónde está –musité–. ¿Nunca te lo contó?

Dalton esbozó una sonrisa, pero no muy grande. Apartó la vista de mí y la posó sobre el diario por un largo momento. Estaba oscuro en el sótano, pero podía jurar que sus ojos se vieron invadidos por el brillo de algunas lágrimas.

–Tú lo conoces, ¿no es así, Louisa? Es un hombre que codicia sus secretos. Incluso de... –suspiró y se pasó la mano por su boca antes de tomar el decantador–. Bueno, no importa. El diario es tuyo ahora. Léelo con cuidado. De todas formas, me temo que la solución a tus problemas reside en la Coldthistle House.



Capítulo
Siete





Mary se preparó para dormir al poco tiempo de que Dalton me entregara el diario. El sótano albergaba una serie de corredores angostos, un número improbable de puertas que llevaban a depósitos, despensas, un baño, y algunas recámaras acogedoras con literas y sacos de dormir. Había seguido a Fathom y Mary a través de este túnel serpenteante, pero, cuando llegamos a las literas, comprendí que no tenía ningún deseo de dormir. Estaba bastante despierta y el diario que cargaba bajo mi brazo era demasiado tentador como para cambiarlo por sueños.

Le di las buenas noches a Mary y esperé un momento hasta que se acostara en un saco de dormir mullido. Fathom fue muy amable al

entregarme algunas prendas para vestir, ya que mi vestido de gala era una maraña de hilos y sangre seca. El vestido que me dio me quedaba grande, pero me mantuvo lo suficientemente cálida, ya que tenía mangas aterciopeladas con flecos costosos que se habían tornado amarillentos por el paso del tiempo. Mary se quedó dormida casi enseguida, de lado, con el pez de Chijioke entre sus palmas por debajo de su mejilla.

Fathom y Dalton habían desaparecido en otra de las habitaciones. Mientras regresaba lentamente a la sala principal, oí sus voces apagadas y me detuve frente a la puerta.

–Necesito tomar un poco de aire –dije desde el otro lado.

–Está bien. Golpea la puerta para que te abramos de nuevo. Ten cuidado, Louisa. Tu amigo cambiante no es el único que está merodeando por Londres esta noche.

Pero eso no me disuadió. Regresé por donde había ingresado al refugio y subí las escaleras hasta toparme con la puerta pesada, la cual empujé con un hombro y cerré con cuidado. Me envolvió el frío de las horas previas al amanecer, pero acepté la ráfaga de aire de buena manera. El sótano se sentía sofocante, o tal vez era solo yo, abarcada por un miedo que, con el correr de las horas, se intensificaba ante la idea cada vez más certera de regresar a Coldthistle.

Parecía que todos los caminos conducían a Coldthistle. Una y otra vez. Lo odiaba. Y odiaba aún más que significara que Henry Morningside tuviera razón. Ese cretino presumido se sentiría encantado de saber que no podía mantenerme alejada, que necesitaba de su ayuda una vez más. La luna, asombrosamente blanca, apareció por detrás de una nube grande, bañando el patio de la iglesia con su luz. Me alejé algunos metros de la puerta del sótano sin ningún rumbo definido entre la maleza alta y las

tumbas. Una pared de ladrillos alta cercaba el patio y, sobre ella, había algunas placas que correspondían a quienes habían muerto.

Desaté el hilo que envolvía el diario de Dalton y levanté la cubierta, pero me detuve al instante. Últimamente, leer libros misteriosos me había metido en problemas. Pero era más que eso. Temía que lo que pudiera encontrar en su interior cambiara lo que sentía por el Sr. Morningside. No ansiaba conocerlo mejor. Solo necesitaba de su ayuda y consideraba que un mayor entendimiento de su vida no era necesario.

Una leve lluvia comenzó a caer sobre mí en el instante en que un banco de nubes se posó por delante de la luna llena, pero esto no disminuyó su luz. Me acurrugué sobre una de las paredes de ladrillos bajo un árbol, con la esperanza de proteger el diario, reacia ante la idea de volver al sótano. Apoyé mi hombro sobre la pared y, a través de la tela aterciopelada de mi vestido, sentí la resonancia fría de la roca. Aún había suficiente luz como para que pudiera leer la placa contra la que me había recostado: CERCA DE ESTE LUGAR YACEN LOS RESTOS MORTALES DE CHRISTOPHER MARLOWE.

Comencé a reír, no por su muerte, sino por la ironía de haber recibido el broche de ese hombre de las manos del Sr. Morningside y haberlo usado para liberarme de la magia atrapante de la Coldthistle House. Y ahora que ya había devuelto el broche, de todas formas, tenía que regresar una vez más a ese lugar. Parecía que ni el broche ni mi abrumante deseo de libertad podían mantenerme alejada.

Hubo un crujido leve sobre el césped a mis espaldas, por lo que volteé y me encontré con Khent caminando por el cementerio en mi dirección. Sobre sus brazos cargaba nuestras pertenencias, y a su espalda llevaba una bolsa repleta de ropa y libros. En su mano derecha llevaba una pequeña jaula. Mab, nuestra araña rosa y púrpura, se asomaba por detrás de las rejas.

–Te acordaste de ella –susurré y me acompañó bajo la copa del árbol. Su cabello estaba húmedo por la lluvia, por lo que se sacudió, al igual que como lo haría un perro mojado–. ¿Cómo lo tomaron Agnes y Silvia?

–Bastante bien –contestó–. Les dije que habías muerto atropellada por un caballo y que sus servicios ya no eran requeridos.

–*Khent* –suspiré, pero luego reí–. Podrías haber sido más sutil.

Se encogió de hombros, aparentemente sin sentir molestia por todas las cosas de la casa que cargaba sobre su cuerpo.

–Les di algo de dinero y se marcharon, ¿no es lo que querías? ¿Por qué estás parada bajo la lluvia?

–El refugio se sentía un poco sofocante. Y no... no creo que pueda dormir en absoluto.

–No, no, debes descansar. Fue un día muy agotador –volteó y miró hacia arriba y abajo–. ¿A dónde llevo estas cosas?

–A la puerta del sótano –le indiqué–. Aquí, deja que te muestre.

Khent me siguió bajo la llovizna hacia la puerta, en donde golpeé tres veces y di la respuesta correcta para que se abriera. Le hice un gesto para que pasara primero y tomé la jaula con la araña, la cual sostuve alejada de mi cuerpo mientras descendíamos. Algo sobre esta tarántula regordeta y colorida siempre me había molestado; mirarla me causaba cierto cosquilleo por detrás de mi mente que a menudo incrementaba y parecía como un latido. Era a la vez repelente y familiar.

Fathom nos dio una cálida bienvenida y colocó una manta de lana sobre sus hombros, antes de ofrecernos más té y comida, pero *Khent* se negó. Parpadeó con pesadez, ansioso por una cama.

–Las literas están por aquí –le expliqué, guiándolo a través de los laberínticos pasillos.

–Está cálido y seco aquí, *eyachou*. ¿Por qué no puedes dormir?

Me encogí de hombros, reticente. Cuando llegamos a la habitación en la que Mary dormía, descargamos con cuidado las bolsas y cajas, pero a nuestra compañera no parecía molestarle el ruido. Me senté con pesadez sobre la litera al otro lado de donde Mary descansaba y coloqué la jaula sobre una caja que servía de mesa. Bajo la luz de una sola vela que iluminaba la habitación, observé cómo la criatura rosa y púrpura caminaba de un lado a otro en su jaula, agitada. Khent se sentó a mi lado y se desplomó hacia atrás, dejando sus piernas colgando por el borde de la litera mientras usaba sus palmas abiertas como una almohada.

–Si temes que la gente del pastor nos encuentre, estaré montando guardia sobre este lugar –dijo–. ¿O no confías en nuestros nuevos amigos extraños? No huelo nada de magia en la muchacha, solo tinta y bondad.

Todavía no me atrevía a llamarlos amigos.

–Nos habrían hecho daño antes de que tú llegaras si esa era su intención. No, no les temo, pero sí les temo a mis pesadillas.

–¿Qué estás haciendo? –le pregunté, sonrojada, cuando Khent se sentó y se inclinó para quitarse los restos desgarrados de su camisa.

–Yo también tengo pesadillas –me explicó, ignorando mi vergüenza. Señaló su brazo derecho y las cicatrices y marcas que allí tenía. Se veían dolorosas. Algunas no habían sanado bien–. Esta fue de la criatura que me mordió. ¿Y estas? –pasó su dedo por una línea sobre su hombro–. Mi padre pensó que podía sacarme la maldición a golpes. Lo hizo con todo lo que

tenía. Era el hijo de un noble, no un monstruo, y no aceptaría que hubiera sido mordido. Pero ningún látigo me lo quitó.

—¿Y esas marcas? —pregunté.

—Estas las pedí. ¿Estas? Estas fueron mi elección. A la medianoche, bajo una luna llena, le pedí a un sacerdote de Anubis y a un escriba que grabaran la tinta en mi piel. No estaba avergonzado de lo que era, por lo que decidí contárselo al mundo sin rodeos. Mi familia estaba furiosa, pero sabía que los había perdido en el momento en el que esa criatura me eligió. No tenían que acogerme, solo tenían que aceptarme, e incluso eso era mucho pedir. Por suerte, encontré una nueva familia, una que tú y yo compartimos.

Las imágenes en su brazo estaban recubiertas por heridas, pero lucían similares a la taquigrafía que Bennu usaba en sus diarios. Eran, de cierta forma, difíciles de leer; solo pude descifrar algunos caracteres.

Hijo mayor, el que pertenece a la Luna.

—Lo siento —dije suavemente—. No puedo siquiera imaginarlo.

—Claro que puedes —se rio entre dientes, con sus ojos púrpuras casi cerrados y somnolientos—. Vivir es estar maldecido, muchas veces, con cosas que no podemos cambiar. Las cicatrices y pesadillas son lo que compartimos, *eyachou*. ¿Crees que Mary deambula por sueños perfectos? Su amado está lejos y, quizás, en peligro. Fue prisionera de tu padre por meses. No, Louisa, las pesadillas vienen para todos.

Me sentí ingenua, por haber creído que yo era la única que sufría cuando cerraba los ojos. No tenía la compasión de mis padres o abuelos, y mucho menos de esa horrible escuela de Pitney.

—Muy pocos recuerdos son reconfortantes. Incluso cuando era una niña no conocía otra cosa más que el abandono y los regaños. Mis padres no me

querían y mis abuelos me abandonaron. Ahora sé que mi verdadero padre era mucho peor que el ebrio con el que crecí tratando de amar –le dije, suspirando–. Entonces, ¿qué hago?

Khent se recostó nuevamente sobre la cama y tomó una sábana, la cual arrugó en un bollo para usar como almohada.

–Te enfrentas a la pesadilla, *eyteht*. Y la pateas en la cara.

Sonreí al oír eso y negué con la cabeza. Por un tiempo, creía que tal vez mi corazón le pertenecía al tímido pero pensativo Lee. Nuestra ruptura me había dejado con una sensación de crudeza confusa, pero ahora podía encontrar consuelo en la franqueza de Khent, aunque se sintiera aterradora. Y riesgosa. Demasiado riesgosa, demasiado vulnerable para alguien en mi posición.

–Esos sobrenombres se están tornando fastidiosos.

–Yo nunca soy fastidioso –dijo, bostezando.

–Estoy de acuerdo; si has enfrentado a tus pesadillas con tanto valor, entonces no eres fastidioso, sino *valiente*. Si tan solo yo tuviera ese coraje. Pero no, aquí estoy llena de inquietudes.

Sentí su pulgar en mi espalda, justo entre mis hombros.

–*Eyem –ya está–*. Ahora puedes dormir. Te di todo mi coraje.

De alguna manera, funcionó, o no habría podido quitarme la pesadez del día. De la batalla. Me acurruqué sobre la cama y coloqué el diario bajo mi almohada, parpadeando una última vez en la noche mientras Mab, la araña, bailaba bajo la luz de la vela.



No pasó mucho tiempo antes de que me despertara en mis sueños. No había duda de por qué casi nunca me sentía completamente despierta; vivía

una vida de día y otra de noche, yendo de un mundo a otro. No había descanso para mí, ni siquiera por la noche. Ahora me encontraba caminando por el salón de las estrellas una vez más, aunque esta vez estaba completamente rodeada por ellas, como si estuviera atravesando un túnel hecho de cielo.

El miedo usual no apareció, pero una masa oscura, como un cúmulo de sombras, me esperaba en el otro extremo del corredor. Sobre mí, las estrellas cambiaban su disposición, formando constelaciones mientras giraban lentamente, un baile deslumbrante de luces parpadeantes. La masa de sombras se comenzó a tornar cada vez más y más grande, y podía sentir que de su interior irradiaba solo maldad. *Allí* estaba el miedo que había anticipado y temido; *allí* estaba la pesadilla que intentaba alcanzarme.

Primera sangre, susurró. Primera sangre.

Era la voz de Padre, por supuesto, cuyo tamborileo se enrollaba a mi alrededor como una cuerda. De pronto, sentí que el aire se iba del túnel, lo cual provocó que me quedara sin aliento con las manos sobre mi garganta. Mi pecho se sentía como si estuviera a punto de colapsar por la presión.

Ya probamos la sangre, su sangre. ¿Cómo se siente?

No tenía forma alguna más que las sombras, y aun así lo sentía a mi alrededor, como una cuerda fría y apretada que me mantenía congelada en el lugar. Mi visión se tornó roja y lo único que podía ver era el cuerpo sin vida de Sparrow, cuya sangre manchaba el suelo de parqué. Había hecho todo lo posible para no mirarla, pero Padre sí lo había hecho. Padre había mirado. Y ahora me obligaba a enfrentarme con lo que yo había hecho. No, no, lo que ella había hecho. Lo que todos habíamos hecho.

–No quería hacerle daño –dije con una voz áspera.

Claro que sí. La primera sangre ha sido derramada y ahora fluirá libre como un río.

Podía ver sus ojos fríos y vacíos, con un solo hilo de sangre cayendo entre ambos. Me miraba fijo y tenía la boca abierta con un cristal del candelabro atravesándola, tan brillante y filoso como su lanza dorada. El cuerpo que yacía debajo de los cristales y las piezas de metal estaba retorcido de una forma extraña, con una mano abierta hacia mí y los dedos quebrados en ángulos extraños. *Ayúdame*, parecía decir su grito eterno, *ayúdame*.

El arrepentimiento es inútil en la guerra. La voz de Padre me ahogaba y no importaba cuánto lo intentara, no podía apartar mi vista de los ojos muertos de Sparrow. *Basta de arrepentimiento. Arráncalo desde la raíz. La primera sangre, más sangre. Por lo que le hicieron a nuestra gente: más sangre.*

—No lo creo.

La sombra me soltó y oí un suspiro grave y antiguo. Padre había sido tomado por sorpresa. Recuperé el control de mi visión, al igual que la respiración, por lo que me esforcé para ver quién había llegado. Era la voz de una mujer la que flotaba hacia mí, rompiendo las sombras como un amanecer suave.

Caí al suelo, libre, y observé cómo la masa negra de sombras se retorcía hasta fusionarse y tomar forma. Padre. Se elevó por delante de mí con su capa negra y su rostro cadavérico, donde unos ojos rojos destellaban bajo unas astas que se elevaban casi hasta el techo de estrellas.

—Has atormentado a esta niña por suficiente tiempo. Ella no está perdida. Su andar está bien encaminado, solo tú eres quien busca llevarla por mal camino —giré y observé a una figura alta y elegante que se deslizaba

hacia nosotros. Llevaba un vestido magnífico de plumas de un color magenta sobre su piel púrpura y oscura. Posó sus ocho ojos rosas sobre mí y parpadearon a la vez, luciendo sus largas pestañas tan elegantes como las incontables plumas brillantes de su vestido.

La conocía, pero de igual modo sentí un ardor en mi cabeza al mirarla.

El grito de Padre invadió el espacio que nos rodeaba, lo cual hizo que las constelaciones se desvanecieran por un instante, como si estuvieran asustadas, aunque gradualmente regresaron, mientras sentía a la mujer acercándose a mí, con los suaves flecos de su vestido rozando mi mano. En un instante, me sentí segura. Valiente.

–La protegeré de ti como pueda, al igual que todos mis hijos. Ella está relacionada contigo solo por la sangre, pero hay bondad en su corazón. Me has unificado con palabras y salvia, sangre y tinta, vino y agua, pero la crueldad solo puede ser destruida por alguien con voluntad, y a esa persona he encontrado.

–Nunca será tu sirvienta –las palabras de Padre parecían perderse entre sus gruñidos.

–Sirvienta no, pero sí una *amiga*.

Se paró frente a mí, protegiéndome de Padre, y, mientras hacía sonar sus protestas y sacudía las estrellas, podía sentir que sus poderes se sentían amenazados por su presencia. Me escabullí hacia ella de rodillas y la sujeté de su falda con ambas manos. Esbozó una sonrisa, hermosa y serena.

–Desearía que me permitieras protegerte de verdad, niña –musitó.

Padre y su capa de sombras desaparecían por el túnel, aunque el destello de sus ojos rojos aún permaneció por bastante más tiempo. Me estremecí del miedo.

—¿Cómo? —le supliqué—. ¿Cómo?

—Me reconocerás —me dijo—. Me reconocerás por mi nombre cuando te despiertes. *Mab*.

Esa sola palabra sonó como un martillo que rompió en pedazos la pesadilla. Me vi envuelta en la oscuridad, sin sueño y quieta, mientras ese nombre se repetía incesantemente hacia la mañana.





Capítulo
Ocho





e desperté con ocho ojos pequeños y curiosos y una pata diminuta sobre mi rostro, como si quisiera sacarme del sueño. Una araña. Mi araña. Mi araña tocándome el rostro. Sus patas acariciaron mi nariz y grité, retrocediendo sobre la cama frenéticamente hasta chocarme con Khent, quien gritó al despertarse y sacudió sus manos en todas direcciones ante una amenaza imaginaria.

Los insultos que salieron de su boca fueron creativos incluso para él.

–¡Lo siento! ¡Ah! ¡Lo siento! –exclamó Mary, quien se acercó a toda prisa hacia mí, aparentemente de la nada. Era una escena caótica. A medida que mis latidos recobraron un ritmo estable, comprendí que había estado en el salón y, al ver la tetera que cargaba con cuidado en sus manos, que había estado preparando el desayuno.

La araña me miraba, inmóvil, con su pata peluda aún levantada.

–Pensé que se sentía muy encerrada allí –dijo Mary, quien se arrodilló y se tapó la boca con ambas manos–. Tal vez fue una idea tonta abrir la jaula...

La mordida sin curar sobre mi mano comenzó a doler, por lo que coloqué mi otra mano sobre esta.

–No, hiciste bien en liberarla. No es una araña, después de todo.

Mary se quedó mirándome fijo, aún cuidadosa con la tetera, hasta que noté que sus ojos se posaron lentamente en Khent a mi espalda.

Me levanté de la cama y me arrodillé frente a esta, haciendo que mi rostro quedara a la misma altura que la araña. No hizo ningún intento por tocarme, pero sentí la inteligencia que allí se escondía.

–Se sentía como tener una palabra atorada en la punta de la lengua por meses, pero ahora ya la entiendo –les dije, ignorando sus miradas tensas–. Su nombre no es Mab, sino Madre. El alma de todo dios antiguo no puede morir, ¿cierto? Pero sí puede ser encerrada. Padre la atrapó en este cuerpo una vez que tuvo el libro de las Hadas Oscuras en su poder. La vi cuando morí y la acabo de ver justo ahora, en mis sueños.

Mary se arrodilló a mi lado y estudió a la criatura tan de cerca como yo, mientras Khent hacía lo mismo desde la litera. Qué extraño debió haber sido para Madre tener nuestras narices justo frente a ella. Pero parecía tomarlo con calma, ya que avanzó a toda prisa hacia mí y tocó la picadura con su pata suave y mullida.

–Sí, me picaste –recordé aquella vez en la que la araña pasó del hombro de mi padre para darme un mordisquito mientras él aún trataba de hacerse pasar por un humano en la Coldthistle House–. Intentabas advertirme, ¿verdad?

La araña se movió hacia atrás y adelante, aún sobre mi mano.

–Qué extraordinario –dijo Mary–. Y qué desgracia estar atrapada así por tanto tiempo.

Khent también comenzó a hablar, pero lo que él pensaba de Padre y sus métodos era tan filoso que hasta podría atravesar metal; estaba agradecida de que Mary no lo entendiera.

–Y ¿cómo deshacemos esto? –dije pensativa en voz alta.

–Debe estar en algún lugar de tu mente, ¿mm? Si Padre la colocó en el cuerpo de esta criatura, entonces simplemente necesitamos hurgar entre sus recuerdos –respondió Mary. Se reclinó hacia atrás sobre sus talones y presionó los labios–. Ah, estoy segura de que es más fácil decirlo que hacerlo.

Me puse de pie y busqué en el baúl que Khent había traído de nuestra casa, desesperada por encontrar tinta y papel. Algunos recuerdos vagos del sueño aún flotaban en mi mente y necesitaba escribirlos antes de que desaparecieran. Me topé con un trozo de papel doblado y un carboncillo viejo para dibujar. Servirían.

–Mencionó algo sobre la maldición en esa pesadilla –les dije mientras escribía–. Él la unificó con palabras y salvia, sangre y tinta, vino y agua. Solo confío en que alguna especie de ritual parecido deshaga todo esto.

–Brillante –murmuró Mary–. ¿Qué significa?

–Tal vez Dalton o Fathom sepan –me atreví a decir, sin esperanzas. No parecía muy probable que Padre compartiera los medios para revertir su hechizo. Siempre que aprendía algo que no le agradaba, su ira reaparecía, e intentar ayudar a Madre, sin lugar a dudas, lo pondría furioso. Mis manos temblaron al pensar eso. Tenía sed de más violencia y temía que los instrumentos de su voluntad fueran, una vez más, mis manos.

–¿Que yo sepa qué?

Dalton nos miraba desde la puerta, aunque quizás “mirar” era la palabra incorrecta, dado el trozo de tela que cubría sus ojos dañados. Pero su atención estaba fija en nuestra dirección, mientras bebía casualmente de su taza agrietada y vestía un chaqué blanco algo desalineado.

–Probablemente suene un poco loco...

–Entonces definitivamente estoy interesado –dijo, esbozando una sonrisa.

–Esta criatura la obtuvimos de Padre. Tiene el alma de una antigua diosa de las Hadas en su interior. Madre, de hecho. La contraparte de Padre. Todo apareció en un sueño, pero solo tengo algunas pistas.

–¿Que son...?

Recité las partes del discurso de Madre que recordaba y me topé con mis propios recuerdos al hacerlo.

–Se parece a lo que la Sra. Haylam hace con las sombras para crear sujetos de sombras o mantener a una persona en ese estado. ¡Chijioke podía unificar el alma completa de un humano en un ave pequeña! ¿Puede ser que exista algo parecido?

–Eso solo me hace estar más segura de escribirle a Chijioke cuanto antes –dijo Mary, parándose–. ¿Me puedes ayudar con eso, Dalton?

–Fathom puede darte a Alas, nuestra lechuza. Es mucho más rápida que el correo.

Con eso, Mary esbozó ante todos una sonrisa rápida y tímida, y salió de la habitación. No cabía la menor duda de que estaba muy ansiosa por escribirle a Chijioke y hacer que recibiera la carta a una velocidad mágica.

–Intuyo que estás tramando algo, Louisa –agregó Dalton, acercándose a la araña. Su taza de té emanaba un aroma agradable a bergamota y lavanda, una esencia que hacía que mi estómago rugiera–. Será difícil encontrar a alguien con siquiera una fracción del poder de la Sra. Haylam en la ciudad, pero puede que conozca a alguien por aquí. De todas formas, necesitamos recoger algunos caballos en St. Albans, y estará en el mismo camino. Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Había tomado el pequeño trozo de papel en el que había tomado notas. Al girarlo, se encontró con la carta que Henry me había dado para que entregara en la librería donde había conseguido el diario de Bennu. Le había prometido que la entregaría cuando llegara a Londres, pero nunca me molesté en hacerlo por simple despecho.

–Esto nos servirá –dijo, pasando su pulgar sobre la dirección–. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablé con un unificador de

sombras, pero Cadwallader's parece ser el lugar perfecto para comenzar.



Estoy segura de que nos veíamos extraños. Mary y yo llevábamos vestidos prestados y viejos que no habrían estado fuera de lugar en un escenario de Covent Garden. Khent también le había pedido algo adecuado a Dalton, y por suerte mantenía toda su ropa molesta oculta bajo un saco negro pesado, perfecto para la lluvia incesante. Dalton se colocó la capucha y Fathom le hizo frente a la lluvia con un sobretodo pesado de cuero que parecía adecuado para cruzar el Atlántico Norte.

Y, por supuesto, Mab. *Madre*.

Ahora que mis recuerdos de ella habían regresado, se sentía incivilizado dejarla en el sótano, por lo que decidí llevar su jaula con nosotros hacia la tienda de Cadwallader, que no se encontraba lejos, un viaje corto hasta Greenwich, a pocos minutos del majestuoso Real Observatorio con domo de cristal. Las calles estaban casi completamente desoladas bajo la lluvia, pero, aun así, con más nubes amenazantes avanzando en el cielo, varios grupos de seguidores del pastor merodeaban en las esquinas, acurrucados entre sí bajo algunos toldos con sus vestimentas blancas completamente mojadas y goteando. Pude sentir cómo cada uno de nosotros en el carruaje se estremeció del miedo al pasar junto a un grupo de cantores blancos.

—¿Soy yo o hay muchos más de ellos hoy? —susurré.

—Debemos tener cuidado —nos dijo Dalton mientras el carruaje se mecía de lado a lado. Habíamos rentado un carruaje en lugar de usar el nuestro, que era mucho más llamativo por los caballos blancos encantados—. Estaremos a salvo cuando lleguemos a la tienda de Cadwallader, pero mientras sigamos en la calle, sus ojos estarán por todas partes.

Presioné un nudillo sobre mis labios y me aparté de la ventana.

–Tal vez simplemente debamos seguir hasta Coldthistle.

–Alas regresará pronto con algunas noticias –me aseguró Dalton, con el rostro sumergido en las sombras de su capucha–. Me gustaría saber cómo están las cosas antes de ir directo hacia allí. De todas formas, si en verdad podemos liberar a Madre y devolverle su poder, tener a otro de los antiguos de nuestro lado será algo prudente. Sparrow no será el último de nuestros problemas.

–*Nuestros* problemas –repitió Mary, quien se señaló a sí misma y luego a Khent y a mí–. Tú eres del Supramundo. ¿Por qué deberías preocuparte?

No hacía falta decirlo, sabía perfectamente que Mary quería regresar a Coldthistle para ver con sus propios ojos que Chijioke y Poppy estuvieran a salvo.

–¿*Por qué?* Porque les dimos refugio. Porque le di la espalda al pastor hace mucho tiempo. Porque no hice nada para ayudar a Sparrow. Porque aún los estoy ayudando. El camino a Coldthistle será peligroso y Madre puede hacer que nuestras chances de vivir sean sustancialmente mejores.

–Tranquilos –dije con suavidad, sintiendo la incomodidad de un inminente dolor de cabeza, uno que podía fácilmente atribuirle a Padre, quien parecía deleitarse con este descontento y no había duda alguna de que deseaba que hiciera trizas a Dalton por su naturaleza–. No peleemos. Haremos todo lo posible para ayudar a Madre y decidiremos cómo proseguir cuando Alas regrese.

Dalton notó que me frotaba y masajeara la frente, pero de todas formas no hice nada para ocultar mis nervios.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó.

–Por ahora. Cuanto más lejos estemos de esos cantores, mejor. No confío en mí, en Padre, cuando estamos cerca de ellos.

No le había dicho nada a nadie sobre la creciente sed de sangre de Padre, y aun así, Dalton me vigilaba de cerca. Me estudiaba. Intentó esbozarme una sonrisa consoladora, pero incluso yo sabía que era poco convincente. Cualquier situación de riesgo podría liberar a Padre nuevamente, por lo que recé en voz baja por todo aquel que estuviera oyendo para asegurarle que la tarde avanzaría con tranquilidad.

El carruaje se detuvo. Fathom se bajó primera e inspeccionó el callejón en busca de algo sospechoso, pero no había nada. Le pagamos al chofer y nos juntamos bajo un toldo bajo. La calle estaba repleta de agua fangosa y emanaba un olor a gusanos y orina que hacía que mi estómago se revolviera. Por encima de nosotros, el domo del Observatorio resplandecía, resbaladizo y verduoso como una cebolla recién lavada. Dalton nos guio hacia un pasadizo largo y estrecho de rocas negras apartado del Observatorio en dirección a un agradable mercado techado. Los puestos estaban en su mayoría vacíos, cubiertos con telarañas y bañados con las sombras de las gotas de lluvia atrapadas en los faroles. Gradualmente, los puestos comenzaron a lucir más decrépitos, hasta no ser para nada atractivos. Se me ocurrió pensar que nadie estaría dispuesto a caminar hasta aquí por su cuenta, ya que en el aire rondaba el miedo constante de ser emboscado por ladrones, o algo peor.

Finalmente, llegamos a una puerta ordinaria, cuyo picaporte lucía sucio y oxidado. El sonido distintivo de los ratones se podía escuchar a través de las paredes.

–Encantador –oí a Khent decir en voz baja.

–Un poco de paciencia, por favor –contestó Dalton.

El interior de la tienda no podía ser más diferente del exterior. Brillaba con hilera tras hilera de exhibidores de cristal. Si bien el aire estaba recubierto por un polvo agradable, no veía ningún rastro de suciedad por ninguna parte. La alfombra lucía cómoda, y sobre ella se podían ver marcas de pisadas sobre su diseño de cachemira en ocre. El suelo de madera oscura y los revestimientos de roble sobre las paredes le otorgaban una sensación acogedora y aislada, como el salón de té de una abuela. Solo que aquí no había té, sino libros, de todas las formas, tamaños y orígenes. Algunos faroles de papel hechos con páginas de libros ardían sobre nuestras cabezas y acompañaban algunos cordeles con papeles más pequeños de distintas formas que adornaban las paredes como banderines.

–Podría vivir aquí –comenté en voz baja, girando en círculos lentamente sobre la alfombra. Una escalera a cada lado de la habitación ancha llevaba a un primer piso, y también noté un pasaje que llevaba a un segundo.

–Por curiosidad –dijo Dalton, parándose a mi lado con las manos en los bolsillos–, ¿qué era exactamente lo que Henry quería que hicieras aquí?

–Que entregara esta nota –tomé el papel de mi saco–. Quería saber cómo es que el diario de Bennu llegó a este lugar.

Dalton estalló en risas, mientras se ajustaba la venda de tela que cubría sus ojos para prevenir que se cayera. Su capucha se había caído por sus risas repentinas.

–No hace falta. Yo lo traje hasta aquí. Sabía que terminaría en la biblioteca de Henry en algún momento.

–¿Querías que lo tuviera?

–Así es, sí –se encogió de hombros–. Pero no tenía ningún deseo de entregárselo en persona y, además, es horrible para aceptar regalos. No,

sabía que si sus contactos se topaban con una pieza prometedora se sentiría mucho más astuto y se lo tomaría con seriedad.

Lo miré boquiabierto mientras los demás exploraban la tienda.

–Pero ¿cómo lo obtuviste?

–Fui hasta ese lugar, hasta la Primera Ciudad, con el objetivo de encontrar una manera de enmendar nuestras malas decisiones. Lo que encontré fue el diario de un hombre muerto –al decir eso, bajó la voz y esperó a que Khent se alejara más–. Tenía algo, algo extraño, y lo tomé de sus brazos esqueléticos porque, muy en el fondo de mi corazón, sabía que era la llave. Pobre bastardo. Lo había estado buscando por siglos, pero nunca pude encontrarlo por un maldito error en la traducción. Me dijeron que buscara a Bennu, el Escritor, no a Bennu, el *Corredor*. Una completa vergüenza.

Dalton soltó una risa, pero no me pareció gracioso.

–Cuando lo tomé, uno de sus huesos se rompió. Fue como quebrar una ramita en un cementerio y despertar a los muertos. Las cosas comenzaron a despertar, el Padre Oscuro comenzó a despertarse y me marché. Traje el diario a donde sabía que Henry lo encontraría, un último favor, una última ofrenda de paz, y luego me dije a mí mismo que ya había terminado. Fuera. Listo. Encontraría un lugar tranquilo para esconderme y dejaría que los años me socavaran hasta no ser más que culpa y recuerdos.

–¿Y cómo resultó eso para ti? –suspiré.

–Henry... Mis sentimientos hacia él encontraron la manera de traerlo de regreso –de pronto ya no sonaba tan entusiasmado–. Un día, desataré este hilo invisible de mi dedo, pero aparentemente hoy no es el día. No

puedo enfrentarlo solo, pero puedo ayudarte. Esa será mi ofrenda de paz esta vez.

Asentí, tratando de asimilar todo lo que estaba diciendo y relacionarlo con lo que sabía de Khent y Mary.

–El pastor quería saber dónde estaba el libro. Nuestro libro. El libro de las Hadas Oscuras. Pero Padre lo consumió, por lo que no existía una forma real de encontrarlo, ¿o sí? –avancé hacia el interior de la tienda, abrumada por todo lo que había para mirar. En el extremo opuesto a la puerta había un mostrador, y una persona al otro lado.

–No tenía forma de traducir ese diario –explicó Dalton–. Pero tenía un presentimiento de que Henry lo resolvería. De todas formas, si realmente albergaba el secreto de dónde estaba escondido tu libro, no quería que el pastor pusiera sus manos en este.

–Pero en Henry sí confías –musité.

–Sí –suspiró–. A veces. Bueno, no. Pero tiene sus momentos.

Miré el papel doblado en mi mano. Algunos restos de la carbonilla habían manchado mi palma, por lo que la limpié contra mi vestido.

–No tiene sentido entregar esto. Pero ¿qué le digo al Sr. Morningside en caso de cruzarme con él?

–Dile la verdad –me contestó Dalton con una sonrisa burlona–. Solo espero estar ahí para verla. ¡Ah! Allí está Niles.

–¿Un solo hombre cuida todos estos libros? –pregunté. Mary y Khent habían encontrado un rincón con una selección de novelas, de las cuales Mary le leía los títulos, para ayudarlo con el idioma. Habían dejado a Madre en su jaula sobre una de las pilas de libros.

–No siempre, pero hoy parece estar bastante tranquilo –dijo Dalton–. Todo el mundo aquí sabe del tema en cuestión. Hay una razón por la que

Henry confía en ellos para apartar cualquier cosa peligrosa o arcana que aparezca en su tienda.

–¿Y cualquiera puede venir?

–Desde luego. ¿Por qué no? Solo se salen de su camino para desanimar a los... aficionados. Uno tiene que tener cierta pasión por lo oculto e inexplicable para llegar hasta aquí. Viste ese callejón, no muchas señoritas vienen hasta aquí a buscar una copia de *El castillo de Rackrent*.

–De haberme topado con este lugar, nunca me habría marchado.

–Así es. Comparto tu cariño.

Fathom nos esperaba en el mostrador, apoyada sobre este como si fuera una clienta habitual. Había distraído al único vendedor de su trabajo, quien nos miraba con unos enormes lentes sobre su frente. Había esperado que el sujeto se presentara a sí mismo como Cadwallader, el dueño, pero algo me resultaba incómodamente familiar en su rostro.

–¡Niles! ¿Cómo te encuentras? ¿Cómo está el negocio? –preguntó Dalton, colocando una mano sobre su hombro, lo que provocó que el anciano delgado se tambaleara.

–Mmm. Bien. Lento pero firme. ¿Quién es la muchacha? –tomó sus lentes y me observó con sus ojos grandes y borrosos tras el cristal.

–Permíteme presentarte a Louisa Ditton. Hasta hace poco era una empleada del Sr. Morningside en la Coldthistle House.

Nombrar a Henry y la mansión generó que la actitud del hombre cambiara de inmediato. Esbozó una sonrisa aduladora e hizo una reverencia tan pronunciada que casi se golpea la cabeza contra el mostrador.

–Qué gusto –dijo–. Simplemente todo un gusto. Niles St. Giles, pero por favor, evitemos las formalidades.

Hice una mueca de sorpresa y mis mejillas se sonrojaron.

—¿Niles St. Giles? ¿Tiene algún parentesco con Giles St. Giles de Derridon?

Sus ojos se abrieron aún más, como si eso fuera posible.

—Giles es mi hermano, quien optó por dedicarse a la noble profesión de embalsamador y... otras cosas —el “otras cosas”, evidentemente, se refería a su preferencia por ayudar al Sr. Morningside a deshacerse de las almas y cuerpos de aquellos que encontraban su final en Coldthistle—. Pero claro, tiene mucho sentido que se conozcan, dado que comparten a un empleador tan particular.

—Qué descripción tan bondadosa —musité.

—¿Cómo está él? ¿Mi hermano? ¿Cómo está su gato?

Esbocé una sonrisa ante el recuerdo distante de estar sentada en la sala de Giles, a minutos de haber escapado de la muerte bajo las manos de un doctor loco. Mary había hablado con mucho cariño sobre su gato y lo había visto holgazaneando como una bola de pelos junto a la chimenea.

—Francis lucía bien la última vez que lo vi, pero con algunas galletas de más, aparentemente.

—Sí, Giles tiene la costumbre espantosa de sobrealimentar a sus mascotas. Un pecado menor, creo —dijo Niles soltando una carcajada. Ahora que buscaba similitudes, comprendí que él y Giles eran gemelos, altos, delgados, con cierto parecido a un ave, y sus brazos se veían tan finos que parecía que una suave brisa podría quebrarlos—. Ahora bien, ¿qué trae a estas personas ilustres a mi tienda esta tarde?

Dalton lucía encantado por la cordialidad del hombre, pero Fathom puso los ojos en blanco, despreocupada. No pude evitar sentir una afinidad inmediata por el sujeto; cualquier tipo de conexión, cualquier tipo de

confianza en este mundo que se oscurecía a pasos agigantados, se sentía como un faro entre las sombras. Dalton copió la postura relajada de Fathom al posar su codo sobre uno de los exhibidores, el cual contenía libros tan antiguos que parecían propensos a estallar como pólvora con el más mínimo toque.

–Dada la clientela que frecuenta este lugar, creímos que tú o Cadwallader podrían conocer a alguien de utilidad. Un invocador de las sombras o alguien con talentos similares. Al parecer, nos hemos topado con una maldición poderosa, una que no podemos levantar por nuestra cuenta.

Niles asimiló todo esto como si estuviera simplemente leyendo las últimas novedades de la Guerra de la Independencia Española. Con una sonrisa, asintió al oír cada palabra mientras se acomodaba los lentes con movimientos pequeños y rápidos. Colocó la carta que estaba destinada al propietario sobre el mostrador y le mostró las notas que había tomado.

–Mmhm, mmhmm. Sí, muy interesante. Fascinante. De hecho, ya sé lo que necesitan. ¿Conocen El abedul y el zorro? La cantinera allí tiene un talento *sin límites*. Hace no más de tres semanas sacó a una ninfa de un árbol en los Jardines de Kensington.

Niles esbozó una sonrisa radiante, contento y astuto, pero Dalton negó con la cabeza y frunció el ceño por encima de sus ojos vendados.

–No podemos hacer el viaje, amigo. Las calles están infestadas de enemigos. Si tuviera más tiempo, lo explicaría mejor –respondió. Luego asintió hacia Fathom–. ¿Hay chances de que esta cantinera venga hasta aquí? Fathom es menos conocida por los seres del Supramundo y una mujer a caballo es mucho más rápida.

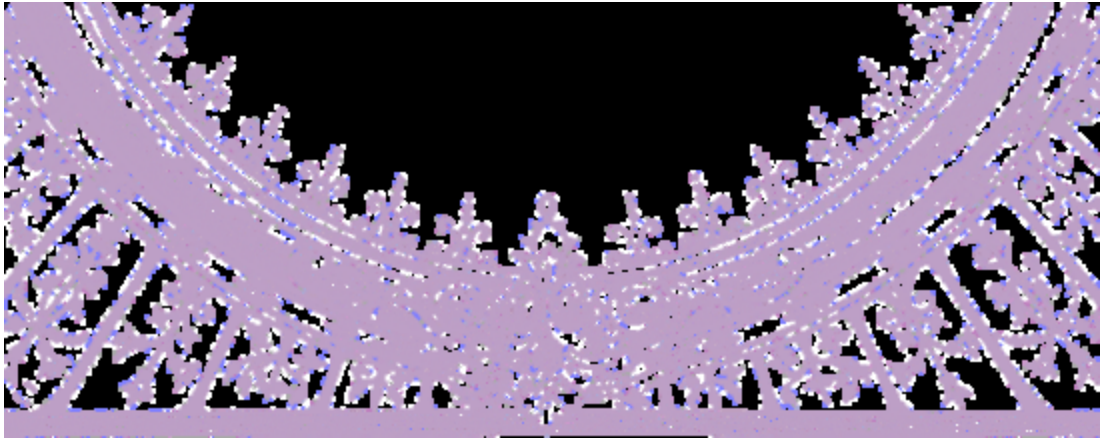
Se colocó la capucha de su saco, determinada.

–Dime lo que tengo que buscar –dijo, deslizando el trozo de papel hacia su abrigo.

–Sí, sí –Niles estaba entusiasmado, y desapareció por debajo del mostrador para buscar entre algunos estantes ocultos allí–. Haré todos los preparativos. ¡Levantaremos una maldición en la tienda de Cadwallader! Fascinante. Qué *maravilloso*.



Capítulo
Nueve



Constantinopla

1248 a. C.

Me había olvidado de los vientos fuertes y cortantes que azotaban la ciudad en la plenitud del verano. En donde había nacido, el clima era templado, ni muy caluroso ni muy frío, y este nuevo calor sofocante hacía que todo mi cuerpo se derritiera con la implacable humedad. Pero a Henry le fascinaba. Le fascinaba todo, de hecho, o al menos ocultaba muy bien su indiferencia con un entusiasmo inagotable que parecía ser tan indistinguible de lo que realmente sentía que hacía que uno se viera obligado a creerle.

Estaba bastante obsesionado con una nueva locura. El libro que Ara llevaba de un lado a otro (ella lo llamaba el Elbion Negro, lo cual estoy seguro era para ofenderme, pero me negaba a morder el anzuelo) era de lo único que Henry hablaba. Hasta incluso lo oía susurrar en sueños. Ella aseguraba que venía de las profundidades del océano y que su poder no podía ser estudiado ni comprendido. Anoche, mientras dormían, intenté leerlo, pero al tocarlo la cubierta quemó mis dedos y las marcas se rehusaron a borrarse. Ara todavía no había notado las vendas, pero no dudaría en interrogarme cuando lo hiciera.

Fue por esa obsesión de Henry que nos encontrábamos en Constantinopla. Me hubiera encantado que este lugar no fuera tan insoportablemente caluroso. Ara nos había hecho cubrir el rostro con unos velos negros y delgados que se colocaban alrededor de nuestras

cabezas y se sujetaban a nuestras túnicas. Decía que sería más fácil hacer preguntas si nos ocultábamos de esa forma, vestidos como los demás ciudadanos, con nuestros cinturones repletos de cadenas y metales pesados, dejando que solo nuestros ojos fueran el indicio de nuestro estado de ánimo. Tomamos un té fuerte bajo la sombra de la Ayasofya, pero solo pude tomar uno o dos sorbos de esa cosa. Cómo alguien podía soportar beber algo tan caliente en un día igual de árido estaba completamente lejos de mi conocimiento. No, ignoré mi té y miré a Henry, quien admiraba el esplendor que se erguía sobre nuestras cabezas.

Creo que la mejor forma de amar algo es a través de los ojos de otra persona. Él veía cosas que yo no, amaba cosas con tanta pasión que sentía el eco de ese deseo y dolor en mi interior. Sabía que Ara me había atrapado mirándolo, pero me resistí a su sonrisa con un aire de humor que no sentía. Puede que Henry adorara esta ciudad, pero yo era un extraño, y sentía una presencia de dioses antiguos y desconocidos que me asustaba. Deseaba estar con mi hermano y hermana, ya que los extrañaba constantemente, pero estaba confinado a quedarme despierto por la noche temiendo lo que me dirían cuando regresara. Sparrow me había suplicado que no me marchara, pero le inventé una excusa, claro. La misión. Debíamos encontrar a este escritor misterioso, pero los rumores de sus viajes eran tan erráticos que incluso este desvío podía ser perdonado. Lo cual me llevaba de regreso a los libros.

Los libros. Hay más de ellos ahora, más que solo los nuestros y la cosa oculta en la bolsa de Ara. Mientras bebían su té, Ara regañó a

Henry por habernos traído a este callejón sin salida.

—¿Cuántas veces debo decírtelo? —le dijo furiosa—. Los libros aparecen cuando ellos lo desean. Quítate esta idea de la cabeza, Henry. No habrá respuestas al final de tu búsqueda.

Habló con mucha autoridad. Lo noté y, naturalmente, Henry también. La miró fijo por un largo momento, mientras los mosaicos brillosos a nuestras espaldas se reflejaban en sus ojos como agua y el vapor se elevaba con firmeza desde su taza.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura?

Y Ara comenzó a mover nerviosamente sus mangas, lo que me permitió notar unas marcas en sus brazos. No era una mujer muy grande, pero algo la había hecho envejecer con mucha severidad, ya que en su frente y barbilla se podían ver algunas arrugas profundas, acompañadas con algunos mechones grises en su cabello oscuro. De todas formas, era una mujer atractiva, cuyas prendas del color del trigo recogidas la hacían ver majestuosa.

—Solo quiero evitar que te sientas decepcionado —dijo, distante—. En este mundo, hay secretos que yacen enterrados desde hace mucho tiempo, y es mejor que queden en el olvido.

Cruzó la mesa con una de sus manos resquebrajadas por el sol y tocó una de las muñecas de Henry. Aparté la vista, incómodo por el gesto maternal y sintiéndome como si estuviera en una situación a la que no pertenecía.

Pero Henry la apartó enseguida, maravillándose por la obra maestra que nos daba sombra, el templo que se elevaba tan en lo alto que resultaba imposible ver dónde terminaba.

–Nada me impedirá que hable con este tal Faraday. Ya he organizado una reunión y, además, solo le haré unas pocas preguntas. ¿Qué tiene de malo eso?

Ara no tuvo tiempo para responder, ya que el bolso de Henry se tumbó y dejó caer a una pequeña bola de pelos sobre las rocas polvorientas del camino. Soltó un gritito de sorpresa y placer antes de levantar al cachorrito, al cual colocó sobre su regazo con una pequeña palmada cariñosa.

–No puedo creer que insistieras en traer a esa cosa –musitó Ara, acomodándose las mangas nuevamente.

–Esa cosa es indispensable para todo aventurero –le contestó Henry con una mueca de desdén, mientras levantaba a la bola color café y la besaba sobre su nariz negra. Inmediatamente, colocó una pata sobre su barbilla y soltó unos gruñidos juguetones—. ¿Qué es un hombre sin su perro? De todas formas, esta cosita dulce puede sentir las verdaderas emociones de alguien. Nos será de extrema importancia esta noche.

–Qué tontería –dije, copiando el disgusto de Ara. Quizás eso era en lo único en lo que estábamos de acuerdo. Siempre había sido más de los gatos. Hasta esta aventura, tenía entendido que Henry solo tenía aves, pero aparentemente sus intereses habían florecido.

–Dime, Bartolomé, ¿Spicer está injustificadamente furioso conmigo ahora? –el cachorro soltó un rugido agudo y levantó las patas por el aire. Henry estalló en risas, abrazando a la cosa contra su pecho—. ¿Ves? Es perfecto.

Al igual que tú, pensé, cuando no eres insoportable.

–Bah. Será inmenso –musité, cruzándome de brazos, asado por el calor–. Yo no me haré cargo de su limpieza cuando crezca.

–No hasta dentro de varios siglos –me corrigió Henry, dejando en claro que su conocimiento sobre todas las cosas mágicas y Hadas era indiscutible. Bueno, tal vez discutible solo por Ara–. Lo cargaré en mi bolsa por años y años, y luego deberé encontrar un lugar para que crezca. Ahora, termina tu té. Quiero explorar el templo antes de que oscurezca.



Los truenos hacían temblar la tienda de Cadwallader hasta sus cimientos a medida que la tarde se convertía en noche. La lluvia bañaba las paredes exteriores de la tienda, aunque era casi imposible saber la hora con solo mirar a través de las ventanas, ya que las velas y faroles nunca eran más fuertes que un suave resplandor. A medida que las horas desaparecían, lo mismo hacía mi paciencia. No podía evitar pensar que podríamos estar aprovechando mejor el tiempo si nos encontráramos en el camino, alejándonos de Londres y sus peligros. Pero la tienda estaba a mitad de camino entre Deptford y el lugar en donde encontraríamos al conocido de Dalton con los caballos, y además nos daría la oportunidad de contar con Madre por el resto del recorrido y, con ella, una mejor defensa.

Y cuando miré a la araña, Mab, en su jaula recordé que había algo más en juego de lo que simplemente tenía atrapado en *mi* interior. Si esta era la opción más rápida, entonces merecía ser liberada enseguida.

La puerta de la tienda se abrió de golpe hacia adentro justo cuando estaba pasando una página del diario de Dalton. Había encontrado un rincón apartado en donde me acurruqué mientras Khent merodeaba cerca de la entrada y Mary hablaba con Niles. Todos saltamos del susto cuando Fathom regresó, acompañada por un extraño viento que soplaba por detrás de ella, agitando las páginas y sacudiendo los exhibidores. Dalton había enviado a Fathom a recorrer la ciudad, ya que consideraba que una persona solitaria sería menos llamativa. De pronto, un aroma salado y fangoso abarcó toda la tienda, una esencia que conocía bien, una advertencia de las nubes sobre una tormenta viciosa que se avecinaba.

Las velas parpadearon y se debilitaron a medida que una figura encapuchada se movía afanosamente con un paquete sobre su pecho. Cerré el diario y bajé las escaleras a toda prisa hacia el mostrador para unirme al resto. Nos juntamos allí, esperando a que Fathom y la extraña se acercaran. Solo podía ver las manos que sujetaban el paquete y eran blancas como los huesos.

—¿Eres la cantinera? —preguntó Dalton, golpeando sus dedos repetidamente sobre el mostrador de cristal—. ¿De El abedul y el zorro? Entonces, los rumores son ciertos...

—Entiendo su prisa, pero tratemos de no cometer siquiera un error —se quitó la capucha y vi a una mujer que lucía pequeña y casi frágil, con una cabellera pálida al igual que su piel. Sus ojos pequeños y astutos eran de un color verde agua, pero sus labios y mejillas carecían de color alguno. Su cabello blanco se encontraba recogido con un simple lazo negro con algunos rizos colgando junto a su barbilla. Lo más desconcertante era el talismán que llevaba sobre su cuello, un prendedor esmaltado con forma de

estrella y con una gema que no mantenía la forma de ninguna piedra. En un momento era un rubí y, en otro, una amatista.

–¿Y tú eres? –dijo Dalton, mirando con optimismo a Niles, quien estaba ocupado con algo por debajo del mostrador.

–No es relevante –contestó. Su voz, suave pero firme, mantenía el más leve acento de alguien que se crio en el puerto. La aspereza de su vestido me sorprendió, tan opuesta a su fina piel y cabello de porcelana–. Sé cómo deshacer esta maldición. Al menos, en teoría.

–Muy reconfortante –comentó Khent arrastrando las palabras y sin apartar los ojos del rostro de la mujer. Era imposible determinar su edad, aunque sus manos parecían verse avejentadas y fuertes.

La extraña miró a Khent con una mirada fulminante. Luego abrió su paquete y de su interior tomó algunas hojas, un trozo de madera suave, un hueso afilado, un tazón y una botella cerrada con un corcho.

–La tormenta está empeorando. No nos queda mucho tiempo. Si tienen preguntas, háganlas ahora, pero preferiría que comenzáramos con el hechizo de inmediato; podría tomar toda la noche.

Khent abrió la boca para quejarse, pero me paré entre ambos y coloqué la jaula de Mab sobre el mostrador, junto a la botella que ella acababa de colocar allí.

–Solo quiero que me prometas que no lastimarás a esta criatura. El ser atrapado en su interior es... preciado. Muy preciado. Haz lo que tengas que hacer, pero por favor, este ser es inocente –le dije, mirándola a sus ojos verdes inquietos.

Ladeó la cabeza y me esbozó una sonrisa como si fuera una simple niña.

–Tienes un corazón sentimental. Mis condolencias, eso hará que esto sea más difícil.

–¿Pe...perdón? –tartamudeé–. ¿Por qué?

–¿Alguno de los demás vio la verdadera forma de la criatura? –preguntó, aún mirándome a los ojos.

Silencio. Esperaba eso, pero de todas formas me congeló la sangre. Si bien estábamos rodeados por gente amigable y el sostén de la comodidad de estar entre tantos libros, me sentí horriblemente sola, asilada en un mundo en donde solo yo y esta extraña existíamos, mientras ella me miraba directo al corazón. Un corazón estremecido. No me gustaba cómo se veía ese largo hueso. Después de todo, no había olvidado las notas.

Palabras y salvia, sangre y tinta, vino y agua...

Sangre. Mis manos se habían llenado de transpiración, por lo que comencé a frotarlas sobre mi falda con la esperanza de que la extraña no lo notara. Pero, de todas formas, lo hizo y levantó una de sus cejas blancas.

–Entonces, te corresponde a ti. Espero que seas mucho más fuerte que un corazón tierno y manos sudadas –me advirtió, volteando hacia sus herramientas en el mostrador.

–Escucha –le dije, molesta–. El Diablo fue mi tutor y permíteme dejarte algo bien en claro: no me subestimes, ya que me ha enseñado bien.

Pero ella simplemente bufó al oír eso.

–Estoy increíblemente impresionada. Ahora, tomará mucho tiempo prepararlo. Ese sector despejado sobre las alfombras servirá. Preparen un círculo de ocho velas, negras, si tienen. Coloca a la criatura en el medio y luego arrodíllate a un lado.

Dalton y Niles se pusieron enseguida en acción. Niles se marchó hacia una habitación trasera y Dalton liberaba más espacio cerca de las alfombras bajo los faroles de papel. La tormenta sacudió la tienda una vez más y yo

froté mis brazos, avanzando con pasos lentos y reticentes hacia el centro de la tienda. Mary y Khent aparecieron a ambos lados y, si bien no dijeron nada, sentí su inquietud, ya que era un claro reflejo de la mía.

–Ah, Louisa, tal vez todo termine pronto –dijo Mary con voz temblorosa–. Como uno de los gritos de Poppy. Tal vez, incluso, pueda escudarte. Se lo preguntaré, aunque, a decir verdad, no me agrada mucho.

Khent sonó mucho menos optimista.

–Huele a cerveza vieja y vómito. Y a engaños, antiguos y horribles engaños. No confío en ella.

–¿Qué más nos queda? No podemos dejar a Madre atrapada allí para siempre.

De un modo, tal vez, egoísta, mis miedos poco tenían que ver con el dolor o terror que acarrearía el ritual, sino que estaban más bien centrados en la reacción de Padre. Ya lo había sentido alterarse en mi interior como una sensación parecida a una tetera que se tornaba cada vez más caliente al tacto, como hierro en el fuego. Todo esto era obra suya, después de todo, y, si bien sus palabras con Madre en mis sueños, o simplemente en mi mente, lo habían intimidado hasta hacerlo quedar en silencio, sabía que ese alivio no podría durar mucho. La arena se deslizaba por el cristal y solo quedaban algunos pocos granos allí, mientras mis manos se cerraron en puños preventivos, como si tuviera los medios para detener un estallido solo con un pequeño y susurrado “por favor”.

Pero quizás el malestar de Padre provenía desde el cielo, el estruendo de la lluvia sobre los ladrillos hacía creer que todo Londres se estaba hundiendo bajo el agua. Intenté ignorar el diluvio y los truenos, ya que estos no dejaban de exaltarme.

¿Qué había dicho Madre de mí? ¿Que yo era una persona con voluntad? Sí, tenía voluntad, pero también, mucho miedo.

Necesitábamos aliados. Necesitábamos ayuda. Temía que nuestro escape de Londres no fuera sencillo, y algo mucho más complicado nos esperaba en Coldthistle. Recordé sentirme segura en la calidez de mis sueños con la presencia de Madre cerca de mí, y me daba valor pensar que podía usar esa misma sensación cuando me enfrentara a Henry y le pidiera su ayuda para erradicar a Padre de mi mente. O, mejor aún, tal vez Madre misma sabría cómo quitarlo sin correr el riesgo de dejarme como un simple cuerpo sin alma.

El ambiente se había tornado lúgubre, como el de un cortejo fúnebre. Sobre las finas alfombras que tanto había admirado hacía solo un rato, Dalton colocó a Mab fuera de su jaula. La araña peluda y rosa no se movió, pero sí volteó hacia nosotros para ver cómo nos acercábamos. Niles pasó junto a nosotros unos segundos más tarde, hablando en voz baja mientras acomodaba con torpeza las velas negras en un círculo. Al cabo de unos minutos, todos estábamos reunidos, Fathom y Dalton cerca de la puerta, Khent y Mary contra el mostrador, y Niles escondido detrás de este. La extraña colocó con cuidado un trapo de arpillera a un lado de Mab y colocó sus herramientas sobre este.

Levanté mi falda y pasé por encima de una de las velas, sintiendo cómo su calor besaba mi tobillo mientras me unía a Mab y a la extraña.

—¿Qué eres? —le pregunté, atolondrada por los nervios.

Se paró, me miró de frente con su vestimenta de lana pesada y esbozó una leve sonrisa.

–La mayoría me llamaría bruja. Fui aprendiz de la última *Da'mbaeru* de Londres, quien desapareció hace algunos años. Me enseñó su arte, aunque en el fondo de mi corazón me temo que me ocultó mucho.

Levanté las cejas al oír eso, pero no dije nada. De hecho, tenía una fuerte sospecha del paradero de la última *Da'mbaeru* y su actual trabajo. Era extraño que ambas hubieran terminado en trabajos de servicio. Que esta mujer conociera a la Sra. Haylam y que hubiera sido su aprendiz casi me daba algo de consuelo. Algo.

–Nada bueno puede obtenerse de su arte –dije finalmente, pensando en Lee y en la maldición a la que lo había hecho caer en la muerte.

–No estamos haciendo *su arte* –contestó con aspereza–. La estamos deshaciendo.

–Pero eso no parece ser la magia de Padre –reflexioné en voz alta, y la extraña asintió.

–El tipo de unificación que Fathom me describió es desconocido para mí, pero la unificación, como concepto, es la base de nuestro trabajo. Si no me hubieran dado la lista de pasos del hechizo, no habría aceptado venir –terminó. Luego se acercó a la araña y se arrodilló a su lado.

–¿Qué me pasará? –mi voz temblaba y el calor de las velas a mi alrededor me presionaba como ocho manos sofocantes.

–Primero, un cántico –murmuró la extraña–. Segundo, una quemadura de salvia hirviendo. Luego te pediré que extiendas una mano y la pincharé con una aguja y tinta, lo cual es una especie de conciliación común con los espíritus malignos. ¿Por último? Un bautismo y comunión. No habrá vuelta atrás una vez que comencemos, ¿lo entiendes?

Me esperaba eso por lo que había presenciado hasta ahora entre los seres del Inframundo y Supramundo; una vez empezado un pacto peligroso, este debe continuar hasta el final.

La extraña se aclaró la garganta una vez, se agachó a mi lado y colocó la punta de sus dedos sobre mis hombros. Tuve tiempo suficiente para mirar a Khent y a Mary, quienes se encontraban abrazados como consuelo. Khent me dijo algo y me tomó un momento comprender sus palabras.

–Coraje.

Enseguida, la extraña me habló directo al oído. Su voz había cambiado y se sentía más líquida, más peligrosa.

–Cierra los ojos –dijo–. Y si tienes voluntad, comenzará. Una vez que el ritual empiece, no habrá vuelta atrás. *Debes* resistir.

Hice lo que me dijo, aunque no tenía idea de si tenía voluntad o no. Esa única palabra, *coraje*, se repitió una y otra vez en mi cabeza mientras mi respiración se debilitaba. La extraña comenzó a cantar, un zumbido grave que serpenteaba de arriba hacia abajo hasta sonar como el lamento de una viuda hundida en su dolor. El llanto ingresó a mi cuerpo y avanzó por mi sangre, lo cual hizo que mi piel de pronto se sintiera como si estuviera ardiendo. Quería abrir los ojos sin más, pero en su lugar respiré hondo, y dejé que los llantos ingresaran a mi cuerpo con su sonido desgarrador.

Enseguida, me sumí en una oscuridad más profunda que la que yacía detrás de mis párpados. Era un pozo del cual no había escapatoria y al cual la luz no llegaba. Mi respiración se tornó más entrecortada y agobiante y, de pronto, una vela se encendió delante de mí, lo cual hizo que mi cuerpo entero se estremeciera con un miedo primal. *Yo* no sabía qué había delante

de mí, pero mi sangre y huesos sí. Esa intuición antigua de los humanos y animales regresó a la vida, repleta de advertencias.

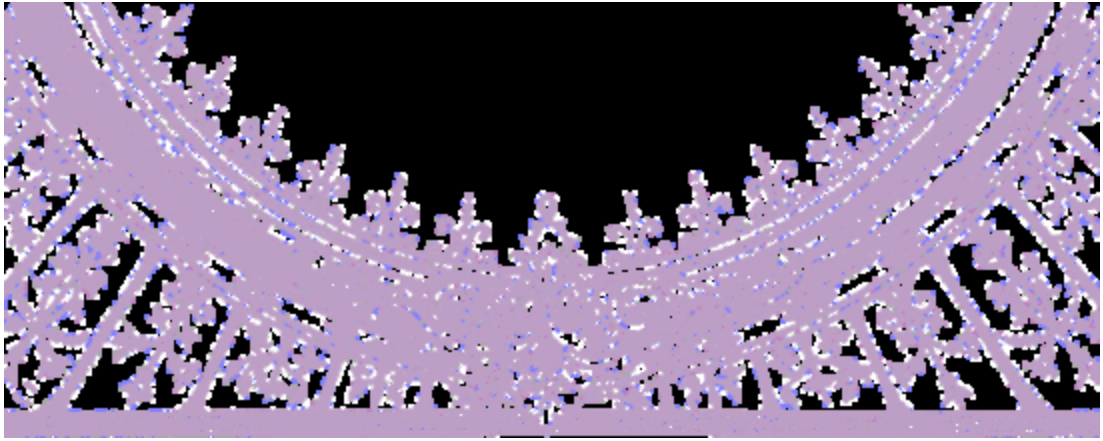
Coraje, me recordé a mí misma, desesperada.

Una voz emergió de la venenosa oscuridad.

–Ah, pero necesitarás mucho más que coraje aquí, Hija de los Árboles.



Capítulo
Diez





El lugar en el que caí no tenía el aspecto borroso de un sueño, pero aun así no lo reconocí para nada. Sueño o reino etéreo, no lo sabía. Mis ojos nunca se acostumbrarían a la oscuridad, ya que no era una oscuridad natural, sino la verdadera oscuridad del infierno. Había una mesa entre la voz y yo, e incluso la llama púrpura de la vela que ardía sobre esta emanaba un resplandor vacío que no iluminaba nada. Si hubiera extendido las manos, no habría podido verlas.

El hombre... no, la *cosa* que se encontraba sentada delante de mí apareció con su cabeza flotando en la oscuridad que nos rodeaba. De todas formas, al moverse noté que llevaba un manto seroso de salvia oscura, como si una capa de arena negra estuviera cayendo constantemente sobre sus

hombros. Nada tenía sentido; no podía ver mi propio cuerpo, pero sí podía ver el de esta entidad que se encontraba delante de mí. Unos dedos largos y blancos emergieron desde algún lugar del interior de su capa y avanzaron hacia adelante, aunque eran “dedos” solo en el más vago de los sentidos, ya que cada mano constaba de tres de estos y cada uno era una criatura retorcida parecida a una serpiente con la boca abierta, lista para succionar. En el eterno silencio, podía oír a esas horribles criaturas saborear el aire con suavidad.

Si es que había aire aquí. Tal vez, simplemente estuviera respirando solo miedo.

Y la cabeza de la cosa, ah, su cabeza. Tan solo deseaba tener la habilidad de apartar la vista, pero esta permanecía fija en su cráneo blanco y elevado, cuya complexión lucía demasiado delgada y sobrenatural, casi como si estuviera hecho de cera, lo cual hacía que su superficie se viera tan viscosa que me erizaba la piel. Tenía dos rendijas negras y angostas en lugar de ojos, y una nariz de serpiente en forma de rombo. Su boca no estaba completamente cerrada, ya que colgaba como si tuviera la mandíbula rota en cientos de pedazos y nunca hubiera sanado.

De pronto, se inclinó hacia adelante, impregnando el ambiente con un olor que solo me recordaba a la muerte. A la putrefacción. Me estaba estudiando, examinando, desgarrando piel y huesos para que yo pudiera ver con claridad lo que yacía por debajo. Tomé una bocanada de aire y sentí cómo mi pecho comenzó a arder del dolor y a latir como si la cosa lo hubiera abierto para observar en el interior.

–Hija de los Árboles, de la Oscuridad –dijo con una voz grave, meciendo de lado a lado su boca colgante, cuya pestilencia a cadáveres, empalagosamente dulce, impregnaba el ambiente–. Voluntariosa, Niña

Sustituta, Sirvienta del Diablo, Compañera del Mero Hijo de la Luna, vienes con una petición.

No era una pregunta. La forma sibilante en la que pronunció la palabra *petición* me hizo sentir escalofríos en la espalda.

–Sí –dije, sin saber si había un intercambio implícito que se suponía que supiera–. ¿Quién eres?

Si bien las antiguas hebras de vida que reposaban en mi interior sabían la respuesta, quería oírla en voz alta. Todo dentro de mí gritaba: *Es la Maldad misma*, pero esperé, con las manos entrelazadas y sudadas. Sopesó mi pregunta, disfrutándola con lo que asumí fue una sonrisa.

–Soy... un Unificador. Ocho somos. Ocho somos quienes creamos al mundo. Conoces nuestro trabajo, pequeña joven del Inframundo. Siento nuestra obra en tu interior –y en ese momento el Unificador retorció una de sus manos de anguila y dejó a mi vista las bocas onduladas de sus “dedos”.

Sentí una quemadura sobre mis propios dedos y fruncí el ceño, abrasada por el conocimiento y el miedo.

–Eres el creador de los libros –dije–. El *Elbion Negro*, lo toqué y me marcó.

–La marca fue confiscada por la muerte, pero aun así la veo sobre ti –el Unificador lucía... orgulloso. Engreído. Esa expresión hizo que su boca líquida adquiriera una forma horrible–. De todas formas, yo no creo los libros, Buscadora de la Libertad. Ocho somos y solo uno unifica los libros. Yo unifico *almas*.

–Por eso estoy aquí –respondí, temblando. Era mejor apresurarse. Sabía que nada de lo que dijera podría sorprender al Unificador; ya me había comprendido por completo–. Vine para desunificar a Madre. Su alma está

atrapada dentro del cuerpo de una araña, obra de mi padre hace muchos años.

El Unificador respiró hondo como si estuviera disfrutando de un vino fino, lo cual hacía que sus hendiduras que hacían de fosas nasales se ensancharan, revelando solo tinta oscura en movimiento por detrás.

–Sí, lo recuerdo bien. Un pacto que no me tomé a la ligera. Una unificación que *no* es fácil de deshacer –se inclinó más sobre la mesa y casi me dan arcadas al sentir su hedor–. Esto no saldrá bien para ti, Engendro de las Hadas.

–Tengo voluntad –dije. *Coraje*. Recordé la sensación de valentía que había sentido cuando Khent presionó su pulgar sobre mi espalda–. ¿Qué debo hacer?

Movió uno de sus dedos que parecían gusanos en mi dirección mientras sacudía su angosta cabeza blanca.

–Los cánticos ya han comenzado. Ahora... –respiró hondo nuevamente, haciendo que su cuerpo entero se estremeciera del placer–. Ahora viene la ssssalvia.

También la sentí. El aroma acre de la salvia ardiente impregnó el aire y un halo de humo se elevó a nuestro alrededor desde el suelo. Subía y subía hasta comenzar a ahogarme. El Unificador permaneció inmóvil y esbozó una sonrisa macabra, mientras yo tosía y sujetaba mi cuello con la boca en carne viva por el penetrante calor del humo. Comprendí que estaba respirando fuego y me estaba sofocando hasta el estómago. Luego, vinieron las llamas, cuya erupción rápida las hizo envolverse en mí y consumir mi vestido. Luché en vano para extinguir el fuego, pero no había nada que pudiera hacer. La falda se encendió con unas llamas rojas hambrientas que

treparon hacia mi cuerpo, haciendo que el dolor en mis piernas fuera tan intenso que pronto quedaron adormecidas. No, adormecidas no, quemadas. Podía ver los huesos en ellas, los músculos derretidos y la grasa rezumando por el fuego, crujiendo mientras se aceleraba la matanza.

Mis gritos debieron haber sido terribles, pero no los podía oír por el crujido y crepitar de las llamas. Sin poder hacer nada, observé cómo mi vestido ardía por completo, mientras la carne de mis dedos se desvanecía bajo el fuego, dejando atrás nada más que huesos calientes sujetos como garras a la poca carne de mi cuello burbujeante como cera. Los gritos terminaron, tenían que hacerlo, dado que ya no tenía boca, solo una herida inmensa que respiraba fuego interminablemente, calcinándome por fuera y por dentro.

De pronto, sentí un dolor punzante en mi rostro, seguido de una repentina humedad, un sobresalto que vino con el disparo de un fusil. Mis ojos estallaron.

Ya había terminado. Tenía que estar muerta, ya que el dolor era una locura y el fuego me había consumido por completo. De todas formas... De todas formas, recuperé la visión y, con ella, la imagen del Unificador. Era como si nada hubiera pasado en absoluto. Las llamas habían desaparecido y mi garganta solo tenía un ligero sabor a carbón. Pero mi alivio duró poco. Ya que al mirar hacia el otro lado de la mesa y ver la sonrisa que allí me esperaba, estaba segura de que mi juicio recién había comenzado.

—¿Sigues teniendo voluntad?

Con el calor del fuego tan abruptamente lejos, me sentí fría y húmeda, como si mi cuerpo me estuviera advirtiendo sobre una inminente enfermedad. Me abracé a mí misma y aparté la vista del Unificador, consciente de que esto se trataba de una especie de prueba. La extraña me

había advertido de que no habría marcha atrás, que una vez que el ritual comenzara, este debía terminar.

–Sí –susurré–. Aún la tengo. ¿Esto mismo es lo que mi padre sufrió? ¿Para hacer la unificación?

El Unificador se alejó y abrió aún más sus ojos angostos como una señal de sorpresa.

–Luego de desangrar a Madre hasta el estado de la muerte, capturó a ocho humanos y grabó la voluntad en sus pechos, luego los quemó en un campo de salvia. La lluvia no extinguió las brasas por días. Cuando ya no eran más que cenizas, las mezcló con vino y festejó.

–Entonces, ¿otras personas sufrieron en su lugar? Típico de él –moví la cabeza de lado a lado.

–Hay más de un camino para ganar la atención de un Unificador –dijo–. El tuyo es un corazón tierno. El suyo es de roca. Ahora, entrégame tu palma, muchacha tonta y audaz. Se requiere un sacrificio.

¿No había sido ya sacrificada? Y aun así este era el paso de la unificación que más temía. *Sangre y tinta*. La única forma de avanzar, comprendí, era respiro tras respiro. Nada en esta tierra extraña de sombras era real, incluso si había sentido el dolor del fuego tan profundamente. Incluso aunque mi miedo fuera innegablemente real.

Extendí mi mano sobre la pequeña mesa circular que nos separaba, con las palmas hacia arriba frente al Unificador. A medida que cerraba los ojos, el Unificador dejaba de acercarse. Solo cuando los mantenía abiertos se movía. Dios, me estaba obligando a mirar el acto siniestro que tenía en mente. Tragué saliva y me senté más derecha, determinada a perseverar.

Respiro tras respiro. Simplemente necesitaba seguir respirando y recordar que este era un reino de engaños.

La mano izquierda del Unificador deambuló sobre mi palma, con sus tres dedos retorcidos acercándose, centímetro a centímetro. Las pequeñas bocas se abrían y cerraban cada vez más rápido a medida que se acercaban a mi piel, hambrientas. Mi estómago se revolvió y contuve la tos, como si mis propias entrañas estuvieran repletas de esas serpientes tortuosas. Podía decir que el Unificador no estaba mirando nuestras manos sino mi rostro, disfrutando cada mueca de incomodidad que tensaba mis labios.

Encontró mi palma y, al instante, sus largos tubos se quedaron rígidos, sujetos a mi piel. Al principio, la sensación fue agradable, solo un leve tirón, pero no se detuvo y comprendí que el apretón ya no era jugueteón. Mis ojos se dispararon hacia los del Unificador y la respiración tranquila que había forzado en mí pronto se tornó irregular y ruidosa.

—¿Quieres que me detenga? —se estaba burlando de mí sin hacer otra cosa más que reír.

—No —grité—. No, tengo voluntad.

—¿En verdad la tienes? La tienes en tu mente, pero ¿la tienes en tu espíritu? Veamos.

Odiaba su voz, inquietante y fría, y odiaba que me hiciera sentir miedo. Sus dedos jalaron sin parar mientras se elevaban, aunque mi mano era prisionera de una fuerza invisible que la mantenía fija sobre la mesa. Observé horrorizada y boquiabierta cómo la carne de mi palma se tensaba cada vez más hasta el punto de desgarrarse. Al principio, la herida era pequeña, pero enseguida de ella comenzó a brotar sangre, la cual rellenó las grietas en donde mi piel había cedido. La sangre caliente se acumuló y comenzó a quemarme, un contraste notable en comparación a la frialdad

del aire y de los dedos del Unificador, los cuales extrañamente carecían de temperatura, como si no estuvieran lo suficientemente cálidos como para estar vivos ni lo suficientemente fríos como para estar muertos.

Presioné los dientes, pero el dolor no era una ilusión, no era un engaño, mi mente se retorció con lo que mis ojos contemplaban, lo cual generaba que un temblor comenzara a desencadenarse en mi interior y avanzara a toda prisa hacia mi estómago. Estaba segura de haber vomitado en algún lugar en la oscuridad que nos rodeaba. Estaba segura de haber gritado, pero no por clemencia, ya que me negaba a quedar atrapada en ese vacío para siempre. Maldije a la cosa. Encontré insultos que nunca antes había dicho en voz alta. Grité incoherencias en un idioma que ni siquiera era el mío, uno que no podría descifrar ni aunque fuera obligada, uno que se sentía lo suficientemente real y malvado como para castigarlo simplemente por despellejar mi palma justo delante de mis ojos. Un trozo de piel sangrienta en carne viva se desprendió y dejó a la vista la carne rosada y escurridiza de mi mano.

Fue una sorpresa, quizás, darme cuenta de que eso hizo que el dolor se desvaneciera en un instante. La sangre brotó de mi mano, cubriendo la mesa de densos ríos rojos. Los dedos del Unificador continuaron merodeando sobre la piel de mi palma para que ambos pudiéramos ver lo que yacía por debajo.

Una palabra. De alguna manera, podía leer una única palabra, escrita sobre tendones relucientes y viscosos.

Voluntad.

Me sentía mareada y adormecida, con la garganta ronca por los gritos, pero ver esa palabra me dio algo de consuelo. Había pasado una prueba,

una para la cual no sabía que me había preparado. El Unificador me miró con desdén, pero retiró sus manos crueles de mi piel. Me tambaleé hacia atrás con los ojos en blanco por toda la sangre que había perdido, la cual se desparramaba a nuestro alrededor. El ardor en mi mano no cesó y algunos destellos punzantes de luz roja bailaron frente a mí. La criatura que se encontraba por delante volteó y se recostó. La boca se me secó por completo; estaba a punto de colapsar.

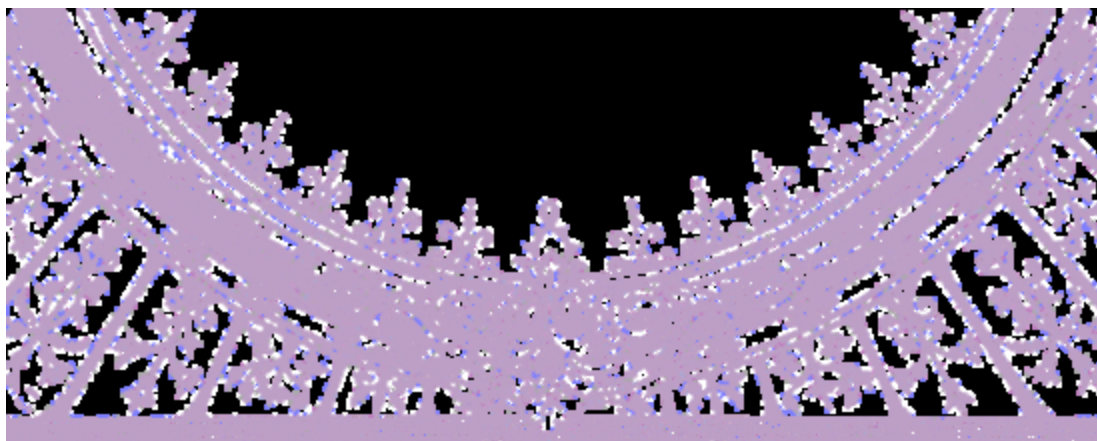
Y al cabo de un instante, estaba cayendo hacia el pozo oscuro sin poder hacer nada, concentrada solamente en la quemadura de mi mano, cuya sensación era lo único a lo que me podía aferrar. Por encima de mí, muy por encima, oí los susurros del Unificador:

Palabras y salvia, sangre y tinta, agua y vino. Estas unificaciones quedan deshechas.





Capítulo
Once





Como si estuviera despertándome de un sueño profundo, comencé a sentir a alguien levantándome a lo lejos. Agua fría y limpia avanzó por mi boca y me vi obligada a tragarla, lo cual trajo un sabor amargo y me hizo perder nuevamente, no en el reino del Unificador, sino en el irrompible y cálido reino de los sueños.

Comencé a despertarme aún más al sentir el trapo sobre mi frente. Mary estaba allí, mirándome desde arriba con sus ojos grandes y preocupados.

—¡Ah, gracias a cada estrella del firmamento! —exclamó—. ¡Está despierta! ¡Vengan todos! ¡Louisa está despierta!

Sentía la cabeza como si estuviera clavada en una estaca, evidenciado por la rigidez de mi cuello dolorido. Intenté levantarme, pero mi debilidad me hizo caer nuevamente sobre las almohadas. Entrecerrando los ojos, miré a mi alrededor, pero no reconocí el lugar, aunque el leve aroma polvoriento del aire se sentía familiar. Me habían llevado a una pequeña habitación, cuyo aspecto acogedor y ordenado me recordaba a la casa de Giles St. Giles en Derridon. Había sillas repletas de cosas y alfombras felpudas junto a una chimenea en donde ardía un fuego y dos gatos anaranjados que dormían frente a ella.

—¿Dónde están? —se quejó Mary, parándose y caminando a toda prisa hacia la puerta abierta.

En respuesta, un conjunto de voces resonó a través de las tablas del suelo, seguidas por una serie de golpes filosos e intensos sobre una puerta. Me obligué a sentarme, ignorando el mareo que persistía en mi cabeza. El dolor se dispersó por mi palma derecha ni bien toqué las sábanas, algo que

me hizo resoplar y comprender que no había escapado del pozo oscuro ilesa. Sobre una marca roja e irritada había unas letras negras en mi mano. Eran ilegibles, en un idioma que aparentemente ni yo ni Padre hablábamos. Pero sabía, por supuesto, lo que debían significar.

–¿Cómo me hicieron esto? –pregunté mientras Mary regresaba a toda prisa hacia la cama.

–Louisa, te lo explicaré más tarde. Algo ocurre abajo. ¡De prisa!

Tenía razón. Ahora se oían gritos y más golpes, por lo que dejé que Mary me destapara y me sacara cuidadosamente de la cama.

–Espera –dije, tambaleante–. El diario...

–Lo tiene Dalton –me aseguró–. ¡Vamos!

Mi cuerpo se sentía como si hubiera caído de una montaña, pero la seguí de todas formas, recostada sobre su hombro con pesadez mientras dejábamos atrás a los gatos, que no lucían para nada molestos. Aparecimos en una pasarela que pasaba por encima de la tienda, en el tercer piso, desde donde se podía ver todo el despliegue de estantes y faroles por debajo. Desde ese sitio podía ver a Fathom y Khent aferrados a la puerta principal de espaldas con sus piernas tensionadas.

Desde el otro extremo de la tienda, Dalton le gritó algo a Niles, quien se las había arreglado para encontrar algunas pistolas ocultas debajo del mostrador. Pero a medida que Mary me arrastraba hacia la escalera, lo único en lo que podía concentrarme era en la mujer que yacía recostada de lado en el centro de la tienda con un vestido negro de plumas, inmóvil. *Madre*. No había ninguna señal de la bruja.

–¿Funcionó? ¿O ella...? Por favor, dime que funcionó –murmuré.

–Teníamos miedo de moverla, Louisa. No ha respirado ni una sola vez desde el ritual. Tú estabas gritando y llorando, por lo que creímos que era más seguro llevarte a la cama. Ah, ya han pasado horas y horas. Temía que nunca te recuperaras.

Mi corazón se detuvo. El Unificador había dicho que la unificación estaba rota. ¿Por qué Madre estaba inmóvil? ¿Acaso el ritual, de alguna manera, le había quitado la vida? ¿Había hecho yo algo mal?

Con cada paso, me sentía levemente más fuerte, hasta finalmente poder caminar por mi propia cuenta a toda prisa por la pasarela. Nos detuvimos enseguida cuando oímos a Fathom gritar algo incoherente mientras las puertas detrás de ellos se sacudían y cedían poco a poco hacia adentro, hasta finalmente estallar en llamas. Era una locura avanzar hacia el fuego, pero nuestros amigos estaban en peligro y no podía simplemente quedarme parada allí y mirar.

–Vamos, Mary –jalé de su brazo.

–Aún estás demasiado débil –insistió, pero ya estaba en camino.

–Encontraremos la forma de ser útiles.

–¡Antorchas! –oí a Khent vociferar–. ¡Son demasiados!

Demasiados y no había luna llena, si es que acaso era de noche. Miré frenéticamente a Mary a medida que los seguidores del pastor ingresaban a la tienda con sus antorchas, meciéndolas en el aire frente a ellos. Khent y Fathom cayeron hacia atrás, y Niles y Dalton permanecieron parados no muy lejos de Madre sobre la alfombra, apuntando y efectuando sus mejores disparos.

–¡Mary! –grité–. ¿Puedes hacer algo?

–Estoy débil por lo del baile, pero daré lo mejor de mí –respondió, presionando sus labios con fuerza y arrojando sus manos hacia atrás. Sus

poderes de protección emanaron de su pecho como era usual, aunque el destello, de alguna forma, lucía más tenue. La esquivé y avancé por la escalera de a dos, y luego de a tres escalones a la vez y, una vez abajo, avancé por la tienda a toda prisa justo a tiempo para ver los estantes más cercanos a la puerta arder. Todo ocurrió muy rápido; el sabor a humo de inmediato invadió mi boca una vez más, algo que me hizo luchar contra el inminente aluvión de náuseas, aunque esta vez, era real. Esta vez, mis amigos podrían morir si el fuego se salía de control.

Coraje.

El escudo de Mary nos envolvió y redujo el ardor del humo y de las llamas, aunque el fuego ya comenzaba a consumir las paredes, sobre las cuales las páginas viejas y quebradizas de los libros servían perfectamente de material inflamable para una imagen desgarradora. Parecía que hubiéramos elegido hacerles frente a nuestros atacantes sobre una pila de ramas secas. Khent regresó al interior de la burbuja y tomó una de las pistolas que le ofreció Niles, aunque no sabía mucho que hacer con ella, por lo que simplemente golpeó en la cabeza a la persona de blanco que se encontraba más cercana a él, lo cual le permitió sacarle la antorcha de su mano y pisarla en el suelo con su bota.

Fathom rápidamente cargó la pistola que Niles le había entregado y demostró sus habilidades de excelente tiradora, solo que había demasiados blancos.

Y peor aún, más amenazante que sus bastones, era el fuego que ahora se arrastraba por el suelo de madera hacia nosotros.

–Deben haberme seguido desde la taberna –musitó Fathom. Apenas podía oírla por encima de la muchedumbre y el crepitar de las llamas.

–Nunca creí decir esto –comentó Dalton, disparando a ciegas hacia la masa de cuerpos que nos embestían–, pero ahora sería un buen momento para sacar a tu padre a jugar.

Me quedé rígida, mirándolo. Dolía. Pero tenía razón. Nos superaban en número y yo no era el tipo de tiradora que necesitaban. Los poderes de Mary estaban debilitándose, ya que podía notar cómo la superficie de la burbuja se desvanecía y provocaba que más y más humo se escurriera hacia nosotros. ¿Y el fuego? Ya no había forma de detenerlo; comía y comía, hambriento, devorando estantes enteros, mientras nos acorralaba desde tres lados con paredes elevadas de llamas. Mary gritó al notar que una viga sobre nosotros se quebró y cayó contra el suelo, en donde se estrelló sobre unos exhibidores de vidrio y nos cubrió con sus esquirlas. Su escudo se replegó por completo y pude oír cómo sus pasos abandonaban el altillo y se unían a nosotros.

Khent recibió un golpe en el brazo y se tambaleó hacia mí. Lo sujeté por los hombros y observé cómo la sangre se filtraba sobre su camisa. Cerré los ojos y dejé que el caos y el humo llenaran mi interior, dejando que la sangre fuera todo lo que había visto. *Primera sangre. Más sangre.*

Padre se despertó casi con mucho entusiasmo. Había estado esperando este momento. Mis ojos emanaron un destello rojo y sentí cómo la sensación extraña y salvaje de su poder invadía mis propios pensamientos. Negué con la cabeza, sin querer perder el control, sin querer liberarlo otra vez. No había forma de saber quién quedaría atrapado en esta carnicería.

No podía ver nada, pero sí podía oír el rugido del fuego y de los gritos de ira de los seguidores, a medida que retrocedíamos por sus golpes hacia el interior de la tienda. Estábamos perdiendo terreno y no me quedaba más

tiempo. Pero, de pronto, una mano liviana se posó sobre mi hombro, tan consoladora y suave que sentí cómo la influencia de Padre sobre mí se distendía hasta desaparecer por completo. Levanté la vista y, a la izquierda, encontré a Madre mirándome con la boca levemente arqueada en la forma de una sonrisa de desolación.

–No –me dijo–. Nunca debes dejarlo salir.

–Pero...

Me silenció con un movimiento de su cabeza. Sus ocho delicados ojos púrpuras se cerraron y los dobladillos de su vestido de plumas se agitaron por las ráfagas de viento de las llamas. Presionó su mano sobre mi hombro y avanzó hacia adelante hasta toparse con la alfombra chamuscada, y pareció deslizarse sobre esta hacia el tumulto de gente. No tenía nada para defenderse y no llevaba ningún arma, por lo que gateé hacia ella. No podía dejarla morir bajo las manos de estas personas, no después del calvario al que me había sometido para salvarla. Se encontró con gritos alarmados de Khent, Dalton y Fathom, quienes intentaban convencerla de regresar a la seguridad, sin éxito alguno.

–Paz –la oí decir por encima del escándalo. Luego más fuerte–: *Paz*.

Enseguida, como si hubiera colocado el manto de un hechizo sobre ellos, los seguidores bajaron sus bastones y antorchas, y se quedaron boquiabiertos y maravillados. Capturó su total atención con dos palabras, expresadas como si fuera una conversación amigable. Abrió completamente sus brazos hacia ellos y miró a su alrededor, aparentemente despreocupada por el humo o el fuego que devoraba todo a su paso en su dirección.

–Conozco sus corazones –dijo–. Sé que mañana cuando despierten cansados y asustados recordarán este momento y no sentirán nada más que

una cosa. *Culpa*. Aléjense. Aléjense de esta violencia y odio. Aléjense de este lugar. Alguien los espera. ¿Los recibirán aliviados o con culpa?

El silencio cayó sobre todos nosotros. La muchedumbre giró y pude ver sus rostros individuales. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos con los ojos bien abiertos como si nos estuvieran viendo a nosotros y a ellos mismos por primera vez. Uno de los palos cayó al suelo, seguido por otro, y observé cómo una pareja desigual se sujetó de las manos y volteó hacia la puerta rota. Se estaban *marchando*. Retirándose.

–Esta es nuestra oportunidad –intervino Dalton, haciéndonos una señal para que lo siguiéramos–. Hay una salida trasera. Rápido. Tenía la esperanza de poder salvar los libros, pero parece que ya es imposible.

Dejé a Khent y a Mary avanzar por delante de mí mientras los empujaba, y volteé hacia Madre, quien permaneció allí sobre la alfombra quemada hasta que el último de los seguidores del pastor se dispersó. Luego, volteó y caminó a mi lado con las manos aferradas a su cintura mientras la cola de su vestido la seguía por detrás, arrastrándose sobre restos chamuscados de libros y estantes.

–Eso... –estaba asombrada, casi sin palabras–. ¿Cómo hiciste eso?

Me miró y un hoyuelo se formó en una de sus mejillas.

–Solo fue posible porque su interior no albergaba odio real. Quería darles una oportunidad. Siempre es preferible la paz.

–Ahora comprendo por qué Padre deseaba tanto hacerte desaparecer – murmuré, siguiendo a los otros por detrás del mostrador de ventas hacia una habitación trasera que albergaba una puerta angosta que se encontraba bloqueada por un estante de libros. Niles la empujó hacia un lado y la abrió, dejando que la bendición de una ráfaga de aire húmedo nos envolviera.

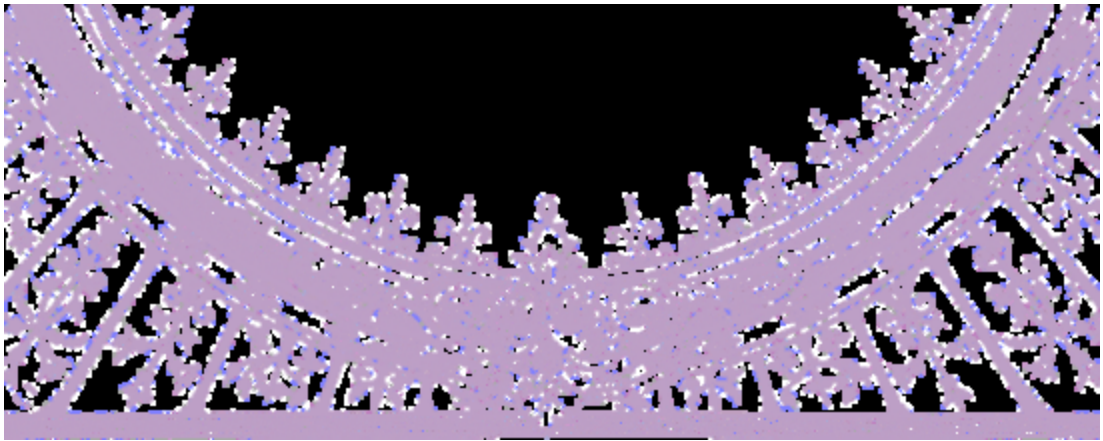
–No siempre fue como ahora –me dijo, suspirando con tristeza–. Pero vio a muchos de nosotros morir. Cuando pierdes a tus hijos, algo en tu interior cambia para siempre.

–También eran tus hijos –le indiqué.

–Y su pérdida rompió mi corazón –dijo–. Pero al suyo lo convirtió en cenizas.



Capítulo
Doce



Constantinopla

1248 a. C.

—No saben comer, amigos míos. ¡No saben! Baki les mostrará. Baki conoce cada puesto y carnicero desde Galata hasta el puerto. La tienda de té que está junto al templo sirve pis. ¿En qué estaban pensando, Señor Oscuro?

Mi griego, mucho mejor que el de Henry, nos estaba resultando de utilidad al lidiar con Baki. Lo conocía muy poco por lo que me contaba Pinzón, quien no dejaba de hablar maravillas de él. Baki ocupaba casi la totalidad del callejón que se encontraba por delante de nosotros, ya que la inmensa barriga que sobresalía por debajo de su camiseta bordada y una túnica corta era difícil de ocultar. Su cabeza y hombros estaban recubiertos por un chal rayado, pero poco hacía para ocultar sus cuernos y orejas puntiagudas.

—No estamos aquí por la comida —le dije, bufando.

—Pero estoy seguro de que probaremos el rabo de buey —agregó Henry, burlón.

Baki soltó una carcajada y se dio algunas palmadas en la barriga, y luego volteó para guiñarnos el ojo. Sus ojos eran de distinto color, uno azul y el otro amarillo como los de un gato.

—Muy bien, amigos míos. No soy muy fanático de la carne vacuna, pero Baki mirará hacia otro lado si están tan dispuestos a probarla. Tal vez, mañana podamos discutir la aventura que trajo su amigo sobre la búsqueda del escritor mientras comemos un budín de miel.

Hay rumores de una grandiosa batalla en el Henge, y ¡Baki siempre está listo para hablar de las batallas!

Déjenle a Henry hacer amigos con otro ser del Supramundo más rápido de lo que yo podría. El pasaje angosto por el que descendimos solo estaba iluminado por los faroles de algunas casas que se encontraban por arriba nuestro. El vecindario era uno que no podría nombrar, se encontraba en algún lugar al sudoeste del coliseo y los jardines residenciales de los más poderosos. Alguna vez, las paredes aquí habían estado pintadas, pero desde hacía un largo tiempo que estaban descuidadas. Las ratas nos observaban desde cada rincón, las moscas se posaban sobre pilas de huesos abandonados y putrefactos, y formaban nubes tan densas que eran capaces de ahogarnos.

Dentro de la bolsa de Henry, el pequeño cachorro del infierno se quejaba. Me sentía identificado con él. Dejamos que Baki fuera adelante mientras Ara marchaba última por detrás. Sus quejidos indistinguibles se mezclaban con los gemidos del perro.

—No me gusta esto —la oí decir. Era una frase que debió haber dicho unas veinte veces ese día.

—Intenta detenerlo, entonces —le contesté—. Sabes cómo se pone una vez que tiene una pista.

—¿Yo? —rio, aunque nunca lo hacía de una forma inocente y alegre—. Inténtalo tú. Sabes que te adora.

Puse los ojos en blanco y observé a Baki levantar una cuerda del suelo. La oscuridad aquí era densa y espesa, lo cual hacía sentir que las paredes nos presionaban cada vez más a medida que seguíamos un camino que solo Baki conocía. Me repetí a mí mismo que podía

confiar en él. Pinzón era bueno juzgando el carácter de las personas y Baki era uno de los nuestros. Por debajo de su chal, casi cerca de su cintura, podía ver una pequeña cola meciéndose por debajo de la tela, apenas visible. Era un Re'em y tenía la fuerza de un rebaño de bueyes, con cuernos y dientes que podían desgarrar carne a toda prisa. Tal vez solo Goliat y los Nefilim eran más fuertes, o lo que fuera Ara, porque de seguro, no era una de nosotros.

—Estamos cerca, amigos míos. A partir de este momento, solo debemos susurrar y solo si es indispensable.

El silencio me permitía oír el roce de las garras de algunas ratas invisibles y la voz profunda y ocasional apagada por los ladrillos y el yeso. Avanzamos más hacia las profundidades, como si estuviéramos explorando una jungla y no las calles de una ciudad. Habría dado cualquier cosa por estar de nuevo en la mediocre tienda de té, ingiriendo alguna infusión herbal y quejándome del calor. No tenía estómago para este tipo de aventuras oscuras, pero Henry, ya sea por su propia naturaleza oscura o su curiosidad, nunca parecía cansarse de ellas.

Algún día aprendería a decirle que no. Algún día...

—¿Y estás seguro de que este tal Faraday nos ayudará? Estoy gastando mucho dinero en ti, amigo, será mejor que no sea en vano — susurró Henry.

—Te llevaré hacia él solo si me regalas a ese pequeño perrito —dijo Baki, con sus orejas puntiagudas levantadas por debajo de su chal. Debajo de su túnica, su cola se movía cada vez más rápido.

–Ja. No lo creo. Ese animalito vale más que cualquier información que tú o este extraño tengan –contestó Henry–. De todas formas, ya me encariñé con él.

–Por supuesto, por supuesto. Ahora, amigos, silencio, ya llegamos.

Recé en voz baja para agradecerle al pastor mientras me mantenía más cerca de Henry y Baki a medida que el inmenso y redondo Re'em avanzaba lentamente hacia una puerta oculta tras una tela desgarrada de arpillera. Hizo a un lado la tela y golpeó un extraño patrón. Luego, esperó. Algo rozó mi tobillo y me asusté, lo que casi provoca que me desplomara sobre los brazos de Henry.

–Quieto –susurró–. Es solo un ratón.

–Los ratones no son fríos y húmedos.

La puerta se abrió y reveló una choza de techo bajo. Una señora jorobada nos encontró allí con su cabello y ojos blancos y un vestido completamente negro. Nadie diría que era agradable verla, mucho menos cuando su boca no era nada más que una pequeña ranura por encima de su barbilla.

–Ah, Guardiania Blanca, luce radiante esta noche –dijo Baki con cariño.

Guardiana Blanca. Eso de seguro tenía sentido. Pero ¿y lo demás? Henry y yo intercambiamos una mirada. La mujer levantó uno de sus brazos torcidos por debajo de su capa negra y pude notar que su piel blanca y arrugada estaba recubierta por marcas de tinta desgastadas. Le dio algunas palmadas a Baki sobre sus mejillas y dejó salir una risa seca.

—¿Qué necesitas, hijo mío? —preguntó en griego—. Asumo que no es para una fiesta. Qué decepción. Nunca vienes a verme a menos que necesites algo.

Baki se encogió de hombros y se dio algunas palmadas sobre su estómago.

—Podemos ponernos al día mientras estos otros le muestran respeto a Faraday, ¿sí? Tal vez aún quede algo de comida en el horno...

Los ojos de la anciana se entrecerraron y volteó su mirada despiadada hacia nosotros.

—¿Al amo? Ah, no. Ah, no, no, no. No podrán verlo. No esta noche. Está de muy mal humor y está tan dispuesto a arrojarlos desde el techo como de servirles té. No es el mismo desde que regresó de la sal.

—Por favor, señora —le imploró Henry, activando su encanto. Se recostó, debilitado, sobre el marco de la puerta, esbozando su sonrisa más infantil mientras se quitaba un mechón de su cabello oscuro de los ojos antes de bajar su capucha para que pudiera verlo por completo—. Venimos desde muy lejos. Sería una completa lástima si hubiera sido por nada.

La mujer miró hacia el interior de la choza. La vela que cargaba iluminaba una serie de marcas extrañas sobre el revestimiento de las paredes. No se suponía que las conociera, pero le revolvió el estómago. Todas ellas, estrellas extrañas y caracteres crudos, estaban dibujadas en sangre.

—No temo a lo que pueda encontrar en el interior —le aseguró Henry—. Y no seremos una molestia para su amo. Simplemente

deseamos hacerle algunas preguntas.

La Guardiania Blanca lo miró fijo por un largo rato, luego posó su mirada en mí y finalmente en Ara, quien se movía incómoda y hablaba en voz baja, aburrida, mientras se tomaba la decisión. Al cabo de un instante, la Guardiania asintió con su cabeza una vez y Baki mantuvo levantada la tela que cubría la puerta para que pasáramos.

El lugar estaba impregnado de un aroma abrumador a incienso, una esencia salvaje y púrpura que solo podía tener un propósito: ocultar el verdadero hedor del lugar, una pestilencia a huesos viejos y cuerpos en descomposición. La sangre en las paredes estaba fresca, aunque por debajo se podían ver algunas marcas secas, dejando en evidencia que los nuevos símbolos se habían dibujado recientemente. Brillaban a la luz de la vela y emanaban un olor a monedas mojadas que tensaba aún más el nudo que sentía en mis entrañas.

Lo confieso, quería marcharme. Henry siguió a la anciana dando pequeños saltos al caminar, pero yo no podía igualar su entusiasmo. Algo estaba muy mal con este lugar, podía sentirlo muy en mi interior, y no era solamente mi aversión como ser del Supramundo a los modos de la gente de Henry.

Era un lugar de maldad.

No había casi nada en la vivienda: un único asador para cocinar y algunos cojines viejos. El suelo estaba cubierto por una capa de arena y algunas salpicaduras de sangre seca, y todos tuvimos que bajar la cabeza para evitar chocar contra el techo. La Guardiania Blanca nos guio a través de un pasaje hacia la parte trasera de la casa, en donde

nos esperaba un conjunto de escaleras de arcilla labradas en el suelo, las cuales quizás databan de mucho antes de que este vecindario, o incluso toda la ciudad, fuera creado. El aire tendría que haberse tornado más frío a medida que avanzábamos, pero en cambio me vi forzado a quitarme la capucha en un intento de contrarrestar el calor intenso que se tornaba cada vez más intolerable a medida que descendíamos.

—¿Por qué hace tanto calor?—murmuré.

Fue entonces que noté que Baki se había quedado atrás. Por su altura, puede que ni siquiera cupiera en el pasaje. De todas formas, su ausencia me incomodaba. Él conocía a estas personas mejor que nosotros. ¿Por qué se había quedado afuera?

Finalmente, la Guardiania Blanca se detuvo. Una puerta ancha con forma de arco apareció por delante, tallada en la roca blancuzca sobre la cual se erguía la ciudad, y una cortina blanca se mecía frente a ella, de un lado a otro. La luz de cientos de velas brillaba al otro lado. Algo suave me hizo cosquillas a mis pies y cayó sobre mi sandalia. Lo levanté y coloqué frente al destello de la cortina. Una pluma larga, parduzca y afilada.

—Qué peculiar—susurré.

—El amo está adentro—dijo la Guardiania Blanca con voz ronca—. No pongan a prueba su paciencia.

Y así, se marchó, dejándonos entre la pestilencia y el calor de esa guarida profana. Miré a Henry, pero sus ojos estaban impregnados con el placer de un niño, por lo que enseguida avanzó hacia la cortina. Si hubiera querido, no podría haberlo detenido de correr

sutilmente la tela hacia un lado. Incluso Ara lucía fascinada mientras avanzaba a su lado, con la respiración entrecortada. Dentro de la bolsa de Henry, el cachorro soltó un rugido grave y triste.

Ese rugido alarmó a la criatura. Había construido una especie de fuerte para sí misma, una iglesia oscura de velas y paja. El suelo estaba recubierto de plumas como la que había encontrado. La criatura tenía alas inmensas y rojizas con garras filosas en las puntas. Era una especie de hombre de complexión angosta y muscular que vestía una túnica desgarrada y manchada de sangre, la cual, indudablemente, había obtenido de algún adversario mucho más grande. Algunos collares de perlas negras colgaban sobre su cuello y las grietas de su piel, esas marcas aleatorias sobre la carne, brillaban con un resplandor rojizo y dorado que emanaba desde su interior.

Me lastimaba verlo y hacía que mi estómago rugiera del dolor.

–Šulmu, Gallû –dijo Henry avanzando, paso a paso, hacia la cueva de la criatura hasta detenerse y hacer una reverencia. Saludos, Demonio. Sonaba con una alegría tan positiva–. ¿Faraday, presumo? Aunque por lo visto, eso no es del todo así, ¿verdad? Es algo más como Faraz'ai, un nombre perdido en el tiempo. O Furcalor o Focalor... Usemos ese nombre. Focalor, el Gran Duque, el Abandonador, el Líder de las Treinta Legiones, pero lo más importante, muerto, la última vez que oí hablar de ti. ¿Cómo llegaste hasta aquí y qué sabes de los libros, de la unificación?


Faraday, o Focalor, tal como Henry lo había llamado, giró para enfrentarnos. Su rostro podría haber lucido increíblemente atractivo de no ser por las grietas de luz que lo partía con patrones extraños.

Abrió sus alas de grifo y extendió sus manos hacia nosotros, con algunas lágrimas sobre sus mejillas. A su mano derecha le faltaban dos dedos; a la otra, el meñique.

La voz de Focalor era como el humo de una pipa, rica pero tóxica, la voz de un joven cantante, pero triste, una voz hecha solo para cantos fúnebres.

—Ah, sí, Señor Oscuro, he ido a las planicies blancas. He ido a la sal para encontrarme con un Unificador, pero el viaje me lo quitó todo.



uatro, y luego cinco días pasaron y no obtuvimos noticias de la lechuza, Alas. Teníamos algunas pocas distracciones en el refugio de Deptford, donde nos quedamos para no hacer nada más que lamer nuestras heridas y esperar. Niles había decidido unirse a nosotros para viajar a la Coldthistle House, ya que estaba desempleado ahora que la tienda de Cadwallader se había incendiado. Una vez allí, seguiría camino hacia Derridon para reencontrarse con su hermano.

En circunstancias normales, un retraso de esta magnitud sería normal, pero Dalton nos había asegurado que la lechuza ya debería haber regresado con novedades, si es que tenía algo para nosotros.

—Ah, Louisa, algo parece estar completamente mal.

Estaba jugando una partida de whist con Mary, aunque en realidad ella solo estaba concentrada en el pez de madera de Chijioke que llevaba en su bolsillo y al cual frotaba, como si pensara que no me daba cuenta de lo que

estaba haciendo por debajo de la mesa. La tensión dentro del sótano era sofocante. Fathom estaba preocupada de que nos hubieran seguido y nos encontraran una vez más, por lo que decidimos permanecer bajo tierra tanto como fuera posible.

—¿Crees que nos están ignorando a propósito? —le pregunté a Mary—. Tal vez están enfadados porque nos marchamos.

Había ganado la última baza y era el turno de Mary, pero no lo notó. Negó con su cabeza mirando los naipes sin energías.

—Chijioke me estuvo escribiendo todo el verano. Sabría si está enojado.

—¿Qué crees que encontraremos allí? —le pregunté. Le había contado un poco sobre el diario de Dalton. Lo que había leído hasta el momento parecía bastante prometedor. Tal vez, el Sr. Morningside había encontrado su propia manera de convocar a los Unificadores, trabajando sobre las experiencias de Focalor. Habían estado siguiendo los caprichos del Sr. Morningside para descubrir el origen de los libros extraños y, ahora que había conocido a un Unificador, sabía que tenían mucho poder, suficiente incluso para remover a Padre de mi espíritu sin matarme.

—Me duele especular —murmuró—. Mi corazón sufre siempre que me dejen llevar por la imaginación...

Observé a Mary arrojar una carta del mismo palo y tomar otra del mazo. Comencé a respirar entre dientes, con el borde de la carta raspando la herida que tenía en la palma. Mary me contó exactamente lo que había visto durante el ritual. Me contó que no me había ido a ningún lado, simplemente me encontraba arrodillada sobre la alfombra junto a la extraña. Luego, repentinamente, comencé a gritar y me caí al suelo, donde rodé agitando los brazos. Me dijo que no había entendido por qué había reaccionado tan extrañamente por solo sentir un poco de salvia

quemándose. Y me contó que hablaba en un idioma horrible y que apenas sonaba a mí misma cuando le gritaba incoherencias a ella o a cualquiera que se encontrara en la habitación. Eran palabras oscuras, malvadas; no había duda de ello.

Todo empeoró aún más cuando la extraña tomó mi palma y comenzó a pincharla con la aguja de hueso recubierta con tinta. La extraña hablaba en la misma lengua aterradora y sus ojos estaban completamente en blanco, destellando a medida que colocaba la tinta sobre mi piel a ciegas.

Giré la mano y observé las letras de tinta que allí permanecían. Parecían cambiar cada vez que las contemplaba. Un idioma oscuro y malvado. Si bien gracias al Unificador sabía que la marca significaba “voluntad”, se veía terriblemente siniestra.

—¿Todavía te duele? —me preguntó Mary con gentileza—. Puedo ir a buscar más bálsamo.

—Un poco, el dolor ya está desapareciendo —dije—. Si tan solo la marca también lo hiciera.

—Por lo menos funcionó. Aunque aún no sé qué pensar de *Madre*.

Compartía su confusión. Fathom y Dalton le habían conseguido ropa más mundana para que pasara desapercibida y un velo negro de viuda para ocultar su cabello, piel y ojos inusuales cuando saliéramos del refugio. La mayor parte del tiempo, lo pasaba sola, leyendo vorazmente, estudiando cada baratija que encontrara y pasando largas horas contemplándonos, como si intentara memorizar cada uno de nuestros gestos. Todos los insectos perdidos que merodeaban por el sótano se juntaban a su alrededor, zumbando a sus pies como pequeños sirvientes a la orden.

—Louisa...

Mary me estaba mirando mordiéndose sutilmente un labio y con un rubor rosado oscuro sobre las mejillas.

—¿Sí?

—Louisa, creo que debemos ir a la Coldthistle House lo más rápido posible. Entiendo que el ataque en la tienda de Cadwallader te afectó, y sé que temes que sea una trampa, pero no creo que debamos dejar pasar más tiempo. Esta espera me está volviendo loca —dijo, arrojando sus naipes sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo —le contesté, para su sorpresa. Y frustración.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué retrasarnos? Debemos encontrar un carruaje adecuado enseguida...

—Aún no hemos ido porque temo hacerlo —le dije, interrumpiendo sus planes entusiasmados—. Ahora sé lo que es conocer a un Unificador y no estoy segura de poder sobrevivirlo una vez más. Si levantar la maldición para alguien más fue así de horrible, no quiero imaginar lo difícil que será deshacerla para *mí*. Temo lo que pueda llegar a costar. Temo no ser lo suficientemente fuerte como para soportarlo una vez más.

Frunció el ceño y asintió, y enseguida colocó su mano sobre la mía, la sana, y me dio una suave palmada.

—Te he visto lograr cosas increíbles, Louisa, y no estás sola. Hay una razón por la que me quedé contigo en lugar de regresar a Yorkshire. Necesitas de mi ayuda, al igual que de la de Khent. Juntos somos mucho más fuertes, Louisa, y nos debilitamos cuando estamos solos.

Intenté sonreír, pero mis dudas flotaban en el aire. Ella no sabía lo que era vivir de esta forma. Ella no sabía lo que era temerle a tu propia mente.

Puede que haya presenciado el ritual desde lejos, pero no estuvo cara a cara con el Unificador ni resistió sus pruebas.

–Encontraremos una forma de arreglar esto, lo prometo, y nuestras oportunidades mejorarán si tenemos a Chijioke a nuestro lado. ¡Y a Poppy! –soltó una leve risa–. Y, aunque no confíes en ellos, en el fondo de mi corazón creo que el Sr. Morningside y la Sra. Haylam también te ayudarán. Tal vez con su ayuda no sea tan malo esta vez.

Suspiré y bajé los naipes.

–Tal vez tengas razón. Tal vez la ignorancia es una prisión y no un escudo.

Estaba decidido. Solo tenía que convencer a Dalton, aunque resultó ser mucho más difícil de lo que esperaba. Se rehusaba a ir sin saber cómo estaban las cosas en la Coldthistle House, pero ya habíamos esperado tiempo suficiente, por lo que apelé a su cariño por Henry, el cual era más profundo de lo que había pensado. Para esto, el diario había probado ser una herramienta ingeniosa.

–¿Por qué me entregaste esto? –le pregunté esa misma tarde mientras tomaba el té, solo. Levanté su diario y, quizás con un gesto algo infantil, lo sacudí frente a su rostro–. ¿Qué sentido tiene todo esto si no permites que el Sr. Morningside me ayude? Si Madre no hubiera hecho nada, podría haber despedazado a esas personas en la tienda. La espera terminó.

Me miró por detrás de su taza de té por un largo rato, y luego bajó la vista a la herida en mi mano y cerró los ojos, presionando sus labios.

–Lo sé –dijo–. Es solo que temo ir.

–Yo también –confesé–. Pero esa ya no es una razón válida.

Fathom se encargó de organizar nuestra escapatoria de Londres, aunque no le gustaba mucho la idea de abandonar el refugio, ni siquiera para

preparar los carruajes. Decidimos salir esa misma noche, aprovechando la oscuridad, en dirección a St. Albans, en donde cambiaríamos carruajes y marcharíamos hacia el noreste a Malton. Dalton nos había asegurado que podía conseguir un transporte más rápido en St. Albans que nos permitiría acortar el largo viaje hacia Yorkshire del Norte si nos encontrábamos con un hombre sagrado y su rebaño de caballos aún más sagrados.

Todo esto le explicamos a Madre, quien asimiló toda la información asintiendo en silencio, con una sonrisa beatífica que crecía cada vez que comprendía que en verdad marcharíamos hacia la Coldthistle House.

–Bien –contestó–. Me gustaría conocer el lugar en donde Padre fue derrotado.

No dije nada, sino que simplemente volteé para ocultar mis frustraciones. Pero, evidentemente, él no se *sentía* derrotado.



Capítulo
Trece



Soñé con un salón oscuro y plateado, un corredor de estrellas que avanzaba hacia la eternidad. Un carnero del tamaño de una montaña hecho de orbes blancos que destellaban en pequeños cúmulos se paró sobre sus patas traseras delante de mí, mientras una serpiente tan larga como el Támesis se desenroscaba y mostraba sus colmillos de estrellas en señal de advertencia. Todo ocurrió lentamente, el choque entre estos dos animales imposibles se desencadenó durante horas, lo que casi me dio tiempo suficiente como para contar todas las estrellas que componían sus formas.

Cuando los colmillos penetraron el hocico de la otra criatura, las estrellas comenzaron a caer a mis pies sobre el suelo de cristal. El carnero y la serpiente estallaron, colapsaron, y su fulgor se desparramó a mi alrededor como un baño de joyas o un candelabro en caída, cuyas esquirlas de cristal salían despedidas en todas direcciones. Levanté los brazos y comprendí que también estaban compuestos de estrellas, y al cabo de unos segundos me encontré flotando, elevándome, sobrevolando todo, algo hermoso renacido. Algo nuevo.



—¿Cómo puedes dormir tanto? Esos caballos y el movimiento... ¡demasiado ruido! *Nhugh*.

Bostecé y me desperté frente a un compañero de asiento enfadado. Tal como lo habíamos planeado, cambiamos de caballos en St. Albans, donde un sujeto amable de mediana edad nos rentó dos yeguas elegantes, cuyo pelaje y colas eran tan doradas como un campo de botones de oro. Nos

ayudaron a cruzar Inglaterra a una velocidad alarmante, y Khent no estaba equivocado sobre el repiqueteo y estruendo considerables que hacían sus pezuñas sobre el camino. Ni siquiera el lodo parecía molestarlas, y dado que las tormentas duras habían desviado del camino a la gran mayoría de los viajeros, nos permitía llegar a cada parada mucho antes de lo previsto.

Khent estaba acurrucado bajo una manta gruesa a cuadros, ya que nunca fue alguien hecho para la humedad y el frío.

–Solo estoy cansada –le dije. Aparentemente, Mary también compartía esa sensación, ya que aún dormía acurrucada a mi lado. Madre también podría haber estado dormida detrás de su velo negro, pero era difícil saberlo con seguridad. Fathom se encargaba de conducir nuestro carruaje, mientras que Dalton y Niles se turnaban para manejar su carruaje más pequeño y liviano con el que nos esforzábamos por seguirle el ritmo.

–¿Cómo está tu mano? –me preguntó–. ¿Necesitas otra dosis?

Le mostré mi palma, que ya había sanado casi por completo y en la cual solo había algunas marcas de piel negra y despellejada que caía al suelo. En el refugio, Khent había preparado un brebaje que ya había probado cuando Giles St. Giles y Mary habían intentado calmarme luego del ataque que había sufrido camino a Derridon. Era un té mágico, deliciosamente dulce, que calmaba la mente y propiciaba la sanación.

–Solo siento picazón –respondí. Al igual que antes, las marcas ilegibles sobre mi mano parecían cambiar–. ¿Qué ves tú?

Cuanto más practicaba nuestro idioma, más lo usaba conmigo, aunque con frecuencia pasaba de uno a otro y recurría a su lengua nativa cuando no encontraba la palabra indicada.

–*Eyou-ra*.

El idioma de los sabuesos.

–Pero sé que eso no es posible –agregó Khent con una sonrisa retorcida–. No hay forma escrita para comunicar tales cosas.

–Entonces... ¿es como un rugido? ¿Luce como un rugido para ti? –le pregunté, igualando su sonrisa.

Sus ojos lavanda, sin embargo, perdieron un poco el destello.

–No... No. No, luce como el sonido de un animal herido.

–Puede ser –musité–. Pero no tiene sentido para mí.

–Me perdonarás por decirlo, *eyteht*, pero me incomoda verlas. Desearía poder olvidar las palabras que gritaste ese día y la impotencia que sentí al ver a esa mujer pinchándote. Conozco muy bien ese dolor, pero yo lo pedí; tú no –luego resopló y se cubrió la boca con ambas manos, bufando–. Ah. Ese sobrenombre es fastidioso. Encontraré algo mejor.

Adormecida, recosté la cabeza sobre mi brazo y la ventana, mientras miraba pasar el campo bañado por la lluvia.

–Tal vez, comienza a gustarme poco a poco.

Levantó las cejas al oír eso y enseguida inclinó su cabeza de una manera indeleblemente canina. Era una pregunta y una mirada de interés, todo en un solo gesto.

–Cuando todo esto acabe, te llevaré a una fiesta. Una fiesta real. Con escorpiones y música que no te haga dormir. Solo nosotros dos, ¿te parece?

–No, Khent. Mi corazón está tan fracturado como mi mente. ¿Quién querría eso? –suspiré.

Se encogió de hombros, aparentemente sin sentirse ofendido mientras se acomodaba bajo su manta de lana.

–Alguien que cree que incluso las heridas pueden ser hermosas.

–Ah, qué sensible –me burlé, sujetándome con fuerza a medida que el carruaje comenzaba a moverse con mayor intensidad, como si hubiera algo duro por debajo de las ruedas. No, no era algo que se encontrara en el camino, era el camino mismo. Estaba *temblando*–. ¿Qué rayos...?

Habíamos escapado de Londres por la noche sin ser vistos y habíamos hecho cuatro paradas en el viaje sin llamar la atención. Pero el temblor estruendoso del suelo no era algo natural; tenía la cadencia rítmica de las cuatro patas de una bestia que corría a todo galope. El carruaje se sacudió con fuerza hacia la izquierda, lo cual despertó a Mary y la hizo caer sobre mí.

–¿Qué demonios es eso?! –Fathom gritó al otro lado de la ventana.

Khent reaccionó más rápido, ya que en un segundo saltó de su asiento y se pegó a la ventana. Asomó su cabeza hacia afuera, giró y regresó al interior. Madre levantó su velo y parpadeó rápidamente con sus ocho ojos adormecidos antes de asomarse a mirar hacia afuera con tranquilidad, como si no fuera para nada una sorpresa. Sus labios se tensaron con desprecio, la primera vez que había visto una expresión que no era de felicidad en su rostro.

–El pastor no quiere que lleguemos –dijo Madre, observando a través de la ventana con los dientes presionados–. Y ha enviado a una criatura terrorífica a hacer su trabajo.

El otro carruaje se colocó a nuestro lado y una roca hizo estallar la ventana del lado de Madre. Mary rápidamente bajó la ventanilla, justo a tiempo para oír a Dalton gritar desde el otro lado. Su cabello estaba húmedo por la lluvia y la velocidad con la que avanzaba por el camino hacía que los carruajes se sacudieran y saltaran.

–Es una Tarasca –gritó–. Puede que la dejemos atrás. ¡Coldthistle está a solo diez kilómetros!

–¿Y luego qué? –preguntó Mary, llorando afligida–. ¡Estamos llevando a esta cosa directo hacia nuestros amigos!

–¡Madre! ¿Puedes hacer algo? Pídele que... que...

–¡Se está acercando! –exclamó Khent, abriendo la puerta del carruaje de una patada. Los caballos al frente relincharon y corcovearon, salpicando de grava y lluvia nuestros pies–. Quiero tener una mejor vista.

Y al decir eso, trepó hacia el techo del carruaje, donde podíamos sentir los pasos pesados de sus botas. Madre negó con la cabeza y extendió las manos abiertas hacia mí con un suave sonido de arrepentimiento.

–No puedo lastimar a esta criatura, niña. No razona como un humano y derramar sangre no está en mi naturaleza –dijo.

–Puedo intentar desviarla –gritó Dalton desde el otro carruaje, golpeando la puerta para captar la atención de Niles al frente–. ¡Nosotros somos más ligeros y rápidos, tal vez podamos ser una distracción!

–¡¿Y luego qué?! –oí a Fathom gritar desde el asiento del conductor.

Tenía razón. No sería suficiente con simplemente escapar. Tarde o temprano (temprano, de hecho) llegaríamos a la Coldthistle House sin novedades de Alas, lo cual no nos garantizaba que sus habitantes fueran de gran ayuda. Mi corazón se aceleró. Aún no había visto a la cosa, pero el temblor del suelo se sentía como si una horda de gigantes nos estuviera persiguiendo por el páramo.

–Mary –dije, apresurada, buscando en la única bolsa que llevaba en el carruaje–. ¿Puedes protegernos?

–Aún me encuentro débil y con miedo –contestó entre algunas lágrimas–. ¡Y dudo poder detener a algo de ese maldito tamaño!

La criatura soltó un chillido agudo, un clamor profano que sonaba como si el cielo mismo hubiera sido desgarrado en dos. Su aliento sacudió los carruajes y los empujó hacia adelante algunos metros. La bolsa de viaje casi se me cae de las manos por los sacudones constantes y violentos. Había tan poco en su interior. Algunas vendas para mi mano, una novela banal, el diario de Dalton y el pequeño cuchillo que había tomado del baile de Lady Thrampton... Tomé el cuchillo y lo giré en mi mano, mientras una idea se formaba lentamente y con firmeza en mi mente.

Me arrojé sobre la ventana y asomé la cabeza. Me encontré con una mano de Khent sobre la madera y al borde del techo de lona.

–*Yehu!* ¿Cómo está tu brazo?

–¡Sano, tonta, ya lo sabes! –su rostro apareció de pronto moviéndose de un lado a otro mientras luchaba por mantenerse recostado sobre el techo.

–No, quiero decir... ¿tu puntería? ¿Puedes arrojar algo? –grité.

Sus ojos se iluminaron y abrió la boca con entusiasmo. Tal vez fue algo irrespetuoso, pero imaginé a un perro contento por un hueso con exactamente la misma expresión.

–*Eyteht*, una vez jugué una carrera de carros con el dios-rey mismo. Lo dejé ganar, aunque fuera bastante malo con la lanza.

–¡Perfecto! –grité, y luego más suavemente en voz baja–. Creo.

–Louisa, no seas ridícula, no puedes ir allí –dijo Mary, quien se sentó a mi lado y me sujetó del tobillo, hasta que el carruaje tomó velocidad y me soltó.

–¿Tienes una mejor idea? ¡Confía en mí! –ignoré el dolor de mi mano cuando abrí la puerta del carruaje y el viento me golpeó como un látigo.

La lluvia caía más fuerte de lo que esperaba, por lo que recé en silencio, confiada de que lo que estaba a punto de hacer funcionaría y no perdería las piernas bajo las ruedas.

–¡Súbeme! –coloqué el cuchillo entre mis dientes y me sujeté del borde del techo con ambas manos, tratando de mantenerme firme a medida que el andar incesante y revoltoso de las ruedas amenazaba con sacarme los huesos de mi cuerpo. Khent maldijo y cerró sus fuertes manos sobre mi muñeca, desde donde jaló con fuerza y dejó que mis pies patalearan libres.

Por un breve, terrible, excitante y maravilloso momento me encontré flotando en el aire, tan liviana como un ave. Me oí a mí misma soltar un chillido de alivio cuando me llevó hacia arriba y me paré sobre el techo. Pero era difícil encontrar el sostén que esperaba, por lo que me vi obligada a recostarme y evitar ser un blanco fácil para el viento.

–¿Qué estás haciendo?! –Khent estaba furioso, con su rostro a solo centímetros del mío, mientras se recostaba a mi lado.

–Dios mío, es inmenso –lo ignoré, paralizada por la enorme bestia que galopaba por detrás. Tenía el cuerpo de un dragón legendario y una cabeza que se asemejaba más a un león sarnoso de patas gruesas y robustas como las de un oso, cubierto de escamas por todo el cuerpo, desde el cuello hasta la cola que asemejaba un látigo.

–Dalton dijo que es una Tarasca –grité al viento–. Sea lo que sea que eso signifique.

–Fascinante. ¿Cómo la detenemos?

–Con esto –dije, rezando nuevamente en silencio. Ciertamente, no le haría daño a nadie. Necesitaríamos más destreza y suerte para evitar que ese león del tamaño de una montaña nos engullera. Los pozos que dejaba en el fango pronto se convertirían en estanques. Miré hacia adelante y el

viento impactó contra mis ojos, trayendo consigo un hedor que se tornaba más familiar cada vez que nos acercábamos a Coldthistle. Dalton se había apartado del camino hacia uno de los lados sobre una llanura, en un intento de captar la atención de la bestia, pero la Tarasca seguía compenetrada en perseguir nuestro carruaje. No tenía ningún interés en el pequeño carruaje rápido que se alejaba. La criatura soltó otro rugido estremecedor y vibrante, uno tan cercano que nos despeinó con su fetidez.

No había más tiempo.

—Con esto —repetí—. ¡Y tu brazo!

Cerré los ojos y presioné con fuerza el cuchillo en mi mano. Puse toda mi atención en él, sin pensar en nada más que en su transformación, y comencé a oír la sangre palpitando en mis oídos. Mi respiración se salió de control, pero eso ayudaba, el caos y el miedo aceleraban la magia oscura que albergaba mi sangre, haciendo crecer, sin parar, el cuchillo que tenía en mi mano, el cual se tornaba cada vez más pesado y largo hasta resultarme imposible seguir sosteniéndolo. Khent lo notó y enseguida tomó la lanza que había aparecido en mi mano, y se puso de rodillas.

Levanté la cabeza con los ojos entrecerrados para verlo bajo una lluvia torrencial. Levantó la lanza hasta su hombro y arremetió una vez para ahuyentar a la Tarasca, pero al notar que no funcionó, suspiró y negó con la cabeza.

—Sujétame de los pies, Louisa, no me sueltes. Por los dioses, esto es lo más estúpido que he hecho jamás.

Hice lo que me pidió. Lo sujeté de las botas y me arrojé hacia adelante para aferrarme a ellas con todo mi peso. Khent se puso de pie con cierta inestabilidad, haciendo equilibrio con la punta de la lanza sobre el techo. Dentro del carruaje, oí a Mary gritar alarmada. Yo también lo sentí. La

Tarasca comenzó a embestirnos con más fuerza, quizás incentivada por ver a una presa viva con tanta claridad. Su respiración sacudió el carruaje hacia atrás y adelante, haciendo que las ruedas traseras se levantaran del suelo por un instante, mientras su boca flácida escupía saliva en todas direcciones. Un poco de esta cayó sobre el techo del carruaje junto a mi pie y observé cómo corroía la lona y la madera, atravesándola.

—¡Cuidado con sus cabezas! ¡La saliva es ácida! —grité, al notar que atravesaba el techo sin parar hasta caer sobre el almohadón que yacía junto a Mary, al cual consumió. Me miró por el hueco que había dejado en el techo, con ambas manos sobre su boca.

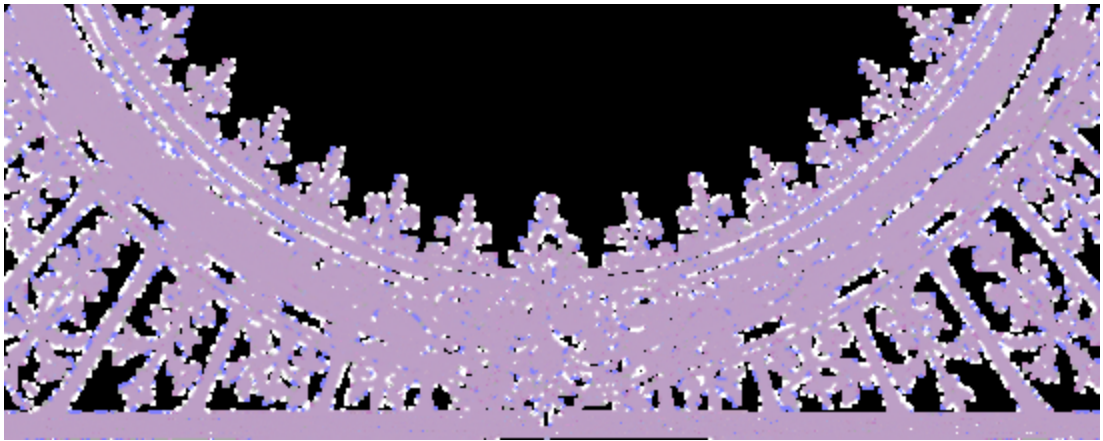
»¡Tienes público, Khent! ¡Y una sola oportunidad!


Movió la lanza algunas veces sobre su hombro derecho, preparándose, mientras los bordes de su saco flameaban por detrás de él como una capa. Sus piernas temblaban por el esfuerzo de mantenerse firme, lo cual me llevó a sujetarlo con más fuerza con todo el peso de mi cuerpo. Solté mi último aliento en el momento justo en que él dejaba salir un inmenso rugido y aprovechaba nuestra única oportunidad para arrojar la jabalina por el aire.





Capítulo
Catorce



entí el sonido del golpe de la lanza antes de verla dar en el blanco. El rugido ensordecedor de la bestia podría haberse escuchado incluso hasta Londres. Eso, más que el modo en que se retorció, con su cabeza café y greñuda moviéndose de un lado a otro mientras sus patas cortas y robustas cedían, me atravesó hasta el interior. La Tarasca dio dos últimos saltos tambaleantes con su pelaje y escamas recubiertas de lodo, antes de zambullirse hacia adelante, esparciendo rocas y fango por el aire mientras removía la tierra del camino. Khent le había dado en el ojo izquierdo, pero la jabalina había penetrado muy profundo, ya que solo se podía ver un pequeño extremo de esta emergiendo de la cavidad ocular entre un mar de sangre.

Fathom detuvo a los caballos con un grito y levanté la cabeza lo suficiente como para ver a Niles y Dalton regresar con su carruaje desde la dirección opuesta. Presioné una mano sobre mi corazón para revisar si de verdad seguía respirando. Sentía como si un rayo hubiera caído sobre mí. Y luego, estaba en el aire, ya que Khent me había comenzado a bajar del techo y a girarme como si estuviera bailando conmigo antes de inclinar su cabeza hacia atrás y soltar su propio rugido de alivio.

—¡Ajá! ¿Viste eso? ¡Podría haber vencido al dios-rey cualquier día! ¡Cualquier día! ¡Espero que me esté mirando desde el Campo de los Juncos!

—Fue un muy buen tiro —confesé con ironía, tratando de no subirle aún más los humos, mientras reía por su demostración de golpes en el pecho. Rápidamente, se sentó, o más bien colapsó, y posó su frente sobre sus rodillas respirando con pesadez y ruido—. Lo hicimos —murmuré. La lluvia

me había pegado todo el cabello sobre el rostro, por lo que intenté quitarlo, sin éxito—. Tuvimos mucha suerte.

—Y *eso* —dijo, levantando la cabeza, con una mirada alegre en sus ojos púrpuras y mientras con sus dedos hacía el gesto de trepar—, fue tener coraje.

—O imprudente —reí entre dientes—. Aunque supongo que nadie conoce bien la diferencia.

La puerta por debajo se abrió de un golpe y salió Mary, buscándonos.

—¡Extraordinario! ¿Viste eso, Louisa? ¡La saliva atravesó todo hasta abajo! ¡Hasta el suelo!

Dalton bajó de un salto de su carruaje y se recostó sobre este, pasando ambas manos sobre su cabello pelirrojo.

—Dios, vaya que somos afortunados de seguir con vida. No es una buena señal, Louisa. Si el pastor está lo suficientemente desesperado como para enviar a la Tarasca de Nerluc, entonces me temo que es capaz de cualquier cosa.

—Más contrataques por Sparrow, asumo.

Khent se asomó hacia el borde del carruaje y escupió.

—Ja. Roeh tendrá que hacer un mejor intento. Le demostramos que somos difíciles de matar.

—Yo no lo alentaría —le respondió Dalton con una mueca de incomodidad—. Porque *un mejor intento* es precisamente lo que hará —miró a la Tarasca y tembló. La cosa estaba dando sus últimos respiros, jadeando sobre la tierra mientras giraba y moría sobre su piel escamosa—. Debemos apresurarnos. No me gusta estar en un camino de noche y... ¿qué demonios?

Sin que lo notáramos, Madre había emergido en silencio del carruaje y caminaba hacia la Tarasca. Se colocó el velo negro sobre sus ojos y avanzó, lentamente y con seriedad hasta subirse a un montículo de rocas y lodo frente a la cabeza de la criatura. La oí tararear algo tranquilo y oscuro, una canción fúnebre. Se arrodilló y colocó ambas manos púrpuras oscuras sobre el hocico peludo de la criatura.

–Louisa, en verdad deberíamos...

–Shhh –interrumpí a Dalton, levantándole una mano, y contemplé a la inmensa criatura apelmazada, ensangrentada y quieta, mientras gradualmente comenzaba a disolverse en miles de mariposas rosadas. Creí haber oído a la Tarasca dar un gemido grave a medida que desaparecía, como si simplemente se hubiera dormido antes de alcanzar su descanso eterno de paz.

Las mariposas avanzaron hacia arriba y se mezclaron perfectamente con el leve tinte rosado del horizonte. La lluvia comenzó a calmarse y dejó atrás la fresca humedad de los largos pastizales y matorrales, desde donde algunas flores silvestres se mecían sobre los setos mojados. Madre regresó a nosotros con la barbilla en alto.

–Toda criatura merece una muerte digna –musitó al pasar entre nosotros. Antes de subirse al carruaje, me entregó algo. Un cuchillo sin filo y ensangrentado, y enseguida, se sentó con la rigidez y majestuosidad de una reina. Sus ojos se posaron sobre los míos y noté que destellaban con algunas lágrimas retenidas—. Toda criatura. Incluso aquellas que nos persiguen.



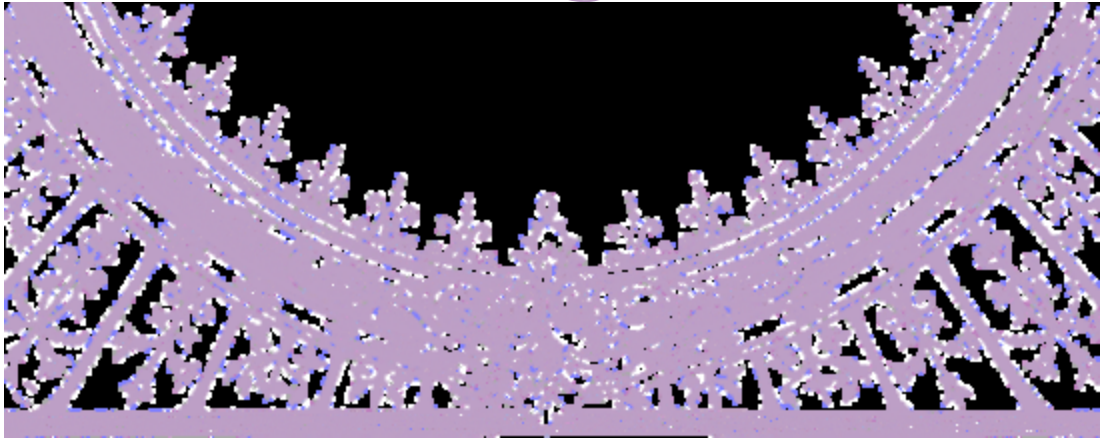
Comencé a sentir la pesadez del miedo en mi corazón cuando cruzamos la última colina antes de llegar a la Coldthistle House. Recordaba mi primera visita al lugar con tanta claridad que casi podía sentir el olor a excremento de ave y al hollín de la cocina impregnado en la ropa de la Sra. Haylam. Y a Lee. Él había estado allí. Había pensado en él con mucha frecuencia desde que comenzó el verano y mi nueva vida en Londres, pero esta vida de ciudad me consumió, los meses desaparecieron mientras preparábamos la residencia y, antes de siquiera poder disfrutar de los meses cálidos, el otoño llegó. El caos vertiginoso de las últimas dos semanas lo había sacado de mi mente. Me preguntaba cómo lo encontraría y si me recibiría con calidez o como una amiga olvidada. No habría ninguna necesidad de culparlo; debería haberle escrito. Debería haberlo mantenido en mis pensamientos por más tiempo. Debería haber hecho mejor tantas cosas.

La cuchara se había convertido en un cuchillo. Mantuve eso en mi cabeza, incómoda por el simbolismo, molesta por la idea de que el monstruo que albergaba mi espíritu se saliera de control en cualquier momento y me utilizara como su arma de destrucción en contra de mi voluntad.

Había esperado sentirme con más conflictos en mi interior durante nuestro regreso, pero ahora, mojada, cansada y atormentada, ansiaba tener una comida caliente y un techo sobre mi cabeza. Sin embargo, la clase de hospitalidad que nos esperaba continuaba siendo un misterio.



Capítulo
Quince





Constantinopla 1248 a. C.

Nunca antes creí sentir lástima por un demonio, en especial por uno tan antiguo y poderoso como Focalor, pero aun así lo único que exigía la criatura era mi empatía. Se encogió de miedo contra su catedral de velas, con sus alas parduzcas medio envueltas alrededor de su cuerpo y con sus manos heridas sobre su pecho.

—Comprenderás mi impaciencia —le dijo Henry, con poco tacto, para mi gusto—. Venimos desde tierras muy lejanas y no estás siendo de mucha ayuda.

El demonio se agachó y miró a Henry mostrándole los dientes.

–Míreme, Señor Oscuro. Mire lo que me ocurrió en la sal.

–¿La sal? –preguntó Henry, poniendo los ojos en blanco mientras decía algo en voz baja–. ¿De qué está hablado?

–Sé amable con él, Henry. Está un poco traumatado –le dije.

–No –replicó Ara–. La sal. Hay un lago de sal inmenso hacia el este. Tuz Gölü.

Henry soltó la bolsa que cargaba a sus espaldas y tomó el cachorro de su interior, al cual levantó hacia Focalor, quien lo miró con ojos entrecerrados e inquietos.

–¿Es cierto lo que dice? ¿Aprendiste más sobre los libros en Tuz Gölü?

Encogiéndose, el demonio envolvió las alas a su alrededor por completo, como si estuviera escondiéndose.

–N...No. No, allí no hay nada más que desolación. Desolación y dolor. No hay respuestas. No hay nada. La nada lo es todo. Nada tiene sentido.

Su voz sonaba apagada, pero era fácil de entender.

Henry colocó su boca cerca de la oreja del cachorro y murmuró algo.

–¿Está mintiendo? ¿Hay engaños en su corazón?

El perro, por más pequeño que fuera, dio un rugido grave y luego tiró un tarascón. Henry le dio una palmada cariñosa sobre la cabeza y luego lo colocó debajo de su brazo, suspirando.

–Entiendo que no quieras ayudarme a mí ni a nadie, Focalor, pero haz que sea fácil para ti. Dinos toda la verdad. Dinos lo que encontraste en Tuz Gölü. Dímelo.

Su paciencia se estaba agotando. Era raro que dejara salir su temperamento, ya que casi todas las cosas en la vida, incluso sus tribulaciones, eran una broma para él. Lo había visto reírse ante el más oscuro de los insultos y las críticas más hirientes, fallas, errores, entre otras cosas. Pero pronto un rubor rojo comenzó a aparecer en su rostro, con algunos destellos plateados sobre sus ojos, los cuales emanaban tanta ira que el encanto que usaba para ocultar su verdadera naturaleza vaciló, contorsionando sus pies hacia atrás. Tomé al cachorro, se lo saqué de las manos, temiendo que fuera a presionar a la pobre cosa hasta la muerte por su ira.

–No querrías hacerme suplicártelo –agregó Henry con un susurro suave, casi triste–. Yo sé que no querrías eso.

Le hizo un gesto a Ara, quien volteó y le entregó su bolsa bordada y pesada, aquella que contenía el Elbion Negro. Las alas del demonio comenzaron a temblar, pero no dijo nada coherente, ya que musitaba una y otra vez sobre los peligros de la sal.

–Blancas arenas en mis heridas, blancas arenas en mis heridas, blancas arenas...

–Tal vez si le damos más tiempo –sugerí, mirando a Henry tomar el libro negro y pasar su mano tierna sobre el símbolo en la cubierta–. O quizás deberíamos acatar sus advertencias. Me gustaría conservar mis dedos.

–Odio estar de acuerdo con alguien del Supramundo –susurró Ara–, pero aquí estamos ahora. Te dije que no nos entrometiéramos con los libros. Mira lo que le hizo a este miserable desgraciado.

—Tomo sus opiniones y las descarto —contestó Henry con el ceño fruncido. Meció el libro de un lado a otro sobre su mano y lo abrió. A mí me pareció como si hubiera elegido una página aleatoria, pero era mucho más astuto. Sus dedos deambularon por algunas líneas del texto, sobre palabras que nunca podría descifrar. No era un idioma que estuviera hecho para mí. Mantuve al perro más cerca de mi pecho e intenté calmar sus quejidos y alborotos.

—Te obligo —enunció Henry, extendiendo su otra mano hacia el demonio. Sus dedos lucían firmes y su brazo, decidido, sus ojos de pronto negros—. Obstinado sirviente vacilante, te obligo ahora: me dirás la verdad y serás mi guía.

Las alas rojizas que recubrían al demonio se sacudieron una y otra vez, mientras su balbuceo se detenía ante el estruendo de la voz de Henry que resonaba por toda la cueva vacía. Las llamas de las velas vacilaron y amenazaron con extinguirse. Ara cerró los ojos y presionó con fuerza sus labios. Un susurro suave comenzó a emanar del demonio, pero Henry lo ignoró y repitió sus órdenes, las cuales cada vez se tornaban más fuertes y furiosas.

Luego, con la misma velocidad con la que una cuerda se corta por la tensión, las alas se abrieron por completo y el demonio emergió, solo que distinto frente a nuestros ojos. Las grietas en su piel se ensancharon y dejaron de emanar el resplandor dorado, el cual se vio reemplazado por una nube de humo negro. Se convirtió en un ser de las sombras con ojos rojos, aún alado, pero que crecía hasta hacer que sus cuernos nuevos rozaran el techo. El cachorro se estremeció y soltó un quejido, agitándose para que lo protegiera. Henry no se inmutó,

pero el demonio de humo y ojos giró hacia nosotros, emanando un olor a azufre inconfundible.

–¡Me dirás la verdad y serás mi guía! –vociferó Henry. Pero el demonio se había roto; se había convertido en pura resistencia.

–Ai akkani, ḥalāqu. Napāṣu-akka.

–Henry. Henry. Maskim xul... –nunca antes había oído a Aralu Ilusha con tanto miedo, pero el temblor en su voz lo dejaba en claro y, mientras ella le advertía a Henry, yo me alejaba lentamente. La criatura no podría estar menos interesada en mí. Solo tenía ojos para Henry.

–Serás mi guía –gritó nuevamente Henry, ignorándonos.

Sus manos estiradas estaban a punto de tocar el humo, por lo que contuve la respiración, observando cómo la nube de hollín negro se acercaba...

–Arratu-akka! Mâzu, mâzu, MÂZU.

Era una voz que parecía provenir del infierno mismo, tan letal y oscura como la criatura misma. Me sentía como si estuviera a punto de vomitar y caer de rodillas, por lo que cerré los ojos y comencé a rezar. Me mecí de atrás hacia adelante con el perro en mis brazos, mientras algunas lágrimas cálidas caían sobre mis mejillas hacia su pelaje. Se acurrucó sobre mí, la única comodidad que encontré bajo el estruendo de la voz de pesadillas que llenaba mis pulmones como aire envenenado, tan denso como las cenizas. La cueva entera y la choza arriba se sacudieron y me preparé para el derrumbe.

–Cae, demonio. Te condeno a ti a ser todo lo inferior, todo lo humano.

Un susurro frío avanzó por la habitación y abrí los ojos. Noté que la mano que tocaba el Elbion Negro comenzó a resonar con un poder rojo destellante. El poder avanzó por el brazo de Henry mientras sus dedos desaparecían entre el humo del cuerpo del demonio.

El grito de angustia de Focalor murió, como si hubiera sido tragado como el vapor de una olla que instantáneamente regresaba a su interior. Cuando la neblina comenzó a disiparse y el eco de su discurso oscuro se desvaneció, todo lo que quedó fue un hombre trémulo y pálido, acurrucado de lado como un recién nacido, con un taparrabo que le quedaba grande atado a su cintura. Temblaba entre lágrimas, por lo que enseguida volteé. Era sofocante. Pensé que ni Ara ni Henry habían notado que me marché directo hacia la escalera, pero un momento más tarde oí a Henry cerrar el libro con todas sus fuerzas y pararse a mi lado.

—Eso fue cruel —susurré, al comprender que mis lágrimas no habían disminuido—. Fuiste demasiado lejos.

Henry se encogió de hombros, inmóvil.

—Es un demonio, Spicer. No es asunto tuyo. Él hará lo que yo le diga.

Cuando lo miré nuevamente, algo había cambiado. Continuaba siendo el mismo sujeto atractivo, despreocupado y risueño, orgulloso por su aparente victoria, pero con un destello oscuro en sus ojos que me perturbaba muy en lo profundo. Había una cierta ausencia de luz y compasión allí, solo oscuridad vacía.

—Ese no es el punto, Henry, en absoluto. ¿Cómo podría ese ser el punto?



No habría té de la tarde ni algún sándwich refrescante de pepino en la Coldthistle House. Mi viejo lugar de trabajo, la mansión del Diablo que, por un breve momento, había sentido propia, estaba humeante, en caos, bajo asedio.

Detuvimos los carruajes no muy lejos del corto camino que llevaba a la mansión misma. Nos bajamos y permanecemos parados al borde del césped, el cual incluso después de tanta lluvia continuaba amarillento, arrugado y muerto. Los arbustos que bordeaban el sendero no se habían podado en semanas. Una de las torres en punta sobre el ala oeste de la residencia parecía haberse incendiado recientemente, ya que allí la madera aún ardía levemente.

–Lleva a Niles a Derridon –dijo Dalton luego de un largo momento de silencio–. Este no es lugar para humanos ahora.

–Pero...

–Por favor, Fathom –podía sentir el cansancio en la voz de Dalton cuando volteó hacia ella. Su ropa aún estaba húmeda por la lluvia, su saco y sombrero empapados, y sus piernas repletas de lodo desde las botas hasta las rodillas. Ella no se movió, y se quedó parada con puños a cada lado.

Finalmente, se puso en marcha y le dio un empujón al solemne y pequeño Niles en dirección al carruaje más liviano y rápido.

–Está bien –musitó–. Pero regresaré tan pronto como pueda.

–Tómate tu tiempo –le respondió Dalton–. Y por el amor de Dios, cuídate.

La observé subirse a la cabina del conductor, preguntándome si esa sería la última vez que la vería. El saludo que le di fue sutil e inestable, ya que detestaba separarme de una compañera tan incondicional. Esbozó una sonrisa y se tocó su sombrero tricornio en respuesta, y luego dio un golpe con el látigo antes de gritarles a los caballos y maniobrar hacia el camino.

–Desearía no haberle dicho que se fuera –dijo Dalton, casi sin aliento, como si hubiera corrido todo el camino desde Londres hasta Coldthistle–. Pero solo Dios sabe qué encontraremos aquí.

–Ahora sabemos por qué Alas nunca regresó –contesté, inspeccionando la residencia abatida y el jardín descuidado. Pronto, noté que una figura esbelta y dorada sobrevolaba por encima de los establos, donde vi el reflejo de unas alas bajo la luz tenue del anochecer–. ¿Uno de los tuyos? –pregunté, siguiendo a Dalton a medida que avanzaba lentamente hacia el terreno, rodeando desde lejos la mitad del este de la propiedad y manteniéndose entre las sombras de los arbustos altos y olvidados, y las gárgolas. Khent y Mary se unieron a nosotros, con Madre por detrás.

–Respondió a todas sus órdenes –susurró Dalton, agachándose detrás de una colección de estatuas. Lo imitamos, excepto Madre, quien simplemente parecía confundirse entre la vegetación, como si fuera parte de esta por naturaleza.

–Debemos ver si los demás se encuentran bien –insistió Mary, con sus inmensos ojos verdes disparándose hacia la puerta del frente.

–Espera. Debemos esperar y ser pacientes. Ahora mismo tenemos la ventaja; no tienen idea de que llegamos tan lejos y sobrevivimos a la Tarasca. No debemos arruinar esta oportunidad –dijo Dalton mientras espiaba los alrededores de los arbustos, en la creciente oscuridad–. Ese es un Adjudicador, pero es imposible decir quién es desde aquí.

–¿Pinzón? –parecía ser la opción más adecuada, dado que la última vez que lo vi fue en este lugar.

–Esconderte es de cobardes. Si tenemos la ventaja, deberíamos aprovecharla –dijo Khent en voz baja y luego me empujó levemente en el pecho–. Haz otra jabalina para mí con ese cuchillo que tienes y derribaré a esa estúpida ave del cielo.

–Shhh –silenció Mary, quien le dio una bofetada leve a sus manos–. ¡Miren!

El Adjudicador había terminado su ascenso elegante hacia la cima del ático del este. Se quedó muy quieto por un momento, irradiando una luz líquida dorada que hacía que sus facciones se entremezclaran con esa superficie siempre en movimiento, mientras descansaba su lanza sobre uno de sus hombros. Luego, sus masivas alas se abrieron por completo y voló hacia el jardín. Todos lo seguimos con la mirada y, a medida que se acercaba al suelo, una sombra parduzca y anaranjada emergió de la nada. De un hueco en el jardín. El Adjudicador soltó un grito entrecortado y luchó por alejarse volando nuevamente, pero esta vez lejos del suelo para desaparecer por algún lugar sobre los campos del este.

–¡Bartolomé! –exclamó Mary, cubriéndose la boca.

Ni bien mencionó el nombre del perro, este avanzó a toda prisa hacia nosotros, con la boca abierta, no solo por la respiración cansada, sino por una sonrisa. Nos encontró con facilidad detrás de los arbustos y tiró a Mary al suelo al colocar sus patas del tamaño de un plato sobre sus hombros mientras lamía su cara desde el cuello hasta la frente.

–¡Muy bien, muy bien, sí, yo también te extrañé! –rio y lo empujó. El perro había crecido mucho más desde que nos habíamos marchado, y ya casi tenía el tamaño y la fuerza de un león.

–¡Dios santo! –exclamó sorprendido Dalton, con los ojos bien abiertos–.
¡Es *inmenso!*

–Está un poco cambiado desde la última vez que lo viste, ¿verdad? –dije riendo y me estiré para acariciar al perro por detrás de sus orejas. Bartolomé me recompensó con un empujón de su cabeza gigante.

–Era solo un cachorro la última vez que lo vi –contestó Dalton, maravillado por la criatura–. Cabía dentro de dos manos, de la forma que quisieras.

Desde los alrededores del jardín cerca de los establos se oyó un grito suave. Era un grito de búsqueda cantado. Poppy.

–¿Perrito? ¡Perrito! ¡Regresa en este instante! Ah, espero que ese ser desagradable no te haya llevado...

Sus miedos desaparecieron velozmente ni bien Bartolomé asomó su cabeza greñuda por detrás de un arbusto para la sorpresa de Poppy, su compañera conspiradora determinada. Oí sus pequeñas pisadas en la grava antes de verla aparecer por detrás de una gárgola, meciendo sus coletas. Llevaba un vestido blanco manchado y lucía más delgada de lo que recordaba, aunque aún conservaba sus grandes ojos de muñeca y la mancha rojiza sobre gran parte de su rostro. Se detuvo enseguida, evidentemente, al encontrar no solo a su leal sabueso sino a tres rostros familiares y dos extraños escondidos allí.

–¡Te conozco! –exclamó, señalándonos–. ¡Y a ti, y a ti también! ¿Vinieron para ahuyentar a ese pastor?

–¡Poppy! –exclamó Mary, quien se puso de pie y envolvió a la pequeña niña en sus brazos, quien, si era presionada, podía gritar tan fuerte hasta hacer que nuestras cabezas estallaran como un melón maduro.

–Qué lindo verte de nuevo, Mary –dijo la muchacha, abrazándola con fuerza y dando un paso hacia atrás–. Pero eres *tú*, ¿verdad, Mary?

–Soy yo –contestó–. Lo prometo.

–Él es Dalton Spicer, un viejo amigo del Sr. Morningside –presenté a toda prisa–. Y ella es... Bueno, ella es Madre.

–¿La madre de quién? –preguntó Poppy, rascándose la nariz.

–Te lo explicaré más tarde, ¿sí? Pero ¿puedes decirnos si es seguro ingresar a la mansión? ¿Hay más Adjudicadores cerca? –le pregunté.

Poppy se movió de un lado a otro y señaló la puerta principal con la cabeza, sujetando a Mary por la mano con firmeza.

–Chijioke bloqueó las puertas, pero conozco un llamado especial. Es bastante seguro adentro. La gente del pastor viene y va, pero la Sra. Haylam dice que no falta tanto tiempo para que sean muchos y se vaya todo a algo que empiece con la letra *m* pero que no tengo permitido decir.

–Entonces, debemos entrar enseguida –dijo Dalton, mirando nerviosamente a la puerta principal–. Todos ustedes adelántense, iré en un instante. Cualquier Adjudicador lo pensará dos veces antes de atacarme si me ve.

Khent bufó.

–¿No huele a traición?

–No tienes nada que temer de mí, señor, no si el pastor está listo para enviar todo el poder de su multitud contra Henry. ¡Lárguense ahora y mantengan la cabeza baja!

Tomé a Khent y a Mary del brazo y los guie hacia adelante. Madre vino con nosotros, aunque miraba de una forma inquisidora a Poppy y a Bartolomé, como si los estuviera colocando en una especie de orden

invisible que había planeado. Se movía con velocidad cuando quería y alcanzó nuestros pasos mientras nos acercábamos a la puerta principal, en donde Poppy golpeó con un patrón especial.

El refugio de Deptford y su contraseña parecía haber ocurrido hacía cientos de años. Estaba tan cansada, con tanto dolor en el cuerpo, en la mano, y tan ansiosa de que mi mente descansara sin interrupciones. La voz de Padre me perturbaba con menos frecuencia desde que Madre se encontraba tan cerca y me daba esperanza de que ella podría ser una presencia tranquilizadora hasta que lo quitaran por completo. Tal vez no lo oiría nunca más.

—¿Poppy? ¿Eres tú?

Vi a Mary prácticamente iluminarse ante el sonido retumbante al otro lado de la puerta.

—Soy yo y algo más, pero son todos agradables. O eso creo.

—¿*Qué?*

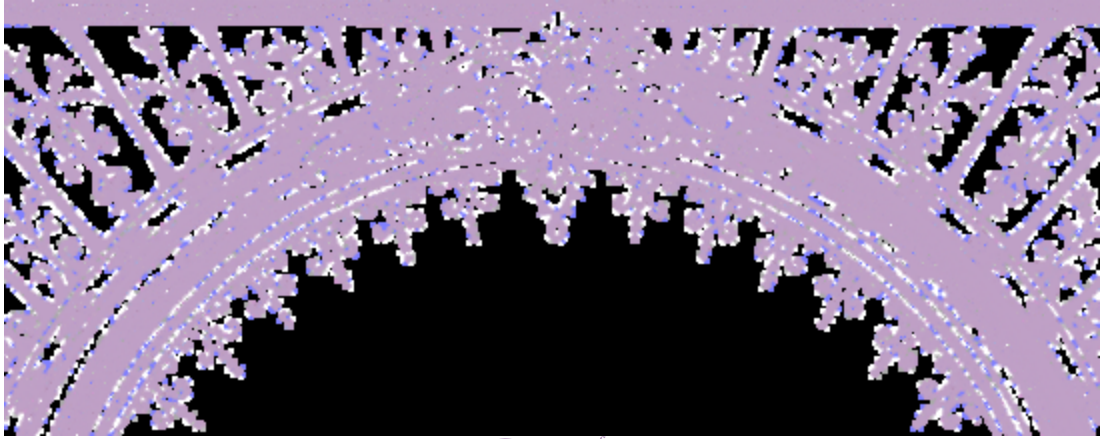
—¡Somos nosotros! —exclamó Mary, riendo aliviada—. ¡Enviamos una carta, pero decidimos venir al no recibir respuestas!

Se escucharon algunas palabras por lo bajo, seguido del sonido de unas tablas deslizándose. Al menos seis cerraduras diferentes se destrabaron y luego, con un rugido estremecedor, las puerta altas y anchas de la Coldthistle House se abrieron ante mí una vez más. Adentro estaba oscuro y con un aroma a humedad vieja, pero ver a Chijioke allí con una sonrisa esperanzadora era la única bienvenida que necesitábamos. Mary se arrojó hacia sus brazos, mientras que el resto de nosotros ingresó por detrás hacia el vestíbulo. Chijioke la bajó con cuidado frente a él y alguien se aclaró la

garganta desde la escalera abierta. Sabía, por supuesto, quién era, pero mi sangre de todos modos se enfrió ante el sonido de su voz oscura y retorcida.

–Bueno, aparentemente tenía razón. El destino te ha traído de regreso a la Coldthistle House, Louisa, y veo que no estás sola.





Capítulo
Dieciséis





Henry Morningside, el Diablo en persona, no lucía bien. Su cabello estaba cuidadosamente peinado, como era de esperarse, pero su traje gris se veía arrugado y holgado sobre su cuerpo. Unas manchas púrpuras bordeaban sus ojos y había perdido peso, lo cual era evidente por la delgada piel que cubría sus manos; la carne allí parecía estirada, como si lo que hubiera colocado sobre el pasamanos de la escalera fueran huesos desnudos y no dedos.

Nadie dijo nada y dejamos que el eco de la voz del Sr. Morningside deambulara entre las partículas de polvo. Casi al instante, Dalton apareció por detrás de mí y se presentó, hasta levantar la vista hacia el Sr. Morningside y concederle una reverencia rápida y cortés.

–Hola, Henry. ¿Me extrañaste?

Las fosas nasales del Sr. Morningside se ensancharon considerablemente y se puso más rígido, mirándome con tanta firmeza que claramente parecía decir que *yo*, de alguna manera, tenía la culpa por la aparición de Dalton Spicer. Tal vez tenía razón, pero no había obligado a nadie a venir, y la mala vibra entre ambos era asunto suyo. Pero cada vez comprendía más cómo funcionaba la mente del Sr. Morningside y, si podía encontrar el resentimiento para alguien, entonces lo haría con placer. Eso, o había sentido la lealtad mutua que tenía con Spicer y simplemente quería sembrar discordia en nuestra amistad.

–¿Si te extrañé? –se burló Henry y luego tomó un pañuelo y limpió distraídamente el pasamanos abandonado—. ¿Hace cuánto ocurrió lo de Hungría? Querido mío, ¿no pasaron ya doscientos años? Cielo santo,

Dalton, qué idea más extraordinaria, que anhelara mucho a una piedrita en mi bota, una mosca en mi avena, una abeja en mi...

–Ok. Ya entendimos, no está de buen humor –musité, poniendo los ojos en blanco ante su escena–. De cualquier manera, noto que hubo algunos cambios desde que me marché. Lo más evidente es que la mansión es un desastre, las puertas están bloqueadas y hay seres del Supramundo atacando a cada rato. Ah, sí, una pequeña sorpresa, a mitad del camino nos persiguió un león-dragón del tamaño de la ciudad de Whitby. ¿Soy yo o algo no parece estar del todo bien y posiblemente sea más importante que una discusión antigua?

El Sr. Morningside levantó las cejas, analizando lo que acababa de decir, o mejor dicho, reevaluándome. Como una adversaria, quizás, o como una empleada antigua con un dios vengativo encerrado en su cabeza. Retomó su andar lánguido por la escalera hasta detenerse al final con una sonrisa.

–No has estado prestando atención, Louisa. Todo esto –hizo un gesto hacia el suelo, el techo y a nosotros–, no es nada más que una discusión antigua tras otra discusión antigua. Ya casi ni puedo recordar por lo que estamos peleando.

Caminé hacia él, furiosa, pero Dalton me detuvo antes de que lo estrangulara en la escalera.

–Ah, maldito creído... y *mentiroso*. Con el pastor intentaron asesinar a toda mi gente, pero luego tuvieron algo de consideración y suficiente fuerza como para arrepentirse. Y ahora toman bandos y, por lo que veo, este de aquí no parece estar ganando.

El Sr. Morningside simuló una tos y se llevó una mano al corazón.

–Louisa, me destrozas, ten piedad. Muy bien, todos estamos de algún modo comprometidos aquí, pero el pastor se detendrá eventualmente. No tiene las agallas para un conflicto directo. No, él prefiere –y con esto colocó su mirada deliberadamente en Dalton– un subterfugio.

–No tomé ningún bando, Henry –replicó Dalton, levantando sus manos, rendido–. No hay amor entre nosotros, pero no estoy de acuerdo con los métodos del pastor. No sabes cómo está Londres. Sus seguidores están esparciéndose por todos lados; encontraron a Louisa y la atacaron al aire libre, frente a la mitad de toda la población londinense. Dios mío, Henry, incluso envió a Sparrow tras ella.

Por primera vez desde nuestro regreso, Henry lucía legítimamente atónito.

–¿Ah? ¿Y?

–Y está muerta –dijo–. Tuvimos que defendernos.

–Vaya, eso *sí* es interesante –Henry arrastraba las palabras. Nos miró con ojos brillosos y amarillos a Mary y Khent, asintiendo–. Ustedes tres hacen un pequeño ejército formidable. Afortunadamente para nosotros, escaparon de la chusma de la ciudad. Su velocidad es apreciable.

–¿Dónde están Lee y la Sra. Haylam? –preguntó Mary, con sus brazos entrelazados a los de Chijioke–. No están... ¿se encuentran bien?

El Sr. Morningside dio un último paso para bajar de la escalera y sacudió su pañuelo al oír la pregunta de Mary. Por fin notó a Madre, y nada en el mundo podría haber apartado su atención de ella mientras avanzaba de a pasos cortos y lentos en su dirección.

–Están contando frijoles en la despensa –dijo–. Las reservas escasean desde que el pastor comenzó su misión. Pero, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Eso sí me interesa saber. *¿Quién es ella?*

Debieron haber sido los restos de un instinto protector de cuando ella era simplemente una araña muy pequeña y vulnerable, pero me paré frente a ella. No me apartó hacia un lado, sino que colocó una mano infinitamente cariñosa sobre mi hombro. Sabía sin mirarla que le estaba sonriendo a Henry a mis espaldas. Con su otra mano, se levantó el velo y presencié el momento en que quedaba pálido y atónito.

–Saludos, Señor Oscuro. Ha pasado mucho tiempo.

El Sr. Morningside vaciló antes de responder y luego tragó con fuerza e hizo una reverencia hacia ella, y supongo que hacia *mí*.

–Luce nervioso –le dije en voz baja a Dalton, quien sonrió.

–Henry ha estado manteniendo a unos descendientes de las Hadas Oscuras aquí bajo contrato, ¿verdad? Son prácticamente prisioneros. Pero ahora Madre ha regresado. Yo también estaría sudando si fuera él.

–No –respondí, aún con suavidad–. Les gusta trabajar aquí.

–¿Sí? –preguntó Dalton levantando las cejas–. ¿Seguirán pensando lo mismo una vez que Henry muestre sus verdaderos colores?

–Ha engañado a todos por tanto tiempo...

–No lo hará por siempre –susurró Dalton–. No puede.

Mientras tanto, Henry mantuvo la mirada fija en Madre.

–Cielo santo, ¿cuánto tiempo ha pasado? –su voz sonaba mucho más aguda como para sonar casual–. ¿Setecientos años? ¿Ochocientos?

–Muchos más –dijo ella.

–Sí –el Sr. Morningside guardó su pañuelo y se acomodó su corbata azul–. ¿Y a qué se debe... esta visita?

La otra mano de Madre se posó sobre mi hombro y pude sentir la calidez de su piel atravesar mi saco y vestido.

–Estoy aquí por Louisa. El espíritu retorcido de Padre reside en su interior y hay motivos para creer que tú o alguien de tu especie sabe cómo cambiar eso. Ayúdala, Estrella de la Mañana, y no habrá ninguna disputa entre nosotros.

El más tenue destello de oscuridad apareció sobre sus ojos. Estuvo allí hasta que desapareció tan rápido que no pude decir con seguridad si en verdad lo había visto. Una comisura le tembló levemente y dejó la mano quieta sobre su corbata. Un plan se había comenzado a formar en su cabeza y, si ese rastro de oscuridad era real, no indicaba nada bueno.

–Por supuesto –dijo, dividiendo el rostro con una sonrisa inmensa y blanca–. Cualquier cosa por una querida y vieja amiga.



Caminé lentamente hacia la cocina, ansiosa de encontrarme con Lee, aunque decididamente menos interesada en toparme con la Sra. Haylam. Ella me había traído a la mansión en primer lugar, pero nunca había sentido cariño hacia ella. Todo el tiempo debió haber sospechado algo, que yo no era simplemente una niña abandonada que recién acababa de escapar de la escuela, sino parte de este mundo debajo del mundo. Comenzaba a sospechar que ella era esa tal “Ara” que mencionaba tan frecuentemente Dalton en su diario. La descripción física, particularmente sus numerosas marcas extrañas, encajaba a la perfección, al igual que su actitud.

Pero no había rastros de la Sra. Haylam y su cabello adusto. Oí solo un susurro en la despensa a la izquierda, por lo que rodeé la mesa alta cerca del horno, un lugar en el que tantas veces me había sentado para comer, y me

acerqué al sonido. Durante los buenos días en la Coldthistle House, esas comidas se sentían como encuentros de familia, pero ahora la cocina estaba impregnada por una soledad vacía, con sus ventanas sucias y grises, como si el lugar no hubiera oído el sonido de las risas y alegría en años. Sobre las maderas cerca de la puerta que llevaba al jardín había un hueco inmenso e irregular y, al acercarme más, me percaté de su gran profundidad.

Encontré a Lee en la despensa, de espaldas a mí, con sus rizos dorados presionados sobre su cabeza por el sudor que le causaba apilar fervientemente algunos frascos de comida seca. Esos frascos debían haber sido bastante pesados, pero la mayoría solo tenían un cuarto de su contenido. Lee repetía en voz baja algunas cuentas mientras pasaba del lado izquierdo de la despensa hacia el derecho.

—¿Necesitas ayuda? —estaba exhausta, pero él también parecía cansado y agobiado.

Lee se sobresaltó y soltó el frasco que cargaba, pero solo algunos pocos centímetros. Por suerte, no estalló en el suelo. Avancé a toda prisa y lo sujeté antes de que se cayera, y enseguida enderecé en el lugar el recipiente pesado de frijoles verdes en vinagre.

Lee parpadeó al verme bajo la luz tenue de la despensa. Un único farol colgaba sobre un estante que le llegaba a la altura del hombro, lo cual hacía que el lado izquierdo de su rostro brillara con un resplandor anaranjado.

—¿Sueles rescatar muchachos y sus frijoles? —preguntó.

—Sí —le respondí con una sonrisa triste—. Me siento muy valiente ahora.

Habían pasado casi dos años desde que había tomado mi cuchara del lodo, pero habíamos cambiado más de lo que dos años le harían a cualquier persona. Ahora, esa misma cuchara, con el mango ligeramente doblado, colgaba alrededor de su cuello, meciéndose sobre su camisa desabotonada.

Ya es que fuera por impulso o conmoción, se abalanzó sobre mí, envolviéndome en un fuerte abrazo. Me sentía feliz por ello, por lo que suspiré, aliviada. Incluso aunque estuviera cansada por el viaje, temía estar sola con mis pensamientos. Padre estaba tranquilo, pero siempre podría regresar. No habría forma de separar a Mary y a Chijioke por algún tiempo, y Khent me había prometido que vigilaría a Madre mientras yo vigilaba a Lee. Dalton había aceptado contarle al Sr. Morningside todo lo que había ocurrido entre el ataque de Sparrow y el presente, una conversación en la que tenía muy poco interés en participar. La frialdad entre ambos era palpable y no tenía ninguna prisa en decirle al Sr. Morningside que había estado leyendo el diario personal de su amigo sobre sus aventuras pasadas.

–Sabía que regresarías –dijo Lee, alejándose mientras aún me sostenía a un brazo de distancia–. Llegas justo a tiempo, Louisa. Todo se está poniendo de cabeza.

–Igual que en Londres –respondí, tomando el frasco de frijoles y colocándolo en la pila correspondiente–. Nos persiguieron por toda la ciudad. No tenía idea de si el pastor quería forzarnos a venir aquí o simplemente eliminarnos a todos a la vez.

–¿A todos? –sus ojos se agrandaron.

–Mary y Khent vinieron conmigo –expliqué–. Y la araña también, solo que ya no es una araña sino la contraparte de Padre, y se llama, bueno, Madre, obviamente. Un viejo amigo del Sr. Morningside proveniente del Supramundo también vino con nosotros. Dice que quiere ayudarme a deshacerme del espíritu de Padre que tengo en mi interior, pero no tengo idea de si eso es verdad.

Quizás debería haber tomado una página del propio diario de Dalton y ver si Bartolomé podía adivinar sus intenciones. Si tan solo hubiera

conocido la habilidad del perro antes, podría haberme ahorrado muchos problemas en Coldthistle.

–Cielo santo –murmuró Lee–. Tuviste un verano ocupado.

–Al igual que tú, por lo que parece.

–Estuvo bastante tranquilo por un tiempo luego de que te marchaste – me explicó, sentándose sobre la pila de frascos y suspirando. Se sacudió sus rizos con una mano y se recostó hacia atrás–. Pero luego todo se fue al demonio. Aves de todo el país comenzaron a caer muertas y comenzamos a notar la presencia de algunas siluetas que nos observaban desde los límites de la propiedad; día y noche, uno podía verlos parados allí, esperando algo. Luego, hace dos semanas, comenzaron a cruzar y uno casi se lleva a Chijioke. Es horrible, Louisa, pero estoy terriblemente agradecido de que estés aquí. El Sr. Morningside no ha sido el mismo...

La forma en que me miró, con tanta esperanza, me hizo sentir náuseas del miedo. No podía destrozarse sus expectativas.

–Lucía un poco enfermo –dije, pero Lee negó con su cabeza, sacudiendo sus rizos.

–No, no, es más que eso. Está enfadado con nosotros todo el tiempo. Sabía que tenía un temperamento horrible, pero ahora está dirigido completamente a nosotros.

–Lo siento –fue todo lo que pude decir–. Está en un conflicto real con el pastor. Le debe preocupar perder.

–Pero ¿cómo? –se rascó pensativamente la barbilla–. Tiene cientos de almas atrapadas en los cuerpos de las aves y él mismo debe ser muy poderoso. No entiendo por qué no se defendió, por qué no ha hecho que la Sra. Haylam invocara a las sombras o algo por el estilo.

–Apenas puedo entender su manera de pensar –dije. Pero Lee tenía un punto. *¿Por qué* esperaba tanto para levantar una defensa adecuada? El Sr. Morningside nunca me pareció que fuera una persona dócil capaz de emprender una retirada, entonces ¿por qué el cambio tan repentino?–. Escucha, Lee, no sé lo que piensa, pero haré todo lo posible para ayudar. Todos lo haremos. Solo necesito ser cuidadosa. El espíritu de Padre es peligroso y me temo a mí misma cuando toma el control. Tiene sed de sangre.

–Bien –dijo Lee, frunciendo el ceño. La primera vez que nos conocimos, nunca habría imaginado que se convertiría en un ser sediento de sangre, pero la muerte y vivir como un hombre de las sombras lo habían cambiado. Cambiaría a cualquiera–. Esos seres del Supramundo son mucho más que una molestia. No dudarán en hacernos daño. ¿Por qué seríamos la excepción?

Tenía un punto, por supuesto, y no sabía qué habían sufrido en mi ausencia, pero sabía lo que era ser perseguida y cazada.

–Puede que exista una mejor manera de resolver esto –dije–. Puede que quieras un baño de sangre ahora, pero confía en mí, rápidamente te cansarás. Matar, incluso si es en pura defensa, mutila tu espíritu. Quítale las alas a una mariposa, sus patas, y ¿qué te queda?

Lee se paró con una mirada amenazante y se marchó de la despensa.

–Bueno, si te niegas a ayudarnos, tal vez Khent y Mary sí lo hagan.

–No dije eso, Lee. Solo estoy siendo cuidadosa. Yo... fui responsable de la muerte de Sparrow. Puede que no le agradara a nadie, pero, de todos modos, abrió una herida en mi interior –dije.

Mis palabras lo hicieron aminorar la marcha y dejó caer su cabeza, meciéndola de un lado a otro.

–¿En verdad está muerta? –susurró–. Debería sentirme aliviado al oír eso. Su mera presencia me hacía sentir náuseas, y además nos odiaba, pero... maldición.

–Debería ir a ver a los demás –caminé lentamente hacia la puerta abierta que daba hacia el vestíbulo–. El Sr. Morningside parecía estar de un humor extraño, y tener a otro dios antiguo en la casa con él me hace sentir nerviosa.

Lee se encorvó y se sujetó el estómago, haciendo una mueca de dolor y tambaleándose hacia adelante hasta encontrar sostén con una mano sobre la mesa alta.

–¿Qué ocurre? –pregunté, acercándome. Su frente estaba recubierta por mucho sudor–. ¿Estás enfermo?

–Seres del Supramundo –dijo entre dientes–. Están cerca. Solo me siento así cuando vienen.

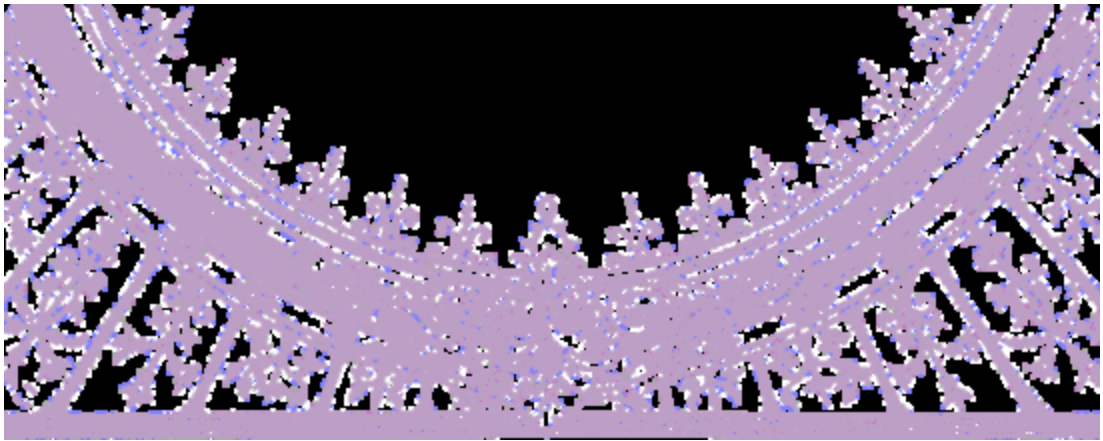
–Dalton es uno de ellos, pero se separó de su bando. ¿Puede ser que lo sientas a él en la residencia?

–No, no. Es demasiado punzante como para que solo sea uno de ellos. Se siente como la vez que Pinzón y Sparrow aparecieron juntos. Son seres de luz, Louisa, y yo ahora soy una criatura de las sombras. La luz atraviesa a la sombra. Es un tormento cuando nos están acechando.

–Vamos –dije, sujetándolo sutilmente del brazo–. Debemos advertirles a los demás. Ya no tienes que pelear contra ellos solo. Nuestra fuerza es tuya.



Capítulo
Diecisiete



El camino hacia el este 1247 a. C.

—¿Qué te parece él?

Había hecho lo mejor para evitar a Ara cuando podía. Henry indudablemente era más poderoso y peligroso, pero yo le agradaba. O me amaba. Dependiendo del día. Algunas veces, dependiendo la hora. Pero nuestra alianza de naturaleza bondadosa en contra de, debemos decir, la naturaleza más irritable de Ara cambió una vez que Faraday se unió a nosotros. Una vez libre del nombre de Focalor, vistió ropa y sandalias humanas, una bata color arena y un cinturón bordado, mientras escondía sus ojos delineados tras las sombras de una capucha.

Unas mangas ocultaban sus manos lastimadas y llevaba unas vendas sobre sus dedos faltantes.

—He negociado con sombras más fuertes que él —dijo Ara una noche, acurrucándose en una manta junto al fuego. El camino que llevaba hacia Tuz Gölü era montañoso, pero para nada desagradable, y el paso del otoño al invierno nos concedía un clima más fresco durante el viaje. Esa noche incluso hizo mucho más frío, por lo que me sentí agradecido por tener el calor del cachorro sobre mi regazo—. Su corazón está allí —Ara se golpeó el pecho con un puño y levantó una pequeña nube de hollín—, pero a la vez no, ¿entiendes lo que quiero decir?

—¿Qué le hizo Henry? —pregunté—. Aparte de lo obvio...

—Ahora es un esclavo; humano, supongo, pero menos que eso. El libro es lo que nos compone, lo que da lugar y alienta nuestro poder, y maskim xul le pidió al Elbion Negro que lo desnudara —miró sobre su hombro a los dos hombres, quienes daban de beber a los caballos, sumidos en una profunda conversación. O, mejor dicho, Henry bombardeaba a Faraday con preguntas, mientras el otro sujeto se encogía y balbuceaba—. Quien alguna vez fue un comandante de las legiones oscuras ahora servirá como nada más que un mozo de cuadrilla.

Me estremecí, haciendo que mis ojos deambularan hacia su bolsa y el pesado libro negro que yacía en su interior.

—Odio cuando lo llamas así.

—¿Por qué? —soltó una carcajada y movió la olla en el fuego—. ¿Porque te recuerda su verdadera naturaleza? ¿Porque te recuerda por qué deberías dormir en tu propia tienda?

—Honestamente, no es nada de tu incumbencia, Ara, y me desconcierta que te importe.

La mano que tenía sobre la olla se quedó quieta.

—Cuida tu tono, escoria del Supramundo. Te superamos en número y estás lejos de casa.

Me encogí de hombros, acostumbrado a sus amenazas vacías. Siempre y cuando Henry estuviera cerca, no intentaría nada.

—Pareces saber mucho de los libros. ¿Acaso Henry también te interrogó a ti?

Ara continuó cocinando, agregándole una pizca de algo a la olla.

–Todo lo que yo sé, él lo sabe. La única diferencia es que yo tengo un temor sano a las respuestas que busca con tanta osadía.

–Focalor pagó un alto precio por su conocimiento –le indiqué–. No me queda más que rezar para que nosotros no le debamos lo mismo.

–Claro que sí, y peor –dijo–. Focalor es un tonto y pagó solo el precio de un tonto. Henry debería ser más astuto antes de perseguir a este conejo, pero de todas maneras lo seguirá hacia su madriguera y nunca podrá escapar.

De pronto, la voz de Henry comenzó a sonar más fuerte, pero no podía entender sus palabras. Tenía el ceño fruncido por la ira y se erguía aún más sobre Faraday para intimidarlo, mientras lo mantenía acorralado contra una enorme pared rocosa. No podía evitar sentir más que pena por el pobre sujeto, por lo que bajé a Bartolomé de mi regazo y me acerqué al lugar en donde se encontraban los dos hombres.

–Entonces, ¿ella te preguntó eso y qué dijiste?

–Yo... yo no pude pensar en una respuesta y ella... ah, fue horrible –dijo Faraday, quien temblaba contra la roca y escondía aún más sus manos en sus mangas.

–Cielos, eres básico. Pero la mayoría de los demonios lo son. No es un acertijo tan complicado. Vamos. ¿Cuál fue la siguiente pregunta?

–Henry, la comida ya está casi lista. ¿No le puedes dar un momento para que se recupere?

Me lanzó una mirada fulminante en silencio y colocó una mano sobre la roca junto a la cabeza de Faraday, desde donde se inclinó

hacia adelante. El pobre hombre lucía como si estuviera a punto de desarmarse en pedazos.

–El siguiente acertijo, ¿cuál fue?

–Te... tengo brazos para abrazar, pero no manos –tartamudeó Faraday, tragando con fuerza–. Tengo pellizcos para dar, pero no dedos. Tengo veneno para inyectar, pero no agujas.

–Por favor dime que pudiste resolverlo –musitó Henry–. Por favor.

–S...sí –contestó Faraday, negando con la cabeza y volteando hacia mí con una mirada suplicante–. Al menos, eso creo. ¿Cómo podía ser la respuesta incorrecta? ¡Ella me preguntó y estaba tan seguro! Pero luego me mordió. Y siguió, una y otra vez. No sabía los otros, pero ella no se detenía. ¡Más preguntas! Más... más mordidas. Creo... Ah, creo que disfrutaba verme sufrir. No. ¡No! Estamos demasiado cerca de la sal. No deberíamos ni siquiera estar hablando de esto. No debo decir la palabra.

Pero Henry suspiró y chasqueó la lengua.

–¿Quieres que traiga el libro?

–Henry. Por favor –ya me superaba la exasperación. Era una tortura sin sentido, ya que el demonio antiguo parecía estar guiándonos hasta la sal y cooperando con las preguntas de Henry. Ya la mera idea de traerlo nuevamente al lugar en donde había perdido tanto era horrible, pero Henry no parecía sentir ni un gramo de lástima por la criatura.

–Dime lo que contestaste y... te dejaré comer –musitó Henry, doblando sus labios en mi dirección–. ¿Contento?

—No realmente.

Las mangas de Faraday comenzaron a moverse y podía imaginarlo desgarrando sus propios brazos con lo que quedaba de sus dedos. Al menos podíamos detener este tormento por un momento, por lo que juré en silencio intentar proteger a Faraday de la insistencia de Henry. ¡Qué irónico, un ser del Supramundo protegiendo a un demonio de las garras de su propio amo!

Aunque debía confesarlo, de cierto modo, me daba curiosidad... La solución del acertijo parecía bastante obvia para mí, y no era para nada bueno con los enigmas. Para mi suerte, estaban hablando en griego, pero en un momento Faraday retomó su lengua natal, recubierto en sudor mientras se encontraba encogido de miedo entre la roca y la rueda del carruaje. Sentí el viento mecer los pastizales y árboles incluso antes de que respondiera.

—Zuqaqīpu —susurró.

—Escorpión —dijo Henry, para mi beneficio.

—¿Qué estás haciendo?! —preguntó Ara y se levantó enseguida junto al fuego, y volcó la olla con el estofado sobre las brasas. Su vestido se sacudía a su alrededor mientras corría hacia nosotros, aún empuñando la larga cuchara de madera—. Te advertí que fueras cuidadoso. Te lo advertí.

Faraday tenía razón. Estábamos demasiado cerca de la sal y la presencia malevolente del escorpión parecía comprobar que de hecho sí había desenterrado algo monstruoso. Lo oí gritar y caerse al suelo a medida que el viento caliente y duro azotaba el campamento, bañando nuestros ojos con arena, polvo y gravilla cortante.

Enseguida, se oyó un rugido, un sonido que parecía la tierra misma erupcionando como un volcán. La explosión sonó distante, pero eso no importaba. Ya podía oír lo que fuera que hubiera emergido del inframundo avanzando hacia nosotros, arrasando la arena en su camino.

—Abātu! ¡Vamos! ¡Ahora! Si tenemos suerte, podemos alejarnos y perderlo en las colinas. Me tomará algo de tiempo invocar a las sombras, pero ¡no todo está perdido! —dijo Ara, quien regresaba al campamento, frenética, mientras levantaba su bolsa y le arrojaba a Henry la suya. Tomé a Faraday del brazo y lo puse de pie para cargarlo mientras lloraba y se disculpaba. Encontré a Bartolomé deambulando cerca del fuego extinto y lo cargué en brazos, dejando que Henry se encargara de nuestras cuatro bolsas mientras los cuatro marchábamos hacia el camino.

—No importa —oí a Faraday quejarse—. Ya viene. Ya está aquí.

Salimos a toda prisa en el camino en dirección al este. La luna estaba oculta tras unas densas nubes y, sin luz para ver, era una retirada a ciegas, aunque el camino pasaba por un conjunto de dos colinas frondosas por sus arbustos y árboles. Ara iba por delante; incluso con el peso del libro, nos sobrepasó y la seguimos por el pasaje hacia la derecha. Finalmente, Faraday recuperó algo de fuerza en sus piernas y trepó a mi lado, susurrando palabras sin sentido para sí mismo mientras el estruendoso andar de la criatura que nos seguía por detrás se sentía cada vez más fuerte. Parecía ser más que un solo enemigo, pero mi único deseo en ese momento era trepar. Podríamos

enfrentar nuestra perdición cuando tuviéramos una posición elevada más ventajosa.

Las rocas cortaron mis palmas y los densos arbustos, repletos de espinas filosas, desgarraron mi túnica. El dolor fue reemplazado por los latidos en mi pecho. La colina no era una montaña, pero nos proveería con abundantes lugares para escondernos y una mejor vista. Ara llegó primera y corrió solo algunos pasos más antes de desplomarse de rodillas y sacar al Elbion Negro de su bolsa. Era su turno de susurrar y usar el idioma antiguo que ella, Henry y el demonio compartían. Vi el libro temblar en el suelo mientras alcanzaba la cima de la colina y a sus páginas revolverse, mientras los arbustos a nuestro alrededor de pronto se llenaban de sonidos sigilosos, como si cada sombra hubiera cobrado vida.

Lo cual, de hecho, era así.

Llamé al perro hacia mí y lo sujeté sobre mi estómago en el suelo. Henry ni se inmutó por los ruidos que brotaban de todas direcciones, sino más bien caminó hacia el borde del abismo y se inclinó para observar a la cosa que nos estaba persiguiendo.

—Es horrenda —susurró—. Ara, querida, tenemos que apresurarnos.

Ella lo hizo callar, impaciente, mientras sacudía sus manos sobre el libro y hablaba con una voz grave sobre una música chirriante que se elevaba y desaparecía. Las rocas debajo de nosotros se sacudieron. La criatura estaba embistiendo con fuerza contra la base de la colina, ya que aparentemente le resultaba imposible trepar. Apenas sobre la canción de Ara, sentí la inquietante voz de la criatura.

–Sabía que no debía mencionarla, lo sabía, lo sabía... –decía Faraday, acurrucado, mientras se mecía de atrás hacia adelante en el suelo a mi lado.

–Silencio –le dije–. Deja que se concentre.

Nunca antes había visto a Ara trabajando, pero era un evento de extraña belleza. A medida que su canción alcanzaba el pico máximo, tomó un cuchillo desde el interior de su vestimenta y se cortó la mano. Hizo un puño, como si estuviera reteniendo la sangre allí y luego la abanicó. La sangre nunca tocó el suelo, sino que más bien quedó suspendida en el aire frente a las sombras que salían de los arbustos para consumir la ofrenda. Su sangre les dio forma y, pronto, alrededor de una docena de rostros de una oscuridad cambiante la miraron fijo, como si la noche misma hubiera cobrado vida para ofrecerle su ayuda.

–Addāniqa; hişnu, hişnu –les ordenó, moviendo sus brazos frenéticamente.

No hablaba el idioma a la perfección, pero sabía lo que les había pedido; protección. Por favor, protección.

Arrastrando sus pies, las sombras formaron una sola hilera y se desvanecieron por el borde de la colina, avanzando a una velocidad imposible y silenciosa. Me puse de rodillas y luego me paré para unirme a Henry sobre la cornisa. Ara permaneció en el suelo, presionando su mano herida contra su pecho y respirando profundo.

–Solo serán una distracción –dijo Henry, serio.

–¿Qué es? –le pregunté–. ¿Qué nos persigue?

Sus ojos destellaron incluso en la total oscuridad al voltear desde la cornisa. Había algo de culpa en sus hombros. Quizás, finalmente, había comprendido el costo de esta aventura.

–Nunca antes he visto algo así, mi amor. Necesitaremos todo nuestro coraje para lo que está por venir.



El malestar de Lee demostró ser profético. Luego de alertar al Sr. Morningside y a Dalton de la posible presencia de algunos seres del Supramundo en la propiedad, nos reunimos en la cima de la torre este, en una de las habitaciones polvorientas que rara vez era usada y la cual estaba recubierta con sábanas para mantener alejadas a las polillas y el polvo. Los muebles recubiertos y el suelo sin alfombra hacían que se sintiera como el ambiente desolado que encontramos afuera.

Las ventanas altas con parteluz daban al terreno que, lejos en la distancia, albergaba la casa del pastor, una choza modesta con la que una vez me había topado por accidente. Sin embargo, lo más preocupante de todo era el frente de Adjudicadores que esperaba justo al otro lado de la cerca tambaleante que separaba ambas propiedades. Gran parte de la cerca había sido derribada, pero algunos postes angostos aún permanecían en pie en algunos lugares. El jardín estaba repleto de huecos profundos y me preguntaba si alguno de ellos llevaba al otro extremo del túnel que había visto en el suelo de la cocina.

–Está loco como una cabra si piensa que voy a morder ese anzuelo – gruñó el Sr. Morningside. Se paró de brazos cruzados frente a la ventana,

con todos sus empleados y visitantes a su lado, excepto la Sra. Haylam.

Ella llegó a toda prisa sacudiendo su falda de un lado a otro mientras se quejaba en voz baja, hasta que se detuvo al vernos a todos pegados a la ventana. En el salón detrás de ella merodeaban dos borrosas figuras oscuras. Residentes. Las sombras vivas acechaban a su paso, afuera de la puerta sin entrar. La Sra. Haylam no llevaba su delantal, sino que lo había cambiado por un traje negro sobrio con una bufanda alrededor de su cuello. Los meses que habían pasado entre este momento y la última vez que la había visto la habían hecho envejecer significativamente. Antes, lucía como un árbol viejo, arrugado pero orgulloso, de piel oscura, pero con una belleza especialmente severa. Ahora simplemente lucía muy cansada, con su ojo blanco tan pálido que apenas resplandecía bajo la tenue luz de la habitación.

Cuando su ojo sano se posó sobre Dalton, se sobresaltó levemente. Era como si alguien hubiera dejado caer un bloque sólido entre ambos, ya que ella no se iría muy lejos.

–Él–escupió.

–Hola, vieja amiga –la saludó Dalton, quien volteó para mirarla de frente, aunque la venda sobre sus ojos no escondía mucho su expresión.

–No estamos tan desesperados como para necesitar *tu* ayuda –resopló–. ¿Y la muchacha de los problemas también regresó? Debería haberlo sabido. Cada hueso de mi cuerpo me dolió durante horas, un augurio enfermizo de los tontos que perturban nuestra puerta.

–De hecho, sí estamos tan desesperados –dijo el Sr. Morningside–. Esos que están al otro lado de la cerca son Adjudicadores y el pastor hizo que este grupo se marchara de Londres con fuego y dragones y vaya el infierno

a saber qué más. Parece que nos quiere a todos en un mismo lugar. Conveniente, ¿no lo creen?

Me mordí la mejilla, ignorando la mirada cruda de la Sra. Haylam. Si necesitaba de su ayuda para liberarme de Padre, tendría que endulzar mi tono, pero era un problema para otro momento. Mientras tanto, temía que el Sr. Morningside tuviera razón.

—¿Creen que sabe que estamos aquí? —pregunté.

—Lo dudo. Si así fuere, enviaría más que ese grupo patético —contestó el Sr. Morningside. Se acercó aún más a la ventana con la vista entrecerrada—. Puede que solo sea una advertencia. O están explorando el terreno.

No parecían estar apresurados, ya que solo caminaban lentamente a lo largo de la cerca. Luego de mi encuentro con Sparrow, la idea de enfrentarme a cuatro Adjudicadores, incluso con más refuerzos de mi lado, me hacía sentir un nudo en la garganta. Más allá de su personalidad presumida, el Sr. Morningside debía estar asustado. No había manera de ignorar el estado de la Coldthistle House; era una maravilla que aún estuvieran con vida con Adjudicadores atacando la propiedad a cada rato. Evidentemente, nos necesitaban para sobrevivir la siguiente tormenta.

—Khent —dije sutilmente—, quédate aquí con Lee, Mary y Chijioke. Dime si algo cambia. Necesito hablar con mis antiguos empleadores.

Asintió solemnemente y se quedó quieto, pero podía sentir sus ganas de seguirme.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el Sr. Morningside, levantando una ceja.

—Ya verán. Debemos hablar de las condiciones en algún lugar más privado —agregué, haciéndoles un gesto a Madre y a Dalton para que me acompañaran.

–Condiciones –el Sr. Morningside saboreó la palabra e hizo una mueca burlona; estoy segura de que hubiera preferido que dijera *contrato*. Y lo haría, si fuera necesario. Nos quedaba poco tiempo y mi necesidad era tan grande como para preocuparme por esos detalles.

La Sra. Haylam permaneció quieta cerca de la puerta, mirándome con atención mientras pasaba junto a ella en dirección al corredor. El espacio al final del corredor, si bien no era muy glamoroso, estaría bien. Los Residentes se mecían de un lado a otro bajo la luz titilante de los candelabros, hasta que comenzaron a seguirme tan de cerca que podía sentir el frío que emanaban de ellos como una brisa de invierno. El inmenso salón en donde había encontrado el libro negro por primera vez no estaba lejos, pero dudaba de que el libro aún estuviera allí. Era razonable, luego de los eventos de la primavera, que el Sr. Morningside hubiera hecho el esfuerzo de ocultarlo mejor.

El ático, polvoriento y oscuro, se apagó aún más cuando los Residentes ingresaron. Parecían absorber la poca luz que había en cada rincón con sus cuerpos borrosos. La Sra. Haylam fue la última en ingresar y cargaba un pequeño candelabro con unas velas amarillas fragantes. La luz que llevaba por debajo de su barbilla exageraba cada grieta profunda de su rostro.

Con los Adjudicadores reunidos al borde de la propiedad, me ahorré toda cortesía.

–Quiero al espíritu de Padre fuera de mi cuerpo –les dije a él y a la Sra. Haylam sin rodeos–. Si Chijioke puede hacerlo, bien, pero algo me dice que será más complicado que su ceremonia usual.

–Mucho más complicado, me temo –respondió el Sr. Morningside, colocando un codo sobre su mano, con los nudillos presionados sobre su

barbilla—. Pero no imposible.

Miré a Madre y, por detrás de su velo, la vi sonreír.

—Tengo un número de almas almacenadas —continuó—. Las aves, claro. Podemos elegir a una de las menos... desagradables y usar su esencia. Tal vez Amelia Canny o la condesa italiana, si estás de humor para algo más peligroso. De todas formas... —y al decir esto miró a Madre y a Dalton—, necesitaremos un voluntario, pero eso parece innecesario.

—Necesitarás abrazar a la muerte una vez más —dijo la Sra. Haylam, con firmeza—. Una tarea sencilla.

Y cuánto lo disfrutarías, pensé.

—Muy bien —contesté—. Suena aceptable. Bueno, aceptable no, posible. A cambio, les pediré que mis compañeros los ayuden a defenderse contra las fuerzas del pastor. Necesitarán de nuestra ayuda para sobrevivir.

—Harás más que eso —el Sr. Morningside esbozó una sonrisa, la cual ensanchó aún más al ver algo de tristeza en mi rostro—. Lo que pides es complicado y riesgoso, Louisa, el problema es que tú también nos necesitas para eso. Por eso, es indispensable que sobrevivamos. Por eso, lo que nos ofreces no es nada más que algo mínimo y que no me resulta para nada interesante.

—Aquí vamos de nuevo —oí a Dalton musitar mientras se cruzaba de brazos.

—O puedes ayudar a Louisa porque es lo correcto —dijo Madre, quien avanzó hacia adelante y se quitó el velo. Siempre me sorprendía lo extraña y hermosa que se veía, con su piel púrpura como la tinta y sus ocho ojos rosas delicados. Incluso el Sr. Morningside no podía apartar la vista de ella—.

»Está sufriendo mucho. El espíritu de Padre es como veneno y la está matando con su crueldad.

–Qué trágico –dijo la Sra. Haylam arrastrando las palabras–. Fue elegida para llevar los poderes de un dios. Que no pueda controlarlos o entenderlos es una lástima, pero no es nuestro problema.

–Lo será –contesté furiosa, dando un paso hacia ella–. Cuando empaque mis cosas y vuelva a casa.

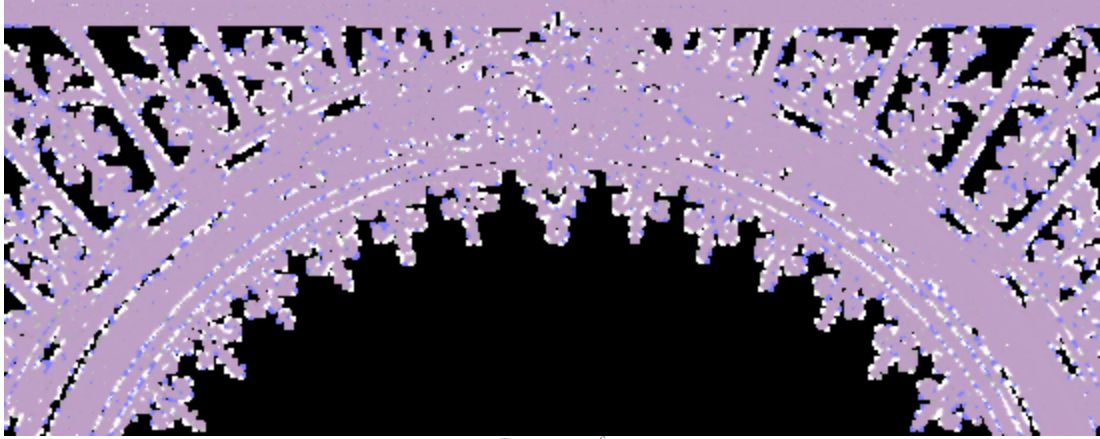
–¿A Londres? ¿Al lugar de las multitudes furiosas con antorchas? –suspiró el Sr. Morningside con una actitud teatral–. Ah, Louisa, eres parte de nuestro juego ahora, y en este juego, escapar solo te lleva al borde del tablero, no te permite abandonarlo.

Me había acorralado y lo sabía, pero odiaba perder de esta manera.

–Pidan lo que quieran, entonces –susurré, sin tener miedo de mirarlo directo a los ojos, de enfrentar al Diablo en persona–. Pero no aceptaré nada hasta saber exactamente lo que se requiere.

–Me temo que involucra otro libro –no parecía para nada molesto por mi mirada amenazadora. De hecho, había fijado su atención en Dalton. Y, por alguna razón, eso me asustaba más–. Solo que esta vez, no lo traducirás –dijo el Sr. Morningside guiñando un ojo–. Esta vez, lo *destruirás*.





Capítulo
Dieciocho



Lo primero que pensé fue que el Sr. Morningside hablaba del diario de Dalton, que quería hacerlo desaparecer, pero por supuesto no podía ser tan fácil.

–No tienes idea de lo que estás pidiendo –dijo Dalton, sacudiendo su cabeza de lado a lado mientras se paraba a mi lado, de frente a Henry. Eran de la misma altura y complexión, pero eran diferentes en cualquier otro aspecto. El cabello oscuro del Sr. Morningside y la naturaleza pelirroja de Dalton los hacía ver como fuego y hielo.

–Por el contrario, sé lo que estoy pidiendo –agregó el Sr. Morningside, caminando a su alrededor lentamente, haciendo que su hombro rozara el de su compañero. Noté a Dalton hacer una mueca de incomodidad al sentirlo tan cerca–. ¿Qué más quieres que haga? El pastor se volvió loco. Teníamos un acuerdo lo suficientemente bueno. Es una lástima que lo haya arruinado.

–Louisa me dijo que has estado armando un maldito ejército de almas, Henry. Quizás *eso* lo arruinó, ¿no crees?

–¿Es necesaria toda esta discusión? –preguntó la Sra. Haylam frotándose la frente mientras caminaba hacia la ventana que se encontraba detrás de nosotros y posaba el candelabro en el alféizar–. Dalton entregará el libro blanco y se asegurará de destruirlo, o se marchará y se llevará a la pobre, *pobre* Louisa con él.

Dijo eso de un modo tan terminante que todos nos quedamos en silencio por un momento. Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Por supuesto que estaba en completa sintonía con los trucos usuales del Sr. Morningside, pero incluso para él parecía extremo.

–¿*Destruir* el libro? –suspiré–. ¿Es eso siquiera posible?

–Lo es –repitió el Sr. Morningside despreocupado–. Dalton también lo sabe.

Esperé a que Dalton dijera algo, mientras frotaba mis manos nerviosamente sobre mi falda.

–¿Qué provocará hacer eso? Si el libro es destruido, quiero decir, ¿qué ocurrirá?

–Nosotros, los seres del Supramundo, el pastor –se ahogó un poco con las palabras y cerró sus ojos–. Dejaremos de existir.

–Ah –contesté, recordando una parte del diario–. El libro es lo que les da poder. Padre consumió nuestro libro, por eso es que nosotros, los descendientes de las Hadas Oscuras, seguimos aquí.

–Exacto –de pronto, el Sr. Morningside lucía serio, como si el peso de lo que acababa de decir lo hubiera hecho caer en la realidad–. ¿Qué quieres que haga, Spicer? El pastor está fuera de control. ¿Viste a alguien más creando cultos por todo Londres? Nos quiere muertos.

Dalton resopló.

–No, te quiere bajo control.

–*Nos quiere muertos* –el Sr. Morningside lo rodeó, levantándole un dedo frente al rostro con desprecio–. Has vivido tiempo suficiente y siempre de un modo miserable. Siempre odiaste el juego y ahora tienes una invitación a abandonarlo. Destruye el libro y ayuda a la muchacha.

Nadie se movió. Por un momento, estaba convencida de que Dalton lo atacaría. Su cuerpo entero estaba inmóvil, quieto por la ira, y sus mejillas habían adquirido un rubor oscuro. Sus ojos, si no estuvieran tapados, podrían haber sido capaces de lanzar fuego. Un estremecimiento comenzó

en su pierna derecha, pero lo detuvo y, lentamente y con cuidado, dio un paso hacia atrás. El Sr. Morningside bajó su mano y esperó, una vez que ya dejó en claro sus condiciones.

Madre y yo miramos al ser del Supramundo avanzar con pesadez hacia la puerta, en donde se detuvo y colocó una mano sobre el marco, alejándose de los Residentes que se encontraban allí mirando y acechando.

–No tenías que hacerlo personal, Henry –susurró.

–Sí –contestó el Sr. Morningside, ajustándose su corbata–. Sí, tú te aseguraste de que lo hiciera.



–No tienes que hacer esto.

Encontré a Dalton Spicer en uno de los balcones angostos de la Habitación Verde. Al igual que en los otros cuartos de ese piso, los muebles estaban cubiertos y abandonados. No había ningún huésped en la Coldthistle House y, si bien la gente era atraída hasta aquí por haber cometido actos atroces de maldad, el lugar se sentía vacío y frío por su ausencia.

Se paró de espaldas a mí, envuelto por la noche, con las palmas descansando sobre la barandilla aún húmeda por la lluvia. Observé cómo trazaba algunas formas en las gotitas por un momento con sus dedos mientras admiraba el bosque. El balcón daba hacia el norte, en dirección al manantial oculto y a la arboleda en donde había encontrado por primera vez a Khent, cuando me atacó a mí y a mi padre, quien fingía ser Mary.

–Debe haber algo más que él quiera –insistí–. Podemos encontrar una forma de negociar con él.

–No –rio–. No lo conoces tan bien como yo. Una vez que se decide por algo, lo obtiene, sin importar las consecuencias.

–He estado leyendo el diario y debo decir que es... perturbador. Todos los acertijos y la violencia... –dije, parándome con medio cuerpo adentro para mantenerme levemente cálida–. ¿Por qué el Sr. Morningside desistió? Uno creería que con tantos peligros sin sentido...

Dalton quitó la cobertura sobre sus ojos y respiró hondo, frotándose el rostro y levantando su nariz hacia el aire frío de la noche.

–Cuando lo conocí, era un hombre diferente. Ni muy amable ni muy astuto, sino más maleable.

Dejé que eso flotara entre nosotros por un momento antes de hablar.

–Madre me dice que Padre también cambió. Que la guerra entre ustedes rompió algo en su interior.

Esbozó una sonrisa burlona al oír eso y luego inclinó su cabeza hacia mí.

–Sí, sí, es eso exactamente. Creo que también rompió a Henry, pero lo oculta bien. La primera vez que lo conocí, fue en una reunión entre él y el pastor. Estaban forjando una alianza, temporaria, para castigar al Padre de los Árboles por excederse. Henry tenía esta... actitud despreocupada. No podía quitarle los ojos de encima. Era peligroso, sí, pero escuchó. Se comprometió.

–¿Escuchó? –resoplé–. Entonces, Dios, vaya que en verdad era diferente.

–No tienes idea –dijo Dalton, colocando la tela nuevamente sobre sus ojos y frotando una mano sobre su boca, como si intentara quitar algo invisible–. Luego de que nosotros, seres del Supramundo, cazáramos a los descendientes de las Hadas Oscuras, tu gente, Henry dejó de escuchar.

Dejó de comprometerse. Creo que comprendió que viviría para siempre, y vivir para siempre con tanta culpa requiere un corazón de piedra.

—¿Es por eso que quería saber tanto sobre los libros? —pregunté.

Dalton entendió lo que dije y asintió.

—Vio su vida extendiéndose delante de él, una larga y larga eternidad, siempre atormentada por lo que le había hecho a tu gente. Intentó vivir con ese corazón de piedra y decidió que era mejor destruir la cosa y terminar. No era simplemente conocimiento lo que buscaba en las salinas, sino su propia aniquilación.

—¿Ara lo sabía? ¿Es por eso que siempre intentaba detenerlo?

Al oír eso, soltó una risita y pasó su mano abierta sobre el agua en la barandilla.

—No, no lo sabía, no al principio. Ni siquiera yo lo sabía. Ella no piensa de esa forma. La Sra. Haylam estaría contenta con vivir una vida con millones de muertes auestas. Simplemente es fuerte para esas cosas.

—No —dije, emergiendo hacia el frío para pararme a su lado—. Eso no tiene nada que ver con la fuerza. No creo que exista una palabra para describir lo que es eso.

—No importa —se encogió de hombros—. Es demasiado insensible, demasiado arrogante, como para pensar que Henry podría ponerlos en peligro a él o a ella. Nunca te dejes engañar por su temperamento, Louisa. Ella adora el suelo por el que él camina.

Lo observé jugueteando con las gotas de lluvia por un rato más largo.

—Pero no te pidió que destruyeras el libro negro.

—No. Creo... creo que, por más extraño que parezca, se siente bastante a gusto con esta mansión y sus empleados. Destruir el *Elbion* también sería

su perdición. ¿A dónde irían? Los ha protegido por mucho tiempo y has visto lo peligroso que puede ser.

Levanté las cejas al oír eso.

–Espantosamente sentimental –dije–. Para el Diablo.

–Tal vez alivie su soledad. Eso vale algo. Imagino que debe ser deprimente conversar con aves todo el día, cuando antes solía perseguir demonios como Faraday hasta hacerlos perder la vida. Debe ser alguien miserable para tener cerca, incluso para los demonios.

Se estaba tornando más frío afuera y ansiaba mucho dormir. Los Adjudicadores, o eso parecía, aún debían hacer su jugada. El frío en mis entrañas se había detenido y me preguntaba si se habían marchado para retrasar su ataque. Quizás el pastor sintió que habíamos venido o que Dalton estaba aquí y optó por buscar una mejor estrategia.

–¿Y Henry sabe cómo destruir los libros? ¿A dónde ir? –pregunté, deambulando por la puerta.

–Sí.

–Los acertijos... ¿sabe las respuestas? ¿Las respuestas correctas?

Dalton suspiró.

–Todas, excepto una. Termina el diario, Louisa, y verás. Perdí contacto con Henry por mucho tiempo y no me sorprendería que hubiera aprendido más acertijos por su cuenta. O que haya enviado a la Sra. Haylam a investigar. Ella haría cualquier cosa que le pidiera. De alguna forma... tiene eso, convencer a los demás para que lo den todo por él. Solo que al final no son nada más que promesas vacías sin recompensa.

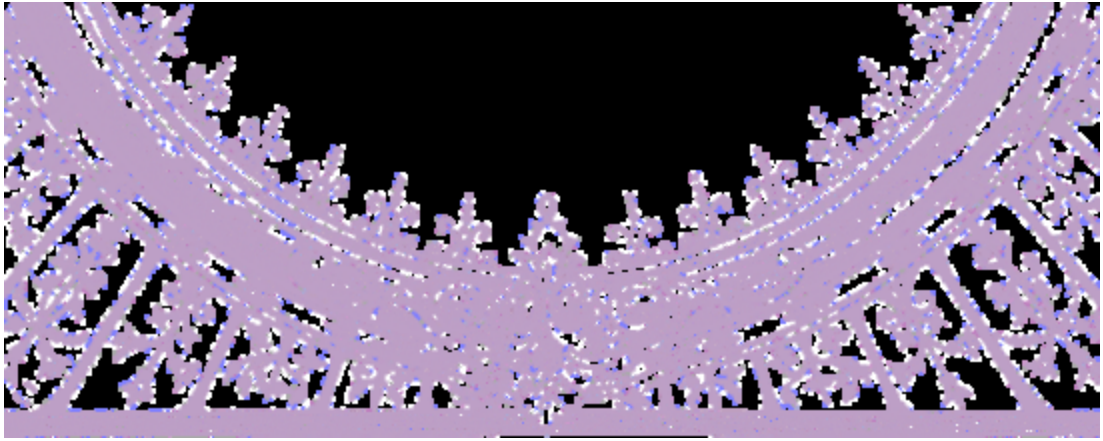
Mientras lo miraba, noté que se desplomó sobre el balcón, sujetándose solo tentativamente para quedar de pie. No era bienvenida ni necesitada, por lo que regresé a la mansión, acurrucándome.

–Lo harás tú, ¿verdad? –susurré.

–Sí –contestó, volteando la vista hacia el cielo–. Sí, te ayudaré a destruir el libro blanco.



Capítulo
Diecinueve





El camino hacia el este 1247 a. C.

Unos gritos, vacíos y malditos como la nada, nos persiguieron por el camino. Las criaturas de sombras de Ara se habían quedado a defenderse solas, pero esos gritos terribles y agudos dejaban en evidencia el destino que habían sufrido.

—¿Tan rápido?—susurró mientras corríamos—. ¿Cómo es posible?

Su sacrificio pronto fue olvidado, ya que sentimos los inminentes truenos y el temblor de la tierra bajo nuestros pies. El terreno que se extendía a un lado del camino era irregular y engañoso, por lo que rápidamente perdimos la ventaja.

Cómo es que la criatura rodeó el camino y nos encontró antes de que siquiera pudiéramos correr medio kilómetro, pronto fue claro. Nosotros viajábamos con dos pies, pero nuestro perseguidor lo hacía en ocho. Había visto muchas criaturas maravillosas y espantosas en

mi vida, pero nunca algo tan grotesco. Se elevó por delante nuestro, acorralándonos y bloqueando nuestro camino con el ancho de tres hombres y la altura de cinco. Su cuerpo largo, curvado y segmentado era el de un escorpión, con un color parduzco traslúcido como un pergamino, mientras que sus venas y órganos palpitaban con tonos rojizos en su interior. Apestaba a las profundidades de la tierra, y de su cabeza y cola caían algunos rastros de tierra, lodo y arena, mientras chasqueaba las inmensas pinzas que tenía en sus brazos. Un torso y cabeza humana se elevaban desde el cuerpo, compartiendo la extraña piel delgada que dejaba a la vista su corazón palpitante.

La punta filosa de su cola se mecía de atrás hacia adelante, lista para atacar.

Hubiera ansiado sentirla, pero por el asombro que me arraigaba al suelo. Incluso inmóvil, le hubiera suplicado con mis propios ojos, pero no tenía sentido, ya que no tenía ojos para mí. Observé sus patas puntiagudas caminando de atrás hacia adelante rítmicamente, hasta que sentí la mano de Henry sobre la mía, presionándola con fuerza.

—Usa tu forma dorada —dijo sin aliento—. Me temo que no es una criatura con la que se pueda razonar.

Y tenía razón, ya que antes de poder juntar la fuerza y abandonar mi disfraz humano, la criatura arremetió hacia adelante. Corrió a toda velocidad con sus pinzas filosas y redondas con un solo objetivo en la mira. Faraday. Yo aún sujetaba la muñeca del hombre, pero, de un momento a otro, eso dejó de ser así, ya que lo arrancó de mis manos y lo llevó hacia atrás, pataleando, hacia una saliente rocosa, la misma que acabábamos de usar como nuestro punto de observación.

Giramos hacia él, pero no me animé a seguirlo. No aún. El miedo era demasiado profundo...

–Debemos hacer algo –susurré–. Debemos ayudarlo.

Sin pensarlo nuevamente, comencé a avanzar, soltando la mano de Henry mientras la criatura mantenía a Faraday contra la roca. Lo mantenía allí sin problemas y, por un instante, Faraday luchó contra sus masivas garras, las cuales empujó y sacudió mientras intentaba darle una patada al estómago humano de la criatura.

Detrás de mí, Henry gritó algo, desesperado, aterrorizado, pero no dejaría que el miedo me atrapara. El demonio había sufrido suficiente; no se merecía esto. Pero incluso mientras tomaba coraje y corría tan rápido como podía, la bestia bajó sus labios delgados y pálidos hacia el rostro de Faraday y cerró sus dientes una vez. Luego, habló, y su voz casi me hizo detener. No era algo que estuviera hecho para usar una lengua humana, y las palabras parecían escurrirse como el gorgjeo del agua en el lodo.

–¿Qué te dijeron en la sal? –cerró sus dientes una vez más–. ¿Qué te dijeron?

–¡Nu... nunca mencionar lo que vi, nunca repetir lo que oí! ¡Por favor! ¡Ser del Supramundo! ¡Señor Oscuro! ¡Deben ayudarme! –gritó Faraday y extendió un brazo hacia mí, pero incluso el poder de mis alas una vez desplegadas no podrían hacerme llegar a él a tiempo. ZIP. Nunca olvidaré el sonido. La criatura presionó sus pinzas una vez con fuerza como dos guadañas y partió a Faraday a la mitad, haciendo que sus piernas cayeran al suelo antes que su torso, con una expresión de sorpresa en su rostro.

Caí de rodillas y la criatura giró hacia mí. Fuera cual fuera la mirada que usó, sabía que me había visto allí, por lo que bajó la cabeza como si ansiara decir más. Luego sacudió su pinza y me salpicó a mí y a la tierra con sangre, antes de soltar un chillido agudo e inquietante que sonó como “¡Lililililili!”. Y desapareció, se desvaneció tras las colinas, dejando atrás el único indicio de su partida: otra ráfaga de viento sofocante y el estruendo de la tierra temblorosa.



Regresar a mi vieja habitación en la Coldthistle House me trajo una encantadora sensación de comodidad. Mi pequeña cama, mi vieja mesa de noche tambaleante, el espejo en donde me había visto por primera vez con el delantal que se convertiría en mi uniforme del día a día... Parecía posible regresar a mi vieja vida, despertarme cada mañana y hacer mis tareas, limpiar la sangre de las alfombras, ayudar a Chijioke a cargar cadáveres en la carreta, alimentar a los caballos y untar manteca a las galletas para los huéspedes; todo allí, fuera de alcance, una existencia que giraba en el tiempo como la bailarina de una cajita musical.

Mi vida, pero no. Un futuro, un camino, pero no. Me paré al borde de la cama y toqué las sábanas con cuidado, como si todo fuera un espejismo y estuviera a punto de estallar en mil pedazos y romperse con el más ligero toque. Por un breve momento, había conocido la estabilidad y la rutina que casi toda muchacha joven en mi posición ansiaba, un puesto que me

aseguraba comida, refugio para dormir y un poco de dinero para ahorrar, el cual quizás algún día usaría como una insignificante dote matrimonial.

Esa era otra Louisa. Me acerqué al espejo y me peiné. Mi cabello estaba todo enmarañado por correr desquiciadamente hacia la mansión, y mi vestido, desgarrado y enlodado, necesitaba un cambio. Mirar directo a mis ojos oscuros me hacía preguntar, no por primera vez, si, al igual que los demás huéspedes de la Coldthistle House, yo también había sido atraída aquí por una promesa oscura. Con la diferencia de que ellos se encontraban con la muerte, pero yo parecía estar destinada a algo más.

—La muerte será tu promesa si no abres los ojos, muchacha.

Miré al espejo y la habitación comenzó a llenarse con una neblina grisácea desde el suelo hasta el techo, una que se elevaba desde mis tobillos y alcanzaba mis rodillas. No había nada en el reflejo, pero volteé hacia la voz y exhalé, sorprendida, al encontrarme, cara a cara, con Padre.

Se elevó delante de mí con una apariencia indefinida, ya que una parte suya era el humano falso de Croydon Frost, y la otra, su verdadera naturaleza. La calavera asquerosa de un ciervo sobresalía de su piel humana, estirando la carne por delante del hueso. Su traje estaba hecho trizas y dejaba al descubierto las prendas negras y hojas del manto de Padre. Algunos mechones de cabello humano caían a un lado de las astas desaparejas que crecían sobre su calavera desnuda.

Olía a muerte, pero eso no era una sorpresa.

Me apoyé de espaldas sobre el espejo, preparada.

—Tan cerca —dijo con ira, con ambos ojos emanando un resplandor rojizo como brasas—. Tan cerca ahora... Mis cenizas, mi cuerpo, el árbol que crece de mis restos mundanos...

–No es un sueño –dije entre dientes–. Ni una pesadilla. *¿Cómo puede ser posible?*

Neciamente, extendí un brazo para tocarlo, para estar segura de que fuera real y no una ilusión. Mi palma se hundió en su pecho como si estuviera hecho de humo. Pero cuando intenté sacarla, no pude hacerlo; su imagen me sostuvo allí, con su mano envuelta alrededor de mi muñeca.

–La marca de un Unificador –miró fijo, cautivado por las letras ilegibles en mi palma. Luego, sus ojos carmesíes se dispararon hacia mí–. Liberaste a Madre. Sobreviviste a un Unificador. Eres más fuerte de lo que creí, hija mía.

Hija. Ahora no era solo una *niña* o *tonta* o *muchacha*, sino su *hija*.

–Suéltame –susurré–. Y desaparece. *Soy* más fuerte de lo que crees y mis amigos están aquí conmigo.

–¿Amigos? –rió, pero sonó más bien como el graznido de un cuervo en la penumbra–. ¿Para qué necesitas amigos cuando mi espíritu se torna cada vez más poderoso? Ve. Ve hacia el árbol. Atraviesa la corteza, bebe su savia y no habrá ningún amanecer para el pastor y los de su calaña.

No. La palabra estaba allí, justo en la punta de mi lengua, pero no importaba cuánto intentara decirla, mis labios permanecían completamente cerrados. Sentí el mundo tornarse borroso y mi equilibrio vaciló, haciendo que algunos destellos rojos bailaran frente a mí. El velo carmesí comenzó a caer nuevamente, la influencia de Padre era demasiado fuerte como para resistirla. Había sido un error venir. No había considerado que estar cerca de esta forma física de alguna manera incentivaría su reclamo sobre mi cuerpo, pero lo hizo. Mi lucha era valiente, pero breve, ya que no había

forma de resistir las raíces que tan retorcidamente se aferraban a mi cerebro con firmeza y dolor.

El mundo pasó delante de mí como si lo hubiera imaginado. Nada parecía real. Sentí que mis pies me llevaban fuera de la habitación, hacia la escalera y abajo, en dirección a la cocina. La puerta que llevaba afuera estaba bloqueada y era demasiado ruidosa como para abrir sin ser notada. Por lo que me arrodillé y, como una rata en su túnel, me arrastré por el hueco que Bartolomé había cavado debajo de la casa, una tarea que debió haber comenzado hacía meses, al igual que todos los demás huecos que había hecho en el jardín. Raíces y tierra acariciaron mis mejillas, pero no le hice caso a eso, ya que, si bien conservaba la capacidad de sentir, la tierra fría se deslizaba entre mis manos, fragante con la esencia del césped y la marga. Insectos, libres con sus tareas de la noche, se escabullían sobre mis manos y tobillos, y subían hasta mi espalda y cabello, haciéndome cosquillas sobre el cuello con sus horrorosas patas pequeñas.

No, no, no. No podía salir, no cuando los Adjudicadores del pastor podían descender en cualquier momento. Y si lo hacían, temía más por sus vidas que por la mía; Padre me controlaba y descargaría su vida sobre ellos de un modo terrible. Mis manos se arrastraron sin parar, llevándome por el túnel de lodo hasta que finalmente sentí una ráfaga de viento sobre mi rostro y la curvatura del túnel hacia arriba. Trepé para salir del hoyo con una respiración pesada. Debí haber lucido como un completo desastre, cubierta por suciedad e insectos, con ojos grandes y ciegos, y cada paso guiado por la bestia que albergaba mi cabeza.

El árbol no estaba lejos. Podía sentirlo, Padre lo sentía, por lo que troté y luego corrí a toda prisa hacia el límite este de la propiedad. Seguramente

alguien en la mansión notaría mi presencia y me ayudaría. ¿O solo se percatarían de ello cuando Padre lograra su cometido y declarara la guerra usándome como su instrumento?

Por favor, le supliqué con el mejor esfuerzo que encontré en mi cabeza. Por favor. Déjame encontrar mi propio camino. ¿Cómo puedes ser tan insensible con tu propia hija?

Pero se quedó en silencio, sin mostrar piedad, mientras me estremecía del dolor y sentía las repentinas ramas bajas del árbol acariciándome el rostro. Imposible. ¿Cómo había crecido tan rápido? No era más que un retoño cuando me marché en la primavera, ¿y ahora? Mis manos encontraron su tronco, un árbol completamente maduro cuya vida había emergido de las cenizas de Padre.

–Debería haber derribado esta cosa maldita –me las arreglé para susurrar.

Silencio, hija. Corta la corteza. Córdala.

Solo tenía mis manos, pero de todas formas me obligó a usar las uñas. Y así comenzaron a caer astillas sobre mis palmas suaves, a medida que rasguñaba el árbol como una bestia desquiciada. Algunas gotas comenzaron a caer por mis mejillas, pero no eran del rocío frío de las hojas, sino lágrimas, cálidas y constantes. El dolor era inimaginable, la marca en mi palma ardía como fuego.

Corté y corté, desgarré y rasguñé, sabiendo que la mañana siguiente lo único que encontraría serían dedos en carne viva llenos de sangre. Si es que esa mañana llegaba. Mi miedo se duplicó cuando el dolor se detuvo y una sensación de sueño avanzó desde mis dedos hasta mis manos y muñecas. La sangre manchaba las mangas de mi vestido arruinado, pero Padre era

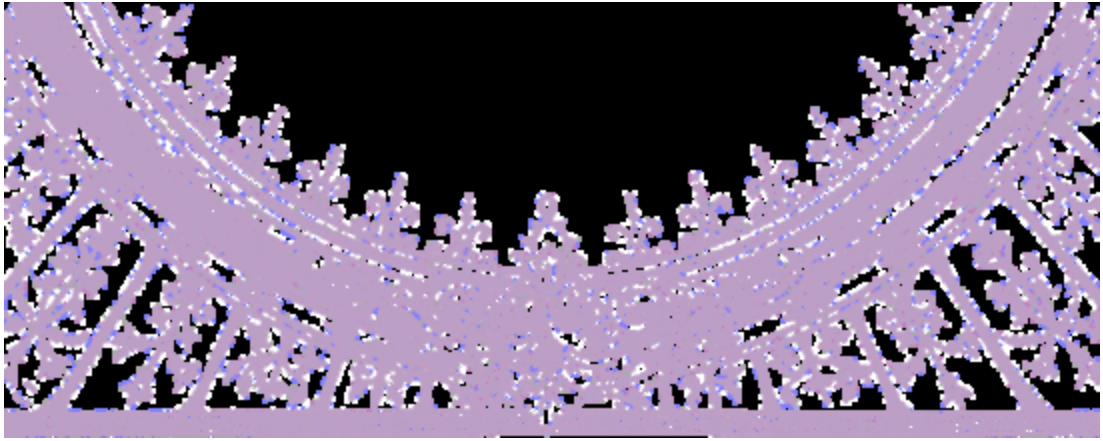
imparable, y yo ya no tenía fuerzas bajo la sombra de su árbol cargado de muerte.

Una neblina se elevó a mi alrededor y sentí la viscosidad de la savia sobre mi piel. La esencia punzante y herbal casi me hace tomar el control, pero no, la sensación se desvaneció y la savia que cubría mis manos solo incrementaba más su poder. Me tambaleé hacia atrás, lejos del árbol, temblando, y me incliné hacia adelante para lamer mis dedos.

Ya podía sentir la sangre palpitando en mis oídos como tambores de guerra. El pastor y su gente no verían otro amanecer.



Capítulo
Veinte



La noche regresaría a mí de a tropezones, como fragmentos de un sueño bañado en rojo sangre.

Un grito de ayuda. Huesos rompiéndose bajo mis dedos. La esencia de las profundidades del bosque, seguida del hedor del miedo. Un cuerpo roto en el suelo. Plumas doradas desparramadas como hojas de otoño.

Alguien sujetaba mi mano, pero cuando intenté levantarme sentí el frío de unas pesadas cadenas de hierro sobre mi pecho y piernas. Parpadeé hacia el techo y oí cómo las voces a mi alrededor se desvanecían. La mano sobre mí era familiar y pequeña.

—¡Está despierta! ¡Está despierta! Y ya no parece mala.

Poppy se encontraba sentada a mi lado en la cama; tuve otro aluvión de recuerdos, de tiempos en los que solía despertarme con su rostro y voz frente a mí. Pero en esos tiempos, yo no estaba atada a la cama. Entre el dolor de cabeza y los quejidos, acepté un poco del té que me había ofrecido Poppy, quien me sostenía la cabeza mientras bebía.

—Ya es demasiado tarde —dijo. Madre también estaba allí, parada al pie de la cama, mirándonos. Nunca lucía cansada, como si fuera inmune a sentirse exhausta—. Los demás se cansaron y se fueron, pero yo decidí quedarme contigo. Bartolomé también.

El perro dio un pequeño ladrido desde algún lugar cerca de la cama. Por mi poca movilidad, solo pude girar la cabeza un poco. Tuve la suerte de que me cambiaran el vestido e hicieran lo que pudieran para limpiarme. Por fin ya no sentía los insectos retorcidos entre mi cabello.

–¿Estoy preparada para saber lo que ocurrió? –murmuré. Mi garganta sonaba tan rasposa que parecía estar repleta de ortigas.

–Te encontré antes de que pudieras tomar demasiada savia –me dijo Madre sutilmente, juntando las manos por delante. Había dejado su velo en algún otro lugar y solo llevaba un vestido de seda arrugado. Sus brazos estaban cubiertos de duna tras duna de músculos–. De todos modos, uno de los seres del Supramundo te encontró entre los árboles. Pero... no pudieron soportar tu furia.

–Quedaron todos aplastados –agregó Poppy con amabilidad–. Como el puré de guisantes de la Sra. Haylam.

–Requirió de todos nosotros calmarte –agregó Madre. Su sonrisa era diferente, triste. Fúnebre–. No te abandonaré. El riesgo de la influencia de Padre es demasiado fuerte.

–El árbol –dije casi sin voz.

–Ya me ocupé de él –respondió Madre–. Puedo hablar con el corazón de los árboles, y ese no se quedó callado. Dejó una herida de putrefacción en la tierra. Cuando haya más tiempo, la purificaré y pronto sus cenizas se irán con la lluvia y el viento.

Eso debería complacerme, pero el malestar seguía intacto. Por más diminuta que fuera su presencia en mi interior, el control que tenía sobre él estaba en duda.

–Incluso si quito su espíritu –murmuré, cerrando los ojos y hundiéndome en la almohada–, aún conservaré su sangre. Mi padre quemó un campo de cautivos vivos para encerrarte. Esa clase de oscuridad, esa locura, ¿siempre resurgirá?

Madre dio una vuelta al poste de la cama y Poppy hizo lugar, y ambas quedaron lado a lado, pero fue Madre quien me tomó de la mano. No había

razón para dudar de su poder, pero sentirla lo demostró, ya que indujo una sensación cálida y relajante que se extendió desde mi mano hasta mi pecho, liberando la tensión que allí albergaba.

–Una vez me entregó un ramo de bocas de dragón encantadas. Cuando el sol brillaba sobre ellas, reían como niños, y cuando caía la noche, emanaban un ronquido agradable –recordó, esbozando una sonrisa destellante por un instante–. Esa bondad también estaba en su interior, y sé que tú la tienes.

–O quizás no –dije, cerrando los ojos nuevamente–. Parece que no puedo dejar de matar.

–Lo harás, Louisa. Cuando él desaparezca y tu mente te vuelva a pertenecer. Puedo hablar con el corazón de los árboles, sí, pero también puedo hablar con el corazón de mis hijos –suspiró y presionó su mano con más fuerza–. Solo temo que el Señor Oscuro aproveche tu poder para pelear contra Roeh.

Poppy se inclinó hacia adelante y tocó una de las cadenas que sujetaban mis piernas.

–Si sacamos esto, Louisa podría ayudarnos. Quiero que se vayan y dejen de ser tan malos así puedo jugar con Bartolomé en el patio otra vez. Odio estar encerrada todo el día. ¡No es justo! Ni siquiera pude gritar porque Mary fue a ese viejo y estúpido Londres.

Hizo una mueca de tristeza y se deslizó hacia el suelo para acurrucarse con el perro.

–Puede que tenga que liberarlo –le dije lentamente a Madre–. Una vez más. Si eso significa que puedo sacarlo, entonces lo haré. Por favor, intenta no estar tan decepcionada. Son mis amigos, después de todo, y los protegeré.

La sonrisa triste regresó a su rostro y la calidez de su toque poco a poco detuvo mis lágrimas. Era difícil llorar cuando ella me sostenía la mano. Intenté recordar si mi madre humana alguna vez me había demostrado tanto amor, pero no apareció ningún recuerdo, solo gritos desde el otro lado de la puerta de mi habitación y la ebriedad de un padre gritándole mientras yo me escondía bajo las sábanas.

–Muestra piedad cuando puedas, Louisa –dijo Madre, extendiendo una mano hacia el primer juego de cadenas, y la destrabó–. Al mundo le hace falta mucha.



Por la mañana, fui invitada a desayunar con el Sr. Morningside, aunque Madre se negó a alejarse mucho de mí. Le permitió unirse a nosotros en la sala de estar a un lado del vestíbulo, el lugar en donde me había enseñado por primera vez cómo cambiar una cuchara a la forma que mi corazón deseara. Una vez allí, presencié el final de una discusión entre él y Dalton. Mientras esperaba tras las puertas de estilo francés, no pude evitar escucharlos, por lo cual me llevé un dedo hacia los labios para evitar que Madre dijera algo.

–Hicimos un pacto –decía Henry. Sonaba cruel y frío–. ¡Y tú lo rompiste! En el momento en el que más importaba, lo rompiste.

–Porque me mentiste –contestó Dalton, a quien, por el contrario, se lo oía desganado.

–ESO ES LO QUE HAGO.

La casa tembló.

La voz de Dalton comenzó a sonar más cerca; estaba a punto de salir del salón. Me alejé, pretendiendo que acababa de bajar de la escalera y no

había oído nada de su discusión.

–Lo sé –dijo Dalton, abriendo las puertas sin voltear hacia atrás–. Por mi perpetuo arrepentimiento, lo sé. Y deseaba, y aún *deseo*, que fueras más que eso. Eso es lo que hace a un hombre; más de lo que sus papeles, más de lo que su historia y destino lo condenaron a ser.

Dalton no tenía nada para decirnos mientras se marchaba del salón, hasta que giró para subir por la escalera de a dos escalones a la vez. Vacilé por un momento, mientras oía sus pasos de retirada, pero luego me decidí a avanzar en puntillas de pie por las puertas y me encontré con el Sr. Morningside sujetado al borde de la mesa de desayuno, de espaldas.

–Un trato durante el desayuno –dijo luego de que Mary nos trajera algunos bocadillos livianos de queso, pan fresco y lo que parecían ser algunas sobras de venado seco. Ella había retomado sus actividades en la mansión casi de inmediato, para distraerse, quizás, o por costumbre–. Estamos sitiados y, aun así, seguimos siendo algo civilizados. ¿Crees que comieron tan bien mientras el caballo llegaba a Troya?

–No creo que me importe –respondí, exhausta. La presencia pacífica de Madre había ayudado, pero estar encadenada a una cama había hecho que dormir fuera casi algo imposible–. Si haremos un trato, entonces Dalton también debería estar aquí.

Nos sentamos en una de las pequeñas mesas adyacentes al pianoforte, no muy alejados de la ventana que daba hacia el oeste. Era la habitación más alejada de la propiedad del pastor, lo cual hacía creer que era una decisión intencional. No parecía haber actividad a lo largo de la cerca, pero eso me hacía sentir más nerviosa. Todo lucía como la calma que antecede al huracán, por lo que comencé a mover mi pie inquieto bajo la mesa, alerta.

–Ya aceptó recuperar el libro –nos dijo, poniéndole algo de azúcar a su té y revolviéndolo sin hacer ruido. Cantaba positivamente con alegría–. Tu demostración anoche lo llevó hasta el límite. Vino a verme esta mañana y me hizo su oferta.

Mi apetito no era el que esperaba que fuera. Madre no comió, pero mantuvo su taza de té alta como si simplemente disfrutara hacer eso. De todas formas, comí un poco, pero no estaba para nada interesada en la carne dura de venado.

–Entonces, Dalton encontrará el libro; ¿debemos ir hacia Constantinopla? ¿Cómo haremos el viaje? –pregunté. El Sr. Morningside rio levemente mientras comía su galleta.

–Louisa, niña traviesa, ¿qué te hace preguntar eso?

Ah. Entonces Dalton no había mencionado el detalle del diario. Meforcé a tomar otro sorbo del té para aparentar ser casual, pero mis manos temblaban. Quería seguir manteniendo el diario en secreto todo el tiempo que fuera posible. Siempre existía la posibilidad de que el Sr. Morningside intentara llevar este trato para su ventaja, y quería tener algo, por más pequeño que fuera, bajo la manga, por si acaso. Después de todo, él mismo me había dicho que era parte del juego y necesitaba actuar como correspondía. “Eres parte de nuestro juego ahora, y en este juego, escapar solo te lleva al borde del tablero, no te permite abandonarlo”.

–La entrada, el lugar en donde los libros pueden ser destruidos... queda lejos hacia el este, en una salina. Dalton me contó sobre eso, sobre la vez que ustedes y la Sra. Haylam fueron hasta allí cuando eran mucho más jóvenes, en busca de... –miré nerviosamente a Madre, quien no parecía molesta–. En busca de la Cisma.

–Ah, entonces es Dalton el verdadero travieso. No importa. Sí y no, Louisa, una de las entradas está en el lago Tuz, pero hay muchas, muchas más entradas. De hecho, conozco una que está mucho más cerca. Puedes llegar para el amanecer si sales ahora a caballo.

Asentí y fruncí el ceño, aparentando desconcierto. Aun así, lo que decía tenía sentido. Cuando conocí al Unificador en la tienda de Cadwallader había sido en un lugar que no pertenecía a ningún lugar y, quizás este lugar al que Henry quería que fuéramos era similar, un destino entre mundos, escondido en algún lugar entre las sombras.

–También me dijo que había acertijos –agregué–. Y como parte de nuestro arreglo, quiero las soluciones.

–Por supuesto –dijo el Sr. Morningside–. Querida Louisa, no hay necesidad de ser tan desconfiada. Es mi mayor deseo que entres a la Tumba de los Antiguos a salvo y cumplas con nuestro trato.

Al oír eso, ya no pude ocultar mi interés. Bajé mi taza de té y me incliné levemente sobre la mesa mientras él untaba con mantequilla una de sus galletas con indiferencia.

–Entonces, ya estuvo dentro –dije, repitiendo el nombre que le había dado al lugar–. De la Tumba de los Antiguos.

–¿Dentro? No. No, me temo que hay ciertas limitaciones que no me permiten ingresar –el suspiro de frustración que lo siguió pareció ser genuino, pero desde ya sus dotes actorales eran muy buenas–. Tú, en cambio, no deberías tener ningún problema con infiltrarte, siempre y cuando sigas mis instrucciones y uses tu astucia. Solo puedo mostrarte el camino, Louisa, ya que no sé qué es lo que te espera dentro.

–Pero ¿se pueden destruir los libros allí?

A mi lado, Madre hizo una mueca de dolor. Ahora yo era un libro, ya que tenía el conocimiento de Padre enterrado en mi cabeza, lo que significaba que yo, también, podía ser destruida allí.

–Sí, es donde se crean los libros, sé que eso es cierto –dijo Henry y podía notar que elegía las palabras con cuidado. Se sacudió algunas migajas de su saco y me miró fijo con una de sus sonrisas grandes y encantadoras. Un mechón de su cabello negro cayó sobre sus ojos amarillos–. Pero no debemos discutir esto en voz alta con mucho detalle; es un lugar protegido y no estoy dispuesto a llamar a sus guardianes. Te escribiré las instrucciones, así evitamos ser detectados.

Me estremecí ante la idea de que alguien fuera cortado a la mitad por una criatura furiosa con forma de escorpión.

–Si insiste.

El Sr. Morningside me estudió desde atrás de su taza, quizás intuyendo que sabía más de lo que había dicho. Pero no agregó nada más sobre el asunto y bebió su té dulce.

–Entonces, tenemos un trato.

–No diría eso. ¿Cómo sé que cumplirá su parte del contrato? Estoy arriesgando mi vida para destruir ese libro. Simplemente podría negarse a ayudarme cuando regrese. No, creo que primero debemos quitar al espíritu de Padre, ahora, antes de que yo me encargue de sus problemas –me recliné hacia atrás en la silla cómoda, disfrutando su breve pero visible incomodidad.

Se acomodó la parte inferior de su saco y me miró con desconfianza.

–Dejaremos todo por escrito, por supuesto, Louisa. Yo siempre cumplo con mis contratos.

–Eso no me satisface –enterré mis dedos en el mantel, manteniendo la mirada fija en él–. Si regreso de la Tumba de los Antiguos y no me libera de la influencia que Padre tiene sobre mí, debe haber algún castigo.

–¿Como cuál? –se inclinó hacia el suelo y tomó una pluma y tinta de un morral de cuero. Como había llegado al salón luego de él, no me había percatado de que había traído sus herramientas y esperaba este momento.

–Como... –hice una pausa, pero la respuesta llegó sin reparos–. Como el título de propiedad de la Coldthistle House y todo lo que ella contiene. El *Elbion Negro* incluido.

–No seas ridícula –resopló, emparejando el pergamino que tenía junto a su desayuno–. Apenas es justo, Louisa. Sé más razonable.

–¿Razonable? Un libro por un libro me parece *justo*, y la mansión es por mi vida, esa que posiblemente pierda en la tumba. Esas son mis condiciones, Morningside, y, si no le gustan, es libre de rechazarlas y encontrar otra manera de destruir el libro blanco.

Odiaba sentir sus ojos ardientes sobre los míos, ya que me hacía querer constantemente apartar la mirada. Era una prueba, y estaba determinada a pasarla. Por supuesto que él había inclinado las condiciones del trato a su favor, pero si esto era un juego, entonces no estaba dispuesta a perder con facilidad. Finalmente, se sentó y mojó la pluma en la tinta antes de colocarla sobre el papel.

–Exactamente lo que dije –agregué–. No dejaré que encuentre algún vacío legal. Si no quita al espíritu de Padre de mí cuando regrese, después de haber destruido el libro blanco, entonces el título de propiedad de la Coldthistle House y el *Elbion Negro* serán míos. Y le advierto, revisaré el contrato una docena de veces si debo hacerlo.

–Estás aprendiendo –musitó–. No estoy seguro de si debería sentirme aliviado o molesto.

–No me busque –al decir eso, levantó la vista de su trabajo y agregó–. Yo sé por qué me hace esperar, por qué quiere que la influencia de Padre continúe en mi interior por la mayor cantidad de tiempo posible. Me necesita para defenderse del pastor.

–Una observación astuta –pero me estaba provocando, ya que puso sus ojos en blanco mientras escribía el resto del contrato. Podía verlo escribir una cláusula sobre la participación de Dalton en este, la cual también estudiaría con atención–. Soy consciente de que nunca creerás que puede que tenga otras intenciones que no son malvadas, pero mi presentimiento me dice que querrás contar con esa fuerza profana dentro de ti para sobrevivir a la tumba. Todo lo que has visto, todo lo que has sobrevivido, no será nada en comparación con lo que exigirá de ti.

Dedos cortados. *Cuerpo* cortado. Grietas en la piel que sangran luz dorada. Locura.

Tragué, ansiosa, y volteé hacia Madre.

–¿Tú no sabes nada de este lugar? ¿De la Tumba de los Antiguos? – pregunté.

Sus ojos se tornaron suaves y ladeó la cabeza. Las trenzas largas y rosas de su cabello estaban desarmadas y caían sobre uno de sus hombros. Se llevó las manos hacia la maraña de cabello y comenzó a hacer una trenza distraídamente.

–Mi corazón dice que la conozco, que la anhelo, como un recién nacido desea ser cuidado. La conozco y a la vez no; no tengo ningún recuerdo de ella, pero oír las palabras en voz alta: la Tumba de los Antiguos... –movió la

cabeza de lado a lado y se soltó el cabello—. Nunca creí estudiar tales cosas. Nunca ansié regresar al lugar de donde venimos.

El Sr. Morningside escribió la última línea a toda prisa y sopló la página, la cual me entregó antes de regresar a su té. Sus ojos lucían distantes. Fríos.

—Rezo por que nunca la veas, por que nunca te acerques...

Las oraciones que más me preocupaban estaban escritas de la forma correcta, por lo que coloqué mi firma junto a la suya, ignorando que se hubiera salido del camino a la mitad. Luego oí a Chijioke abrir las puertas, con la respiración entrecortada.

—Están aquí —gritó, con las manos presionadas sobre su corazón—. Los seres del Supramundo. Han venido.

—Pero qué oportuno —dijo el Sr. Morningside excitado, poniéndose de pie. Tomó el contrato y lo dobló con fuerza, antes de guardarlo en su morral de cuero—. Necesitaremos toda tu furia, Louisa. Dales lo peor que tengas. Debemos atraer a la mayor cantidad hasta aquí para darle a Dalton tiempo de recuperar el libro blanco. ¿Y luego? Luego llegará la hora de que conozcas la Tumba de los Antiguos.



Capítulo
Veintiuno





El oeste de Capadocia 1247 a. C.

No había caso, nunca iba a dormir. Quemamos el cuerpo de Faraday lejos del camino, y luego regresamos a nuestro campamento original para buscar a los caballos y marcharnos. Ninguno de nosotros estaba ansioso por dormir tan cerca del lugar en donde el demonio había encontrado su perdición. Nadie habló, aunque podía sentir a Ara preparándose para dar un sermón, ya que su boca no era más que una línea cerrada con firmeza mientras galopábamos bajo la noche.

Nos detuvimos a varios kilómetros de nuestro destino, en el último vestigio de colinas antes de que la tierra se precipitara hacia un valle poco profundo y diera comienzo al lago de sal. Salí de mi bolsa de dormir y encontré un lugar para aliviarme, hasta que noté que no estaba solo en mi insomnio. Henry estaba parado a un lado de

nuestro pequeño campamento, de brazos cruzados y con una mirada indescifrable mientras admiraba el valle por debajo. La sal. Sabía que no compartía mi miedo por el lugar, pero no podía pensar en nada más que las advertencias de Faraday. Y la criatura... no era de los nuestros y, aparentemente, tampoco era uno de los amigos demoníacos de Henry.

—Lo diré una vez más —susurré, pero no se movió—. Creo que debemos empacar y regresar a casa. Esto se ha convertido en algo más, Henry. Es más que una obsesión, es demasiado peligroso. Es...

—Todo perfectamente razonable, te lo aseguro —terminó. Pasó una mano sobre su cabello negro salvaje y se acercó algunos centímetros hacia mí y, enseguida, posó su cabeza sobre mi hombro, desde donde dejó salir un soplo—. ¿Alguna vez piensas en ella? ¿En la eternidad?

—Ocasionalmente —solo Henry podía distraerme con filosofía.

—Yo pienso en ella todo el tiempo —dijo—. No quiero ser viejo. ¿Cuánto tiempo me tomará ser viejo? Ya me siento antiguo y, para nuestros estándares, sigo siendo un niño. Es espantoso.

—Ah, cállate, nunca te verás viejo —me reí entre dientes.

—No por fuera. Pero ¿y por dentro? Ya lo siento en mi interior. Como si estuviera respirando polvo de ataúd. Como si ya estuviera enterrado. Pero así son las cosas para nosotros. No sé si puedo soportarlo. ¿Qué haré? ¿Tomar clases de bordado?

Ninguna respuesta lo habría satisfecho, pero tenía que intentarlo. Era inconsolable cuando caía en uno de sus estados melancólicos.

Envolví mi brazo alrededor de su cintura y lo sujeté cerca, esperando que la cercanía lo trajera de regreso.

–Serás sabio y poderoso. Puedes... no lo sé, vivir en la cima de una montaña e impartir tu sabiduría a quien se anime a escalar.

–No seas ridículo. No hay gelatina de cordero arriba de una montaña.

–Pero tú serás sabio –dije–. Podrías ser sabio ahora y escucharnos. Ara también piensa lo mismo; es una misión descabellada. No tengo idea de cómo lucirás cuando seas viejo, pero por Dios, me gustaría verlo.

Besó mi barbilla y se alejó, soltándose de mis manos.

–Te amo, pequeño tontuelo, pero estás equivocado. Yo sé lo que estoy haciendo. Yo sé... lo que puedo esperar. Creo que sé cómo luce la eternidad –a solo algunos pasos de mí, se detuvo y volteó para arrojar otra pregunta más en mi dirección–. Contéstame con honestidad, Dal, ¿puedes vivir con lo que les hicimos? No hicimos nada más que apagar una llama, simplemente porque amenazaba con encenderse delante de nosotros. ¿Me puedes prometer algo?

–Sí –contesté, y de verdad así lo sentía–. Lo que sea.

–Prométeme que vendrás conmigo cuando encuentre a los Unificadores. Si puedo encontrar el lugar en el que los libros son creados, prométeme que vendrás a ver el lugar.

Algo comenzó a hacer cosquillas en las profundidades de mi mente, pero como un tonto, acepté.

–Lo prometo –dije–. Iré contigo.

Por la mañana, Henry nos despertó horriblemente temprano. Los caballos ya tenían la montura, los bolsos ya estaban listos y Bartolomé ya había comido. El desayuno de viajero de bizcochos duros, nueces y estofado de verduras estaba listo, y Henry caminaba de un lado a otro, impaciente, mientras yo comía a toda prisa mi ración. Al cabo de unos minutos, ya estábamos en camino, montando, y no dejaba de sentir que todo había ocurrido tan rápido que ni Ara ni yo habíamos tenido tiempo de detenerlo. Esa era la idea, claro, porque él sabía que estábamos cansados de seguirle el juego.

—Miren, allí —nos gritó mientras descendíamos hacia las planicies. Podíamos ver a algunos grupos de nómadas asentados a la ribera del lago—. No se acercan al centro. Debemos acercarnos.

—Henry...

Ara y yo gritamos al unísono, pero avanzó a toda prisa, golpeando su caballo con unas espuelas brillantes para hacer que la bestia con manchas negras y parduzcas descendiera por el terraplén. Yo tenía muchas horas de práctica sobre un caballo, pero Henry era un jinete vastamente superior. Lo perseguimos y ahora Ara ya no parecía enfadada, sino preocupada. Sus cejas estaban permanentemente tensas, mientras que su labio inferior temblaba.

—Lo detendremos —le grité por encima del sonido punzante del viento.

—No creo que podamos —la capucha de Ara se cayó hacia atrás y dejó que su cabello grisáceo y negro se soltara de su lazo, haciendo que flotara por detrás de ella como un banderín, mientras perseguíamos a Henry por la sal.

Tuz Gölü. El mar del blanco cristalino que se extendía delante de nosotros hacía que mi respiración se entrecortara y mi corazón palpitara con más fuerza; era un lugar hermoso, de otro mundo, un plato destellante de diamantes tan vasto que sus bordes dejaron de ser visibles en cuanto descendimos. El cielo aquí parecía más azul, y el horizonte no era más que un espejismo, casi como si acabáramos de alcanzar el fin del mundo. Y allí estaba Henry, cabalgando justo hacia el centro, rompiendo la corteza de sal y salpicando agua sobre las piernas marcadas de su caballo.

Los nómadas se dispersaron ante su llegada y, para cuando Ara y yo lo alcanzamos, los tres y Bartolomé estábamos solos. El lugar estaba vacío y comprendimos que la sal y el agua nos jugaban trucos con la luz, esparciendo cascadas de arcoíris sobre el suelo que se rompía con el más leve toque.

Maldiciendo, Henry se bajó de su montura y dejó ir a su caballo. Caminó hacia el desierto del blanco inquietante, con las manos presionadas sobre la frente para cubrirse del sol.

—¿En dónde está?—susurró—. Esta es la sal. Tiene que estar aquí.

Ara y yo lo observamos dibujar una línea en el centro de la llanura de sal, mientras salpicaba agua con sus sandalias. Caminó fatigosamente, ignorando el sol y su brillo, determinado a cumplir con su peregrinación.

—¿Qué hacemos?—giré en la montura con Bartolomé en brazos, mientras mis manos temblaban con impotencia.

—Nada lo detendrá. Solo podemos protegerlo.

Ara desmontó de su caballo, resoplando por el peso del libro y la bolsa. Me uní a ella y avanzamos juntos por detrás, siguiendo el rastro que Henry dejaba sobre la sal. Cuando lo alcanzamos, su rostro estaba rojo de furia.

–Si ese demonio estúpido me mintió...

–Allí –dijo Ara, señalando–. Huellas viejas. Llevan hacia lo más profundo de la sal.

Henry se apresuró en esa dirección y el agua de pronto comenzó a ganar profundidad a medida que nos acercábamos al centro de la planicie de sal, haciendo que las huellas desaparecían por debajo. Su ropa estaba empapada hasta las rodillas, pero lo ignoró, ya que estaba obsesionado por la costra intacta y las marcas extrañas que lucían demasiado livianas como para haberla roto. Se detuvo a poca distancia de la sal intacta y extendió una mano, con la cual recorrió levemente las formas. A medida que me acercaba, noté que se parecían mucho a unas patas gigantes.

–Tengo voluntad –musitó, casi febril–. Tengo voluntad, maldita sea, ¿en dónde estás?

Y al terminar de decir eso, comenzó a sonar un rugido profundo que provenía de debajo de la tierra. Me tambaleé y sujeté a Ara, al igual que ella me sujetó a mí. Bartolomé se quejó y se escondió debajo de mi ropa, y hundió su hocico bajo mi axila. El sol se reflejó en el espejo de sal y me encegueció, y luego un estallido de luz nos bañó con unas olas de calor que se dispersaron por todo el desierto. La sal bajo nuestros pies y a nuestro alrededor se suavizó y comenzó a hundirse,

lo que hizo que se tornara más dura y plana, hasta dejarnos parados sobre un disco perfecto de alabastro.

La explosión ocasionó que Henry cayera de rodillas y quedara inmóvil en el lugar, mientras el resto de nosotros miraba en silencio y atentos mientras las huellas en la sal se sacudían, y lentamente aparecía una rampa en el suelo. Había visto esas cosas en Egipto, construcciones brillantes y suaves labradas con destreza sobre piedra caliza. Al fondo, quizás medio kilómetro en el interior de la tierra, apareció una puerta. Había comenzado a sudar de un modo increíble por debajo de mi ropa, por lo que le di un pequeño empujón a Ara, quien no quitaba los ojos de la puerta.

Pensé que ya era demasiado tarde para olvidarse de toda esta locura y volver a casa. Un odio y una curiosidad simultánea me hicieron quedar inmóvil en el lugar, preguntándome qué clase de poder podría emerger de esa puerta y lo que yacía detrás de esta.

Algo se movió en la oscuridad y noté una figura que se acercaba desde la puerta cuadrada. Al principio, pensé que era otra de las criaturas con forma de escorpión, pero a medida que avanzó por la rampa hacia nosotros fue más claro que tenía el torso de una mujer y el cuerpo de una leona. Eso explicaba las huellas con forma de patas. Pero no solo tenía dos brazos humanos, sino seis, de los cuales cuatro mantenía replegados hacia atrás levemente, como alas en reposo. Se acercó lentamente y no pude evitar preguntarme si eso nos daría tiempo de cambiar de parecer y marcharnos a toda prisa.

Y vaya que ansiaba hacer eso. El sol se desvaneció y el desierto se sumergió instantáneamente en la noche. Tomé una bocanada de aire

y admiré cómo la oscuridad se encendía con más estrellas de las que un solo cielo podía albergar. Aunque no eran solo estrellas, eran formas. No me consideraba un astrónomo, pero sabía que estas no eran constelaciones ordinarias y que ninguna estrella en el firmamento brillaba con tanto esplendor. La luna llena, perfecta como una perla, colgaba muy cerca de nosotros, mucho más de lo que jamás había visto.

La criatura terminó su recorrido por la rampa y nos observó con sus ojos de felino y piel dorada y radiante como su mitad de leona. Un collar inmenso de perlas azules colgaba de su cuello, tintineando levemente con cada movimiento. Sobre su cuello y hombros cargaba una serpiente tan blanca como la sal, aunque su cabeza no albergaba ojos y su boca siempre permanecía abierta, como un tubo sin dientes que degustaba el aire.

Henry la miró completamente maravillado, aún de rodillas.

—Soy Malatriss —dijo. Las estrellas ardieron con mayor claridad cuando habló—. Quien Abre la Puerta. ¿Quién tiene voluntad?

—Yo —respondió Henry, poniéndose de pie—. Yo tengo voluntad.

—¿Y los demás? —preguntó.

Henry volteó y estiró sus manos, rogándonos con la mirada. Nunca antes lo había visto tan indefenso.

—Por favor —musitó.

—Yo también tengo voluntad —dijo Ara, dando un paso hacia adelante.

Miré a los ojos del ama de llaves y lo que encontré allí me asustó. Sabría si mentía. Pensé en Faraday, Focalor, el demonio y su locura,

sus heridas, su horrible muerte. ¿Tenía realmente voluntad? ¿O había pasado esa primera prueba y falló en la siguiente? Algunas veces, para proteger a los que amamos, tenemos que decepcionarlos.

–Lo siento, Henry –dije, sujetando a Bartolomé firme contra mi pecho.

–Dalton. Dalton. No te atrevas a hacer esto, no te atrevas... –avanzó hacia mí con sus ojos amarillos bien abiertos–. Cobarde de mierda. ¿Viniste hasta aquí para traicionarme? ¿Te divierte? ¿El pastor te envió para esto?

–No necesito responder a eso –di algunos pasos hacia atrás–. Solo escúchate y entenderás exactamente lo que estoy haciendo.

–No –dijo Henry acercándose a Ara, a quien giró y le quitó el Elbion Negro de su bolsa y sacudió frente a mi rostro–. Tiene que haber algo más. Debe haber una forma, una forma de ser libre. Libre de este libro. Libre de esta... esta...

Culpa.

Bajó la cabeza con el libro entre sus manos y cayó nuevamente de rodillas. El viaje había terminado; podía sentirlo al igual que yo; pero no era el final que había esperado. No fue la primera vez que cambió frente a mis ojos, pero ahora hacia un ser totalmente miserable. A la deriva.

–Lo prometiste –dijo con ira–. Lo prometiste.

–No lo vi en ese momento –me alejé lentamente, de él, de todo–. No conocía tus intenciones y no te ayudaré a destruir el libro. Maldición, no quiero perderte.

Henry logró recomponerse sobre sus rodillas, con un haz de esperanza en sus ojos, uno que sabía que yo sería el responsable de haber sacado.

–Ve a un Ajusticiamiento. Tráeme el libro blanco, tráelo aquí y podremos ser libres. Sé que hay algo más, Dalton, lo sé. Confía en mí.

–Lo siento –dije, contemplando cómo esa luz parpadeante se extinguía–. No te ayudaré a hacer esto. Perdóname.

–No –giró hacia Ara y Malatriss, dejándome atrás en la sal–. No, Dalton, no te perdono. Nunca lo haré.



El campo se extendía delante de nosotros repleto de huecos y con la cerca ya dañada que lo rodeaba como un fuego menguante. Nunca había sabido si los Residentes podían salir de los confines de la Coldthistle House o no, pero ahora tenía la respuesta frente a mis ojos, al verlos flotar a la espera sin ninguna pared en el medio, como un ejército de figuras negras flotantes. La Sra. Haylam se encontraba parada en el centro del grupo.

–Esta es tu gran oportunidad, Poppy –dijo Chijioke. Sus ojos brillaban de rojo y resaltaban con aspereza sobre su piel oscura–. Ahora que Mary está con nosotros, puedes gritar desde lo más profundo de tu pequeño corazón.

Era extraño ir a la batalla con una niña a mi lado, pero ya me había salvado la vida una vez y sabía que era mejor no cuestionar su poder.

–Tengo mucho guardado –respondió Poppy, sonriendo–. Espero que sea suficiente.

El único que faltaba en el jardín del este era el Sr. Morningside. Aún no había salido de la mansión y no había forma de saber qué plan podía estar elaborando. Mary y Lee se pararon junto a Chijioke, aunque Lee se tambaleaba, enfermo, ya que la presencia de tantos Adjudicadores lo hacían ver pálido. Y *había* muchos. Dalton había mencionado que eran una multitud, pero con sus cuerpos dorados abarcando todo el cielo, el resplandor hacía que fuera difícil contarlos.

Sin luna, Khent se vio obligado a quedarse a mi lado, ya que tenía una gaveta repleta de utensilios de cocina listos para transformar a su disposición. También trajeron algunas pistolas y un rifle de caza de la mansión, aunque dudaba de que pudieran hacer mucho contra este grupo variado de rivales.

–Bah, Nefilim –musitó Khent, escupiendo en el césped–. Creí que había matado a la última de estas bestias horribles en Guiza.

Deseaba haber leído sobre ellos en el diario de Bennu, pero Khent tenía razón; los gigantes inmensos y deformes con el rostro repleto de insectos merodeaban sobre los restos chamuscados de la cerca. Podía oír el zumbido constante de las abejas sobre sus fuertes pisadas. Los guerreros de seis alas con espadas también lucían familiares, al igual que los cantos de “sanctus” mientras embestían hacia la mansión.

–Es muy distinto a leerlo en un libro –murmuré, con voz ronca. Khent me tomó de la mano y sujetó con fuerza.

–¿Por casualidad no escondes una Serpiente Celestial bajo esa falda?

–Solo enaguas –dije, dolida. Luego miré con ferocidad a los enemigos que avanzaban, los cuales eran demasiados como para contemplar. Este tenía que ser el ejército principal del pastor, y nuestra última defensa contra ellos tendría que ser una distracción lo suficientemente efectiva como para permitirle a Dalton entrar en acción. No había señales del pastor, aunque también el Sr. Morningside estaba ausente–. Khent, si necesito hacer que Padre tome el control...

–Te haré regresar cuando llegue la hora –respondió, presionando nuevamente mi mano. Había esperado que disfrutara esta oportunidad de guerra y sangre, pero sus ojos se veían tristes–. Tú prepara las jabalinas y yo las arrojo. Padre solo será una opción si nos encontramos sobrepasados, ¿sí?

–Por supuesto –pero lo que en realidad quería decir era: *Lo intentaré*. Y también: *¿Acaso no estamos ya sobrepasados?* La resistencia del pastor era mucho más grande de lo que había esperado o imaginado y, por un breve momento, comprendí las motivaciones oscuras de Henry. Esto era lo que temía cuando guardaba las almas; esta aniquilación bajo las manos de unos antiguos aliados. Quizás, siempre terminaría así; quizás, la paz entre estos seres tan diferentes era simplemente imposible.

–¿Qué ocurre, *eyachou*? –preguntó Khent.

–Solo estaba pensando que todo esto es una tontería. ¿Acaso no pertenecemos todos a este lugar dentro de otro lugar? Deberíamos ser amigos.

–Sí –asintió, frotándose la mandíbula–. Pero estos sirvientes de Roeh no lucen para nada amigables hoy.

Meforcé por oírlo por sobre el zumbido estruendoso de los insectos y el batido de tantas alas doradas. Esperamos, en silencio, mientras

Bartolomé golpeaba el suelo sin fuerza, Mary y Chijioke se sujetaban de la mano y los Residentes deambulaban de un lado a otro a nuestro lado. Todos podían salir heridos. Todos podían *morir*.

–Mary... –grité, con la intención de decir algo, cualquier cosa, que pudiera expresar mi gratitud, mi alivio, de haberla creado todos esos años atrás, cuando me encontraba atrapada en un aparador mientras mis padres discutían, desesperada por tener una amiga real que me distrajera de esa miseria.

Ella acababa de voltear hacia mí y el primer Adjudicador cayó desde el cielo, precipitándose hacia nosotros con sus dos hachas doradas en lo alto. Pinzón tenía que estar entre ellos, pensé, pero era imposible discernirlos entre la falange gigante y flotante de oro. Esa fue la señal que rompió la paz y, pronto, algunos gigantes de abejas y demonios gritones de seis alas embistieron hacia nosotros por el campo.

Por un instante, todo me pareció tan alarmante, tan terrorífico, que me congelé. Pero luego apareció Padre. *Sangre*, muy convenientemente me recordó. *Más sangre*.

No, fue mi respuesta, *menos sangre derramada por mis amigos*. La única manera de atravesar esto era protegiendo a mis compañeros, sin importar el costo. Madre, al principio, se había negado a ayudarnos, pero al sentirme, aceptó ayudar con todos los hechizos defensivos que pudiera. Se paró cerca de la mansión, bajo la sombra del toldo fuera de la cocina. El suelo a nuestro alrededor tembló y se sacudió, y al cabo de un instante, cientos de raíces escondidas emergieron de la tierra y se elevaron altas para entrelazarse entre sí y crear una cerca gruesa.

Oí a los Nefilim estrellarse contra esta y golpearla con sus puños, mientras el sonido de las pequeñas alas de los insectos componía una sinfonía de frustración furiosa. La cerca de raíces no hizo mucho contra los enemigos alados, ya que planearon por encima y descendieron al otro lado. Aparecieron de a cientos y sentí una lanza dorada *clavarse* contra el suelo a mi lado. Lanzas. Claro.

Enseguida, puse manos a la obra, sintiendo la sangre ansiosa juntarse en mi rostro a medida que tomaba cuchillo tras cuchillo con los ojos cerrados, el único alivio temporal que encontré entre el caos mientras transformaba los utensilios con mis poderes de Sustituta. Khent tomaba las lanzas con destreza a medida que las creaba y las arrojaba hacia cualquier Adjudicador o Serafín que volara cerca. Su puntería era buena, pero no perfecta; algunas se le resbalaban, y en un momento una mujer de cabello largo como oro líquido aterrizó a casi diez metros de nosotros.

–*Ahhes, ahhes, ahhes* –dijo Khent, extendiendo una mano hacia mí y doblando sus dedos. *Rápido, rápido, rápido.*

Entré en pánico y sentí cómo el cuchillo que tenía en mi mano se resbalaba y caía al césped. Gritando, me desplomé sobre mis rodillas para tomarlo y sentí una ráfaga de aire sobre mi cabeza. Bartolomé había brincado hábilmente sobre mi espalda para abatir al ser del Supramundo, a quien llevó directo al suelo. Sus gritos pronto fueron silenciados, pero mis ojos permanecieron cerrados en concentración, lo cual me permitió transformar otro cuchillo para Khent, pero repitiéndome una y otra vez que no podía permitirme resbalar nuevamente.

Chijioke hacía lo que podía con un rifle de cacería, ya que, si bien su puntería era buena, la recarga no era muy veloz. Mientras tanto, el escudo

brillante y destellante de Mary nos envolvía, desviando todas las jabalinas que disparaban desde todas direcciones, mientras las fuerzas aladas del pastor sobrevolaban sobre nosotros como un enjambre. Podía ver a Poppy saltando de un lado a otro, inquieta por el entusiasmo, esperando el momento adecuado para desatar el infierno. Las figuras negras y borrosas de los Residentes se agruparon a toda prisa a nuestro lado y luego se elevaron por encima del escudo de Mary, lo suficientemente alto como para alcanzar a los Adjudicadores dorados que controlaban el aire. Mientras estaba a punto de transformar un tenedor, levanté la vista y vi a uno de los Residentes sujetar a uno de los enemigos, envolviéndolo como si estuviera tragando a la criatura por completo. Casi le quitó por completo su energía resplandeciente, obligándolo a retomar su estado mundano e indefenso. Alarmada y gritando, la pobre cosa cayó al suelo, buscando sus alas desaparecidas.

Ese mismo Residente comenzó a resplandecer hasta convertirse en nada, a medida que la luz que se había tragado lo disolvía. Había, quizás, una docena más de Residentes flotando por el aire, pero eso era todo lo que la Sra. Haylam había traído. Retomé mi trabajo con las cucharas, exhausta, mientras sentía que cada cubierto de plata se llevaba un poco de mí. Caí de rodillas e intenté recuperar el aliento, ya que sentía el aire demasiado pesado como para respirarlo.

–Respira –Khent estaba sudado por el esfuerzo, lo cual hacía que tuviera el cabello casi pegado a la frente y las mangas de su camisa completamente empapadas–. Quizás podamos lograrlo.

Miré hacia atrás y encontré a Madre tarareando un cántico mientras mantenía la barrera de raíces firme y estable. La Sra. Haylam, sin embargo, lucía mucho peor. Se había quedado sin sus sirvientes de las sombras y se

estaba esforzando por crear más, mientras se cortaba las manos una y otra vez con la esperanza de crear más de sus amigos con las pocas sombras que rodeaban los límites de la mansión. Si la batalla hubiera sido de noche, podría haber creado otra docena de refuerzos instantáneamente. Los pocos que logró crear, cuyas cabezas grandes y extrañas emergían de las sombras de los pozos en la tierra o de algún macetero, nacieron en el éter y de inmediato se dispararon hacia el cielo. Algunas manchas de sangre salpicaban el frente de su falda, y había comenzado a lucir alarmantemente pálida.

El clamor contra la pared de raíces incrementó. Seis de los gigantes con rostro de insecto se estrellaron contra ella al unísono con sus hombros. Eran arietes bastante útiles, por lo que pronto la madera comenzó a astillarse y a ceder. Quedé asombrada al ver cómo un solo brazo grueso atravesaba la cerca. No mucho tiempo después, la amenaza abrió un espacio lo suficientemente grande como para cruzar.

–¡Poppy, prepárate! –grité y preparé otra lanza para Khent mientras corría hacia la Sra. Haylam. Me detuve a su lado y levanté mi propia falda, cuyos bordes desgarré y usé para frenar la hemorragia de sus brazos.

–Detente, jovencita, sé lo que estoy haciendo –murmuró con un tono de voz más rasposo que lo usual.

–Se está desangrando, vieja terca, déjeme ayudarla.

Presionó sus dientes, pero aceptó la ayuda, o al menos yo me las arreglé para contener la hemorragia en sus brazos a la altura de sus codos. Pero ni bien vendé una de las heridas, se hizo otra. Cortó su piel con el cuchillo atravesando su vestido.

–Suficiente –susurró la Sra. Haylam–. Ve a hacer algo *útil*.

Útil. Por supuesto. Quería que cediera ante los poderes de Padre y terminara la batalla cuanto antes. Pero no podía, no cuando podíamos ganar sin su ayuda. Temía demasiado lo que sería de mí si dependía de él. Cada instante en el que sentía mucha de su influencia parecía fijar una parte de él a mi cerebro permanentemente.

Regresé al lado de Khent y le entregué otra lanza con mis manos temblorosas por la falta de fuerza. Sus lanzamientos también eran débiles, lo cual demostraba gruñendo con fuerza cada vez que las arrojaba. No tenía estómago para esto, lo sabía, ya que me encogía del miedo cada vez que mis ojos se posaban sobre otro cuerpo muerto sobre el césped. Era un alivio, claro, que estuviéramos resistiendo, pero no sentía ningún odio real hacia la gente del pastor; Sparrow había sido la única molestia, y ya estaba muerta. Todas estas muertes se sentían completamente innecesarias, como un desperdicio, y no dejaban de apilarse, uno tras otro, con sus complexiones doradas y hermosas cayendo desde el cielo en espirales lentas como si una fiesta de cacería grotesca hubiera salido mal.

La cantidad de enemigos que había en el cielo se redujo, pero la batalla frente a nosotros recién había comenzado. Los Nefilim, estruendosos y furiosos, arremetieron contra nosotros a toda velocidad.

La cuchara que sostenía en mi mano se negaba a cambiar. Cerré los ojos, la presioné con fuerza y canalicé la poca energía que tenía en mi cuerpo hacia la maldita cosa, pero no ocurrió nada. Podía sentir la mano de Khent sacudiéndose frente a mí, pero no había nada que pudiera hacer.

—Lo siento —susurré, sintiendo una lágrima deslizándose sobre mi rostro—. ¡No tengo más fuerza!

El estruendo de las pisadas de los gigantes enmascaraba un rugido distinto. A mi derecha, por detrás del frente de la mansión, se oyó un

revuelo de grama y rocas. La caballería, por decirlo de alguna manera, había llegado. Fathom, Giles y Niles aparecieron por el jardín con Fathom gritando con intensidad mientras cargaba su pistola y disparaba sin parar. Cada uno de ellos se las arregló para dispararles a los gigantes antes de detener a sus caballos a nuestro alrededor y arrojarnos un pequeño arsenal de pistolas y rifles.

—¡Tal como los viejos tiempos con la tía Glinna disparándoles a los faisanes de Somerset! —gritó Giles. Él y su hermano traían camisas de cacería a cuadros idénticas con los tonos más modernos de púrpura y verde—. Es bueno verla una vez más, Srta. Louisa, aunque desearía que fuera en circunstancias menos calamitosas.

—No hay tiempo para cumplidos —grité, intentando esbozar una sonrisa débil—. Pero ¡su ayuda es más que bienvenida!

—¿Dónde está Morningside? —musitó Chijioke, tratando de desatascar su rifle antes de rendirse y tomar una de las nuevas armas que le entregaba Niles.

Compartía su curiosidad, por lo que miré hacia la residencia. Dentro, vi a Dalton por un momento en la ventana de la cocina, pero enseguida se marchó, desapareció, y un sonido punzante llegó hasta nosotros por detrás de las paredes. De todos modos, eso no justificaba la tardanza del Sr. Morningside. ¿Nos había abandonado? ¿Realmente el bastardo nos había abandonado en medio de esta guerra mientras se retiraba a salvo?

Mary desactivó su escudo por un momento para descansar y recuperarse mientras Madre intentaba, en vano, reparar su pared. Algunas raíces más pequeñas comenzaron a emerger de la tierra, pero no hicieron más que hacer tropezar a los gigantes, quienes se recomponían enseguida y continuaban avanzando. Nos alcanzarían en cualquier momento.

No había nada más que pudiera hacer por Khent. Me puse de pie con dificultad y me acerqué a Poppy, sobre cuyo hombro coloqué una de mis manos temblorosas.

–Ni bien tengas sus rostros llenos de insectos enfrente, entrégalo todo.

–Estoy lista, Louisa, hace mucho que no grito y me duele tenerlo guardado –dijo, y Bartolomé se paró frente a la muchacha para protegerla, mientras lamía la sangre abundante de sus patas. El tumulto lo había cambiado, ya que nunca antes había tenido un aspecto tan real de Sabueso del Infierno, con su lomo de pelaje oscuro rígido y su hocico repleto de saliva.

Por el rabillo de mi ojo, noté a la Sra. Haylam colapsar en el suelo. Antes de poder acercarme a asistirle, un resplandor dorado nos bañó desde el horizonte. Más Adjudicadores. Los mismos o muchos más que los que habían venido antes.

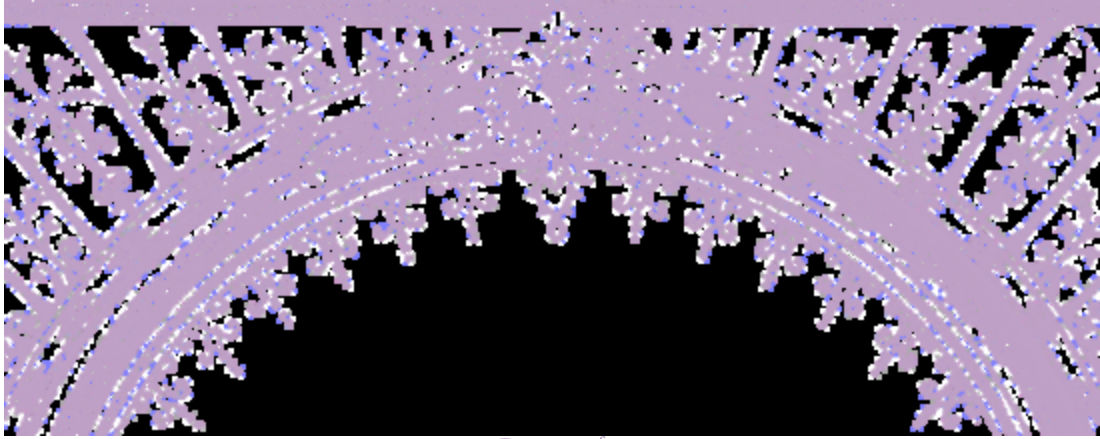
–Estrellas –gritó Mary, cubriéndose la boca–. ¡Debió haber llamado a sus seguidores de cada rincón del planeta!

–¿Te parece ahora, Louisa? –preguntó Poppy.

–Sí –le contesté, haciendo que mi corazón se estremeciera por completo–. Ahora. Hazlo ahora.

Mientras Poppy se preparaba, me marché para atender a la Sra. Haylam, confiando en que la pequeña supiera cuándo sería el momento indicado. Lucía casi orgullosa, como un soldado, y deseaba que no fuera así, que no fuera una niña obligada a participar en esta guerra, que estuviera en algún otro lugar jugando, sosteniendo a su perro y cantando, no usando su voz para causar un baño de sangre.





Capítulo
Veintidós



— **N**unca me desagradaste.

El alboroto detrás de mí hizo que sus palabras no tuvieran sentido. Me tomó un momento desenredarlas, de la misma forma que desenredaba otra tira de tela de falda para vendar su muslo. No había tiempo para actuar como ama de llaves y sirvienta ahora, nada de roles ni barreras; la Sra. Haylam mantuvo la pierna extendida sobre mi regazo mientras la envolvía con un trozo de tela grueso.

—¿Acaso la acusé de lo contrario? —le pregunté, moviendo mi cabeza de lado a lado. En el pasado, solo había visto los tatuajes en sus brazos fugazmente, cada vez que se asomaban entre sus mangas, pero ahora pude comprender que debajo de ese vestido sobrio de cuello alto, las marcas la cubrían por completo. Habiendo sufrido esa agonía en mi propia palma, no podía imaginar todo lo que debió haber soportado ella para terminar así.

—Por la forma en que me miras, jovencita. Siempre tratando de esquivar mi mirada. Nerviosa. Fui dura contigo porque sentí la astucia en tu interior. La fuerza —tosió, y un hilo de sangre comenzó a caer por su barbilla, lo cual me hizo estremecer del miedo—. Incluso desde antes de que viniera tu padre. No fui lo suficientemente dura con Henry y mira cómo terminó. Soy una de sus últimos verdaderos aliados. Él nunca fue sensible, nunca fue amable, y eso hizo que todos se alejaran. Ahora solo podríamos usar a un puñado de demonios.

—Le diré que dijo eso, sabe —bromeé, con la esperanza de que eso le levantara el ánimo.

—Hazlo. No estaré cerca para sufrir sus quejas.

–No permitiré que hable de esa forma. ¿Dónde está el Sr. Morningside? ¿Por qué no nos está ayudando? –la presioné.

–Él –*cof, cof*–, está terminando los preparativos. Pero, como siempre, llegará increíblemente tarde.

Trágicamente tarde, debía decir. Pensé más en lo que ella había dicho sobre que Henry nunca había sido sensible o amable. Pero sí lo había sido, por lo que sé, por un tiempo; con ella y Dalton al menos. Había juntado a muchos de los de mi tipo por culpa, y ahora... Me detuve por un breve momento y miré a mi alrededor, a todos nosotros luchando contra los seres del Supramundo. Luchando *por* él. ¿Y él dónde estaba? ¿Por qué estaba ausente en su propia pelea? De pronto, me sentí enfadada, furiosa, peligrosamente furiosa, tanto que sentí a Padre aparecer sobre la delgada línea que lo mantenía fuera de alcance. Estos no eran demonios como Faraday que arriesgaban su vida por la mansión de Henry y su bienestar, estos éramos *nosotros*. La injusticia cruel apareció y me pregunté si quizás esto era lo que Dalton quería que viera en su diario. Que siempre terminaría así, Henry escondido y planeando algo, mientras todos nosotros hacíamos el trabajo sucio por él.

Incluso su única y verdadera amiga estaba en el suelo desangrándose y sufriendo.

Terminé de vendarle la pierna y me senté de cuclillas, y luego volteé hacia el sonido de unos disparos. Las balas no hicieron nada contra los gigantes. La barrera de Mary se extendió nuevamente hacia afuera y nos envolvió, haciendo que el estruendo de la batalla quedara más apagado por un momento. Luego Poppy dio un paso hacia adelante, arrojó su cabeza hacia atrás, preparó sus puños y dejó salir uno de sus chillidos punzantes. El

grupo más cercano de Adjudicadores cayó al suelo con las manos sobre la cabeza en agonía y lo suficientemente distraídos como para ser blancos fáciles para nuestros tiradores. Poppy había debilitado a nuestros enemigos de manera tal que los dejó más vulnerables a las balas. Observé cómo los Nefilim caían hacia atrás, inmovilizados, pero solo por un breve momento.

Su grito, por más poderoso que fuera, no fue suficiente para cambiar el curso de la batalla.

Una vez que terminó, noté a Chijioke acercarse a consolar a Poppy, quien comenzó a llorar, decepcionada y asustada.

—¿En dónde está Morningside? —gritó Chijioke, sujetando a Poppy—. Maldición. ¡Necesitamos su ayuda!

—¿Estás preparado para verlos morir? —susurró la Sra. Haylam. De su boca comenzó a brotar más sangre—. ¿Estás lista para cargar con eso sobre tus hombros?

Los pies estruendosos de los gigantes sonaron más cerca, de un modo ensordecedor. Una lluvia de jabalinas cayó sobre la barrera de Mary y pronto comenzó a debilitarse por su cansancio. Khent no podía hacer nada, ya que no tenía más lanzas y apenas tenía un conocimiento muy básico sobre cómo usar un rifle. Suspiré y me puse de pie, sabiendo lo que debía hacer, por más que lo odiara.

—Louisa... —me suplicó Madre suavemente, pero le di la espalda.

—Deja que la muchacha haga lo que deba —dijo la Sra. Haylam—. Déjala elegir.

Respiré hondo, sentí la sangre y la pólvora a nuestro alrededor, y el temblor que avanzaba por el suelo... Sería fácil convocar a Padre. Este era su campo de batalla, su fuerza creadora. Deseaba derramar sangre y ahora, finalmente, le daría toda la que pudiera digerir. Por mi parte, ya había visto

suficiente. En mi cabeza, el alma de padre gruñía y se enfurecía más por no poder acceder a su festín.

Y, de pronto, todos los vidrios de la mansión estallaron. Parecía como si toda la mansión hubiera estallado por completo, pero solo fueron las ventanas. Me cubrí la cabeza y grité bajo una lluvia de esquirlas que, inmediatamente, se vio interrumpida por el batir de miles de alas que emergían del interior de la residencia. Era un derroche de colores y sonidos, desde el cual caían plumas que se unían a la lluvia de restos de ventanas. Mientras me quitaba algunas de estas esquirlas de mis hombros, me quedé maravillada por su velocidad y tracé su trayectoria, mientras no hacían más que borrar el cielo. Cada vez que un ave encontraba un objetivo, fuera un enemigo alado o gigante, arremetía contra este como una ráfaga de plumas plateadas. Esas gotas se fundían y formaban figuras fantasmales.

Las almas. Finalmente, había liberado al ejército de almas que había estado cosechando y almacenando dentro de estas aves.

El Sr. Morningside apareció inmediatamente después por la puerta de la cocina con una taza de té, la cual bebió de un solo trago y arrojó contra una pared cercana, estallando la porcelana en mil pedazos.

–¡Increíblemente tarde! –le grité, exasperada.

El Sr. Morningside se encogió de hombros y avanzó a toda prisa a mi lado en dirección a la Sra. Haylam para atenderla.

–Pero, *de todos modos*, increíble. ¿Aún quieres el título de la propiedad? Lo siento, pero parece que hice un desastre.

–Lo odio –dije furiosa.

–Eso está permitido –miró por detrás de su hombro, justo a tiempo para que apareciera Dalton con una bolsa pesada a su espalda, también por la

puerta abierta de la cocina—. Puedes odiarme más tarde. Parece que es hora de que te marches.

Las almas gritaron mientras recuperaban sus formas y tuve que acercarme a Henry para entender una sola palabra. Disparos. Gritos. El golpe seco de las jabalinas golpeando la barrera de Mary... Era demasiado, y acababa de alejarme de los límites del control de mi mente. Khent corrió a toda prisa para unirse a nosotros y se colocó entre el campo de batalla y yo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Márchense —dijo el Sr. Morningside—. Déjennos esta pequeña molestia a nosotros, tienen trabajo que hacer. Él tiene el libro, Louisa. Este es el momento de hacer lo que prometiste. Llévate al hombre perro, es inútil sin una luna cerca.

—Madre también viene —respondí—. Ella no está hecha para esta masacre.

La marea parecía haber estado cambiando gracias a que las aves del Sr. Morningside nos permitían ganar más terreno. Eso no borró mi preocupación por completo y odiaba la idea de tener que dejar incluso a uno de mis amigos atrás.

El Sr. Morningside suspiró y puso los ojos en blanco, y enseguida me hizo un gesto hacia Madre.

—Solo lo acepto porque parece ser completamente inútil. ¡Ahora lárguense! Los mantendremos ocupados mientras ustedes cuatro se van.

—Tan pronto —murmuré, sintiendo como si el suelo hubiera sido golpeado debajo de mí—. ¿A dónde vamos?

—Al Castillo de Helmsley. No es muy lejos. Dalton tiene las instrucciones —el Sr. Morningside me sujetó por el brazo y, no por primera vez, me pregunté si este sería nuestro último encuentro. De pronto, lucía serio,

ajeno de toda la violencia que se cernía sobre nosotros—. Y, Louisa... buena suerte. Sé que no me defraudarás.



No tuvimos tiempo para despedirnos, algo con lo que cargaría por el resto del viaje.

—No sé qué esperar —les dije a Khent y a Madre, quienes se encontraban sentados frente a mí en el carruaje. Habíamos tomado el carruaje con ramplones que Chijioke usaba en sus viajes, con Dalton en la cabina del conductor y una capa envuelta alrededor del libro que cargaba sobre sus piernas—. No pude decirles nada a Mary o Chijioke. ¡O, Dios, a Lee y a Poppy! ¿Cómo les explicaré todo esto?

—Lo entenderán —me aseguró Madre, quien se había recuperado más rápido de lo que esperaba, ya que se encontraba sentada recta y tranquila con el velo sobre su rostro. El vestido de luto parecía adecuado—. Caminas hacia lo desconocido, niña. Habrá tiempo para disculpas más tarde.

Khent, sin embargo, me acompañaba en el asiento trasero, mirando a través de la ventanilla a medida que la mansión desaparecía en la distancia. El Castillo de Helmsley no estaba muy lejos de Malton, lo cual también hacía que fuera oportuno regresar al lugar en donde todo había comenzado para encontrar un final. Malton no se parecía en nada a Constantinopla y esperaba que no fuera una especie de truco. Pero no me sorprendería en lo más mínimo si este lugar misterioso, lo desconocido, como Madre lo había llamado, tuviera muchas puertas. Después de todo, la que el Sr. Morningside había encontrado en el diario había aparecido de la nada.

—Algo está mal —dijo Khent señalando por la ventanilla con un gruñido.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

–Deberían estar persiguiéndonos. Me parece que deberían despedir a quien les organizó la estrategia. Si un carro se sale del campo de batalla, lo sigues. No importa qué tan vacío parezca, lo sigues. O son muy estúpidos o estamos yendo directo a una trampa.

–Mantente alerta –le dije–. Tengo un mal presentimiento.

Madre me miró detenidamente, mientras el carruaje nos mecía a todos por el movimiento de los caballos sobre el camino. Me desplomé sobre el asiento, exhausta, tratando de recuperar algo de la energía que necesitaría para las pruebas por venir. Fuera lo que fuera a lo que nos enfrentáramos, requeriría mucho más que solo seguir algunas instrucciones. Lo que me recordaba...

Tomé el pequeño pergamino que el Sr. Morningside nos había dado. Dalton me lo había entregado antes de que partiéramos de la mansión y me sugirió que lo memorizara. No había mucho en él y la mayoría de las cosas ya las sabía.

–Habrá acertijos –les dije–. Y tiene que haber algo distinto en mí... Morningside dijo que él no tenía permitido ingresar, pero que yo sí debería ser capaz de hacerlo. No puedo decir mucho sobre ello ahora, incluso hablar del ritual puede despertar cosas horribles para castigarte.

–*Perou huer hubesou* –musitó Khent, aún con la nariz levantada sobre la ventanilla trasera. *Más engaños.*

Pero negué con la cabeza.

–No... somos bastante diferentes entre él y yo.

–Diferente es quedarse corto.

–Tal vez... –reflexioné en voz alta, frotándome la frente–, tal vez solo las mujeres pueden entrar. O quizás solo aquellos con sangre de Hadas Oscuras

tienen permitido hacerlo. Si intentó entrar a la tumba con Dalton y Ara, entonces por eso no funcionó. Ah, no lo sé, no tiene sentido especular.

Madre se inclinó hacia adelante y me tocó la rodilla, y enseguida levantó su velo y le dio algunas palmadas al asiento que se encontraba a su lado. Me paré y me senté junto a ella, una sensación cálida y reconfortante me llenó al posar su cabeza sobre la mía.

–Lee el pergamino. Recupérate.

Lo hice, y era mucho más fácil con ella a mi lado. Su piel parecía borrar todos mis miedos, como un bálsamo para la batalla que acabábamos de atravesar y la batalla que, sin dudas, estaba por venir. Mis pensamientos se calmaron y, si bien sentía la pesadez de la masacre y de haber dejado atrás a tantos amigos, no me sentía tan desesperanzada con ella aquí.

Estiré el pergamino sobre mis rodillas y leí las breves líneas escritas por la mano excesivamente elegante del Sr. Morningside. Eran lo que esperaba: los acertijos que había descubierto, las soluciones que creía que eran correctas e incluso las palabras que había que decir para hacer aparecer la puerta. Mis ojos se posaron sobre una línea en particular que me hizo sentir una tristeza inmensa en el pecho. Ahora estaba infinitamente agradecida de haber leído el diario de Dalton en su totalidad, ya que sin este, estaría en un muy grave peligro.

El Sr. Morningside había mentido. Leí el acertijo que había escrito una y otra vez, con la esperanza de que fuera un mero error de ortografía o una equivocación. Pero no, no había forma de que hubiera escrito la solución incorrecta por error. Parecía que quería verme sufrir o fallar. O quizás simplemente era demasiado tonto como para contar y comprender que a Faraday le faltaban tres dedos. Tres. Había respondido mal todos los acertijos, lo que significaba... lo que significaba...

Una idea se afianzó en mi interior, un conjunto de nervios que solían ser blandos se tornó duro como el hierro y sabía que estaba por hacer lo que él no pudo: entrar a la Tumba de los Antiguos y contemplar todo lo que él tanto ansiaba ver y le fue negado.

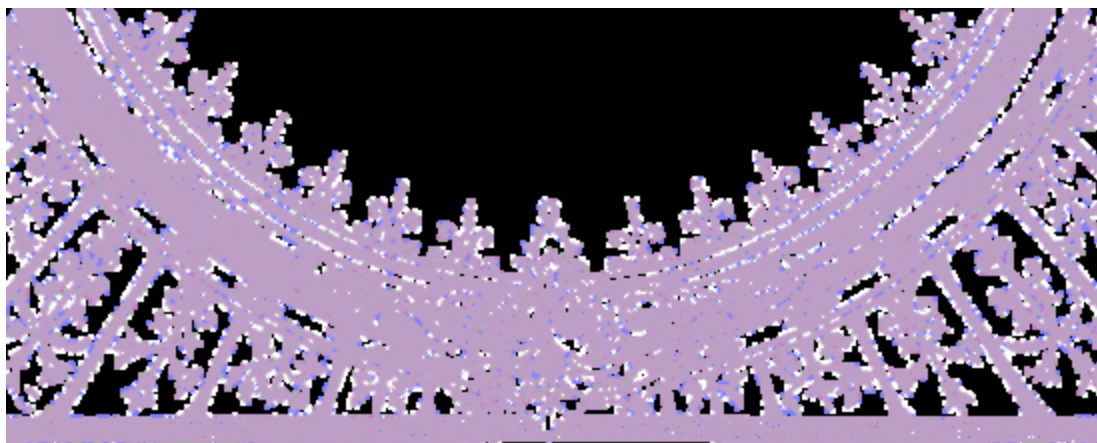
“Tengo brazos para abrazar, pero no manos. Tengo pellizcos para dar, pero no dedos. Tengo veneno para inyectar, pero no agujas”.

Los traidores traicionaron. Los mentirosos mintieron. Y el Diablo engañó. O el Sr. Morningside no era tan astuto como creía.

Escorpión no era la respuesta. Pero yo sí sabía cuál era.



Capítulo
Veintitrés



Tuz Gölü

1247 a. C.

Estaba a punto de montar mi caballo cuando oí a Ara gritar.

El perro que descansaba sobre mi túnica se movió y levantó la cabeza en dirección al sonido de su agonía. Yo también levanté la cabeza para saber de dónde provenía y, luego, sin fuerzas que me detuvieran, corrí de regreso al centro de la sal. Malatriss encabezaba una escena horrible. Ara estaba en el suelo, retorciéndose del dolor con ambas manos sobre sus ojos, mientras pateaba el suelo duro como un diamante.

—¿Qué le hiciste? —gritó Henry, desplomándose a su lado.

—Puedo verlo en su corazón, al igual que en el tuyo, Señor Oscuro —dijo la criatura con forma de leona. Unas gotas de sangre, perfectas y rojas, colgaban de la boca abierta de su extraña serpiente blanca—. Tú tienes toda la voluntad para entrar a la tumba. Pero ella, no.

—¡Eso apenas justifica que la ataques! —repliqué, casi sin aliento por haber corrido para alcanzarlos.

Malatriss, cuyos ojos destellantes y dorados se posaron sobre mí, esbozó una sonrisa y me mostró sus dientes puntiagudos y parejos, los cuales parecían tener el filo de unas dagas relucientes.

—Esto no es un juego de niños —susurró, sin borrar la sonrisa—. Por esa puerta, jugarás con naipes de carne y dados de huesos, y apostarás con sangre y tendones. Tu amigo, el demonio, lo aprendió por la fuerza. No le gustó cuando Nira le arrancó los dedos de sus manos.

La serpiente que se encontraba sobre el cuello de Malatriss movió su cabeza y se enroscó con más fuerza alrededor de su ama.

Ara alejó sus manos lo suficiente como para permitirme ver que uno de sus ojos estaba cerrado y la sangre corría por su mejilla. Nunca antes la había oído llorar de esa manera, con esa angustia tan infantil, cruda y desamparada.

—Ven conmigo, Henry —susurré, arrodillándome a su lado y tomándolo del brazo—. ¿No has visto suficiente ya? Este lugar está maldito. Ven conmigo.

—No —contestó, quitándose furiosamente las lágrimas de su rostro mientras inclinaba la cabeza hacia el ama de llaves—. No. El libro debe ser destruido. No he llegado tan lejos para nada. Quiero respuestas, ¿me oyes, desgraciada? Quiero respuestas.

—Ese también es mi deseo —susurró Malatriss, inmóvil al oírlo gritar. Se me ocurrió que probablemente muchos habían descubierto pistas para ver a los Unificadores y también hicieron este viaje, con pedidos similares. Cualquiera que hubiera encontrado los libros querría comprender su poder y saber cómo se podían hacer semejantes cosas. ¿A cuántos aventureros incompetentes había torturado y negado la entrada?—. Me alimento de las respuestas, o de la carne, según la situación. Las cosecho. Y los acertijos son las herramientas con las cuales aro el campo.

—Sí, los acertijos —dijo Henry, quien se encontraba en un estado incesante de llantos, mientras intentaba detenerlos y se secaba la boca con sus manos desesperadas—. Contestaré tus acertijos, bruja. Adelante.

Malatriss rio. Las constelaciones sobre nosotros giraron y aumentaron repentinamente, tornándose tan brillantes que dolía mirarlas.


—Audaz. Audaz y arrogante. Casi que me agradas; tu carne sabrá a orgullo —susurró Malatriss, acariciando suavemente el cuerpo de su serpiente—. Harás bien en escuchar a tu amigo. Puede que tengas voluntad, Señor Oscuro, pero este lugar no es para ti. Solo los muertos pueden ingresar, y tú tienes mucho por vivir.

Malatriss nos mostró sus dientes una vez más y, luego, como si toda la escena despreciable hubiera sido una pesadilla, nos despertamos y ella ya no estaba. La costra de sal se quebró bajo nosotros y nos hundimos en el agua poco profunda, en plena luz del día, con un sol resplandeciente sobre un cielo despejado. Pero la herida que Ara había sufrido era real y, si bien su histeria había disminuido, la de Henry, no.

—¡No! —se golpeó el pecho al pararse y giró en todas direcciones. Pasó ambas manos mojadas por su cabello y dejó salir una risita, el sonido de una profunda locura—. No... no puede ser. El libro —lo miró, sumergido en el lago de sal—. El libro... estaba tan cerca. No.

Henry no notó que yo había ayudado a Ara a ponerse de pie, ni que ella se había recostado sobre mí y había tomado el libro para llevarlo de regreso a los caballos. No notó a Bartolomé tratando de lamer su mano, el único consuelo que era capaz de recibir.



 El castillo de Helmsley, cuya torre amarillenta se elevaba sobre una pequeña colina, lucía abandonado. Alguien parecía haber cuidado el terreno, pero no se oían granjeros ni habitantes de Malton por los alrededores. La grama estaba resbaladiza por la lluvia y, a medida que nos acercábamos a la estructura, no pude evitar notar los huecos en la parte trasera de la cabeza de Dalton.

La ruina medieval se elevaba sobre nosotros con una sola fachada en pie, mientras que el resto ya llevaba mucho tiempo derrumbado, lo cual la hacía ver, con el reflejo, más como una puerta.

—¿Por qué no nos siguieron? —pregunté. Khent y Madre se pararon a mi lado y sentí que también miraban a Dalton—. Parece tonto simplemente dejarnos ir.

—Henry me dijo que crearía una distracción —dijo Dalton, deteniéndose. Colocó un pie sobre un pequeño montículo de tierra y giró, descansando sus manos sobre su pierna levantada. La tela que cubría sus ojos estaba húmeda con sudor—. Él tenía que hacerlo, o nunca habría podido ir a un Ajusticiamiento y robado el libro.

—Ajusticiamiento —repetí—. ¿Ahí es adonde llevan a las personas para ser juzgadas? Sparrow me llevó a ese lugar una vez. ¿Es una especie de reino?

—Sí. Pero es solo accesible para nosotros. Tú pudiste verlo porque Sparrow te obligó a hacerlo.

—¿Fue difícil tomar el libro? —pregunté. No estaba diciendo mucho y eso me hacía sentir aún más nerviosa. Ahora sabía que el Sr. Morningside estaba intentando sabotearme, ya fuera sin darse cuenta o intencionalmente; no necesitaba que su viejo amante hiciera lo mismo.

—Para serte franco... —suspiró, Dalton negó con la cabeza y comenzó a subir la colina—. Nadie lo vigilaba. No había nadie.

–Bueno, *eso* no es para nada sospechoso –dijo Khent apresurando el paso y pasándonos a Dalton y a mí a toda prisa hacia adelante. No iba a dejar que llegara primero a las ruinas, por lo que comencé a correr para alcanzarlo, esperando que Madre hiciera lo mismo.

–¡Esperen! –me las arreglé para maniobrar alrededor de los dos hombres. Me detuve y coloqué las manos sobre mis rodillas, aún débil y sin aliento por haber usado mis poderes hacía tan poco–. Quiero confiar en ti, Dalton, pero ¿por qué haces esto? Aniquilarás a tu propia gente y ¿por qué motivo?

Se cruzó de brazos y levantó la barbilla hacia el viento, dejando que este meciera su cabello y la tela sobre sus ojos. Respiró profundo y exhaló por la nariz.

–Extrañaré este lugar, pero estoy cansado. Cansado de esta pelea, de esta guerra. Estoy cansado de Henry. Piensa que, con destruirnos, obtendrá su venganza, pero no es así.

Esperé en silencio y le lancé una mirada seria a Khent para que se quedara callado.

–No habrá nadie a quién culpar cuando yo ya no esté –agregó Dalton, más para sí mismo que para nosotros–. Bien, ¿cómo era? Ah, sí: “Disfruté también de lo que se llama la dulce venganza, pero fue algo transitorio, expiraba incluso con el objeto que la provocaba”.

Al terminar de decir eso, siguió caminando por el prado hacia las ruinas del castillo, mientras el viento de la colina sacudía su vestimenta. Lo seguí, pero Khent vaciló y me vi obligada a empujarlo para que avanzara.

–Ningún hombre tan melancólico tiene la traición en su mente. Andando –le dije suavemente–. No tenía razón para traer el libro. No tenía

razón para regresar del Ajusticiamiento.

Hicimos una procesión silenciosa hacia las ruinas. Pasamos la puerta y nos adentramos en el área fría y oscura que yacía detrás de esta, la cual casi se sentía como un patio, ya que no había paredes altas que la rodearan. Madre se sentó en uno de los escombros y miró hacia la altura del frente del castillo. Había memorizado el pergamino que el Sr. Morningside me había dado y sabía cómo debía proceder; mi única duda era si decirle o no a Dalton sobre el engaño de su amigo. O el error.

Párate en el centro de la puerta, avanza veinte pasos, luego voltea y di las palabras.

Esas eran las instrucciones del diario, y las seguí al pie de la letra, aguantando la respiración durante todo el proceso, mientras mi corazón se aceleraba con cada paso que daba. Khent permaneció quieto a un lado, alerta, siguiéndome con sus ojos púrpuras con tanta intensidad que me hacía sentir una presión física sobre mi mejilla. Dalton, sin embargo, lucía relajado, o quizás resignado, con las manos guardadas en los bolsillos mientras contemplaba las ruinas.

Cuando di los veinte pasos, me detuve y giré en dirección a la puerta. Si bien sabía lo que debía hacer a continuación, me sentía como si estuviera a punto de saltar de un acantilado con la esperanza de encontrar agua por debajo, aunque con la fuerte sensación de que solo podría encontrarme con rocas. Dalton se acercó en silencio y me entregó la bolsa que cargaba a su espalda. Era increíblemente pesada y, al quitar la tela que lo cubría, revelé el libro blanco que resplandecía en su interior.

–No lo toques –me advirtió con una suave sonrisa–. Te quemará.

–Ya tengo algo de experiencia con eso –contesté–. Comenzaré ahora.

Asintió.

–¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? Aún hay tiempo –dije.

–Necesitas deshacerte de Padre, y Henry necesita deshacerse de mí. Asumo que todo encaja. Ya verás.

No lo vi, pero decidí confiar en él y tomé la bolsa dando un último respiro, repitiéndome a mí misma que podría enfrentar las pruebas, repitiéndome que podría lograr lo que el Sr. Morningside no pudo.

–Tengo voluntad.

El efecto fue instantáneo. La noche cayó y el cielo se encendió con miles de constelaciones resplandecientes; lagartos y serpientes, carneros y arañas, ciervos y conejos. La luna apareció como un faro blanco que parecía estar lo suficientemente cerca como para tocarlo. Luego la rampa apareció por delante y se abrió paso hacia abajo de la tierra con la puerta negra cuadrada justo por debajo de la puerta del castillo. Tal como el diario lo había descrito, Malatriss emergió al poco tiempo por la rampa con la expresión de pesadez de alguien que está envuelto en una monotonía aburrida. Con ese rostro, podría haber sido alguien que estaba alimentando a las gallinas o yendo a comprar algo de pan.

Pero Dalton había fallado al describir su belleza, o la forma en la que las nuevas constelaciones se reflejaban en sus ojos felinos. De hecho, lo estudió a él primero y esbozó una sonrisa, como si se hubiera encontrado con un viejo amigo perdido en el tiempo. Pero yo había sido quien la convocó, por lo que rápidamente volteó hacia mí. Madre y Khent avanzaron a mi lado con una mirada protectora.

–Yo soy Malatriss –dijo, haciendo una leve reverencia con su cabeza–. Quien...

–Abre la Puerta –interrumpí–. Sí, sí, ¿podemos avanzar rápido? Tenemos algo de prisa.

Eso la desconcertó, lo cual, honestamente, se sintió bien, y esbozó otra inmensa sonrisa, seguida de una risa.

–Eres impaciente –dijo, lamiéndose los dientes–. Y tienes voluntad. ¿Y el resto? –preguntó.

Miré a Khent abrir la boca para responder, pero fue Madre quien se paró frente a él y lo alejó. Su sonrisa era idéntica a la de Malatriss, aunque contenía mucho menos desprecio.

–Tengo voluntad.

Mis ojos siguieron a la horrible serpiente blanca que se movía en círculos lentos sobre los hombros de Malatriss. Tenía la misma boca inmensa y abierta que los dedos del Unificador.

Malatriss cerró sus ojos y la sonrisa se desvaneció, lo cual me hizo estar segura de que, por un momento, habíamos hecho algo mal. Madre no tenía voluntad, o quizás *yo* no la tenía. Pero luego la guardiana de la puerta abrió los ojos, olfateó el aire y asintió, satisfecha.

–Dos corazones con voluntad. Dos corazones que han conocido la muerte.

Entonces, eso era lo que había evitado que el Sr. Morningside ingresara a la tumba. Hacía poco, yo había muerto, al menos por tiempo suficiente como para que el alma de Padre se adhiriera a mi cuerpo, y Madre también había sido drenada hasta la muerte durante el ritual que la unificó con la araña. Levanté la vista y noté sus ocho ojos rosas mirando directo hacia adelante, lo cual me hizo preguntar si ella lo sabía o si simplemente quería

acompañarme para enfrentar los desafíos que nos esperaban adelante. Fuera cual fuera la explicación, me tomó de la mano y me sentí mejor.

–Corazones voluntariosos. Corazones inmortales. Pero ¿son astutos? –sopesó Malatriss–. ¿Qué cae, pero nunca rompe? ¿Y qué rompe, pero nunca cae?

–La noche y el día –contesté enseguida.

Malatriss ladeó su cabeza con cierto rastro de irritación sobre su párpado derecho.

–Mis hojas no cambian, solo pasan, ¿qué soy?

Ese era el acertijo que el Sr. Morningside nunca había logrado resolver. En las instrucciones me había escrito explícitamente que habría un acertijo que debía resolver por mi cuenta. Pero la solución me pareció relativamente obvia, dado el peso atroz que llevaba en mi espalda.

–Un libro –respondí.

Malatriss meció su cabeza al igual que la serpiente y luego cruzó sus brazos frente a ella; las otras cuatro manos permanecían juntas detrás de su espalda. Las perlas de su collar destellaron levemente, y luego me hizo la pregunta final. Tragué saliva, más nerviosa por esto que por el acertijo desconocido. La respuesta que me había dado el Sr. Morningside estaba mal, estaba segura de ello, pero no estaba para nada convencida de tener la correcta. O tal vez había estado confiada, pero ahora, frente a esa pequeña anguila hambrienta que se mecía alrededor de su cuello, ansiaba muy fervientemente tener la respuesta correcta y conservar mis dedos.

Con otra sonrisa viciosa, Malatriss enunció la prueba final.

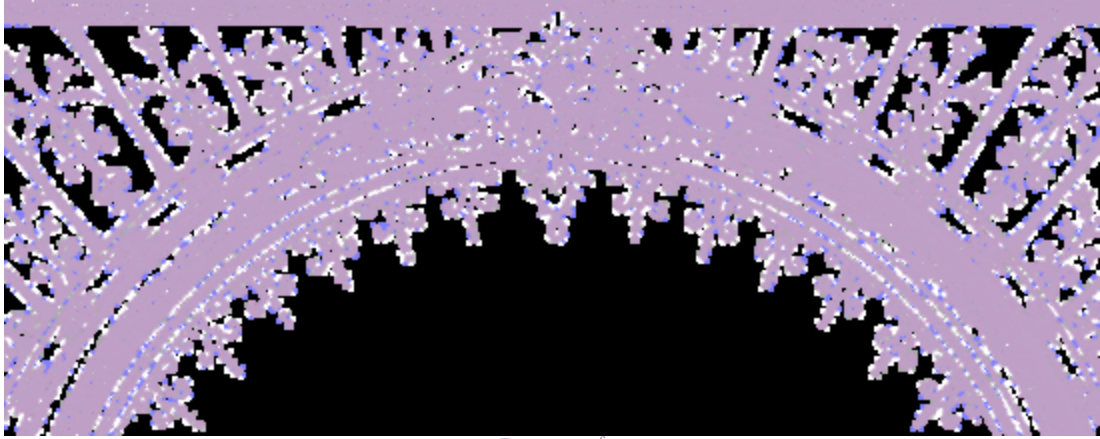
–Tengo brazos para abrazar, pero no manos. Tengo pellizcos para dar, pero no dedos. Tengo veneno para inyectar, pero no agujas. ¿Qué soy?

No pude evitarlo; miré a Dalton, quien había abandonado su postura casual y me miraba con las uñas entre sus dientes. Sus ojos estaban escondidos, claro, pero conocía todos sus pensamientos, todas sus oraciones por mí. El demonio Focalor había fallado y Henry nunca había tenido esta oportunidad, pero aun así reuní coraje para creer en mis propios instintos.

Pero no era yo quien sabía la palabra para referirse a una criatura antigua con cuerpo de escorpión y torso y cabeza de humano, sino Padre. Sabía el idioma antiguo de Khent, de Ara, de cada árbol e insecto y hombre. Ningún idioma se le escapaba. Me sacudí, temiendo por lo que podía ocurrir si usaba su conocimiento, pero no estaba preparada para perder mis dedos.

–*Girtablilû* –mi voz resonó por todo el lugar y, con ella, todas mis esperanzas se desvanecieron.





Capítulo
Veinticuatro





ada centímetro de mi cuerpo se congeló del miedo. Miré a la serpiente y noté sus ansias de atacar. Madre me sujetó de la mano con fuerza, pero luego la relajó, y Malatriss me miró como si me viera diferente.

–Corazones voluntariosos. Corazones inmortales... –extendió sus seis manos doradas hacia nosotros–. Corazones astutos. Han pasado la primera prueba, pero muchas más las esperan dentro. Yo personalmente estaré interesada en ver cómo te va, pequeñita. La puerta está abierta para ti; lo único que queda es que la cruces.

Una ráfaga de viento fría y dura sopló entre las ruinas y, unos segundos más tarde, oí el batir de unas alas. Malatriss había comenzado a descender por la rampa, pero ya no estábamos solos en el castillo. Volteé con las manos sobre las correas de la bolsa y me encontré con el pastor, acompañado por Pinzón, lo cual probaba la sospecha de Khent de que notaron nuestra ausencia.

–Atraviesa esa puerta si es lo que debes hacer, niña –dijo el pastor, cojeando hacia mí con un bastón y encontrándome con facilidad a pesar de sus ojos ciegos–. Pero nunca te llevarás ese libro contigo.

Pinzón avanzó a toda prisa hacia mí mientras el resplandor dorado de su cuerpo se desvanecía al retomar su forma humana. No logró alcanzarme, ya que Khent se paró frente a mí y comenzó a gruñir.

–Louisa, por favor –suplicó Pinzón con sus enormes ojos castaños, llenos de lágrimas, por detrás de un hombro de Khent–. No sabes lo que estás

haciendo. Éramos amigos y, a pesar de las diferencias, siempre fuiste amable conmigo. ¿Quieres vernos muertos?

–Hay mucho más en juego –le dije–. Lo siento, es demasiado tarde, nada me hará cambiar de parecer.

–¿Cómo nos encontraron? –preguntó Dalton, parándose a un lado de Khent, lo que me permitió aprovechar el momento para alejarme lentamente, consciente de que pronto tendría que correr a toda velocidad.

–Ah, hermano, puedo sentir tu presencia. Siempre puedo hacerlo. Puede que nos hayas abandonado, pero eso no significa que nuestra conexión se haya roto –respondió Pinzón, sacudiendo su cabeza de cabello oscuro con la mirada perdida, llena de disgusto–. Sabía que habías cambiado, pero ¿llevarte el libro? ¿Trabajar para él?

Sentimientos de culpa y duda aparecieron en los bordes de mi mente, pero no por mucho. La presión punzante de un dolor de cabeza amenazaba con asentarse en mi frente, por lo que respiré hondo, casi derribada por el dolor. Algunas veces podía sentir la influencia de Padre apareciendo gradualmente, pero esta vez lo hizo con la rapidez de una tormenta eléctrica en verano. Padre había sentido la proximidad del pastor y se abrió paso en mi mente hasta que yo pude oír sus palabras a mi alrededor.

Déjame enfrentarlo, déjame desgarrarlo con mis dientes y garras.

Las manos de Madre se posaron sobre mis hombros, insistiéndome en que me alejara de la discusión. Avanzamos con dificultad por la rampa mientras algunos fragmentos de gritos atravesaban la neblina sangrienta que poco a poco rellenaba mi mente.

–No es por mí –decía Dalton–. Es por todos. Ustedes los tienen acorralados, enviaron a toda su gente a atacar solo a un puñado de *niños*.

Esto no es una guerra, es otra masacre. Henry liberó a las almas y con eso gastó todas sus fuerzas. ¿Qué más quieren?

–¡Vivir, hermano! Y castigarte por asesinar a mi hermana.

Pero fui yo.

Más discusiones y más risas oscuras emergieron de los recovecos corruptos de mi mente. El suelo se inclinó y dejé que Madre me guiara hacia abajo por la rampa.

–¡No dejaré que se lo lleve! –gritó Pinzón, borrando todo rasgo civilizado, hasta sentir el choque de hierro–. Nos abandonaste, hermano. Has descendido. No disfrutaré derrotarte, pero no hay dudas de que te *derrotaré*. ¡Louisa! ¡Louisa, por favor! Se está escapando... No les haremos nada a tus amigos, Louisa, pero solo si nos escuchas. ¡Escucha a la razón!

Están débiles, solos. Terminemos con esto, hija, venguémonos.

Presioné mis dientes. *No. Ahora no. No cuando estamos tan cerca...*

–Khent –logré susurrar–. La luna...

–La veo. ¡Ve, *eyachou*, ve! No los dejaremos avanzar.

Y me desplomé con fuerza sobre Madre, jadeando. Estaba mal irse, abandonarlos de esa forma, dejar que otros pelearan mis batallas. Pero, aun así, temía por lo que pudiera ocurrir si me quedaba, si Padre emergía y me usaba para su antigua venganza. Parpadeé con fuerza y me concentré en la presencia de Madre con la esperanza de que, si permanecía cerca de ella, la influencia de Padre se desvanecería. Lo hizo, pero solo un poco, lo cual me dio tiempo para abrir los ojos y ver a Khent con una expresión de preocupación en su rostro. ¿Cómo podía irme? Cientos de posibilidades aparecieron delante de mis ojos, pero ninguna lucía alentadora. ¿Qué tal si salía de la tumba y me encontraba con Khent muerto? ¿Qué tal si hubiera

tenido la posibilidad de pedir clemencia y encontrar una forma de salvarnos a todos? Y pensé en todos aquellos que estaban muriendo y desangrándose por nosotros en la Coldthistle House, ¿qué tal si todo habría sido en vano?

–Ve –repitió Khent, presionando su mano entre mis hombros–, y toma mi coraje cuando lo hagas.

Dalton emanó un resplandor dorado por detrás y empuñó un báculo con espadas en ambos extremos. Ardía como fuego y, entre las llamas, pude ver al pastor avanzando hacia nosotras con una expresión de ira que había borrado toda su bondad. Cuando Khent se alejó de mí noté los primeros rastros de tensión en la piel por debajo de sus brazos y un pelaje gris comenzó a crecerle en el cuello, a medida que absorbía su poder de la luna y se preparaba para defendernos. Malatriss ya estaba casi en la puerta. Era hora de irnos, hora de cargar el peso del libro por la rampa hacia la tumba que yacía al otro lado.

Incluso con Madre a mi lado, sentía un cosquilleo frío deslizarse por mi cuerpo. Después de todo, estábamos entrando a una tumba, donde un susurro de temor me recordó que solo los muertos pertenecían a esos lugares. Corazones voluntariosos. Corazones astutos. Corazones *inmortales*.

Que Dios me ayudara, porque ya no me sentía tan inmortal.



Sorprendida y aliviada, atravesé la puerta y me adentré en mi sueño. Aunque esta vez no era un sueño, sino el lugar real. Otro reino. Ya había conocido el reino de un Unificador, pero este era algo completamente distinto, ya que no era un vacío de sombras impenetrables, sino una visión increíble de otro mundo que ningún simple mortal podía ver. Me detuve

enseguida, admirando el interminable corredor de cristal donde las estrellas y la noche se elevaban en un túnel sin paredes con constelaciones que giraban lentamente a su alrededor. Y allí estaba yo. Quizás no era una simple mortal, sino la portadora de un dios que aún se sentía una mucama.

–Ya... ya he estado aquí antes –susurré.

Malatriss siguió caminando por el corredor con su paso lento y firme.

–Muchos sueñan con el Salón de Dioses y Cristal. Pocos lo ven con sus propios ojos.

–¿Cuántos vinieron antes? –murmuré. Al menos, parecíamos haber encontrado algo que sorprendió a Madre, quien también movía sus ojos en todas direcciones, mientras extendía sus manos hacia una pared que no existía. De todas formas, sus dedos tocaron algo sólido, incluso aunque no se pudiera ver.

–Akantha, la Oculta; Rómulo, el Fundador; Miigwan; Hereward; Valens; Nochtli, la Espinada; Ying Yue; Owain... –dijo Malatriss, quien había juntado el segundo y tercer par de brazos nuevamente por detrás de sus hombros y nos hacía una seña con su mano derecha. La serpiente que se encontraba alrededor de su cuerpo parecía estar durmiendo–. Y ahora sus nombres serán agregados a esa lista.

–¿Y cuántos de ellos salieron con vida de la tumba? –pregunté. El corredor era interminable, pero Malatriss continuaba avanzando, mientras más constelaciones cobraban vida por encima y por debajo de nosotras.

–Ah –contestó con tranquilidad–. Ninguno.

La seguimos a casi tres metros por detrás y ya comenzaba a sentir el cansancio de cargar con el libro blanco. Era más pesado de lo que hubiera imaginado, lo cual me hacía doler la espalda. Madre avanzó a mi lado, sin el velo sobre su rostro, y posó una mano sobre mi hombro.

–¿Quieres que lo lleve? –preguntó.

–No, creo que debo ser yo quien lo haga. Todo este desastre miserable es mi culpa –contesté–. ¿Crees que esto es lo que el Sr. Morningside quería? ¿Atraparnos aquí para siempre?

Consideró la pregunta con los labios presionados y luego miró a Malatriss.

–De seguro, haría su vida mucho más fácil, ¿verdad? Si destruimos el libro, habrá solucionado el problema del pastor y, si nunca salimos de este lugar, entonces tiene a toda Inglaterra para sí mismo –pensé en las instrucciones y la palabra *escorpión* apareció en mi mente como si estuviera escrita con fuego–. Me dio la solución incorrecta a uno de los acertijos, Madre. No creo que realmente supiera a lo que nos estaba enviando. Debió haber sospechado que aquí sería el lugar en donde encontraríamos nuestro fin.

Mi corazón se hundió. Nunca antes había confiado en él, pero había deseado que al menos mis condiciones hubieran sido lo suficientemente justas como para tentarlo a ser decente. Pero hasta eso lo superaba. Lo había ayudado a luchar contra el pastor, contra Padre, ¿para qué? Ahora nos había atrapado en la Tumba de los Antiguos, un lugar del que nadie había salido con vida. ¿Sabía eso también?

–Tenemos que salir de aquí –murmuré–. Aunque sea para arrojar esto en su horrible rostro.

–El Señor Oscuro ya te ha mostrado bondad antes, ¿cierto? Quizás aquí haya más y no la podemos ver.

Su optimismo profundizaba mi desesperación. Madre era antigua y sabia, pero yo conocía al Sr. Morningside desde hacía mucho tiempo como

para saber que siempre tenía motivos egoístas. Había guiado a Dalton y a la Sra. Haylam hacia la entrada de la tumba una vez y estaba dispuesto a hacerlos correr el peor de los peligros para su propio propósito. Si así era cómo trataba a sus amigos, ¿qué estaría dispuesto a hacerme a mí?

El corredor se extendía interminablemente, pero no podía concentrarme en su belleza. Una sensación de pánico comenzó a presionarme el pecho. Miré hacia atrás, pero no había ninguna puerta. *Coraje*. Habría pruebas por venir y la promesa de la muerte, pero necesitaba encontrar una manera de tomar esa bola enmarañada de pánico y transformarla en determinación. Después de todo, era una Sustituta, semejante proeza debía ser posible. Pero por sobre todas las cosas, quería ver a Mary, Khent, Chijioke, Lee y Poppy de nuevo. Y quería respuestas, respuestas reales, del Sr. Morningside. Las obtendría, y no importaba lo que tuviera que soportar.

Tan típico del Sr. Morningside.

Noté una pendiente gradual en el suelo, un descenso que se tornaba cada vez más escarpado a medida que avanzábamos. El Salón de Dioses y Cristal carecía totalmente de olor. Ni siquiera el polvo tocaba este lugar.

—¿En dónde estamos? —le pregunté a Malatriss mientras caminábamos—. Evidentemente, no en Yorkshire.

Oí el entusiasmo en su voz a medida que descendíamos cada vez más hacia las profundidades de la tumba.

—En ningún lugar, suspendidas en el tiempo. No existe una descripción que pueda ofrecerte que te diga con exactitud *dónde* estamos. Simplemente, estamos aquí.

—Pero ¿es posible regresar? —la presioné—. Si pasamos las pruebas, quiero decir.

–Es posible. Difícil. Pero posible.

El corredor giró y tomó una curva que continuaba avanzando hacia abajo. Por arriba, abajo y a todo nuestro alrededor las constelaciones comenzaron a desvanecerse, lo cual generaba que el túnel se sumiera en una oscuridad densa, hasta que de pronto, ladrillo por ladrillo, un revestimiento amarillo ocupó su lugar. Una alfombra apareció por debajo de nuestros pies, angosta y azul, y se extendía sobre ese mismo suelo de ladrillos ornamentales. Este lugar *sí* tenía olor. Y lo conocía muy bien, por lo que lo saboreé con profundidad. Esa esencia reconfortante a pergamino, tinta vieja y cuero me recordaba a la tienda de Cadwallader. Libros. Por supuesto. Habíamos ingresado a una especie de biblioteca, aunque esta parecía interminable. En lugar de libros sobre estantes a lo largo de las paredes, había innumerables exhibidores de cristal.

Aminoré la marcha y giré hacia la derecha para acercarme a uno de los exhibidores. No, no eran exhibidores, sino sarcófagos. Un cuerpo yacía suspendido en su interior con los ojos cerrados, flotando en un aparente sueño. Era una mujer de tez oscura, completamente hermosa con cabello largo y alas con plumas en lugar de brazos. El siguiente exhibidor albergaba a un hombre tan ancho y muscular que parecía estar a punto de estallar dentro de los confines del cristal destellante.

Mi mano acarició el cristal, pero la figura en el interior no se despertó.

–¿Quiénes son? –pregunté en voz baja. Madre miró mi mano y luego al hombre sepultado al otro lado, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

–Dioses –contestó ella, en lugar de Malatriss–. Antiguos. Aquellos que vinieron antes y fueron obligados a rendirse.

–Algunos aún no se han convertido totalmente –agregó Malatriss–. Muchos decidieron regresar aquí a dormir.

–Aquí... aquí es donde nací –dijo Madre caminando hacia una tumba vacía, sobre la cual colocó sus palmas abiertas. Había otros exhibidores como el suyo, abandonados o esperando ser rellenados–. Tengo recuerdos de este lugar. Yo también soñé con esto.

–Es por eso que yo podía verlo –expliqué–. Porque Padre lo recuerda.

La biblioteca, rectangular, pero con un techo tan alto que simplemente era oscuridad, era interminable y, quizás, se extendía hasta la eternidad. Este lugar, como ella había dicho, existía fuera del tiempo.

Me sentía obligada a susurrar, como si tuviera miedo de molestar el sueño de alguno de los tantos soñadores. Madre comenzó a llorar, por lo que me acerqué a su lado, ignorando el dolor que me causaba cargar el libro, y coloqué un brazo alrededor de su cintura para reconfortarla.

–Lo siento –le dije–. No debería haberte traído a este lugar.

–No –contestó, sonriendo entre las lágrimas–. Es hermoso verlo de nuevo.

–Cuando terminen, pueden acercarse al Unificador –anunció Malatriss, alejándose de nosotras mientras acariciaba su serpiente–. El tiempo carece de sentido aquí y no tengo ningún apuro por verlas morir. Si lograron llegar hasta aquí, merecen admirar el esplendor de la tumba.

Y eso hice. Caminé por la interminable línea de ataúdes para ver a los dioses y diosas que yacían en su interior, todos distintos excepto por la misma expresión pacífica y vacía que compartían. Madre se quedó recostada sobre su propio exhibidor vacío y mi curiosidad emergió cuando toqué algo quebradizo en el suelo con el pie. Huesos. Había pisado directamente un

esqueleto, haciendo que sus brazos se convirtieran en nada más que polvo bajo mi pie.

–Pero... creí que debías ser inmortal para entrar –susurré, alejándome aterrada. No era mi intención profanar a los muertos, ya que las cuencas oculares del cráneo me miraban de un modo acusador–. O haber conocido a la muerte y regresado...

–Hay muchas formas de saborear la muerte –contestó Malatriss–. Ustedes son los primeros dos seres inmortales en ingresar a la tumba.

Los huesos me habían hecho estremecer, por lo que regresé con Madre y cargué la bolsa sobre mis hombros antes de girar hacia Malatriss.

–Madre, sé que todo esto es demasiado para ti, pero debo apresurarme. Mis amigos están en peligro.

–Claro –dijo Madre, presionando su frente contra el sarcófago de cristal–. Claro. Adelante, veamos a este Unificador.

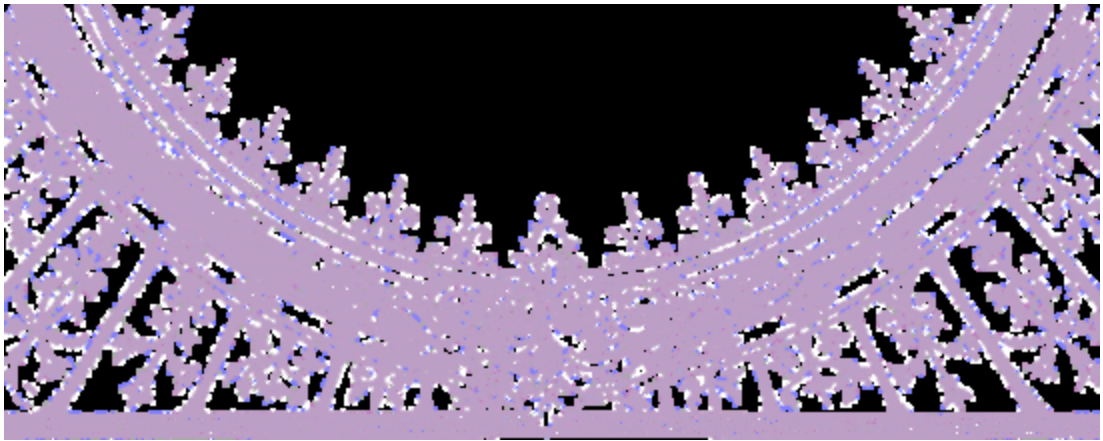
Regresé a Malatriss con un nudo en la garganta. Este era el momento en el que necesitaría de todo mi coraje. Ya había conocido a un Unificador antes, por lo que ahora cada centímetro de mi cuerpo se estremecía ante la idea de ver a otro. Aquella cosa no me había traído más que dolor y tormentos, pero también me había devuelto a Madre. Y mi propósito en la tumba no era admirar a todos los dioses existentes o aquellos que podrían serlo en el futuro, sino destruir el libro blanco y acceder al ritual que arrancaría a Padre de mí de una vez por todas.

–Dime, entonces –me dirigí a Malatriss, con gran inquietud, pero también sumamente apresurada, ya que el tiempo podría no tener sentido en este lugar, pero indudablemente sí lo tenía en Yorkshire. Sus ojos felinos se llenaron de entusiasmo–. Dime cómo prosigo. Me desharé del libro blanco y me marcharé de este lugar.

–El Unificador viene –susurró, esbozando una sonrisa demoníaca–. La desunificación comienza. Pedirás un beneficio y él tomará dos de ti. Pedirás dos favores y él requerirá tres. Elige tus palabras con cuidado, pequeña. Aquí todo tiene un precio.



Capítulo
Veinticinco





Una vez, traviesa como de costumbre en mi vieja escuela de Pitney, me había escabullido de la cama para disfrutar el placer de una noche en soledad. Estar en un internado significaba soportar ruidos constantes. Incluso cuando las velas estaban apagadas y debíamos ir a la cama, siempre había alguien que roncaba o tosía toda la noche y yo, siempre una persona de sueño ligero, tendría que pasar otro rato sin descanso contando los días para que terminaran las clases y recibiéramos un breve respiro. Lo que no quería decir que alguien me visitara o tuviera permitido irme; mis abuelos no querían saber nada de mí, ya que solo me veían como un ave con un ala rota que nunca sanó. Pero esa ala,

naturalmente, representaba mi naturaleza rebelde, mis ojos oscuros y mi costumbre molesta de decir todo lo que pensaba sin filtro alguno.

De todas formas, cuando esos días llegaban, pasaba todas mis horas fuera del control de la institución escondida en un árbol con un libro, mientras le arrojaba rocas a alguna ardilla con mi única amiga, Jenny. Su familia nunca la visitaba y tampoco la invitaba a su casa, ya que su padre era una persona adicta a desperdiciar todo su dinero en las apuestas y su madre siempre estaba en cama con alguna enfermedad real o inventada.

Y así, desesperada por esos días más simples, pero sabiendo que estaban muy lejos en el pasado, esa noche me escabullí en puntillas de pie por el frente de la puerta de las maestras mientras dormían, y avancé por los corredores cubiertos con alfombras desgastadas, por las escaleras y hacia el lado izquierdo de la galería del segundo piso en dirección a la biblioteca. Al parecer, nadie pensó que sería buena idea vigilar la biblioteca, dado que los centinelas adormecidos que vigilaban la puerta de los cuartos ya eran considerados guardia suficiente. El piso de madera de la biblioteca se sentía helado bajo mis pies descalzos. Francine Musgrove, la persona, en ese entonces, que consideraba el peor ser humano en toda Inglaterra, me había robado los calcetines y los había escondido en el orinal. Nada, ni siquiera no sentir frío, era lo suficientemente importante como para que metiera la mano en una cubeta con orina ajena.

Los libros, sin embargo, los hermosos, hermosos libros y el silencio ahuyentaron al miserable frío. Encontré un rincón cerca de la ventana para leer bajo la luz de la luna, y me daba pellizcos para mantenerme despierta; no fuera que me encontraran dormida la mañana siguiente.

Y ahora me encontraba parada una vez más en una biblioteca oscura y se sentía extrañamente igual; frío, solitario, travieso, como elegir estar en un

lugar al que no pertenecía.

Dios, pensé, cegada por un momento a medida que las luces de la Tumba de los Antiguos se apagaban, *¿qué pensaría Jenny de mí ahora?* Mi gran adversaria ya no era Francine Musgrove y su afición por robar mi ropa; ahora mis adversarios eran dioses, criaturas de la mitología antigua, espíritus vengativos y cosas incuestionablemente malvadas que descendían del techo. Me estremecí del miedo al comprender que habían estado flotando en la oscuridad todo este tiempo, observándonos. Esperando.

Ni siquiera Francine Musgrove merecía enfrentarse a esto.

Instintivamente, busqué la mano de Madre, quien miró con ojos entrecerrados al Unificador que se acercaba a nosotras. Los finos cabellos púrpuras de sus brazos se erizaron y susurró algo, una oración, en una lengua mucho más antigua que la mía. La verdadera lengua de las Hadas Oscuras.

El Unificador no lucía para nada como el último. De hecho, era difícil siquiera considerarlo algo concreto, en absoluto, ya que era, principalmente, un rejunte de brazos que colgaban de cuerdas relucientes. Pero no necesitaba acercarme para notar que esas cuerdas tenían vida y parecían más tendones que un simple cordel. Las manos en los extremos de esos brazos, quizás treinta en total, llevaban plumas y tinteros, papel secante y bolsitas de arena, cera, marcas de hierro y numerosos frascos con líquidos coloridos, la mayoría demasiado espesos para ser tinta. Una mano jugaba con un par de dados, uno rojo y otro negro, cada uno con manchas y símbolos extraños tallados.

Y en el centro de este despliegue pálido de carne colgaba una cabeza demasiado grande sobre un torso marchito y blanco. El Unificador no tenía

piernas y tampoco género; lucía bulboso y suave, del color y calidad de un huevo. Su cuerpo extraño y circular flotaba entre los brazos sueltos, asemejándose vagamente a un insecto con muchas patas, aunque desafiaba esa comparación, ya que su “cuerpo” tenía como mínimo el tamaño de una carreta.

La única semejanza que tenía con el otro Unificador eran sus fosas nasales diminutas y su boca inestable, la cual colgaba y se mecía mientras flotaba por arriba nuestro.

—Esta lleva dos de mis creaciones —su voz me recordaba a la de un trabajador que bebía en el callejón afuera de mi hogar de la infancia. Alegre, nasal y agradable. Pero luego me enteré que había apuñalado a su esposa en uno de sus ataques de ebriedad, por lo que quizás no era tan agradable después de todo.

—El libro blanco —me recordé con una sensación latente de miedo en el pecho—. Yo... vengo a destruirlo —tomé la bolsa de mis hombros y lo dejé caer de su interior. Malatriss apareció entre la oscuridad y lo levantó, y enseguida se lo alcanzó al Unificador.

El rostro del Unificador se inclinó hacia mí, tan cerca que me quitó el aliento. Exhalé, cerré los ojos y me obligué a abrirlos lentamente. Su boca suelta masticaba mientras pasaba saliva de una mejilla a otra y me estudiaba de cerca.

—Una marca sobre su mano. La marca de un Unificador —susurró.

—Sí. Yo... me encontré con uno de los Ocho, el que unifica almas.

—Entonces, esta ha conocido a Seis. Yo soy Siete —se alejó de mí gradualmente y uno de sus brazos cayó desde uno de sus tendones para tomar el libro blanco de la bolsa. Luego me miró nuevamente—. ¿Y qué hay del libro en el interior de esta? ¿Qué hay que hacer?

Retorciendo mis manos, miré a Madre, quien asintió sutilmente.

–Eres su portadora, Louisa, es tu deber hacer lo que creas correcto. No sería yo si impusiera mi voluntad.

–Pero también es parte de ti –dije–. Es la única razón por la que me transfirieron el alma de Padre, para evitar que el libro de las Hadas Oscuras se perdiera –Siete tomó el libro blanco para hojearlo, con una de las manos sin cuerpo sujetándolo del lomo y otra pasando las páginas. Me aclaré la garganta–. Malatriss dijo que debería elegir mis pedidos con cuidado. Y eso haré. Solo quiero que el libro blanco sea destruido y que podamos salir de aquí sin problemas.

Siete rio al oír eso, lo cual nuevamente me recordó a una persona ebria. Se balanceaba de un lado a otro mientras lo hacía, golpeándose contra varios de sus brazos.

–Salir. Sí, bien. Salir. Entonces, esta obtendrá lo que quiera, pero solo luego de pagar el precio.

Dos beneficios. No había duda de que el costo sería alto, por lo que me preparé para oírlo, recordando la pila de huesos que yacía en el rincón.

–Equilibrio o caos, ¿equilibrio o caos? –la mano pálida del Unificador que tenía los dados comenzó a sacudirse. Tragué saliva, ya que no tenía idea de qué me depararía el destino. El resto de los brazos se quedaron inmóviles cuando la mano arrojó los dados frente a mí y estos quedaron flotando por una fuerza invisible. Ambos mostraban pequeños símbolos de reglas. Equilibrio.

»El libro blanco no está escrito –la mano que pasaba las páginas del libro se alejó y otra, con una pluma negra, tomó su lugar y comenzó a trazar las palabras. A medida que escribía cada letra sobre este, desaparecían del

papel—. Las historias se convierten en recuerdos. Los recuerdos, en rumores. Los rumores, en leyendas. Y las leyendas desaparecen.

Dolía, inesperadamente, observar cómo el libro se deshacía. Cada palabra que desaparecía significaba un ser del Supramundo que se iba con ella. Sus vidas, su esencia, borradas del mundo. Y pensé en Dalton, a quien había llegado a admirar, y la triste nostalgia de su voz cuando me había insistido que destruyera el libro. “No habrá nadie a quién culpar cuando yo ya no esté”. Quizás eso no era del todo cierto. Quizás habría alguien bastante obvio a quién culpar. A mí.

O al Sr. Morningside, dado que fue él quien me pidió que viniera. Mi corazón se llenó de arrepentimiento y mis ojos, de lágrimas. La elección no podía deshacerse, pero me preguntaba si podría haber sido lo suficientemente fuerte como para vivir bajo la influencia de Padre, para escaparme lejos hacia una montaña o hacia las profundidades de un desierto y encontrar una manera de silenciar su voz. Y ahora me quedaría sola en el mundo confiando en el Diablo para quitar al Diablo de mi interior, pero todos sus errores y mentiras me decían que me había equivocado cuando tuve que elegir un bando.

Miré hacia la oscuridad. En algún lugar, esperaba un exhibidor vacío, el cual pronto albergaría al pastor. ¿Acaso habría otro para Padre? Padre, quien estaba inusualmente pasivo mientras se borraba el libro blanco. Quizás, finalmente, había hecho algo para ganar su aprobación.

Siete cerró sus ojos negros redondos, en silencio y pensativo, con la boca cerrada mientras se mecía de atrás hacia adelante. Miré a Malatriss luego de algunos minutos al notar su extraño silencio. ¿Acaso el Unificador... se había dormido?

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté, aclarándome la garganta.

–La desunificación lleva tiempo y el Unificador debe elegir tus sacrificios. Sacrificios. Habíamos viajado por el camino interminable de los beneficios y favores, solo para que se agregaran los *sacrificios*. Ahora sí estaba indudablemente sorprendida; una respuesta incorrecta a un acertijo y podías perder un dedo. Este no era un lugar de conversaciones ligeras y amenazas vacías.

–¿Sacrificios? –preguntó Madre, quien aparentemente también compartía mi malestar.

Malatriss cruzó el haz del único remanente de luz de la tumba y se estiró para tocar mi mejilla, lo cual me hizo alejarme y, a ella, reír entre dientes.

–¿Qué crees que usa el Unificador para crear los libros? ¿Aire y deseos? Nochtli, la Espinada proporcionó el cuero para tu libro, pero ahora veo que está envuelto en carne viva –dijo Malatriss, disfrutando mi mirada de horror, que era más que obvia. Su risa entre dientes se convirtió en una carcajada y miró a su serpiente inclinando la cabeza mientras la acariciaba por debajo de su cabeza–. Ella encontró la puerta en la desembocadura de tres ríos y trajo a su hermosa ave adentro. Con voluntad y astucia saboreó la muerte en la enfermedad, pero un chamán la curó antes de que cayera en la verdadera noche. Nochtli trajo a su hermosa ave al interior de la tumba y, cuando el Unificador le ordenó matarla, se negó.

–Barbárico –susurré–. ¿Por qué el ave? ¿Qué pudo haber hecho?

El Unificador continuó su trabajo y su contemplación. Malatriss levantó la vista de la serpiente haciendo una mueca de desdén.

–Era un ave realmente horrible. Podía notar que no le gustaba Nira.

Me guardé todas las cosas horribles que quería decir sobre ello; si la guardiana podía ver el corazón de una persona y saber si tenía voluntad o

no, entonces quizás también podía sentir que no me gustaba su mascota.

El Unificador trabajaba a toda prisa y hacía que las páginas pasaran volando a medida que las palabras desaparecían con tanta velocidad que solo parecían una mancha borrosa. Esperamos a que Siete tomara una decisión, y cada momento que pasaba me llenaba de una ansiedad inmensa. Mis palmas estaban pegajosas por el sudor y apenas podía permanecer quieta, más aún sabiendo que pronto oiría un pronunciamiento imposible. Me froté el rostro con ambas manos y suspiré, deseosa de que todo este calvario terminara de una vez, deseosa por saber finalmente lo que debía hacer para escapar de la Tumba de los Antiguos.

–Todo esto por un libro tonto –dije y Malatriss levantó la cabeza con el ceño fruncido.

–Los Unificadores hacen al mundo, los Unificadores hacen los libros, y los libros hacen a los dioses.

–¿Eso no convertiría a los Unificadores en dioses? –murmuré.

Madre rozó mi mano. Tenía razón, estaba presionando demasiado a esta criatura y actuaba como una tonta por mi frustración e impaciencia.

–No, los hace Unificadores, y eso no te hace nada más que un ser insignificante.

Siete se despertó. Sus ojos negros incomprensibles nos miraron y los noté vidriosos y, momentáneamente, perdidos. Luego, pareció encontrarnos, *vernós*, lo cual me hizo sujetar la mano de Madre una vez más. Inclino su cabeza hacia mí y dejó que su cabello rosa y suave tocara mi hombro.

–No te olvides –me dijo ella–. Coraje.

La voz del Unificador resonó por todo el corredor, haciendo eco en la interminable oscuridad que nos rodeaba. La marca de mi mano ardía sin parar. Voluntad. Pero ¿la tenía? Miré a los ojos del ser superior a los dioses con la esperanza de que supiera lo que yo quería. Piedad y la oportunidad de ver a mis amigos fuera de la tumba una vez más. ¿Acaso no había hecho suficiente? Pero ¿podía importarle semejante cosa a la criatura que tenía frente a mí?

–El libro de esta será unificado nuevamente –sentenció Siete, asintiendo en mi dirección–. Reclamaré este libro de las Hadas Oscuras reunificado, Hija de los Árboles, y lo reharé con tu propia esencia.



Capítulo
Veintiséis





Padre no le gustó para nada. Ya que su espíritu sabía, al igual que yo y al igual que Madre, que removerlo significaría remover lo único que me mantenía con vida. Pero luego, algo cambió y, con ello, también lo hizo mi entendimiento. Padre ya no estaba enojado, sino entusiasmado. Eufórico. Este ritual lo sacaría de mí, lo que significaba que, sin mi cuerpo, tendría la oportunidad de ser completamente libre. De revivir. Quienquiera que ganase, yo perdía. El Unificador me había entregado una sentencia de muerte y, por un largo y doloroso momento, no pude respirar.

Dentro de mi mente, Padre sonrió. Y, entonces, los gritos comenzaron.

Mis gritos. La primera vez que Padre se impuso sobre mi voluntad, había sido gradual, como un pensamiento negativo que se transformaba lentamente en algo más peligroso. Una espina que se convirtió en una púa que a su vez se convirtió en un cuchillo. El goteo constante de la confusión, de no saber si un pensamiento era mío o suyo. Todo comenzó cuando dejé de tomar mi té con crema y azúcar, y lo reemplacé por una infusión herbal más fuerte que solo podía conseguir en un único negocio en el vecindario. Le siguió la capacidad de sentirle a cada árbol su perfume único y atractivo, y de ahuyentar a los insectos con solo mirarlos para que me dejaran en paz.

Y eso era cuando todo aún era más manejable. Cuando no me sentía como una cautiva, sino más bien alguien que debía tolerar a un viejo pariente que vino para quedarse.

No hacía falta decir que empeoró con el tiempo.

Un solo pensamiento sobrevivió al calor que ahora atravesaba mi cabeza: había hecho lo correcto, ya que todo lo que pudiera hacer para arrancar a este monstruo de mi mente era, de hecho, lo que debía hacerse.

Sentí mis rodillas colapsar contra el suelo y, en algún lugar en la distancia, oí un grito de Madre. Vaya respuesta a las exigencias del Unificador, pero no era propia. Padre había esperado, estaba esperando a que me tranquilizara, esperando a que bajara la guardia. Y ahora estaba atacando con toda su ira acumulada, y ya no solo había una lámina roja frente a mis ojos sino lentejuelas destellantes de un tono carmesí y negro, mientras un sonido firme de tambores de guerra azotaba mi cabeza, el cual se tornaba cada vez más fuerte hasta hacerme sentir segura de que mis ojos estallarían y mis dientes rebanarían mi lengua.

Aquí había venido su ira. En algún momento de mi vida, tuve un broche, un regalo del Sr. Morningside. *Soy la ira*, decía. Pero nunca antes había sido así, nunca había sido el último intento desesperado de un dios condenado a muerte. ¿Era esto a lo que Khent y Dalton se enfrentaban al otro lado de la puerta? ¿Acaso el pastor sentía que su hora estaba cerca y encontraba poder y dolor en su inminente final?

Cada palabra del libro dentro de mí fue susurrada por el Unificador enseguida y, si bien mis ojos ya no me pertenecían, sentí el ardor en mis dedos a medida que se transformaban en garras, sentí la tensión en mi piel, piernas, brazos, espalda, mientras el ciervo retorcido de las pesadillas de Padre me atravesaba. Incluso Malatriss gritó algo obsceno asustada en un idioma que estaba perdido, en la lengua que yo había usado durante el ritual de la extraña en la tienda de Cadwallader y que ahora estaba grabado en la palma de mi mano.

–No susurres tu habla antigua delante de mí, guardiana de la puerta. Puede que los dioses duerman en tu tumba, pero nunca antes despertaste a uno para enfrentarlo.

La voz de Padre atravesó mis labios. Avanzó como humo, y sentí la calidez de las manos de Madre sobre mi brazo, pero Padre la empujó, directo hacia la oscuridad. Grité, pero de inmediato fui silenciada. Me había arrojado al fondo del mar y, si bien podía sentir la luz arriba, ningún braceo ni patada me llevó cerca de la superficie. Me ahogué en su furia de sangre negra que bañaba mi lengua con la acidez de la venganza. Sangre y venganza, era lo único que su espíritu deseaba, inmune a las súplicas de Madre por comprensión. Por paciencia.

–Me arrancarás de este pedazo de carne y lo disfrutaré –rugió y su brazo, o el mío, arremetieron con sus garras afiladas hacia Malatriss. Haría que nos asesinaran a todos–. Ella ha demostrado ser algo útil, pero puedo tomar muchas formas. Pueden deshacerse del libro blanco, pero nunca podrán deshacerse de *mí*. Yo soy el Padre Oscuro de los Árboles, Llamador de la Noche, el Ciervo en el Cielo, y llevaré el libro que albergo en mi interior lejos de este lugar y nadie podrá detenerme.

Madre ya no le suplicaba a él, sino a Malatriss. ¿Por cuánto tiempo más soportarían esta desobediencia? Padre debía estar loco para pensar que podía sobrepasar los poderes de quienes lo habían creado. Yo había leído el diario de Dalton, lo que significaba que él también lo había hecho. Solo un loco tomaría todas esas advertencias, toda esa violencia, a la ligera. Pero sí, claro. Claro que estaba en un estado de locura completamente irremediable.

–Ya lo veo ahora –dijo el Unificador, sin inmutarse. *Intrigado*–. Esta no es uno, sino dos. Esto, al igual que todas las cosas, puede deshacerse.

Padre rugió, indeciso, y arremetió contra Malatriss, quien siseó, al igual que la serpiente blanca, la cual atacó a toda prisa, pero se vio superada por un contraataque ágil de Padre. Enseguida, Malatriss desplegó todos sus brazos y los movió a toda velocidad, esquivando cada golpe de las garras de Padre hasta que finalmente logró sujetarlo por el brazo. Una, dos y luego tres manos lo mantuvieron, *nos* mantuvieron, quietos y firmes, con fuerza, contra el suelo.

–Dos serán uno –continuó Siete, con mucha más seriedad. El pánico de Padre, su dolor, llenó mi cabeza y fluyó entre mis gritos, haciendo que algunas lágrimas cayeran sobre mi rostro, mientras Malatriss se retorció con fuerza, haciendo que sus huesos crujieran–. Dos serán uno y de uno emerge el libro. Un nuevo libro. Un nuevo comienzo para los descendientes de las Hadas.

Y luego comenzamos a flotar, sujetos por cuatro de las manos pálidas del Unificador. Mi brazo latía con fuerza, ardiente de agonía, pero gradualmente fui recuperando mis pensamientos y sentimientos. Sentía a Padre intermitentemente, como si una pared delgada existiera entre ambos y él ya hubiera gastado toda su voluntad tratando de derribar la barrera.

–¡No! ¡Por favor! –exclamó Madre, quien se arrodilló por debajo con ambas manos extendidas hacia arriba–. ¡Morirá! Si le quitan el espíritu de Padre, ¡morirá!

–ENTONCES QUE ASÍ SEA –dijo Malatriss, girando sobre su propio eje mientras presumía de sus seis manos poderosas.

La primera vez que morí había sido rápido. Pero esto se sentía como una tortura lenta, como si una costra fresca aún estuviera sujeta con fuerza a la piel. Padre no quería irse, por lo que se adentraba aún más, mientras cada

una de sus garras profundas y cortantes era removida con precisión, pero sin piedad.

Comencé a sentir frío, primero en los pies y luego en las manos. Este se esparcía a toda prisa como las primeras heladas que mataban hasta la más tenaz de las flores silvestres del otoño. Por lo que también mi espíritu se aferraba a Padre, resistente a la helada, pero no invencible. Oí sus gritos al igual que los míos y, por un breve instante, sentí lástima por ambos. Él me había hecho sufrir en vida y ahora me estaba haciendo sufrir en muerte, pero sentía su dolor y no se lo deseaba a nadie.

Frío. Muy frío. Una nube plateada de aire abandonó mi cuerpo y se cristalizó como el hielo, la cual miré avanzar hacia el rostro blanco y suave del Unificador.

¿Era ese mi último aliento? No creí que fuera a ser tan frío.

–Equilibrio –la tortura de Siete no cesó, y continuó arrancando el espíritu de Padre de mí con firmeza hasta convertirlo en algo real, en una representación fantasmal de su forma, de su cráneo, sus astas, su vestimenta, todo. Se alejó de mí flotando, indefenso, mientras admiraba su antiguo hogar y extendía los brazos hacia este–. Un favor, dos sacrificios. Equilibrio dijeron los dados, y el equilibrio será. Un libro se deshace, otro se reunifica. Una criatura desaparece, otra renace. Dos almas nuevamente en un cuerpo. La Madre reemplaza al Padre.

Espera. Intenté decir, pero nada salió. Mi voz estaba perdida en algún otro lugar, girando en la oscuridad, atrapada en el alma de Padre. *Espera, no, esto no está bien.* No podía saber con exactitud qué era lo que el Unificador quería decir, pero ¿cómo podía ser bueno cuando lo único que conocía de este lugar era dolor?

Era demasiado tarde. Siete ya había tomado la decisión. Vi un destello de comprensión en los ocho ojos de Madre, quien aún se encontraba con los brazos extendidos rezando y suplicando, hasta que luego ella también comenzó a ser levantada en el aire con nosotros, sujeta por las manos sobrenaturalmente fuertes del Unificador.

Los gritos de Padre eran interminables, pero no lo miré, ya que no podía dejar de observar a Madre, con la esperanza de que ella pudiera ver en mis ojos agónicos que esto no era lo que quería, que nada de esto era equilibrado. Que nada de esto era justo.

Luego, el espíritu de Padre se estrechó y se convirtió, lentamente, en humo, humo que quedó atrapado dentro de uno de los frascos del Unificador, en donde se mezcló con un líquido que parecía tinta. Una mano mojó la punta de la pluma con el líquido del recipiente y un libro en blanco apareció de la nada oscura por arriba. Al menos, pensé, indefensa y dolorida, no sería la piel de Madre la que sería usada para la nueva cubierta, dado que ya estaba cubierto con algo suave y pálido. De quién era, nunca lo sabría, y, en ese instante, presencié el comienzo de la unificación, de la escritura; el espíritu de Padre y su conocimiento sobre el libro de las Hadas Oscuras quedarían reescritos con su propia esencia.

Una de las manos delgadas y pálidas del Unificador sujetó a Madre por el cuello y comenzó a presionar. Me quedé congelada, moribunda, sabiendo que pronto ella también lo estaría. Sus brazos se extendieron hacia mí y sus labios esbozaron una sonrisa perdida y triste. Vi sus lágrimas desaparecer en el vacío que nos rodeaba y oí a Malatriss reír con satisfacción desde algún lugar por debajo de nuestros pies.

—Coraje, Louisa, hija mía —susurró—. Tu andar está encaminado. Yo te acompañaré.



Capítulo
Veintisiete



No sentía que estuviera encaminada. No sentía... nada. Qué sensación más extraña, la nada. Sin dolor ni miedo, sin saber si tenía frío o calor, o si mi cuerpo estaba destrozado en un millón de pedazos. Existía solo en mi mente, en un lugar, al igual que la tumba, fuera del tiempo. Estaba muerta, por lo que entendía, o pronto lo estaría, suspendida por voluntad del Unificador, fuera de mi cuerpo, y aún no sepultada.

Cuando el sonido, la luz y mi sensibilidad regresaron, fue demasiado. Lloré, como llora un bebé, y me vi obligada a avanzar por la oscuridad y la incertidumbre hacia un mundo reticente y confuso. Estar en el lugar en donde no sentía ni sabía nada era mejor que esto. Pero estar aquí, de regreso en el suelo de la Tumba de los Antiguos, solo me causaba más dolor. Polvo. Me invadió el olor a tierra y hojas húmedas, como si no hubiera nacido, sino brotado del suelo. Mis brazos yacían inútiles, rotos, sueltos y dolorosos a mi lado.

El Unificador esperaba arriba, con Malatriss cerca y Madre tumbada y vacía sobre las rocas, muerta en su lugar de nacimiento.

Me reincorporé y me acerqué a Madre, ignorando la presencia del Unificador y de sus brazos que flotaban en el aire como aves blancas raquílicas mientras preparaban el nuevo libro y deshacía otro. Madre parecía estar durmiendo, con sus labios levemente partidos, como si el último aliento que abandonó su cuerpo hubiera sido uno dulce. No sonreía y tenía los ojos cerrados, mientras que su cabello caía sobre el suelo a su alrededor como un colchón de camelias.

–Después de todo, todo lo que hice para salvarte no fue suficiente –susurré, comprendiendo que su mano ya no me transmitía la misma comodidad reconfortante–. Te fallé. Nunca debería haberte traído a este lugar. No eras nada más que paz y luz, nunca antes existió un alma que no se lo mereciera.

Una sombra se posó sobre nosotras. Malatriss.

–¿Terminaron?

–*Tú* –sin estar dispuesta a abandonar a Madre, giré hacia ella en el suelo, con una mueca de dolor al sentir el peso de mi cuerpo sobre mi brazo herido, lo cual me hizo colapsar–. No permitiré que te quedes con su cuerpo –susurré con ferocidad, cubriendo a Madre con los brazos–. No fue una de tus exigencias.

Malatriss me miró desde arriba con sus ojos amarillos. Una sola herida sangraba sobre su hombro. Obra de Padre. Su serpiente no había sufrido nada y aún se encontraba enroscada alrededor de su cuello.

–No sería inteligente de tu parte regresar aquí, pequeña, no importa cuánto lo necesites. Me estoy comenzando a cansar de tu tono.

–¿Para qué es todo esto? –dije casi sin aliento, levantando una mano de Madre y sujetándola con fuerza–. Los libros, los dioses, los Unificadores. ¿Por qué los mantienen aquí? ¿Por qué simplemente no darle al mundo estas creaciones?

No fue Malatriss quien me respondió, sino Siete. No esperaba notar su presencia ahora que ya había tomado una decisión, pero la cabeza de huevo y el torso suave y blanco se inclinaron hacia adelante, observándome con una sonrisa curiosa.

–Esta parece ver demasiado y, aun así, entender muy poco. Caos, Hija de los Árboles. Por el *caos*. Los humanos se desvían. Pelean. Batallan. Son tan divertidos. Y si los humanos lo hacen, ¿por qué no los dioses? Es solo un juego más para mirar, una partida más para observar.

Caos y equilibrio. Negué con la cabeza, enfurecida, sabiendo que más de una muchacha traviesa y obstinada me había mencionado que no existía ningún Dios en los cielos y que todo nuestro esfuerzo mortal carecía de sentido. Pero oírlo, dolorosamente, de alguien que de hecho podría conocer...

–Entonces... todo es un juego –murmuré–. Creas los libros y a todos estos dioses, ¿solo para ver quién *gana*?

El Unificador me miró fijo como si fuera simple y, tal vez, un poco patética.

–Bueno. Sí.

–Un juego. Un *juego*. Mis amigos, la gente del pastor, Padre, Madre, ¿todos estamos peleando entre nosotros solo para tu diversión? –una voz dentro de mí me decía que permaneciera quieta. Una voz dentro de mí me decía que no había nada más que pudiera hacer, que morir aquí no lograría nada. Me quedé en silencio por un largo momento y luego respiré hondo antes de hablar–. ¿Y si me niego a jugar este juego horrible?

Todas las manos libres del Unificador, quizás unas veinte en total, se abrieron por completo.

–Lo que esta haga cuando se marche de este lugar no es asunto mío. Pero la observaré –y con esto Siete esbozó una sonrisa por primera vez, lo cual hizo que se me estremecieran los huesos–. La observaré con gran interés.

–Estarás decepcionado –dije.

La escritura del libro se detuvo; la pluma que reescribía nuestro libro había terminado su labor. Todo había ocurrido tan rápido, pero no importaba, para estos seres extraños y de otro mundo, nuestras vidas, nuestro juego, probablemente estaba a punto de terminar. Para ellos, nuestras vidas humanas, no cabía duda, pasaban en un abrir y cerrar de ojos, y los seres eternos, como el pastor y el Sr. Morningside, obtenían, en menor medida, más atención. *No podemos morir*, me había dicho Padre, *solo ser obligados a rendirnos*. Solo... que eso ya no era verdad para mí. Ya no sentía ni el más mínimo rastro de la influencia de Padre en mi mente. Me obligué a pensar en el pastor y, afortunadamente, los sentimientos eran míos.

Eso era lo único bueno para sacar de toda esta... pérdida.

Me puse de pie y observé cómo Malatris aceptaba el libro terminado de Siete. Lo recibió con una reverencia y luego lo colocó en la bolsa que yo había descartado. Regresó hacia mí y esperó a que me diera vuelta, momento en el cual deslizó las tiras del bolso sobre mis brazos, sorprendentemente cuidadosa con la herida en mi brazo derecho.

–¿Cómo te la llevarás de este lugar? –preguntó con un tono burlón, siseando en mi oído, tan cerca que pude sentir las perlas de su collar rozando mi brazo sano—. No desperdiciamos ni el más mínimo detalle. Puedes dejarla sabiendo que recuperará su lugar en el mundo como un libro futuro, como páginas, como otra historia para contar. Nunca lo verás, pero no será desperdiciada. O puedes llevarte a su espíritu en tu interior, pero no puedes sacar el cuerpo de la tumba. No tienes la fuerza.

–Mírame.

El libro no era pesado esta vez, sino mucho más ligero. Supongo que solo las palabras de otros dioses eran pesadas. Madre aún se encontraba tendida en el suelo bajo el Unificador, por lo que aparté la vista de Malatriss y me agaché para deslizar un brazo bajo su vestido suave de plumas. No importaba cuán pesada fuera la carga, la llevaría de regreso conmigo.

Malatriss me observó y esbozó una sonrisa mientras me ponía de pie nuevamente, quejándose, dando todo de mí, pero aún intentando arrastrar a Madre conmigo a medida que me acercaba a la guardiana de la puerta.

—Ella debería estar en ese exhibidor —dije con ira—. Debería descansar.

Sus ojos se ensancharon y la serpiente que se encontraba alrededor de su cuello se enroscó.

—Ya está descansando, pequeñita. En ti.

Abrí y cerré los ojos.

—¿Como... Padre? ¿Toda su mente y voluntad me fue entregada? ¿No fue solo su espíritu?

—Estoy segura de que la oirás —dijo Malatriss, asintiendo—, cuando esté lista para hablar.

Madre no habló mientras Malatriss me alejaba del pequeño haz de luz en la tumba. Y permaneció en silencio mientras el Unificador se retiraba a su lugar de descanso, en donde su cuerpo y piernas se sumían en la profundidad de las sombras de la vasta y quizás interminable cima de la tumba. Alguna vez, este lugar había sido parte de mis sueños y, con Madre en mi interior, me preguntaba si lo vería de nuevo. Pero me hacía cuestionar si ese regreso solo sería como una pesadilla, después de todo lo vivido.

Madre permaneció en silencio mientras avanzaba con dificultad, arrastrando su cuerpo ya que no podía cargarlo adecuadamente. Una y otra

vez, miré sus labios, pero hacerlo solo reafirmaba cada vez más que permanecerían inmóviles. La tumba nunca se iluminó, pero podía sentir las formas durmientes de todos esos dioses a nuestro alrededor, esperando ser los nuevos peones en las partidas del Unificador.

Pronto, apareció una puerta, muy parecida a aquella por la que habíamos ingresado al castillo, pero en lugar de sentir solo oscuridad al otro lado, sentía la promesa de algo más. Vi un campo verde y la luz del sol, y algunas rocas antiguas. No podía sentir otra cosa más que perseverancia. Necesidad. La salida estaba frente a mí. Madre había venido hasta aquí y no importaba cuánto me costara arrastrarla hacia afuera, estaba dispuesta a jadear, sudar, quejarme y dar todo mi esfuerzo. Ella no sería carne de cañón para otro libro. Ella merecía sentir el beso del sol y el abrazo de los campos una vez más.

Malatriss esperó junto a la puerta, con la cabeza hacia atrás y la barbilla en lo alto. Levantó una de sus cejas castañas con una mueca expectante, mientras yo caminaba hacia la libertad. Su serpiente, Nira, mecía su cabeza de arriba abajo mientras me estudiaba como comida.

–No te atormentes –le dije, sintiendo el aire frío y fresco de nuestro mundo–. Nunca regresaré. No tendré *voluntad*.

Se congeló, pero la serpiente se disparó hacia adelante y se envolvió a mi alrededor, mientras Malatriss sujetaba su cola y observaba cómo la serpiente me presionaba con fuerza y me dejaba sin aliento. En mi desesperación, el cuerpo de Madre se me resbaló de las manos.

–Fuiste la primera en sobrevivir a los dados y al Unificador en este lugar –susurró Malatriss con sus ojos tan fríos como el vacío. Mostró sus dientes

afilados—. Quizás debas morir. Quizás sería mejor si nadie escapa, ni siquiera cuando la suerte y el destino se salen con la suya.

—Por favor —mis manos sujetaron el cuerpo de la serpiente y, de pronto, encontré la fuerza de Madre, lo cual me permitió presionar con mayor intensidad y enterrar los dedos en la piel suave y carnosa de la criatura—. Suéltame, o tu mascota muere conmigo.

—¡Nira!

Era una orden para que atacara. Pero yo también podía hacerlo con la poca fuerza que aún me quedaba. Había venido tan lejos, había perdido tanto, como para rendirme al borde de la supervivencia. Mis manos presionaron con fuerza antes de que la serpiente pudiera dar su golpe, lo cual la hizo soltar un siseo ahogado. Malatriss gritó furiosa y sentí el cuerpo de la criatura liberar mi cuello. Con un último respiro, jalé con fuerza y arrojé la serpiente herida hacia su ama, y enseguida me agaché y sujeté a Madre de los hombros para arrastrarla hasta que cada músculo gritara. La puerta estaba entreabierta y comenzó a cerrarse lentamente, lo que me obligó a usar toda mi fuerza para atravesarla, mientras los llantos y maldiciones de Malatriss sonaban por detrás. Así, al cruzar la puerta, dejé que la última imagen del reino del Unificador fuera una boca llena de dientes y dolor.



Me reincorporé al otro lado con una respiración dificultosa, lo que me hizo caer de rodillas con el peso muerto del cuerpo de Madre. Al principio, me recibió el silencio, y luego el canto intermitente de un ave, seguido de un largo rugido que sabía bien que pertenecía a un perro.

Eso me hizo poner de pie enseguida, ignorando el dolor atroz que sentía en mi brazo, abrumada por la carga mientras daba un paso tras otro alejándome de la puerta del castillo. No había ninguna rampa esta vez; simplemente había sido arrojada allí en donde todo había comenzado, como un desecho no deseado. Algunos cuerpos yacían tumbados sobre el predio, cada uno más cubierto de sangre que el otro.

Khent se encontraba cerca de la puerta sobre un montículo, jadeando con su apariencia tocada por la luna. Pero la luna ya se había ido y había sido reemplazada por el sol una vez que emergimos de la puerta. Observé cómo la magia desaparecía de su cuerpo y lo convertía nuevamente en un hombre con heridas profundas y con ojos y mandíbula gravemente lesionados. Dejé caer suavemente a Madre de mis brazos y me acerqué a él, a quien le corrí el cabello empapado de sangre que le cubría ojos, mientras suspiraba aliviado y maldecía, escupiendo sangre y fregando el sudor de su rostro.

—¿Ganamos? —me preguntó, meciendo la cabeza entre sus hombros.

—En cierto modo —contesté enseguida, pero luego agregué—: No, no realmente. Pero, por todas las estrellas, estoy tan feliz de verte con vida.

—Yo también —dijo y luego giró hacia su lado—. Ese estaba a punto de acabar conmigo —explicó Khent, señalando a Pinzón—. Pero luego... pero luego...

—El libro —respondí—. Ya no existe más. No puedo decir con certeza qué ocurrirá con ellos ahora.

—*Teyou*, cayeron todos al mismo tiempo —explicó—. Como hojas que caen una por una sobre un río —notó que le ofrecí mi brazo izquierdo y frunció el

ceño, arrodillándose y tomando cautelosamente mi muñeca derecha. Resoplé entre dientes y coloqué una mano sobre su hombro.

–Está roto. No tengo idea de cómo se ve. Francamente, no creo estar lista para verlo.

–Debemos buscar un médico, entonces –dijo Khent, parándose temblorosamente y sujetándome por la cintura–. O Madre podría intentar sanarte, aunque...

–Aunque ella ya no está más con nosotros –terminé. Solo tuvimos un breve momento para verla, ya que notamos movimiento entre los demás cuerpos. Asistirlos era más importante, por lo que acepté la ayuda de Khent, quien me guio hacia tres hombres que yacían sobre la tierra.

–¿Pudiste hacerlo? –preguntó Dalton con dificultad. No parecía terriblemente herido, pero no dejaba de presionarse el pecho y respirar con pesadez, lo cual evidenciaba que ya no podía respirar–. ¿Ya está?

–Lo destruí. Lo siento, no sé si fue lo correcto... –me agaché a su lado y sujeté la mano que me ofrecía, dejando que la llevara nuevamente hacia su pecho agitado–. Estás muriendo.

–Ahora que llega el momento –susurró– no le temo. Dile a Henry... dile que yo estaba equivocado. Él puede ser alguien mejor. Aún hay tiempo –la sangre comenzó a brotar de sus labios, por lo que me agaché aún más para sostener su cabeza. No había terminado y no iba a abandonarlo hasta que dijera todo lo que quería decir–. ¿Cómo fue? –me preguntó. La venda se había caído de sus ojos, lo que me permitió limpiar sutilmente la sangre y transpiración que cubrían su frente, mientras observaba las cuencas rojas oscuras donde alguna vez habían estado sus ojos–. ¿Fue asombroso?

–Sí –asentí–. Pero también espantoso. Desearía poder contártelo todo.

–Mis sueños de cómo fue serán mejores –dijo–. Siempre lo son. Pero esta sensación... creo que es hora de que me vaya. Creo que no me queda otra opción.

Cerré mis ojos con fuerza y traté de que no me doliera demasiado.

–Te quité la vida –dije–. Lo siento tanto.

–Salvaste a tu gente, les diste una nueva oportunidad –respondió Dalton con una voz sibilante, mientras un hilo de sangre avanzaba por su barbilla–. Eso quería. Nunca antes les permitimos tener eso. ¿Te despedirás de Fathom por mí? El refugio –dijo finalmente–. Quiero que sea de ella.

Un quejido confuso llegó por detrás y la cabeza de Dalton giró hacia este.

–Padre...

Pero ya no quedaba más de él, la última palabra le había quitado todo. No había ojos a los cuales mirar o cerrar, pero lo sentí irse, sentí su último aliento estremecedor que acarició el pastizal. Gentilmente, dejé que su cabeza se posara sobre la alfombra verde del patio y volví a colocar la venda sobre su rostro, cruzando sus brazos, de a uno a la vez, frente a su pecho.

Madre no había hablado hasta ese entonces, pero de pronto sentí que su espíritu me susurraba.

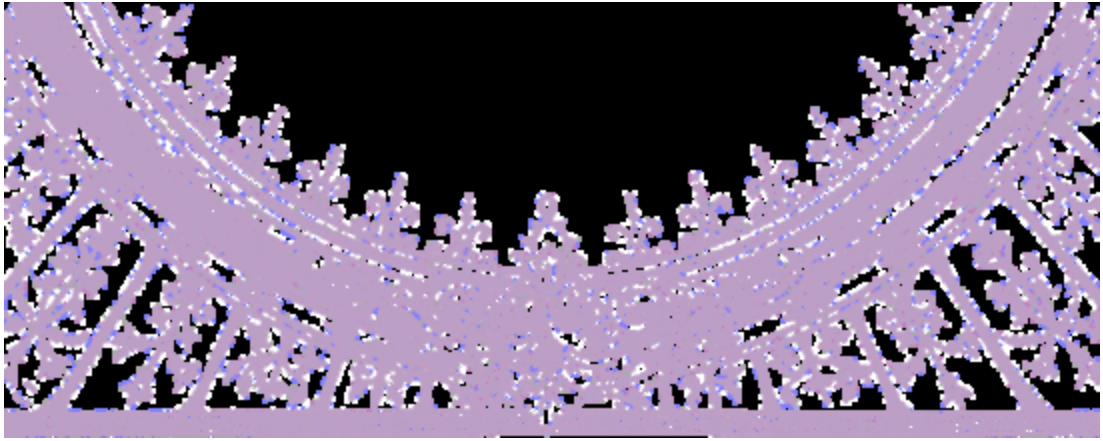
*Un beso a la luna, una reverencia al sol,
al sendero del ciervo, un obsequio de flor.
Eso solo se pide, cuando nuestro ocaso llegó.*

Repetí la oración para Dalton, sabiendo que era lo que Madre había usado para enviar almas que no conocían la paz a su eterno descanso. Y al

terminar, pareció como si el viento se lo llevara y, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en una nube de mariposas amarillas y luz.



Capítulo
Veintiocho



Una vez, un pájaro chochín cayó de su nido al otro lado de la ventana de mi dormitorio en Pitney. Jenny y yo intentamos descifrar qué hacer con él, dejando de lado nuestros deberes obligatorios. A ninguna de las dos nos importaba mucho dar vueltas al jardín para mantener el rubor en nuestras mejillas, por lo que en cambio decidimos escondernos detrás de un roble robusto para debatir qué hacer con el ave aturdida.

–Podríamos golpearle la cabeza y ponerlo en la cama de Francine – sugirió Jenny.

Era una idea original, pero algo cruel. Para el ave, obviamente. Francine no importaba.

–No estoy segura de poder matarlo.

–El nido está demasiado alto. Podríamos caernos y rompernos una pierna intentando ponerlo en su lugar.

Jenny era bastante práctica y original. Era en parte la razón por la que me gustaba y por la que nos habíamos hecho amigas tan rápido. Quizás también lo habíamos hecho porque éramos las únicas dos niñas en Pitney que pasaban tiempo considerando colocar aves muertas en la cama de una rival. A Francine y al resto nunca se les habría ocurrido hacer algo tan vulgar, no habían crecido en los barrios bajos. Sus familias distantes aún las querían, en cierta medida, por lo que ellas simplemente esperaban su regreso para convertirlas en institutrices u ofrecerlas al azar a algún sujeto que las tomara por esposas.

–Si lo dejamos, se lo llevará un zorro –agregó Jenny.

–Pero ¿no habría pasado eso si nunca lo hubiéramos encontrado? – pregunté. Dejé caer el palito que podríamos haber usado como arma de ejecución. El chochín comenzó a retorcerse, moviendo sus pequeñas patas incesantemente—. Nunca notamos al ave, viene el zorro y se la come. Si no decidimos nada productivo, entonces me temo que deberíamos dejar que la naturaleza siga su curso.

Jenny no propuso otra alternativa convincente, por lo que dejamos al ave detrás del árbol y regresamos a nuestra caminata enérgica. Al día siguiente, sola, miré detrás del roble. No había nada más que algunas plumas desperdigadas. El zorro había encontrado su comida, o el ave había recobrado las fuerzas y se marchó saltando. Creo que siempre supe la respuesta, pero no dejaba de repetirme que había escapado ilesa.

El chochín que yacía frente a mí ahora no fue tan afortunado. El zorro lo había encontrado y no podía hacer otra cosa más que preguntarme si quedaría algo de él luego.

Me arrodillé junto al pastor, asombrada por su pequeñez. No era un hombre alto, pero en la muerte parecía encogerse aún más; sus brazos eran muy cortos y su camisa de franela lo hacía lucir como un niño. Dolido. Al agacharme junto a él, noté un trazo de sangre oscura sobre sus labios. Khent permaneció alejado, quizás consciente de que no había sido invitado a la conversación. O quizás no confiaba en que nuestra batalla realmente hubiera terminado.

–¿Usted es el lobo? –murmuré, mientras sus ojos blancos como la leche me encontraban—. ¿O el chochín?

–Te brindé protección una vez, muchacha, ¿y así es cómo me lo pagas? – balbuceó. Tosió con fuerza y tomé el pañuelo de su bolsillo, el cual sostuve sobre sus labios manchados—. ¿Bondad? ¿Ahora? Nunca lo comprenderé.

–Asesinó a mi gente –dije. Las palabras fluyeron con facilidad, como si las hubiera practicado. Parpadeé y miré hacia el lado derecho. Algo en mi interior se sentía cálido y listo, quizás lo que una madre experimentaba cuando sabía que era hora de recibir a su bebé–. Usted era el zorro. Y nosotros no éramos más que aves aturdidas. Ahora no somos más que un puñado de plumas.

Negó lentamente con su cabeza.

–No tiene sentido lo que dices, muchacha. Estás loca. Nos has matado, nos has matado porque estás loca.

La calidez en mi interior comenzó a expandirse, pero no generaba malestar, sino todo lo contrario. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo, ni por qué podía sentir tanto la muerte de Dalton y nada en absoluto con este anciano débil falleciendo en el suelo. Su gorro gris desgastado se había caído de su cabeza calva y yacía sobre el lodo.

–Ahora yo soy el zorro, solo que cuando yo me alimento de usted y los de su especie, no queda nada. Ni una pluma. Ni un pie. Ni un rastro de su existencia en la tierra o en el aire.

–Ahí lo tienes –suspiró, tosiendo sobre el trozo de tela que sostenía sobre su boca–. Suenas tan desquiciada como tu padre. Ese es tu problema, tienes tanto de tu padre en tu interior, jovencita. Te ha llevado por un camino del que no hay –*cof*– regreso.

La sonrisa que esboqué fue triste, y quizás también vacía. Le quité el pañuelo y lo acomodé junto a su cabeza. La sangre había caído con un patrón que parecía una hoja caída.

–Mi padre ya no existe más –respondí–. Nuestro libro fue reescrito. Nuestra historia comienza de nuevo. Padre no es nada. Ahora llevo algo

más. ¿Sabe? –noté cómo fruncía el ceño, con un rastro de terror en sus ojos, incluso a pesar de su ceguera—. Madre me dijo que lo que usted y Henry nos hicieron rompió a Padre: tuvo que ver morir a cientos de sus hijos e hijas. Le quemó el corazón hasta convertirlo en cenizas. Pero yo caminé sobre el fuego con ella en la Tumba de los Antiguos y el fuego no nos rompió, no nos convirtió en polvo, no... Nosotras caminamos sobre el fuego y este nos forjó una vez más.

Dejó caer su cabeza hacia atrás sobre el gorro, aún con la boca abierta.

–Debería haberme arrepentido de lo que hicimos. Debería haberlo solucionado. Nunca... nunca creí que así sería cómo terminaría todo. Dios, ayúdame. Dios, ayuda a Henry.

–Ya dejamos todo eso atrás –le dije, observando cómo sus párpados temblaban y se cerraban. Esperé, pensando que quizás debería decir la oración que Madre me había regalado a través de su espíritu. Pero luego de considerarlo, me puse de pie. Pinzón, sin embargo, había intentado mostrarme empatía una vez y podríamos haber sido amigos si las cosas hubieran sido distintas. No tenía ningún resentimiento hacia él en mi corazón y lucía muy frágil desplomado en el suelo. Ya nos había abandonado, probablemente antes de que yo emergiera de la tumba.

Me arrodillé para cruzar sus brazos y le cerré los ojos con suavidad, momento en el cual enuncié las palabras y lo observé disolverse en cientos de alas y elevarse alto en el cielo.

Khent me esperó en la puerta del castillo, recostado sobre esta, ya que sus heridas lo hacían sentir completamente fatigado, más aún ya que había tomado el cuerpo de Madre y lo cargaba sobre sus hombros. Juntos, dejamos las ruinas atrás y caminamos en silencio por la colina verde hacia el

camino, en donde el carruaje y los caballos esperaban para llevarnos de regreso a la Coldthistle House.

Me tomaría algo de tiempo, de eso estaba segura, dejar que esta nueva voluntad oscura en mi interior se asentara. Pero no se parecía en absoluto a la influencia de Padre, estremecedora y foránea; esta nueva voz, esta nueva perspectiva, se sentía entrelazada conmigo de un modo natural, como si hubiera estado allí todo el tiempo, un fuego dormido que esperaba ser avivado. El espíritu de Madre había cambiado cuando se hizo mío y, por un breve momento, se me ocurrió que, al igual que Padre, ella también estaba, en cierta medida, rota. Eso me hizo detenerme, pero luego me senté pensando en ello en la cabina del conductor junto a Khent, mientras el viento frío golpeaba contra mi rostro en el camino de regreso, hasta que decidí que sí, Madre *estaba* rota.

Al igual que yo. Al igual que todos. La muerte la había cambiado. Su paz se había tornado pasión y ahora era yo quien debía soportar ese fervor. Si hubiera salido de la tumba sin ningún cambio, entonces ¿para qué había entrado en un principio? Nuestra historia fue la única que sobrevivió a la tumba. Había mirado al rostro a uno de nuestros creadores y no había encontrado nada más que desprecio, y sabía que no podía dejar que mi propia gente, mis propios amigos, me miraran y vieran lo mismo.

Estaba dispuesta a jugar el juego sórdido de vidas y pérdidas de los Unificadores, pero intentaría cambiar... no, mejor aún, *cambiaría* las reglas. Madre me había enseñado eso. Mis queridos amigos me habían enseñado eso.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Khent, pero su voz se perdió bajo el estruendo del galope y los vientos azotadores.

Tomé la bolsa de mi espalda y la coloqué sobre mi regazo mientras rasgábamos el suelo, haciendo un regreso apresurado hacia la mansión.

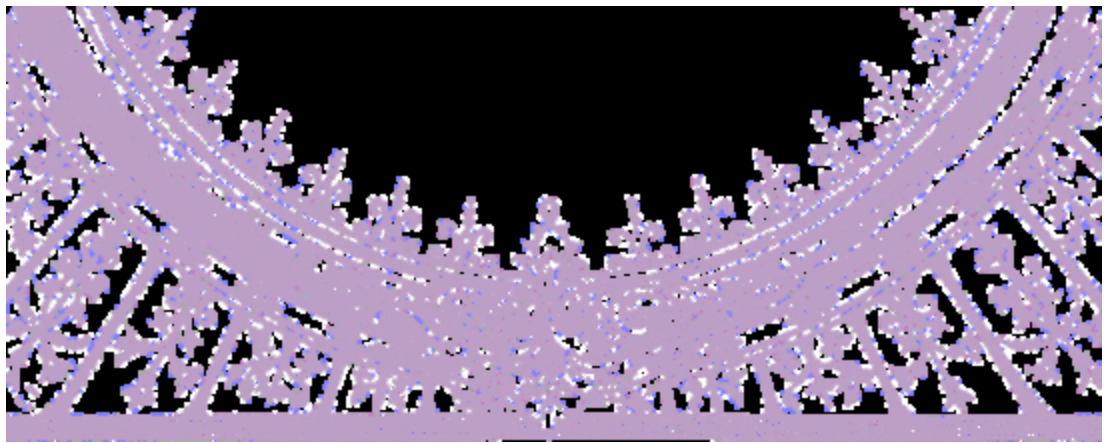
–Solo me siento... vacía.

–¿Vacía? Me refería a tu brazo, pero está bien. Bueno, vacía. Está bien estar vacío. Eso significa que puedes llenarte con esperanza. O con dolor.

–Dolor. Esperanza –pensé en esas dos palabras y luego sonreí en el frío vigorizante–. Me temo que me quedaré con la determinación.



Capítulo
Veintinueve





Desconocido 1247 a. C.

Hay cosas que es mejor no decirles en las horas que le siguen a la derrota. El corazón es mucho más débil en ese momento, cuando una vaga sensación de consecuencia se transforma en verdad. Se transforma en vida. Henry me ha pedido que lo intentara una vez más, que me uniera a él en su viaje al este, siguiendo a las caravanas de jade en la Ruta de la Seda. Hay rumores, y siempre los hay, de una mujer en Si-ngan que ha oído el acertijo faltante.

Pero no iré al este. Ya no iré más a ningún lugar. No puedo ver a Ara vendarse el ojo una vez más mientras Henry escribe notas

obsesivas e insiste, primero a él mismo y luego a nosotros, que este viaje recién ha comenzado. Cuando rechacé la oferta, me llamó cobarde, pero esta vez no me dolió.

Henry, si el tiempo o las circunstancias o algún golpe de suerte tonto hace llegar este diario a tus manos, me gustaría que sepas algo. Hay, de hecho, un acertijo más y dice así:

¿Qué es del árbol que necesita del sol, pero se tuerce y crece lejos de este? ¿Qué es de la flor que ansía la lluvia, pero solo florece en el desierto?

Puedes ir hasta el fin de este mundo, Henry, buscar en cada rincón polvoriento, preguntarle a cada mercante con el que te cruces, y seguir cada pista vaga, pero no encontrarás lo que buscas. La respuesta a tus preguntas no está escondida en una tumba oculta o en un libro antiguo, y si bien mi visión dejará de servir a medida que me aleje de Roeh y mi gente, la tuya ya falló hace mucho tiempo.

Tu acertijo no está al final de un largo camino. El acertijo estuvo delante de ti todo este tiempo. ¿Por qué vivir? ¿Por qué seguir? ¿Por qué elegir a la creación por sobre la destrucción? Estoy encantado de dejarte al perro, porque tal vez, querido amigo, algún día lo verás en sus ojos. ¿Por qué elegir seguir adelante? Porque lo que es incondicional es eterno. Fuiste creado para ser eterno, y yo te amé por ello... si tan solo te amaras a ti mismo con la misma verdad que mi corazón.

Mientras tú vayas al este, yo iré al oeste. Planeo buscar poetas y prestar mi oído a sus tristes rimas, siempre preguntándome qué críticas hirientes les dirías. Un día Roeh me convocará nuevamente

para trabajar y deberé ir, y lamentaré, una y otra vez, que ese pedido no haya venido de ti.



La mansión, ya no más abarcada por los disturbios sino por el silencio, lucía destrozada. Ni una sola ventana estaba intacta y la torre del este, la más cercana a la propiedad del pastor, había colapsado. Cuando el carruaje se detuvo y me paré sobre la grava de la entrada, comprendí todo el daño que había sufrido mi cuerpo. Tenía magullones en lugares en los que nunca antes había tenido uno. Mi brazo vacilaba entre una sensación punzante de agujas y adormecimiento.

Khent levantó el cuerpo de Madre del carruaje y lo cargó hacia mi lado mientras rodeábamos el campo de batalla. Miles de cadáveres cubrían el jardín, pero no eran nuestros amigos. Me preguntaba si se quedarían allí para pudrirse y pensé, cansada y resignada, que me correspondería a mí sacarlos a todos. A todos les haría bien ver una nube de mariposas después de tanta sangre derramada.

—¡Regresaron! —gritó Poppy, quien se encontraba descansando en el suelo con Bartolomé. Se levantó a toda prisa y corrió hacia nosotros—. Pero estás herida, Louisa, y la mujer púrpura también.

No vi rastros de Niles ni de Giles. Ni siquiera del Sr. Morningside o la Sra. Haylam.

—¡Ah, cielos! —exclamó Mary, quien emergió junto a Lee y Chijioke de la cocina al oír los gritos de Poppy. Corrieron a toda prisa para ayudar a Khent a recostar a Madre sobre un claro de césped limpio debajo del toldo de la

cocina. Los ojos de Mary se posaron sobre la bolsa que cargaba a mis espaldas.

–Es nuestro libro –le dije–. El pastor murió y el libro blanco fue destruido.

–Sí, todos ellos cayeron desde el cielo cuando ocurrió –comentó Chijioke. Tenía las manos quemadas por recargar el rifle y la camisa manchada con pólvora–. No puedo creer que lo lograste y que... siquiera era algo posible de hacer.

–Conocí el lugar en donde se crean los libros –le expliqué–. Hubo... algunas complicaciones. Para destruir el libro, el nuestro debía ser reescrito, lo que significaba que mi espíritu debía ser removido, lo que a su vez significaba...

–Que se necesitaba otra alma –terminó Chijioke. Era su especialidad, después de todo, por lo que agachó la cabeza y suspiró–. Eso no debió haber sido fácil.

–¡¿Fácil?! –exclamó Mary–. ¡Mira su brazo! Debemos llevarlos adentro a ti y a Khent. Así podremos revisar todas sus heridas y buscar algo de comer. Giles está gravemente herido. Está arriba con Fathom y su hermano. Espero que sobreviva.

–En un momento –dije–. Solo... ¿tienen algo con lo que pueda sujetar mi brazo? Me duele demasiado tenerlo suelto.

Chijioke le dio una palmada a Mary en el hombro y trotó hacia la cocina. Regresó al rato con dos sábanas blancas de la despensa, las cuales utilizó para envolverlo sobre mi pecho con cuidado, cruzándolas en diagonal sobre mi hombro para mantenerlo firme en su lugar.

–Gracias. ¿Dónde está el Sr. Morningside?

–Detrás de la mansión –dijo Lee, señalando en esa dirección. Lucía más recto ahora que los seres del Supramundo ya no eran un problema–. Se llevó a la Sra. Haylam hacia la parte trasera de la mansión.

–Acompáñame y muéstrame –le pedí.

No había apuro para lidiar con el cuerpo de Madre, y sabía que Mary y Chijioke cuidarían a Khent y encontrarían algo para sus heridas. Encontrar a Morningside era mi tarea más urgente y los ojos de Lee se abrieron sorprendidos ante mi pedido, pero accedió de todas formas. Se paró a mi lado y caminamos por el suelo repleto de huecos y abarrotado de seres del Supramundo caídos. Silbé y me di algunas palmadas en la pierna con mi mano sana para llamar a Bartolomé, quien levantó la cabeza y enseguida soltó un inmenso resoplido de perro y avanzó a grandes pasos hacia nosotros.

–¿Por qué él? –preguntó Lee, extendiendo una mano para acariciar la cabeza del perro.

–Ya verás –dije–. Pero primero debo preguntarte algo.

Caminamos lentamente, ya que ambos sentíamos la pesadez de la batalla. Sus nudillos y brazos tenían los golpes de un boxeador, y con su fuerza nueva y sobrenatural fácilmente podía imaginar lo útil que había sido en el tramo final de la batalla. Había pasado mucho tiempo desde la vez que coqueteamos, nerviosos, en la biblioteca.

–Algo cambió en ti –resaltó Lee–. Supongo que cualquiera cambiaría, después de lo que debiste haber visto.

–Es más que eso –confesé. No era un camino muy largo, pero me tomé mi tiempo. Mientras rodeábamos la residencia miré hacia el jardín del norte y noté que el Sr. Morningside en verdad estaba allí, terminando de construir una pira funeraria, sin su saco y solo en camisa. Verlo trabajar

laboriosamente era como ver a un erizo bailar una gavota—. Padre murió. Madre está en mi espíritu ahora. Aún estoy aprendiendo a entender qué significa eso, y ya sé que no estuviste allí para ver en lo que me convertí cuando Padre tomó el control. Era horrible, violento y salvaje de un modo que me asustaba.

—Mary me contó sobre ello —contestó Lee—. No podía comprender por qué harías un trato con el Sr. Morningside nuevamente, pero ella me dijo que era algo que se debía hacer.

—Sí, y no mintió. Debía hacerse —hice una pausa y miré al Sr. Morningside mientras levantaba con cuidado el cuerpo sin vida de la Sra. Haylam y lo colocaba sobre la pila de madera. Ella lo había dado todo para proteger la mansión. Al igual que los demás. Era un milagro que ella y Giles fueran las únicas víctimas—. Sabes, una vez vi a un granjero quemando su campo. Nunca comprendí por qué hasta ahora. Estaba sacando todo lo que no fuera útil para que plantas nuevas y mejores pudieran crecer. Así es cómo me siento ahora, Lee. Padre era un infierno, desenfrenado, pero Madre es muy diferente. Este es un fuego que quiero encender. Un fuego que puedo controlar.

Lee me miró, sin pestañear.

—Entonces... ¿eres feliz?

—No dije eso —le ofrecí una pequeña sonrisa y asentí hacia la pira—. La Sra. Haylam ya no está entre nosotros, pero tú aún estás aquí. Tal parece que su magia no era necesaria para mantenerte con vida.

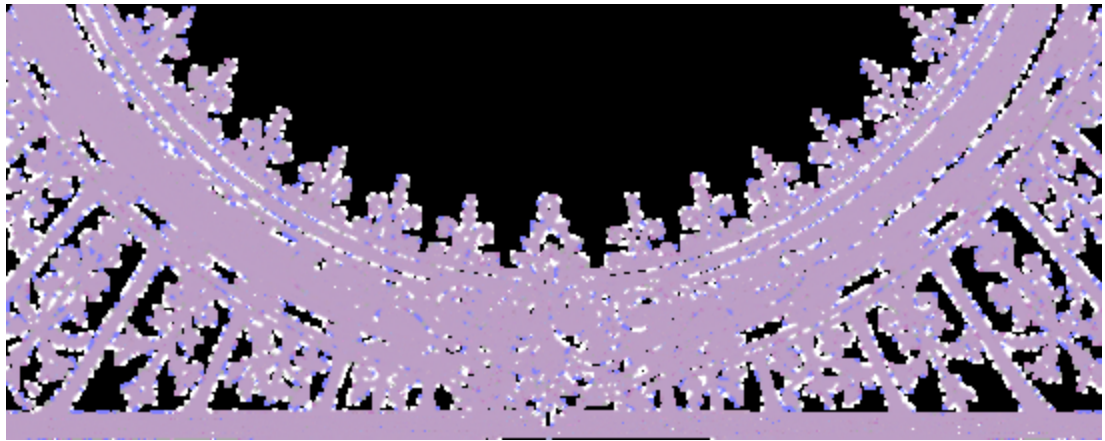
Se rascó la barbilla al oír eso; algunos pelos habían comenzado a crecer allí.

—Chijioke cree que puede ser que esté más conectado con el libro que con ella. No me siento diferente ahora que está muerta.

–Bien –dije con suavidad, pensativa–. Eso es bueno. Porque ahora yo soy la dueña del libro negro y no estás para nada cerca de desaparecer.



Capítulo
Treinta





El Sr. Morningside recién acababa de encender la leña debajo de la pira cuando Lee, Bartolomé y yo llegamos al claro.

Se alejó de la madera a medida que algunas chispas comenzaban a brotar de esta y el fuego se avivaba. Las llamas se elevaron en lo alto, consumiendo la madera húmeda que elevaba un pilar de humo negro directo hacia el cielo, como si le estuviera haciendo alguna señal a un ejército lejano. Con los brazos cruzados, miró al fuego alcanzar el cuerpo inmóvil de la Sra. Haylam. Sin el diario de Dalton, nunca habría sabido por cuánto tiempo habían estado juntos y lo cercanas que sus vidas habían sido. No podía evitar pensar en lo que ella me había dicho durante la batalla contra los seres del Supramundo; que debería haber sido más firme con él, como si fuera una madre y no una mera seguidora devota.

Quizás, en cierto modo, ella había sido su tutora. Y ahora, con todos sus antiguos amigos muertos, él estaba a la deriva, sin nada que lo atara.

No fuimos sigilosos al acercarnos, por lo que giró sobre su cintura al notar nuestra presencia, aunque quizás simplemente esperaba encontrarse con empleados de la residencia. Pero todo cambió cuando me vio con el libro de las Hadas Oscuras envuelto en una bolsa.

Dejó caer sus brazos y frunció el ceño, lo cual acompañó con una sonrisa, aunque no duró mucho y lo frunció nuevamente cuando avancé hacia él.

—Lamento profundamente lo que sucedió con la Sra. Haylam, con su amiga —dije.

–Yo también. Fue una compañera leal hasta el final y tan cercana a mi vida que su muerte parecía imposible –el Sr. Morningside apartó la mirada nuevamente hacia el fuego–. Pero tú has regresado y la batalla ha terminado, lo que significa...

Levantó las cejas a la expectativa.

–Sí –le dije–. El libro blanco fue destruido.

–Entonces... se acabó –dijo, mirando hacia el bosque–.

»Se acabó.

–Lo siento por su amiga. O *amigos* –continué–. O, mejor dicho, lamento que los haya perdido de esta forma. Que hayan intentado ayudar, que hayan creído todo, sin saber que simplemente estaban siendo usados. Y lo siento por la residencia. Sé que debe ser difícil perderla.

–¿Perderla? –repitió. No fue hasta ese momento que el Sr. Morningside notó la presencia de Lee. Se apartó de la pira y se acercó a nosotros, estudiando a Lee con mucho más interés y con un resplandor dorado en sus ojos–. Mi querida Louisa, ni siquiera me has dado la oportunidad de cumplir con la parte final del contrato. Será más difícil, claro, ahora que la Sra. Haylam no está más entre nosotros, pero no imposible.

–Así es. El contrato, ¿lo tiene? –le pregunté y continué antes de que pudiera responder–. Aunque no hay necesidad. Recuerdo las palabras con exactitud. Removería el espíritu de Padre de mí. Usted. Y si eso no ocurría, entonces la Coldthistle House y el *Elbion Negro* serían míos.

En su ansiedad por responder, sonrió, y luego llevó un dedo por debajo de su mandíbula, vacilante.

–Estoy seguro de que estás ansiosa por explicarte.

–No puede quitar lo que ya no está –dije, avanzando hacia él. Lucía sorprendido, realmente sorprendido, y quizás no fue sino hasta ese preciso momento que se percató de lo improbable que habría sido mi regreso. Tragó con fuerza y miró a Bartolomé. Abrió la boca y la cerró algunas veces, sin decir nada. Eso estaba bien, ya que no estaba interesada en escuchar lo que tuviera para decir. Era mucho más peligroso cuando endulzaba nuestros oídos con sus palabras–. Madre está muerta. Todos los seres del Supramundo están muertos. Y yo también lo estaría si no fuera por la suerte y una extraña coincidencia. Esto es lo que quería, ¿verdad? Siglos de planificaciones y conspiraciones moviéndonos como piezas en su pequeño juego con promesas y mentiras. Y ahora que su juego ha terminado, ¿contestaría un acertijo para mí, Diablo?

Sus labios formaron una mueca de desdén y apartó la vista hacia la pira como si estuviera muy avergonzado de causar una escena frente a los muertos.

–Adelante.

–Tengo brazos para abrazar, pero no manos. Tengo pellizcos para dar, pero no dedos. Tengo veneno para inyectar, pero no agujas –coloqué una mano suavemente sobre la cabeza peluda de Bartolomé y lo acaricié–. ¿Qué soy?

Si tuviera ojos para ver lo que había dentro de su cabeza, habría visto todos los engranajes trabajando, todos los cálculos rápidos, en busca de una respuesta. Y si fuera una tetera, el vapor habría obstruido sus orejas y hecho que todo repentinamente se sintiera más caliente. El Sr. Morningside pasó el peso de su cuerpo de una pierna a otra y se cruzó nuevamente de brazos, levantando la barbilla de una manera imperiosa que, por un instante, me recordó a Malatriss. Eso tampoco lo favorecía mucho.

–Un escorpión –contestó.

–Mentiroso o inepto, apenas sé si importa ahora –le di un leve empujón al perro greñudo que se encontraba a mi lado y chasqué los dedos apuntando al Sr. Morningside–. Vamos, Bartolomé. ¿Está diciendo la verdad? ¿Realmente cree que esa es la respuesta? ¿O esperaba, en secreto, que perdiera un dedo por su error, que fallara o muriera y me convirtiera en un problema menos para limpiar?

–Eso no es verdad, Louisa. Si te dije algo mal, no fue intencionalmente. ¡Realmente quería que lo lograras!

Bartolomé levantó la vista y me miró con sus ojos de cachorro. En ese instante, Morningside resopló y comenzó a caminar lentamente hacia atrás, mientras sus ojos se abrían completamente aterrorizados al ver al perro arremeter contra él. Lo hizo caer al suelo, lo cual nos dejó estupefactos a todos, y caminó sobre su cuerpo, con el pelo erizado y rígido en su espalda. Abrió la boca y le mostró sus dientes largos como dedos, mientras sus ojos, los cuales normalmente lucían dulces, se posaron sobre él con una ferocidad resuelta.

–Louisa... –murmuró Lee.

–Solo mira.

Este era el momento en que lo sabría. La estrategia del Sr. Morningside sería revelada, al igual que su conspiración para ponernos un fin a Madre y a mí, incluyendo la posibilidad poco factible, pero de seguro no deseada, de que Dalton y todos los demás seres del Supramundo también fueran eliminados por completo. Sin importar lo que pasara, habría muchos menos que se levantarían en su contra. Vi al Sr. Morningside darle una palmada suave al perro sobre sus hombros, seguida de un leve chillido en el instante en que Bartolomé avanzó sobre su rostro y... no hizo nada. El perro no

gruñó ni lo lamió. Parecía confundido. Quizás significaba que no había ninguna mentira ni verdad. Que el Sr. Morningside no sabía qué esperar cuando fui a la tumba.

–¿Satisfecha? –gruñó el Sr. Morningside. Se puso de pie y se quitó los restos de pelaje de sus pantalones–. Te dije lo que sabía y tú hiciste lo que yo no pude. ¿Le darías el gusto a un viejo tonto de contarle cómo fue?

–Fue... fue... bello y triste, asombroso y doloroso –pasé la mano por mi cabello, enredado en frustración, y me retorcí del dolor, incluso ese movimiento incomodó al brazo herido. ¿Estaba equivocada respecto a él? ¿Me había enviado allí por ignorancia y no por maldad? Al final, me importaba tan poco como saber que había esperado hasta el último minuto para sacrificar a sus amadas aves, mucho tiempo después de que sus amigos y empleados hubieran salido a defender la residencia–. No tiene idea de lo que me pidió, lo que *era* ese lugar. No había respuestas allí, solo miseria. Vi el lugar en donde nacen los dioses y en donde vuelven a descansar. Conocí a un Unificador y me partió el alma a la mitad, y usó un alma inocente para sanar la herida. Solo sobreviví por lo que Dalton me dijo, por lo que leí en su diario.

Giré, sintiendo las lágrimas que estaban por venir. Pero la voz en mi interior, la voz de Madre, emergió, primero con suavidad, y luego con una insistencia que no podía ignorar.

–Lo siento, Louisa –el Sr. Morningside se quedó en silencio por un momento y podía imaginarlo mirando las llamas, contemplativo–. No tengo idea de cómo tuviste el estómago para leer sobre nosotros. Toda la aventura fue, bueno, un poco complicada al estilo bizantino, para ser honesto. Los de mi tipo y los del suyo nunca debían mezclarse, por obvias razones. Aunque

supongo que *debo* ser honesto ¿cierto? Me tienes en desventaja, ya que sabes, como puedes notar, mis más íntimos secretos.

Me pareció egoísta y triste que se preocupara por esas cosas cuando tantas vidas se habían perdido ese día.

–Comprenderá que soy la última que lo juzgará –le aseguré–. Puedo... notar, con bastante claridad, cómo uno podría enamorarse perdidamente de Dalton. Era muy sincero. Muy cortés.

–Ah, sí –rio entre dientes–. Dalton Spicer en verdad era cortés. Me guio cortésmente hacia su tumba.

Volteé para encontrarme con que no estaba mirando al fuego, sino a mí.

–Todos somos esclavos de nuestros propios sentimientos.

–No –dijo el Sr. Morningside con frialdad–. No, no todos, Louisa.

–¿No? –era hora de tomar lo que me pertenecía, de seguir adelante. Enterrar a Madre y encontrar un lugar para comenzar de nuevo. Tenía una idea para eso, claro, y quizás Madre también–. No. Bueno, entonces le sorprenderá que le pida la mansión y el libro. Usted no quitó al espíritu de Padre de mi interior, por lo que quiero lo que me fue prometido.

Lee comenzó a moverse incómodo y Bartolomé se paró sobre él, frotando el hocico sobre la cintura del joven. El Sr. Morningside rio nuevamente y esbozó una sonrisa, pero esta nunca alcanzó a sus ojos.

–No puedes hablar en serio, Louisa. Fui yo quien te envió a ese lugar, por lo que en esencia yo soy el responsable de...

–¿*Parezco dispuesta a negociar?* –salió como un susurro mortífero, uno que le quitó la sonrisa de inmediato–. Sinceramente, no le aconsejaría llevarse todo el crédito por lo que ocurrió en esa tumba. Usted, que lo ve y planifica todo, incluso usted no podría estar listo para lo que aprendí, para lo

que soporté. Y dudo que hubiera podido sobrevivir. Estoy sintiéndome algo molesta, y ahora oír hasta dónde llega mi piedad.

Me miró nuevamente, enfurecido, con ambas manos a los costados mientras formaba dos puños.

–Louisa...

El sonido de una tos llamó mi atención, por lo que volteé brevemente para ver quién era. Poppy. Teníamos público, el resto de los empleados de la mansión, junto con Khent y Fathom, se habían reunido para mirarnos desde una distancia prudente. Volteé para enfrentar al Sr. Morningside.

–Abandonará este lugar, que será derribado –dije, señalando la residencia con la cabeza–. No la quiero. Nadie debería quererla. Y en cuanto al libro... –volteé hacia Lee y suavicé mi tono, ya que él no tenía la culpa de nada de todo esto–. Lee, ¿te gustaría seguir viviendo de esta forma?

–Eso... creo, sí. Sí, me gustaría seguir adelante, aunque sea una existencia extraña.

–Entonces, quédese con el libro –le dije al Sr. Morningside–. Pero le arrancará una página y se la entregará a Lee. Lo que él haga con esta, a dónde la lleve, será asunto suyo. Si el poder del libro ha alimentado a tantos Residentes durante todos estos años, entonces una página será más que suficiente.

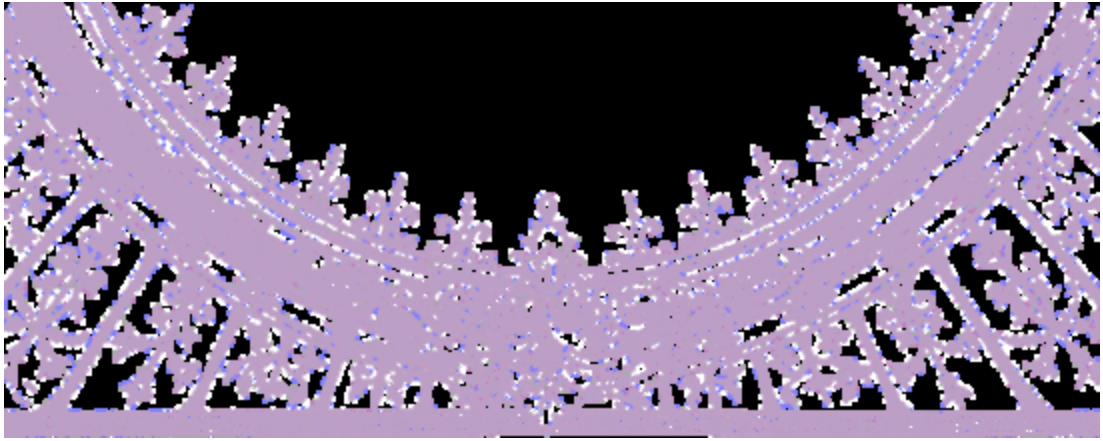
Enlacé mi brazo alrededor del de Lee y lo invité a alejarse de la pira. La madera había comenzado a arder con mayor fuerza y ya quemaba el vestido manchado de la Sra. Haylam, al igual que las vendas que cubrían sus brazos y piernas. El humo completamente negro se elevaba por el aire, formando una nube pesada que flotaba sobre la Coldthistle House.

–¿Y yo? –preguntó el Sr. Morningside. Sonaba exhausto, desesperado–. ¿Qué hay de mí?

-¿De usted? -lo miré, volteando sobre mi hombro-. No quiero verlo nunca más.



Capítulo
Treinta y uno



Enterramos el cuerpo de Madre al anochecer en una cueva vacía debajo de la mansión. Esperaba que cuando la residencia fuera destruida, sus raíces y ramas se esparcieran por los cimientos y se convirtieran en algo hermoso en donde alguna vez hubo mucho dolor.

Le dejé el diario al Sr. Morningside justo fuera de la puerta verde del vestíbulo, aquella que marcaba la entrada a sus aposentos. Dentro de la cubierta había escrito el mensaje final que Dalton tenía para él.

Dile que yo estaba equivocado. Él puede ser alguien mejor. Aún hay tiempo

—¿Qué harás ahora?

Lee había terminado de empacar sus cosas de un modo ordenado en la maleta que trajo a la Coldthistle House cuando vino con su tío. Nos paramos bajo la última brisa otoñal del día que le siguió a la batalla. Chijioke y Fathom se encargaban de cargar el cuerpo de Giles, el cual estaba envuelto en una sábana, en uno de los carruajes que llevaría a Niles de regreso a Derridon. El sepulturero no había sobrevivido a la noche, y un clima de sobriedad y tranquilidad se cernía sobre la residencia. Nadie habló más fuerte que un susurro. Nadie sirvió la comida. Nos servimos el té y preparamos la comida por nuestra cuenta, la cual comimos en silencio, ya que nadie sabía muy bien qué decir.

—Pensé que podría regresar a mi casa —dijo Lee, sentándose sobre la escalera de piedra gris. Llevaba el collar con la cuchara por debajo de su camisa, sobre la cual vestía un saco elegante que había recuperado de su viaje inicial a Yorkshire—. Las cosas serán muy diferentes allí ahora que soy,

bueno, como soy. Pero más que eso –miró hacia lo lejos y respiró profundo–. Ahora que sé que yo no causé la muerte de mi tutor, podrá ser fácil estar en paz. Ah, no lo sé. He estado en esta forma extraña y nueva por tanto tiempo que será difícil estar solo entre humanos normales nuevamente. Desconozco si podré heredar algo, pero me gustaría mucho ver a mi familia una vez más.

–No será fácil –respondí–. Yo en realidad nunca supe arreglármelas en Londres. Cuando has visto todo lo que has visto, la tierra mundana pierde su esplendor. Espero que te puedas guiar mejor que yo, y espero que tu familia te acepte por lo que eres.

Familia. La palabra en verdad tenía su atractivo. Miré al grupo de amigos y antiguos colegas que se encontraban a mi alrededor y noté que ahora llevaban capas y abrigos, listos para el viaje. Nadie se animaba a quedarse más tiempo en la Coldthistle House, no cuando estaba vacía y lucía mucho más deprimente que antes, con todas las ventanas rotas y las torres derribadas y carbonizadas. No había más Residentes merodeando sus corredores. No había más cantos de aves dándonos la bienvenida cuando llegaba el amanecer.

–Sabes que eres más que bienvenido para unirte a nosotros –le dije. Me había bañado y cambiado la ropa por un vestido negro simple, uno de mis viejos uniformes, pero la bolsa con el libro reescrito la mantuve cerca de mí todo el tiempo. Se sentía como un talismán o, quizás, como una carga–. Será un largo viaje hacia el norte, pero hay lugares para descansar en el camino. Puede ser un viaje agradable, sabes, si lo haces con amigos.

Lee asintió y sus rizos dorados se sacudieron levemente, lo cual acompañó con una sonrisa de satisfacción y de buena naturaleza.

–¿Te llegarán las cartas si intento escribirte? Quizás cuando ya me haya asentado bien con mi familia pueda venir y ver cómo es tu mundo.

–Siempre habrá espacio para ti –le dije, presionando su mano–. Y sobre el correo... Bueno, ¿por qué no me dejas tu dirección y veré qué se puede hacer?

Riendo entre dientes, Lee buscó en su bolsa y arrancó un trozo de pergamino. En su interior, vi un papel amarillo enrollado. La página del *Elbion Negro*. Necesitaría llevarla consigo siempre, pero al menos eso le permitía tener algo de libertad.

–Aquí tienes –se puso de pie y me entregó el trozo de pergamino–. Parece que ya están listos para partir. Pensé en ir con Niles hasta Derridon y desde allí encontrar una manera de regresar a casa.

Estrechamos las manos, pero me jaló hacia él y me dio un abrazo, cuidadoso con mi brazo. Sabía que no sería la última vez que nos veríamos. Ansiaba que viera su hogar, ya que nunca había creído que lo volvería a ver, dado que ahora era una criatura mágica de las sombras, y un día necesitaría un lugar en donde eso no fuera para nada extraño. Desde la escalera observé cómo se despedía de los demás y se subía al carruaje con Niles. Ambos voltearon desde la cabina del conductor y nos saludaron, un gesto que hizo que mi corazón se tensara por la pérdida o arrepentimiento mientras se alejaban por el camino hacia casas distintas, ambos envueltos en tristeza.

–¿Y tú? –seguí el rastro de las huellas en la grava hacia Fathom, quien observaba cómo se marchaban con una mano sobre sus ojos, justo por debajo de su sombrero tricornio–. ¿Nos acompañarás o te quedarás en el refugio de Deptford?

–Ninguna de las dos –negó con la cabeza, moviendo pensativamente la venda que tenía en su mano. Comparada con todos nosotros, ella parecía haber salido de la batalla ilesa, lo cual era realmente una proeza para una simple humana–. Creo que me iré. Hacia algún lugar lejano. Tengo demasiados recuerdos en Deptford. Demasiado crudos. Tengo una amiga en Massachusetts, Lucy, y creo que debería visitarla. Ella se encargará de mí por un tiempo, al menos –rio entre dientes y me dio un leve empujón en mi hombro sano–. Ven a conocer América, Louisa. Hay muchas cosas tenebrosas sin sentido, y no me refiero solo a los políticos.

Había preparado un caballo de los establos y se subió a este con una habilidad innata.

–Siento mucho lo que le ocurrió a Dalton –le dije, apartando la vista de ella–. Habló muy bien de ti al final.

Fathom soltó otra risa estruendosa y tocó su sombrero como reverencia hacia mí, mientras llevaba a su caballo hacia el camino.

–Claro que lo hizo. El pelirrojo loco siempre sintió algo hacia mí. Y era uno de los pocos extraños buenos. Los buenos no duran mucho tiempo en este mundo, pero él duró más que muchos. Tantos años en ese refugio me permitió ver a tanta gente ir y venir, pero Dalton siempre estuvo presente, siempre confiable. Realmente no será lo mismo ahora que él está en su propia aventura.

Con eso, se marchó, dejando una nube de polvo atrás que envolvió su partida apresurada mientras galopaba hacia la entrada de la residencia en dirección al sur, a la distante Londres.

Y también estaba, por supuesto, la pregunta acechadora sobre el destino de Poppy, Mary y Chijioke. Bartolomé iría a cualquier lugar adonde fuera la pequeña, y ellos, al igual que Khent, esperaban expectantes junto a dos

carruajes, uno, el que había sido dañado por la Tarasca, y el otro, el faetón ligero y rápido que Niles y Dalton habían conseguido de St. Albans.

–Ya empacaron –dije, algo sorprendida, al encontrarme con que mientras me despedía de Lee y Fathom, Mary había sacado un gran número de maletas sobrecargadas, una de ellas, repleta de objetos de plata y pequeños ornamentos que sin lugar a duda vendería. Había considerado que quizás querrían acompañarme, pero con tantas familias rotas, nunca me decidí a creerlo por completo–. Pensé...

No tenía idea siquiera de cómo comenzar.

–Pero la primavera pasada, cuando negocié que sus contratos terminaran... Creí que querían quedarse.

–Lo queríamos. *En ese entonces* –dijo Chijioke sujetando a Mary de la mano mientras levantaba una de las maletas–. No queda nada para nosotros aquí, y el Sr. Morningside... Bueno, casi hace que nos maten y, si bien no me encantan los seres del Supramundo, fue una jugada muy sucia. Si creyó que podría hacernos pelear sus batallas por él y hacer sus apuestas por el resto de nuestras vidas, entonces está realmente confundido. No quiero quedarme otro minuto más aquí y ver cómo te pone a ti o a Mary en peligro de nuevo.

–Tienes razón –agregó Mary con una sonrisa inocente–. Con lo difícil que todo ha sido, creemos que lo mejor será mantenernos unidos. Como una familia, sabes. Todos ansiamos alejarnos de aquí.

Poppy asintió, pero luego pareció cambiar de parecer al mirar nuevamente la mansión. Frunció el ceño y caminó hacia mí, y me jaló de la falda.

–¡Bartolomé también viene! Si él no viene, me quedo.

El perro ladró, totalmente de acuerdo.

–Por supuesto –dije, mirando a Khent–. Los caninos son bienvenidos en esta familia.

Khent puso sus ojos en blanco y tomó dos de las maletas para cargarlas en el carruaje más grande.

–Yo soy mucho más limpio que esa cosa. Y me comporto mucho mejor.

–¿De verdad esto es lo que quieren? –les pregunté una vez más, mirando a cada uno de ellos–. Será un largo viaje hacia el norte, y no tengo idea de qué esperar cuando llegemos a la Primera Ciudad. Las cosas nunca fueron como creí que serían.

–Eso mismo vale para nosotros cinco –dijo Mary, suspirando.

–*Seis* –insistió Poppy, sujetando a Bartolomé de la oreja.

Entonces, estaba decidido. Iríamos al norte juntos y encontraríamos lo que pudiéramos camino a la Primera Ciudad. Había lugar suficiente para todos en los carruajes y Chijioke conocía muy bien los alrededores. Ya no esperaba ninguna emboscada en el camino, mucho menos ahora que los seres del Supramundo ya no estaban entre nosotros. Poppy arrastró una bolsa demasiado grande para ella hacia el carruaje y Bartolomé la ayudó, levantando el otro extremo con su mandíbula mientras trotaba a la par. Con los últimos preparativos en marcha, me encontré avanzando inconscientemente hacia la mansión.

La primera vez que puse los ojos sobre ella, había tenido un mal presentimiento. Pero ahora que estaba casi completamente vacía, destrozada, no la sentía como nada más que el hogar frío de un hombre solitario. Un hombre que nos miraba como una sombra fugaz desde una ventana alta. Lo miré también y me quedé maravillada por la tristeza que vi

en sus ojos y la confusión y traición que ellos albergaban. Su ayuda le había servido fielmente, hasta el final, pero toda lealtad tiene sus límites. Quizás, pensé, algún día comprendería la razón por la que ahora vivía en el abandono de la deshonra, incluso luego de haberse salido con la suya, encontrándose con que no era suficiente.

—¿Crees que intentará algo? —preguntó Khent, desconcertándome. Colocó una mano sobre mi espalda, en el mismo lugar en que lo había hecho antes para darme coraje.

—No —contesté con honestidad, mirando al Diablo apartar su mirada de mí para regresar hacia alguna otra habitación vacía—. No, no creo que lo haga.

Regresamos a los carruajes y nos encontramos con los demás debatiendo sobre quién conduciría y hasta dónde. Bartolomé ya había reclamado un lugar en el carruaje más ligero, quizás deseoso de sentir el viento en su rostro, lo cual dejó en claro que la elección de Poppy ya había sido tomada en su nombre, por lo que Chijioke la ayudó a acomodarse junto al sabueso.

—¿A dónde crees que irá cuando la mansión deje de existir? —le pregunté a Chijioke, quien de inmediato supo a lo que me refería.

—Adonde todos los diablos van —contestó, encogiéndose de hombros—. Adonde sea más necesitado y menos esperado. Ven —dijo, extendiendo una mano hacia mí—. Déjame ayudarte con eso.

Se refería a la carga que llevaba sobre mis hombros. La quité con cuidado, haciendo una mueca de dolor al sentirla rozar mi brazo herido, y luego lo detuve, encorvándome para tomar el libro, el cual no pesaba más que uno normal, si bien era más grande y mucho más fantástico. Tenía un tono verde brillante y algunas enredaderas púrpuras alrededor de la imagen de un ciervo y una araña en el centro.

Pasé la mano por la portada de cuero y me estremecí del miedo, consciente de que se trataba de la piel de algún pobre aventurero. Una voz profunda brotó desde las páginas con cierta tranquilidad. Era la voz de un hombre. Padre. Pero no sonaba como ningún recuerdo que tuviera de él. Sonaba más como un hombre curado, como un hombre completo.

Libre de la agonía de la ira... Por fin.

Los demás se habían quedado inmóviles, mirándome con atención. Yo también los miré reunidos allí. Miré a Mary, con su cabello castaño alborotado y sus pecas diminutas, a Chijioke, quien tenía los brazos extendidos para tomar mi bolsa y recubiertos con vendas sobre su piel oscura por las heridas de la batalla, y a Poppy, asomándose con su amado perro desde el faetón, con la marca en su rostro mientras se enroscaba, expectante, una de sus trenzas alrededor de un dedo. Y a Khent, quien se encontraba recostado sobre el carruaje, con sus ojos lavanda indescifrables y una sonrisa amable, mientras esperaba y yo tardaba.

–*Coraje* –me dijo sin sonido desde lo lejos, y asentí.

–Somos criaturas de oscuridad y curiosidades, pero hay bondad en este libro, y la bondad es poderosa. Siempre lo ha sido, solo que ha sido olvidada –no estaba segura de si estaba hablando con las palabras de Madre o las mías, pero fluyeron libremente y con una confianza que nunca antes había sentido–. Este libro, *nuestro* libro, ayudará a que el mundo la recuerde. Pero la bondad... la bondad no siempre significa paz. Y tampoco significa debilidad. La bondad que alberga este libro y a cada uno de nosotros nos guiará hacia el norte y, luego, más allá, hacia nuestras vidas.

Respiré profundo y dejé que Chijioke tomara la bolsa y el libro, mientras observaba cómo lo cargaba entre sus brazos con algunas lágrimas sobre mis

ojos.

–Intentaron borrarlos para siempre. Esta era su era de ángeles, sombras y demonios. Pero ahora viene nuestra oportunidad, nuestra era, la era de nuestra furia.

–¡Así es! –gritó Chijioke, guiñándome el ojo–. Ahora repite todo eso cuando llegemos a la posada. Es para un brindis, ¿cierto, muchacha?

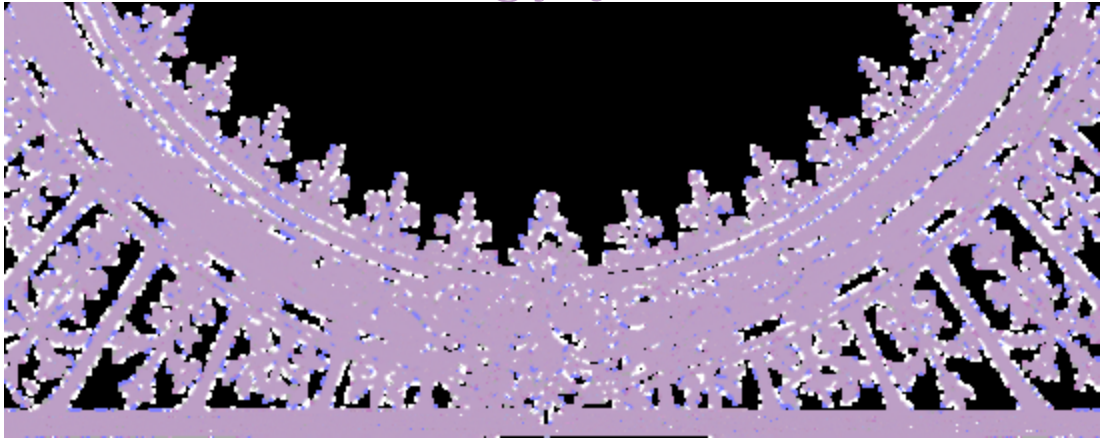
–Sí –solté una risa–. Prometo no olvidarme ni una palabra.

Y así, el libro fue cargado en el carruaje y Mary se acercó para sujetarme del brazo y caminar juntas el último tramo.

Después de subir al carruaje, me asomé por la puerta y miré la Coldthistle House una vez más, expectante, quizás deseosa, de ver por última vez a su antiguo dueño. En el piso superior, en la torre que se encontraba más hacia el este, pude ver el destello de unos ojos amarillos. Pero ni bien aparecieron, se esfumaron tras una cortina que se cerró con fuerza, como si con ese gesto le estuviera poniendo fin a la obra, como si dijera *ya no más*. Como si cerraran el lugar para siempre, como una tumba solitaria y olvidada en el tiempo.



Epilogo





Un día, crucé el condado de Leitrim y el condado de Sligo, no por la ruta, sino por el campo y el bosque, lo que me hizo descubrir que quería ser una cosa oculta. La neblina sobre las alfombras de césped esmeralda flotaba baja, reflejando un brillo de hadas a la luz del amanecer. La bolsa que cargaba a mis espaldas, más pesada que nunca, había dejado marcas sobre mis hombros. Era todo menos parte de mí, la bolsa con el libro, pero nunca me separarían de él, ya que era la eterna carga con la que debía lidiar.

Un diablo se marchó temprano por la mañana, por un campo de colinas, entre paredes de piedra recubiertas con flores silvestres tan brillantes que parecían artificiales, tan perfectas como las que crecen en un invernadero y presumen sus pétalos azules y amarillos. Marcaban el camino, por lo que las seguí. Muchas veces había intentado seguir este camino y siempre había

algo que me lo impedía. Pero no esta vez. Mi corazón, completamente decidido, completaría este viaje. La canción susurrante de la noche daba lugar al canto suave de algún gallo distante o algún chochín cercano que traía el amanecer. También había algunos acentores y zorzales, mirlos y palomas, que con sus trinos traían la promesa de un nuevo día.

Una criatura triste y vieja, decrepita de un modo en que solo los antiguos y arrepentidos pueden estar, caminó hasta que sus pies le dolieron y sangraron. Esto fue lo que ocurrió:

La noche había estado afortunadamente fresca, pero ahora que llegaba el día, regresaba el calor, por lo que me detuve un momento para descansar sobre una ruina de piedra. Detrás de mí, el lago se extendía tranquilo como un espejo, y al este los bosques montañosos y mi destino esperaban. Miré el sol elevarse sobre el agua y tomé mi cantimplora, de la cual bebí algunos sorbos de la cerveza de la noche anterior. Era amarga, pero estaba lo suficientemente fría como para que la disfrutara profundamente. Poco duró esa tranquilidad, ya que se vio interrumpida por un zumbido estremecedor que nació en el horizonte y se intensificó a medida que un objeto puntiagudo y blanco planeaba sobre el lago hacia mí, lo suficientemente cerca como para sacudir todos mis huesos. Nunca me acostumbraría a esas cosas que se disparaban sobre mi cabeza. En un tiempo, era la Serpiente Celestial quien protegía los cielos; pero ahora eran solo máquinas.

—¿Estás perdido?

Era la voz pequeña y aguda de una niña. Volteé hacia mi derecha, haciendo a un lado la cantimplora, y me encontré con una niña que no me pasaba de la rodilla y que me miraba desde los arbustos. Parecía ser parte del lugar, salvaje, con pequeñas flores que adornaban su cabello completamente oscuro. Sus ojos, inmensos y amatistas, me observaban con

tanta inteligencia que casi me hicieron reír. ¿Era una simple niña o una criatura fantástica pequeña? Imposible saberlo.

–Puede ser –le contesté con amabilidad, buscando en mi bolsa un pequeño trozo de chocolate que había comprado en el último pueblo–. Puede ser. ¿Te gustan los dulces?

–Mamá dice que no debo tomar cosas de extraños –contestó la niña–. Y tú luces espantosamente extraño.

–Extraño, sí, pero también inofensivo –comí un trozo del chocolate y noté un leve rastro de envidia en sus ojos–. ¿Tienes nombre, pequeña hadita?

–Dahlia.

Asentí y sacudí las manos sobre mis pantalones sucios una vez que terminé de comer el chocolate.

–Sabes, Dahlia, debes tener cuidado con darle tu nombre a cualquiera, porque los nombres tienen poder.

Sus ojos, ya de por sí grandes, se abrieron aún más.

–Mi mamá también dice eso. ¿Cómo te llamas?

–Henry –le contesté, y señalé hacia la planicie de bosques que se encontraba hacia el este y se extendía por cientos de kilómetros en la distancia–. ¿Vives allí, por casualidad?

–Cerca –ah, una niña inteligente. Dio unos pasos hacia adelante y se llevó las manos hacia los dos bolsillos grandes de su camisa floreada. Llevaba pantalones anchos y unos zapatos parduzcos y redondeados. Noté que tomó una cuchara de su bolsillo y la sostuvo a su lado.

–Ya veo –dije, señalándole la mano con la cabeza–. ¿Y para qué es esa cuchara?

–Para nada –contestó la niña–. Solo me gusta sujetarla.

–Apuesto a que te mantiene a salvo. Pero no te preocupes, no te haré daño –nunca te haría daño–. ¿No te gustaría tener la compañía de un viejo? Podríamos caminar juntos, ya que yo también me dirijo a esa colina.

–¿De verdad? ¿Vienes de visita?

Su voz inocente y aguda me partió el corazón, y enseguida levanté mi bolsa y la deslicé sobre mi hombro antes de comenzar a acercarme a ella por el césped. Otro avión pasó zumbando bajo sobre nosotros y la niña se escondió tras el arbusto con una habilidad experta. Me arrodillé para hacer a un lado algunas ramas y le ofrecí una sonrisa de comprensión.

–Yo también los odio. Me hacen zumban los oídos.

Encogió su nariz como si estuviera oliendo mis intenciones. Quizás podía hacerlo. Dahlia emergió del arbusto y se sacudió la ropa antes de tomarme de la mano y guiarme por el camino de flores silvestres y rocas.

–Te perderás sin ayuda –dijo–. El bosque es muy engañoso. ¿Cómo sabes que es el lugar correcto? Nadie tiene permitido venir hasta aquí.

–Creo que conozco a tu mamá –esbocé una sonrisa–. Tienes su cabello y sus ojos, aunque el color no sea el mismo.

–Todo el mundo dice que tengo los ojos de mi papá –me comentó Dahlia–. ¿A él también lo conoces?

–Quizás. ¿Qué piensas de la luna, pequeña?

Guardó nuevamente la cuchara en su bolsillo y caminó con más confianza.

–Me gusta. Me gusta mucho. Pero ¿por qué estás aquí? Nadie tiene permitido venir, asumo que debe ser importante.

Nos alejamos del lago directo hacia el terreno más frondoso y montañoso. La neblina se había comenzado a tornar más densa y solo hacía

que la cabeza de Dahlia fuera visible. Una pequeña flor se desprendió de su cabello, pero logré tomarla a tiempo y la coloqué de regreso en su lugar.

–Necesito la ayuda de tu mamá. El mundo se está tornando feo y oscuro, la gente se está lastimando entre sí.

–Papá dice que es porque los humanos son malos y no se saben comportar –me dijo Dahlia. No estaba equivocada, pero no pude evitar reír. Los niños siempre ven las cosas con una simpleza y convicción que no le dejan a uno ninguna prueba para contradecirlos. Además, parecía haber notado que yo no era humano y, por lo tanto, era digno de ser alguien en quien confiar.

–No está equivocado, pero es por eso que necesito ayuda. Debemos... – ¿cómo explicarle a una niña la guerra? ¿Cómo explicarle la crisis que destruía el mundo en pedazos? Suspiré y corrí una rama del camino–. Debemos ayudarlos a recordar cómo ser buenos. Tu gente siempre estuvo llena de bondad y luz y, si no hacemos nada, todos esos problemas humanos también llegarán a ustedes.

–Nadie nos encontrará –sentenció.

–Pueden hacerlo –dije–. Y lo harán. Pero podemos ayudarlos. Tu mamá puede ayudarlos. Sé que quiere alejarse y protegerlos a todos ustedes, pero ahora también la necesitan. Cuando ocurre algo terrible, debes hacer algo, Dahlia, nunca debes quedarte callada. Yo hice eso una vez y me arrepiento cada día de mi vida.

Consideró eso por un momento, mientras una rana toro se tomaba su tiempo para quitarse del camino por el que marchábamos en medio del bosque. Por lo general, me habría esforzado mucho para ser más discreto, pero en ese entonces, tenía una guía.

–Mi mamá es bastante terca, pero puedes intentarlo.

Sí, pensé, era la persona más terca que jamás había conocido. Parecía imposible que nos volviéramos a encontrar, pero, de todas formas, los caminos de los dioses siempre encontraban la forma de cruzarse. Yo solo fui creado para traer oscuridad al mundo. Pero ahora, más que nunca, necesitábamos luz.

—Entonces, eso haré. Sabes, es muy importante, Dahlia, que lo intentemos. Dime algo, querida —le dije, ayudándola a cruzar un arroyo angosto y pequeño—. ¿Te gustan las aves?

Fin

Agradecimientos



Esta saga no existiría sin la paciencia, el cuidado y la guía de Andrew Eliopulos. El equipo de HarperCollins trabajó tan, tan arduamente en estos libros que estoy completamente agradecida por su creatividad y persistencia. Iris Compier le dio vida a toda la magia de este mundo y me considero una persona muy afortunada por tener su arte a la par de mis palabras. Asimismo, agradezco a Olivia Russo por la ayuda en cuanto a la publicidad y a Brooke Shaden por su hermoso trabajo para la portada. Un agradecimiento muy sincero para Kate McKean por su apoyo incondicional y sus consejos excelentes. Un agradecimiento especial para la Association Assyrophile de France y a Amanda Raths, por la asistencia con las traducciones.

Y, por último, a mi familia, amigos y seguidores por haberme acompañado en este viaje retorcido y por haberme ayudado a cumplir el sueño de estos libros. Ha sido la aventura más gratificante de mi carrera.

Créditos de imágenes



Bordes victorianos en las páginas 1, 4, 5, 7, 11, 23, 35, 45, 59, 75, 81, 94, 109, 123, 134, 143, 158, 170, 175, 189, 201, 217, 225, 235, 248, 269, 279, 291, 303, 313, 321, 333, 341, 348, 357, 367 © 2019 por iStock / Getty Images.

Textura de pared en las páginas 1, 4, 5, 7, 11, 23, 35, 45, 59, 75, 81, 94, 109, 123, 134, 143, 158, 170, 175, 189, 201, 217, 225, 235, 248, 269, 279, 291, 303, 313, 321, 333, 341, 348, 357, 367 © 2019 por iStock / Getty Images.

Paredes desgarradas en las páginas 10, 58, 93, 133, 169, 188, 216, 268, 290 © 2019 por iStock / Getty Images.

Ilustraciones en las páginas 46, 82, 124, 176, 226, 249, 304, 342, 368 por Iris Compier.



- **Título original:** *Tomb of Ancients*
- **Edición:** Melisa Corbetto con Erika Wrede
- **Coordinadora de arte:** Marianela Acuña
- **Armado y adaptación de diseño:** Florencia Amenedo
- **Ilustración de portada:** Carolina Marando
- **Diseño de portada:** Erin Fitzsimmons
- **Ilustraciones:** Iris Compiet
- **Armado de ebook:** María Victoria Costas

© 2019 Madeleine Roux

© 2019 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:

Florida 833, piso 2, of. 203 (C1005AAQ)
Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO:

Dakota 274, Colonia Nápoles - C.P. 03810, Del. Benito Juárez,
Ciudad de México
Tel.: (52-55) 5220-6620 · 01800-543-4995
e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-618-7

Octubre de 2019

Roux, Madeleine

La tumba de los antiguos / Madeleine Roux. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Julián Alejo Sosa.

ISBN 978-987-747-618-7

1. Literatura Juvenil Estadounidense. 2. Novelas de Terror. 3. Narrativa Juvenil Estadounidense. I.

Sosa, Julián Alejo, trad. II. Título.

CDD 813.9283

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a vrya@vreditoras.com
con el título de este libro en el asunto.

Encuétranos en

 facebook.com/vreditorasya

 twitter.com/vreditorasya

 instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag

[#latumbadelosantiguos](https://twitter.com/hashtag/latumbadelosantiguos)

